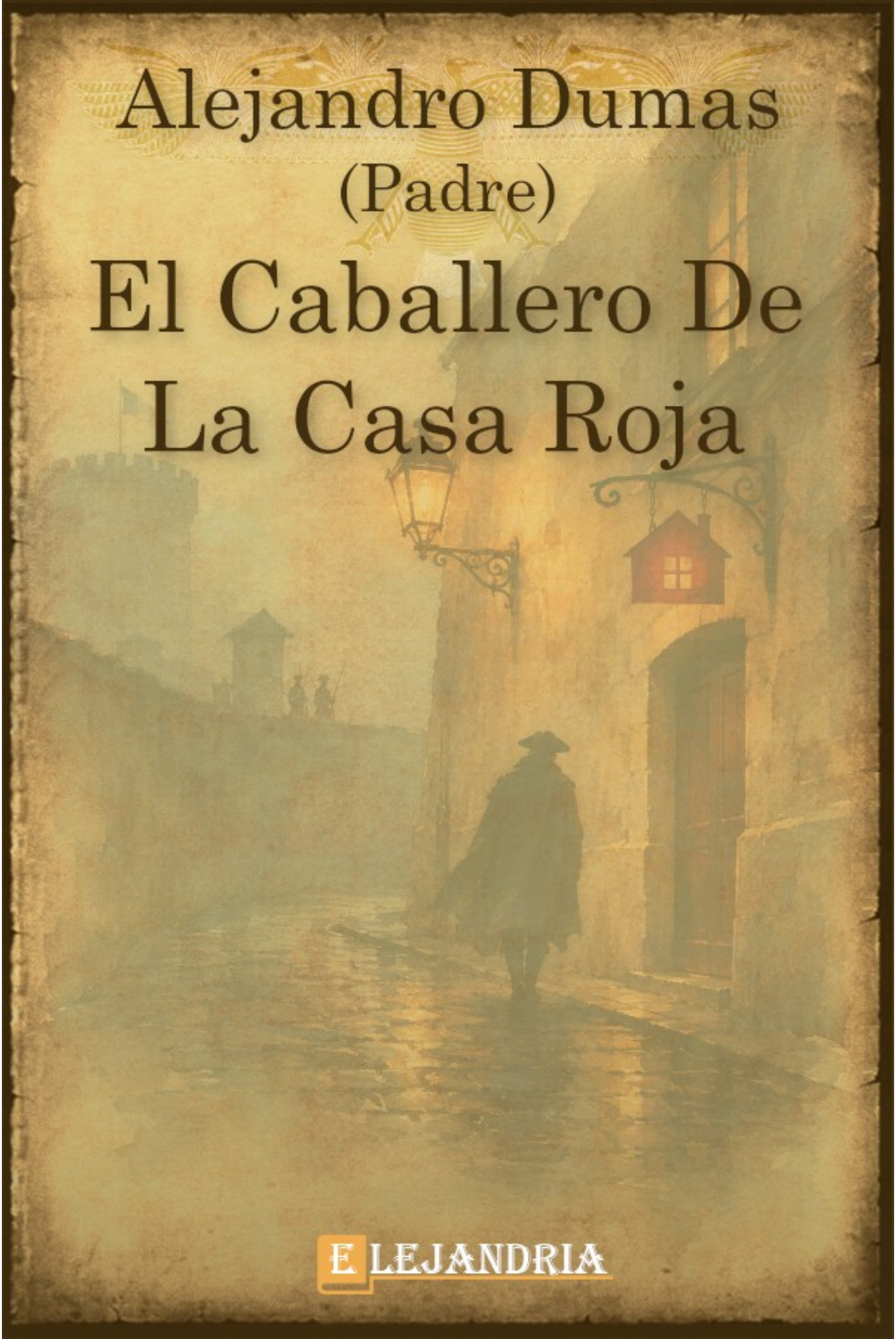
Alejandro Dumas
(Padre)

El Caballero De La Casa Roja



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

El caballero de la Casa Roja

Alejandro Dumas

Publicado: 1845
Fuente: Google Books
Traducción: Anónimo
Edición original: Madrid, 1848, La Abeja Literaria, tomo XXIX, segunda serie

Índice

1. El caballero de Casa-Roja
    1. Nota de la edición
    2. El caballero de Casa-Roja
        1. I. Los soldados voluntarios
        2. II. La desconocida
        3. III. La calle de los Fosos de San Víctor
        4. IV. Costumbres de la época
        5. V. Qué clase de hombre era el ciudadano Mauricio Lindey
        6. VI. El Temple
        7. VII. Juramento de jugador
        8. VIII. Genoveva
        9. IX. La cena
        10. X. El zapatero Simon
        11. XI. El billete
        12. XII. Amor
        13. XIII. El 31 de mayo
        14. XIV. Abnegación
        15. XV. La diosa Razón
        16. XVI. El hijo pródigo
        17. XVII. Los minadores
        18. XVIII. Nublado
        19. XIX. La pregunta
        20. XX. La ramilletera
        21. XXI. El clavel encarnado
        22. XXII. Simon el censor
        23. XXIII. La diosa Razón
        24. XXIV. Madre e hija
        25. XXV. El billete
        26. XXVI. Black
        27. XXVII. El currutaco
        28. XXVIII. El caballero de Casa-Roja
        29. XXIX. La patrulla
        30. XXX. Clavel y subterráneo

31. XXXI. Pesquisa
32. XXXII. El juramento
33. XXXIII. La mañana siguiente
34. XXXIV. La Conserjería
35. XXXV. La sala de los Pasos-Perdidos
36. XXXVI. El ciudadano Teodoro
37. XXXVII. El ciudadano Graco
38. XXXVIII. El niño real
39. XXXIX. El ramo de violetas
40. XL. La taberna del Pozo de Noé
41. XLI. El escribano del ministerio de la Guerra
42. XLII. Los dos billetes
43. XLIII. Los preparativos de Dixmer
44. XLIV. Los preparativos del caballero de Casa-Roja
45. XLV. Las investigaciones
46. XLVI. El juicio
47. XLVII. El sacerdote y el verdugo
48. XLVIII. La carreta
49. XLIX. El cadalso
50. L. La visita domiciliaria
51. LI. Lorin
52. LII. El duelo
53. LIII. La sala de los muertos
54. LIV. ¡Viva Simon!

Guide

1. El caballero de Casa-Roja

El caballero de Casa-Roja

Nota de la edición

Esta edición digital reproduce *El caballero de Casa-Roja* (*Le Chevalier de Maison-Rouge*, 1845-1846), novela de Alejandro Dumas, escrita en colaboración con Auguste Maquet y ambientada en el París del Terror, en la traducción española anónima publicada por Mellado (Madrid, 1848, *La Abeja Literaria*, tomo XXIX, segunda serie), según el ejemplar digitalizado por Google Books.

Se ha modernizado la ortografía (acentuación, grafías y signos de apertura de interrogación y exclamación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, y se han corregido las erratas evidentes de imprenta, entre ellas la numeración trastocada de algunos capítulos.

El caballero de Casa-Roja

I. Los soldados voluntarios

Era la noche del 10 de marzo de 1793.

Las diez acababan de dar en la iglesia de Nuestra Señora y, destacándose cada hora una tras otra, como un pájaro nocturno lanzado de un nido de bronce, había volado triste, monótono y vibrante.

La noche había bajado sobre París, no ruidosa, tempestuosa e interrumpida por los relámpagos, sino fría y nebulosa.

Por otra parte, tampoco era entonces París el que hoy conocemos, deslumbrador por la noche con los mil fuegos que se reflejan en su fango dorado, el París de los paseantes presurosos, de los cuchicheos alegres, de los arrabales báquicos, semillero de disputas atrevidas, de crímenes osados, horno de mil rugidos, sino una ciudad vergonzosa, tímida, asustada, cuyos pocos habitantes corrían para atravesar de una calle a otra, y se precipitaban en sus zaguanes o debajo de sus puertas cocheras, como las fieras acosadas por los cazadores se esconden en sus madrigueras.

Era, en fin, como hemos dicho, el París de 10 de marzo de 1793.

Digamos algunas palabras sobre la apurada situación que había producido aquel cambio en el aspecto de la capital; des-

pués pasaremos a los acontecimientos, cuya relación será el objeto de esta historia.

De resultas de la muerte del rey Luis XVI, la Francia había roto con toda la Europa. A los tres enemigos que al principio había combatido, es decir, Prusia, el Imperio y el Piamonte, se habían agregado Inglaterra, Holanda y España. Suecia y Dinamarca eran las únicas potencias que conservaban su antigua neutralidad, ocupadas por otra parte en mirar a Catalina II desgarrar a la Polonia.

La situación era terrible. Menos desdeñada la Francia como potencia física, pero también menos estimada como potencia moral, desde los asesinatos de setiembre y la ejecución del 21 de enero, estaba literalmente bloqueada como una simple ciudad por toda la Europa. La Inglaterra estaba sobre nuestras costas, la España sobre los Pirineos, la Holanda y Prusia en el norte de los Países Bajos y sobre un solo punto, desde el Rin al Escalda, marchaban doscientos mil combatientes contra la república.

Por todas partes eran rechazados nuestros generales. Miaczinski se había visto obligado a abandonar a Aguisgrán y retirarse sobre Lieja; Steingel y Neilly habían tenido que replegarse al Limburgo, y Miranda, que sitiaba a Maestricht, se había vuelto a Tongres. Valence y Dampierre, reducidos a batirse en retirada, habían dado lugar a que les quitasen parte de su material. Más de diez mil desertores habían ya abandonado el ejército y se habían esparcido por el interior. En fin, no teniendo ya la Convención más esperanza que Dumouriez, le había enviado correo tras correo mandándole que dejase las márgenes de Biesbosch, donde preparaba un desembarco en Holanda, para venir a tomar el mando del ejército del Mosa.

Sensible en el corazón, como un cuerpo animado, la Francia sentía en París, es decir, en su mismo corazón, cada uno de los golpes que la invasión, la rebelión o la traición le daban en los puntos más distantes. Cada victoria era una conmoción de alegría y cada derrota un estremecimiento de terror. Fácil es

comprender el tumulto que habían producido las noticias de los descalabros sucesivos que acabamos de experimentar.

La víspera, 9 de marzo, había celebrado la Convención una de sus sesiones más borrascosas; todos los oficiales habían recibido orden para incorporarse a sus regimientos a la misma hora, y Danton, ese atrevido emprendedor de cosas imposibles, y que sin embargo se realizaban, Danton, subiendo a la tribuna, había exclamado: «¿Decís que os faltan soldados? Ofrezcamos a París una ocasión de salvar la Francia, pidámosle treinta mil hombres, enviémoslos a Dumouriez y no solamente se salva la Francia, sino que se asegura la Bélgica y se conquista la Holanda.»

Gritos de entusiasmo acogieron esta proposición, y abriéronse registros en todas las secciones, invitadas a reunirse aquella noche. Cerráronse los teatros para impedir toda distracción y sobre la casa de villa se había enarbolado una bandera negra en señal de la angustiosa situación en que se hallaba la Francia.

Antes de la media noche se habían ya inscripto más de treinta y cinco mil nombres, sucediendo empero aquella noche lo que ya había sucedido en las jornadas de setiembre: al inscribirse los voluntarios en cada sección habían pedido que antes de su partida fuesen castigados los *traidores*.

En realidad eran los traidores los contrarevolucionarios, los conspiradores ocultos que amenazaban dentro a la revolución amenazada fuera; pero, como se deja conocer, la palabra tomaba toda la extensión que querían darle los partidos extremos que en aquella época desgarraban la Francia.

Los traidores eran los más débiles; y como los más débiles fuesen los girondinos, decidieron los montañeses que los girondinos serían los traidores.

Al día siguiente, 10 de marzo, todos los diputados montañeses se hallaron presentes a la sesión. Los jacobinos armados acababan de llenar las tribunas, después de haber expul-

sado de ellas a las mujeres, cuando se presenta el *maire* con toda la municipalidad, confirma el informe de los comisionados de la Convención sobre la adhesión de los ciudadanos; pero repite el deseo, emitido unánimemente la víspera, de un tribunal extraordinario destinado a juzgar a los traidores.

Piden al punto a grandes gritos un informe del comité; este se reúne sin demora, y diez minutos después se presenta Roberto Lindet, diciendo que se nombrará un tribunal compuesto de nueve jueces; que sin sujetarse a las fórmulas embarazosas, se valdrían de todos los medios para adquirir la convicción que necesitasen; que este tribunal se dividiría en dos secciones permanentes, que perseguirían, a propuesta de la Convención o directamente, a los que intentaran extraviar al pueblo.

Como se ve, la extensión era grande. Los girondinos comprendieron que aquella era su sentencia, y se levantaron en masa gritando: «antes morir que consentir el establecimiento de esta inquisición veneciana.» En contestación a este apóstrofe piden los montañeses que se proceda a la votación. «Sí, exclama Ferand, sí, votemos para dar a conocer al mundo los hombres que quieren asesinar la inocencia en nombre de la ley.»

Votan en efecto, y contra toda apariencia declara la mayoría: 1.º que habrá jurados; 2.º que estos jurados se compondrán de igual número de individuos en los departamentos; y 3.º que serán nombrados por la Convención.

En el momento en que se admitieron estas tres proposiciones, se oyeron grandes gritos. La Convención estaba habituada a las visitas del populacho: manda preguntar lo que quieren los amotinados y se le contesta que era una diputación de soldados voluntarios que habían comido en el mercado de los granos y querían desfilar por delante de ella.

Inmediatamente se abrieron las puertas, y se presentaron medio ébrios 600 hombres armados de sables, pistolas y pi-

cas, y desfilaron en medio de los aplausos, pidiendo a grandes voces la muerte de los traidores.

—Sí, les contestó Collot-d'Herbois, sí, amigos míos, a pesar de las intrigas os salvaremos a vosotros y a la libertad.

Collot-d'Herbois acompañó estas palabras con una mirada que hizo comprender a los girondinos que todavía no estaban fuera de peligro.

En efecto, terminada la sesión de la Convención, los montañeses se dirigen a los demás clubs, y proponen a los franciscanos y a los jacobinos dejar fuera de la ley a los traidores y degollarlos aquella misma noche.

La mujer de Louvet vivía en la calle de San Honorato, cerca de los Jacobinos. Oye los gritos, baja, entra en el club, escucha la proposición y vuelve a subir apresuradamente para avisar a su marido; Louvet se arma, corre de puerta en puerta con objeto de prevenir a sus amigos, pero estos están todos ausentes; el criado de uno de ellos le dice que están en casa de Petion, se dirige allá sin demora, los encuentra deliberando tranquilamente sobre un decreto que deben presentar al día siguiente, y que se lisonjean hacer pasar engañados por una mayoría ficticia. Refiéreles lo que pasa, comunícales sus temores, les dice lo que se trama contra ellos en los clubs de los Jacobinos y de los Franciscanos, y concluye invitándoles a que tomen por su parte alguna medida enérgica.

Entonces Petion se levanta, tranquilo e impasible como siempre, se dirige a la ventana, la abre, mira el cielo, saca el brazo fuera, y retirando su mano mojada, dice:

—Está lloviendo, nada habrá esta noche.

Por aquella ventana entornada penetraron las últimas vibraciones del reloj que daba las diez.

He aquí, pues, lo que había pasado en París la víspera y aquel mismo día, he aquí lo que pasaba durante aquella noche del mes de marzo, y lo que hacía que en medio de aquella oscuridad húmeda y de aquel silencio amenazador, las casas

destinadas a guarecer a los vivos, mudas ya y sombrías se asemejasen a sepulcros poblados solamente de muertos.

En efecto, grandes patrullas de guardias nacionales a quienes precedían exploradores con bayoneta calada; grupos de ciudadanos de las secciones, armados de cualquier modo y apretándose unos contra otros, gendarmes que espiaban cada escondite de puerta o cada portal entreabierto, tales eran los únicos habitantes de la ciudad que se aventuraban a andar por las calles, pues a tanto llegaba el instintivo temor que todos tenían de que se tramaba alguna cosa desconocida y terrible.

Una lluvia menuda y fría, esa misma lluvia que había tranquilizado a Petion, había venido a aumentar el mal humor y el disgusto de aquellos vigilantes, que cada vez que se encontraban parecían prepararse a un combate, y que después de haberse reconocido con desconfianza se daban la consigna lentamente y de mala gana. Al verlos volverse unos y otros después de su separación se hubiera dicho que temían mutuamente ser sorprendidos por la espalda.

Aquella misma noche en que París era presa de uno de esos pánicos tan frecuentemente renovados que hubiera debido estar ya algo acostumbrado a ellos; aquella noche en que se trataba de asesinar a los revolucionarios moderados, que después de haber votado la muerte del rey retrocedían ante la muerte de la reina prisionera en la cárcel del Temple con sus hijos y su cuñada, una mujer envuelta en un albornoz y la cabeza cubierta o más bien sepultada en la capucha del albornoz, se deslizaba a lo largo de las casas de la calle de San Honorato, ocultándose en el umbral de alguna puerta, en el ángulo de alguna tapia, cada vez que aparecía una patrulla, permaneciendo inmóvil como una estatua y conteniendo su aliento hasta que pasaba la patrulla, entonces volvía a emprender su carrera rápida e inquieta hasta que algún peligro del mismo género venía a obligarla de nuevo al silencio y a la inmovilidad.

De este modo había recorrido ya impunemente, gracias a las precauciones que tomaba, parte de la calle de San Honorato, cuando al volver la de Grenelle, tropieza de repente, no con una patrulla, sino con un grupo de esos valientes voluntarios que habían comido en el mercado de los granos, y cuyo patriotismo se había exaltado con los numerosos brindis que habían dado a sus futuras victorias.

La pobre mujer lanzó un grito y trató de huir por la calle del Gallo.

—¡Hola! ¡hola! ciudadana, gritó el jefe de los voluntarios, pues ya estos dignos patriotas habían nombrado sus jefes, tan natural es al hombre la necesidad de ser mandado; ¡hola! ¡hola! ¿adónde vas?

La fugitiva no contestó y continuó corriendo.

—¡Apunten! dijo el jefe; ¡es un hombre disfrazado, un aristócrata que se pone a buen recaudo!

Y el ruido de dos o tres fusiles cayendo irregularmente sobre manos demasiado vacilantes para que fuesen seguras, anunció a la pobre mujer el movimiento fatal que se ejecutaba.

—¡No! ¡no! exclamó parándose en el acto y volviendo atrás, no ciudadano, tú te engañas; yo no soy un hombre.

—Entonces avanza, dijo el jefe, y responde categóricamente, ¿dónde vas así, hermoso don Diego de Noche?

—Ciudadano, yo no voy a ninguna parte… me retiro.

—¡Hola! ¿te retiras?

—Sí.

—Pues para una mujer honrada, esto es retirarse bastante tarde, ciudadana.

—Vengo de casa de una pariente mía, que está enferma.

—¡Pobrecita! dijo el jefe haciendo con la mano un ademán ante el cual retrocedió vivamente la mujer asustada: ¿y dónde está tu carta?

—¿Mi carta? ¿qué es eso, ciudadano? ¿qué quieres decir y qué me pides?

—¿No has leído el bando de la municipalidad?

—No.

—¿Luego le habrás oído pregonar?

—Tampoco. ¿Pero qué dice ese bando, Dios mío?

—En primer lugar, no se dice ya Dios mío, sino Ser Supremo.

—Perdonad, me he equivocado: es una antigua costumbre.

—Mala costumbre, costumbre aristócrata.

—Trataré de corregirme, ciudadano. Pero decías…

—Decía que el bando de la municipalidad prohíbe, que pasadas las diez de la noche salga nadie sin carta de civismo. ¿Tienes carta de civismo?

—¡Ay! no.

—¿Te la has dejado olvidada en casa de tu pariente?

—Ignoraba que fuese necesaria esa carta para salir.

—Entonces entremos en el primer puesto de guardia; allí te explicarás bonitamente con el capitán, y si queda contento de ti, hará que dos hombres te acompañen a tu domicilio; si no, te guardará hasta tener más amplios informes. ¡Media vuelta a la izquierda, paso redoblado, marchen!

Al grito de terror que lanzó la prisionera, el jefe de los voluntarios comprendió que temía mucho esta medida.

—¡Oh! ¡oh! dijo, estoy seguro de que hemos hecho una buena presa. Vamos, vamos, adelante, ciudadana.

Y el jefe cogió el brazo de la pobre mujer, lo metió debajo del suyo y la arrastró a pesar de sus gritos y lágrimas hacia el

puesto del palacio Igualdad.

Estaban ya a la altura de la barrera de los Sargentos, cuando de repente un joven de alta estatura, embozado en una capa, vuelve la calle des Petits-Champs, precisamente en el momento en que la prisionera intentaba por medio de sus súplicas, conseguir que le volvieran la libertad; pero sin escucharla, el jefe de los voluntarios la arrastró brutalmente. La mujer lanzó un grito espantoso y de dolor.

El joven vio aquella lucha, oyó aquel grito y saltando de un lado a otro de la calle, se halló enfrente del grupo.

—¿Qué hay, y qué hacen a esta mujer? preguntó al que parecía ser jefe.

—Antes de preguntarme, mézclate en lo que te importa.

—¿Quién es esta mujer, ciudadanos, y qué la queréis? repitió el joven con tono más imperativo que la vez primera.

—¿Y quién eres tú para preguntarnos?

El joven se desembozó y se vio brillar una charretera sobre un uniforme militar.

—Soy oficial, dijo, como podéis ver.

—Oficial… ¿de qué?

—De la guardia cívica.

—¿Y qué nos importa? respondió un hombre de la turba, ¿por ventura conocemos a los oficiales de la guardia cívica?

—¿Qué dice? preguntó otro con ese acento pesado e irónico particular al hombre del pueblo, o más bien del populacho parisiense que comienza a incomodarse.

—Dice, replicó el joven, que si la charretera no hace respetar al oficial, el sable hará respetar la charretera.

Y al mismo tiempo dando un paso atrás, el defensor desconocido de la joven, desembarazó de los pliegues de su capa e hizo brillar a la luz de un farol un ancho y sólido sable de in-

fantería; en seguida con un movimiento rápido y que anunciaba cierta costumbre a las luchas armadas, cogiendo al jefe de los voluntarios por el cuello de su carmañola y poniéndole la punta del sable sobre la garganta, le dijo:

—Ahora hablemos como dos buenos amigos.

—Pero ciudadano, dijo el jefe de los voluntarios procurando desasirse.

—Te advierto que al menor movimiento que hagas, al menor movimiento que haga tu gente, te atravieso el cuerpo con mi espada.

Entre tanto dos hombres del grupo continuaban sujetando a la mujer.

—Me has preguntado quién era, continuó el joven, no tenías derecho para ello, porque no mandas una patrulla de tropa; sin embargo, voy a decírtelo, me llamo Mauricio Lindey: he mandado una batería de artilleros el 10 de agosto: soy oficial de la guardia nacional y secretario de la sección de los Hermanos y Amigos: ¿te basta esto?

—¡Ah! ciudadano oficial, respondió el jefe que continuaba amenazado por el sable, cuya punta veía cada vez más próxima a su garganta, eso ya es otra cosa: si eres realmente lo que dices, esto es, un buen patriota…

—Bien sabía yo que nos entenderíamos después de algunas palabras, dijo el oficial. Ahora contéstame a tu vez: ¿por qué gritaba esa mujer y qué la hacíais?

—La conducíamos al cuerpo de guardia.

—¿Y por qué la conducíais al cuerpo de guardia?

—Porque no tiene carta de civismo, y el último bando manda prender a cualquiera que ande por las calles de París sin carta de civismo, después de las diez de la noche. ¿Olvidas que la patria está en peligro, y que sobre la casa de villa ondea la bandera negra?

—La bandera negra ondea sobre la casa de villa y la patria está en peligro, porque doscientos mil esclavos marchan contra la Francia, replicó el oficial, y no porque una mujer recorra las calles de París después de las diez de la noche. Pero no importa, ciudadanos; hay un bando de la municipalidad: estáis en vuestro derecho: y si desde luego me hubieseis contestado eso, la explicación hubiese sido más corta y menos acalorada. Bueno es ser patriota, pero no está de más ser político, y creo que el primer oficial a quien los ciudadanos deben respetar, es el que ellos mismos han nombrado. Ahora, conducid a esta mujer a donde queráis; sois libres.

—¡Oh ciudadano! exclamó a su vez, cogiendo el brazo de Mauricio, la mujer que había seguido todo el debate con una profunda ansiedad. ¡Oh ciudadano! no me abandonéis a merced de estos hombres groseros y medio borrachos.

—Sea, dijo Mauricio; tomad mi brazo y os conduciré con ellos hasta el puesto.

—¡Al puesto! repitió la mujer con espanto; ¡al puesto! ¿y por qué me conducís al puesto? ¿no he hecho mal a nadie?

—Os conducen al puesto, dijo Mauricio, no porque hayáis hecho mal, ni porque supongan que podéis hacerlo, sino porque un bando prohíbe salir a la calle sin una carta, y vos no la tenéis.

—Pero, señor, yo ignoraba…

—Ciudadana, en el puesto de guardia hallaréis personas que apreciarán vuestras razones, y de las cuales nada tenéis que temer.

—Señor, dijo la joven estrechando el brazo del oficial, no es ya el insulto lo que temo, sino la muerte: si me conducen al puesto, estoy perdida.

II. La desconocida

Había en aquella voz tal acento de temor y distinción que Mauricio no pudo menos de estremecerse, penetrando hasta su corazón como una conmoción eléctrica aquella voz vibrante.

Volviose hacia los voluntarios, que humillados al verse vencidos por un solo hombre, consultaban entre sí con la visible intención de recobrar el terreno perdido; ellos eran ocho contra uno: tres tenían fusiles, los demás pistolas y picas. Mauricio no tenía más que su sable; la lucha no podía ser igual.

La mujer comprendió esto mismo, pues dejó caer su cabeza sobre su pecho lanzando un suspiro.

Por lo que hace a Mauricio, ceñudo, el labio desdeñosamente levantado y el sable siempre desnudo, permanecía indeciso entre sus sentimientos de hombre que le mandaban defender a aquella mujer y sus deberes de ciudadano que le aconsejaban entregarla.

Viose brillar de repente en la esquina de la calle de *Bons Enfans* el reflejo de muchos cañones de fusil, y se oyó la marcha mesurada de una patrulla que, al distinguir un grupo de gente hizo alto a diez pasos de distancia y una voz gritó: ¡Quién vive!

—¡Amigo! contestó Mauricio. ¡Amigo! avanza aquí, Lorin.

El hombre a quien se hacía esta intimación se puso en marcha y se aproximó a la cabeza de ocho hombres.

—¡Hola! eres tú, Mauricio, dijo, ¡ah libertino! ¿qué haces en la calle a semejante hora?

—Ya lo ves, salgo de la sección de los Hermanos y Amigos.

—Sí, para dirigirte a la de las hermanas y amigas; ya, ya te comprendo.

¿Qué me importan, prenda mía,
Ni las llaves, ni cerrojos,
Que te esconden a mis ojos
Durante la luz del día?
Viene la noche callada
Con su sombra protectora…
Y me sorprende la aurora
En los brazos de mi amada.

—¿Qué te parecen los versos? ¿Son oportunos?

—No, amigo mío, te engañas; iba directamente a mi casa, cuando hallé a esta ciudadana que forcejeaba por desasirse de las manos de esos ciudadanos voluntarios; como estaba en el orden, corrí hacia ella y pregunté por qué querían prenderla.

—¡Ah! te conozco demasiado, dijo Lorin.

Porque tal es el carácter
De los hidalgos franceses.

Volviéndose después a los voluntarios, preguntó el cabo-poeta:

—¿Y por qué prendéis a esta mujer?

—Ya lo hemos dicho al oficial, respondió el jefe de la partida, porque no tiene carta de seguridad.

—¡Bah! ¡bah! dijo Lorin, ¡qué gran crimen!

—¿Con que luego no has leído el bando de la municipalidad? preguntó el jefe de los voluntarios.

—Sí por cierto, pero hay otro que anula ese.

—¿Cuál?

—Hele aquí:

A cualquiera hora del día
Podrán andar libremente
Sin pasaporte, ni carta,
Sin contraseña, o billete,

Juventud, belleza y gracia;
Tales son de amor las leyes
Que en el Pindo y el Parnaso
Se respetan y obedecen.

—¡Eh! ¿qué dices de este decreto, ciudadano? Me parece que es galante.

—Sí, pero no me parece perentorio. En primer lugar no figura en el *Monitor*, en segundo, ni estamos en el Pindo, ni en el Parnaso, en tercero, no es de día, y por último, la ciudadana puede no ser joven, ni bella, ni graciosa.

—Yo apuesto lo contrario, dijo Lorin. Vamos, ciudadana, prueba que tengo razón; descubre la cara para que todo el mundo pueda juzgar si te comprenden las condiciones del decreto.

—¡Ah! señor, dijo la joven aproximándose a Mauricio, ya que me habéis protegido contra vuestros enemigos, protegedme también contra vuestros amigos.

—Mirad, mirad, dijo el jefe de los voluntarios, cómo se esconde. Estoy por apostar a que es alguna espía de los aristócratas, alguna buena pécora…

—¡Oh señor, dijo la joven haciendo dar un paso adelante a Mauricio y descubriendo un rostro encantador por su juventud y hermosura, que pudo verse claramente a la luz de un farol. ¡Oh! miradme, ¿tengo cara de ser lo que dicen?

Mauricio quedó deslumbrado. Jamás había concebido cosa semejante a la que acababa de ver, y decimos a la que acababa de ver, porque la desconocida había vuelto a encubrir su rostro casi tan rápidamente como lo había descubierto.

—Lorin, dijo en voz baja Mauricio, reclama la prisionera para conducirla a tu puesto, pues como jefe de patrulla te asiste el derecho.

—¡Bueno! dijo Lorin, comprendo.

Y volviéndose hacia la desconocida continuó:

—Vamos, vamos, hermosa, puesto que no queréis dar una prueba de que os comprenden las condiciones del decreto, preciso será que nos sigáis.

—¡Cómo! ¿seguiros? dijo el jefe de los voluntarios.

—Sin duda, vamos a conducir a la ciudadana al puesto de la casa de villa, donde estamos de guardia, y allí tomaremos informes acerca de ella.

—Nada menos que eso, dijo el jefe de la primera tropa. Ella es nuestra y la guardamos.

—¡Ah! ciudadanos, ciudadanos, dijo Lorin, vamos a enfadarnos de veras.

—Que os enfadéis o no, poco me importa. Nosotros somos verdaderos soldados de la república, y mientras que vosotros patrullais por las calles, vamos a derramar nuestra sangre en la frontera.

—Mirad no la derraméis antes de poneros en camino, ciudadanos, lo cual podrá aconteceros, si no sois más políticos de lo que os mostráis.

—La política es una virtud de aristócrata, y nosotros somos descamisados, contestaron los voluntarios.

—Ea, no habléis de esas cosas delante de la señora. Acaso es inglesa. No os ofendáis por la suposición, mi hermoso pájaro nocturno, añadió volviéndose galantemente hacia la desconocida.

Un poeta es quien lo dice;
Nosotros, ecos indignos,
Repetimos en voz baja:
Que la Inglaterra es un nido
De blancos y hermosos cisnes
En un estanque infinito.

—¡Ah! tú mismo te delatas, dijo el jefe de los voluntarios, confiesas que eres una criatura de Pitt, un asalariado de Inglaterra: un…

—Silencio, dijo Lorin, tú no entiendes palabra de poesía; amigo mío: así, pues, voy a hablarte en prosa. Escucha, nosotros somos guardias nacionales, moderados y pacíficos, pero todos hijos de París, lo que quiere decir que cuando nos calientan las orejas, no nos paramos en barras para dar.

—Señora, dijo Mauricio, ya veis lo que pasa y adiviná is lo que va a pasar; dentro de cinco minutos van a matarse por vos diez o doce hombres. ¿La causa que han abrazado los que quieren defenderos merece la sangre que va a hacer correr?

—Señor, contestó la desconocida juntando las manos en ademán suplicante, no puedo deciros más que una cosa, una sola; y es, que si dejáis que me prendan, resultarán para mí y aun para otros des gracias tan terribles que más bien que abandonarme os suplicaré que me atraveséis el corazón con el arma que tenéis en la mano y arrojéis mi cadáver en el Sena.

—Está bien, señora, respondió Mauricio, cargo con toda la responsabilidad.

Y soltando las manos de la hermosa desconocida que tenía entre las suyas, dijo a los guardias nacionales:

—Ciudadanos, como oficial, como patriota y como francés, os mando que protejáis a esta mujer. Y tú, Lorin, si toda esa canalla dice una palabra, a la bayoneta.

—Preparen, armas, dijo Lorin.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó la desconocida ocultando su cabeza en la capucha y apoyándose en un guardacantón. ¡Oh! ¡Dios mío! protegedle.

Los voluntarios trataron de ponerse a la defensiva y aun uno de ellos disparó un pistoletazo, cuya bala atravesó el sombrero de Mauricio.

—Muchachos, a la bayoneta, dijo Lorin. Ran, plan, plan, plan, plan, plan.

Hubo entonces entre las tinieblas un momento de lucha y de confusión, durante el cual se oyó una o dos detonaciones de

armas de fuego, después imprecaciones, gritos, blasfemias; pero nadie acudió, porque como hemos ya dicho, se trataba de degollar en aquella noche, y creyeron que era el degüello que comenzaba. Dos o tres ventanas se abrieron solamente para volver a cerrarse al punto.

Menos numerosos y menos bien armados los voluntarios se hallaron en un momento fuera de combate: dos habían quedado heridos gravemente, otros cuatro estaban arrimados a la pared, sin poderse mover, porque cada uno de ellos veía la punta de una bayoneta amenazando su pecho.

—Así, así, dijo Lorin; veremos ahora si no quedáis más mansos que unos corderos. En cuanto a ti, ciudadano Mauricio, te encargo que lleves esta mujer al puesto de la casa de villa. Ya sabes que respondes de ella.

—Sí, dijo Mauricio.

En seguida añadió en voz baja:

—¿Y la consigna?

—¡Ah! diablo, exclamó Lorin rascándose la oreja. La consigna es que…

—No temas que haga mal uso de ella.

—¡Pardiez! dijo Lorin, haz el uso que quieras de ella; esa es cuenta tuya.

—¿Con qué dices? replicó Mauricio.

—Digo que voy a dártela ahora mismo; pero déjame antes desembarazarnos de esa canalla. Además quisiera antes de separarme de ti, darte un buen consejo.

—Dámelo, te esperaré.

Y Lorin se dirigió hacia sus guardias nacionales que continuaban sujetando con sus bayonetas a los voluntarios.

—Supongo que ahora no chistaréis, dijo.

—No, perro girondino, contestó el jefe.

—Te engañas, amigo mío, respondió Lorin con calma, pues nosotros somos mejores descamisados que tú, porque pertenecemos al club de las Termópilas, de cuyo patriotismo creo que nadie dudará. Dejad ir a los ciudadanos, continuó Lorin, pues ya no disputan.

—¿Y si esa mujer es sospechosa?

—Si fuera sospechosa se hubiese puesto en salvo durante la batalla en lugar de esperar, como ves, a que se concluyese.

—¡Hum! exclamó uno de los voluntarios, es muy cierto lo que dice el ciudadano Termópila.

—Por otra parte, ya sabremos si es o no sospechosa, puesto que mi amigo va a conducirla al puesto, en tanto que nosotros vamos a beber a la salud de la nación.

—¿Vamos a beber? dijo el jefe.

—Ciertamente, yo tengo mucha sed, y conozco una buena taberna en la esquina de la calle de Tomás de Louvre.

—¿Y por qué no nos dijiste eso desde un principio, ciudadano? Nos pesa haber dudado de tu patriotismo, y en prueba de él abracémonos en nombre de la nación y de la ley.

—Abracémonos, dijo Lorin.

Y los voluntarios y los guardias nacionales se abrazaron con entusiasmo, porque en aquella época se abrazaban con la misma facilidad que se degollaban.

—Vamos, amigos, gritaron entonces las dos tropas reunidas en la esquina de la calle de Tomás de Louvre.

—¿Y nosotros? dijeron los heridos con voz lastimera. ¿Nos vais a dejar aquí abandonados?

—¡Cómo, abandonados! dijo Lorin; abandonar a valientes que han caído peleando por la patria, contra patriotas, es verdad, por equivocación, también es verdad: vamos a enviaros unas angarillas. Entre tanto para distraeros cantad la *Marsellesa*.

Vamos, hijos de la patria,
Llegó el día de la gloria.

Después, aproximándose a Mauricio que se había quedado con su desconocida en la esquina de la calle del Gallo, le dijo, mientras los guardias nacionales y voluntarios subían agarrados del brazo hacia la plaza del palacio Igualdad:

—Mauricio, te he prometido un consejo, hele aquí; ven con nosotros y no te comprometas protegiendo a la ciudadana, que aunque me parece encantadora, no por eso es menos sospechosa; porque las mujeres encantadoras que recorren las calles de París a media noche…

—Señor, dijo la mujer, os suplico que no me juzguéis por las apariencias.

—Desde luego dice señor, lo cual es una gran falta, ¿lo entiendes, ciudadana? ¿no ves cómo yo te llamo de tú?

—¡Oh! sí, sí, ciudadano, deja a tu amigo que acabe su buena acción.

—¿De qué modo?

—Acompañándome hasta mi casa y protegiéndome en el camino.

—¡Mauricio! Mauricio, dijo Lorin, piensa en lo que vas a hacer, mira que te comprometes horriblemente.

—Lo sé, respondió el joven, pero qué quieres; si la abandono, pobre mujer, a cada paso se verá detenida por las patrullas.

—¡Oh! sí, sí, mientras que con vos, señor, mientras que contigo, ciudadano, quiero decir, puedo salvarme.

—¡Lo oyes, puede salvarse! dijo Lorin. Luego corre grandes peligros.

—Vamos, mi querido Lorin, dijo Mauricio, seamos justos. O es una buena patriota, o es una aristócrata. Si es una aristó-

crata, hemos hecho mal en protegerla; si es una buena patriota, nuestro deber es defenderla.

—Perdona, querido amigo, que te diga que tu lógica es muy estúpida. Puedes aplicarte aquellos versos que dicen:

Iris robó mi razón
Y me demanda prudencia.

—Vamos, Lorin, dijo Mauricio, deja descansar a Dorat, a Parny, y a Gentil-Bernard. Hablemos seriamente: ¿quieres o no quieres darme la consigna?

—Es decir, Mauricio, que me pones en esta necesidad de sacrificar mi deber a mi amigo, o mi amigo a mi deber. Mucho me temo, Mauricio, veas sacrificado el deber.

—Decídete, pues, a una u otra cosa, amigo mío. Mas en nombre del cielo, decídete pronto.

—¿No abusarás?

—Te lo prometo.

—No basta eso, júralo.

—¿Y sobre qué?

—Sobre el altar de la patria.

Lorin se quitó su sombrero y lo presentó a Mauricio del lado de la cucarda; lo cual pareciendo muy natural a Mauricio, hizo sin reírse el juramento pedido sobre el altar improvisado.

—Y ahora, dijo Lorin, escucha la consigna; Galia y Lutecia… acaso encuentres algunos que te dirán como a mí: Galia y Lucrecia; pero déjalos pasar, todo es romano.

—Ciudadana, dijo Mauricio, ahora estoy a vuestras órdenes. Gracias, Lorin.

—Buen viaje, dijo este cubriéndose la cabeza con el altar de la patria, y fiel a su manía poética se alejó murmurando:

Al fin, bella Leonor,
Conociste ese pecado,

Tan dulce y encantador
Que aunque tanto has deseado
Te llenaba de pavor.
Y pues conoces ahora
Ese pecado tremendo;
Aunque lo sigas temiendo,
Dime, amada Eleonora,
¿Qué cosa tiene de horrendo?

III. La calle de los Fosos de San Víctor

Al verse solo Mauricio con la joven, sintió cierta turbación, no atreviéndose a darla el brazo, luchando entre el temor de ser engañado, el atractivo de aquella maravillosa hermosura y un vago remordimiento que asaltaba su conciencia pura de republicano exaltado.

—¿A dónde vais, ciudadana? le dijo.

—¡Ah! ¡señor! muy lejos, le contestó esta.

—Pero en fin…

—Hacia el lado del jardín de las Plantas.

—Está bien; ¡vamos!

—¡Ay! Dios mío, dijo la desconocida, conozco que os molesto; pero sin la desgracia que me ha sucedido, y si supiera que no corría más que un peligro común, creed que no abusaría así de vuestra generosidad.

—Pero al fin, señora, dijo Mauricio, olvidado del lenguaje impuesto por el vocabulario de la república, ¿cómo es que os halláis a semejantes horas en las calles de París? Bien veis que excepto nosotros, no se ve en ella ni una sola persona.

—Señor, ya os lo he dicho: había ido a hacer una visita al arrabal de Roule. Habiendo salido de mi casa a mediodía sin saber nada de lo que pasa, me volvía del mismo modo: todo este tiempo lo he pasado en una casa algo retirada.

—Sí, murmuró Mauricio, en alguna casa de aristócrata. Confesad, ciudadana, que al reclamar mi apoyo, os reís interiormente porque os lo doy.

—¡Yo! exclamó, ¡cómo puedo hacer semejante cosa!

—Sin duda; veis a un republicano serviros de guía; pues bien, este republicano vende su causa; he aquí todo.

—Pero, ciudadano, dijo vivamente la desconocida, estáis en un error; yo amo tanto como vos la república.

—Entonces, si sois buena patriota, ciudadana, nada tendréis que ocultar. ¿De dónde veníais?

—¡Oh! señor, por piedad, dijo la desconocida.

Había en estas palabras una expresión de pudor tan profunda y tan dulce, que Mauricio creyó haber adivinado el sentimiento que encerraban.

—Indudablemente, dijo, esta mujer viene de alguna cita amorosa.

Y sin saber por qué sintió oprimirse su corazón con este pensamiento.

Desde este instante guardó silencio.

Entre tanto los dos paseantes nocturnos habían llegado a la calle de la Verrerie, después de haber encontrado tres o cuatro patrullas que, gracias a la consigna, los habían dejado circular libremente; pero como después se encontrasen otra, cuyo oficial opusiera al parecer alguna dificultad, creyó Mauricio deber añadir a la consigna su nombre y las señas de su casa.

—Está bien, dijo el oficial, esto por lo que hace a ti; ¿pero esta ciudadana?

—¡Ah! ¿la ciudadana?

—Sí, ¿quién es?

—Es… la hermana de mi mujer.

El oficial los dejó pasar.

—¿Conque sois casado, señor? murmuró la desconocida.

—No, señora, ¿por qué lo preguntáis?

—Porque en ese caso, dijo ella riéndose, podías haber abreviado diciendo que yo era vuestra esposa.

—Señora, dijo a su vez Mauricio, el nombre de esposa es un título sagrado que no debe darse ligeramente. Yo no tengo el honor de conoceros.

La desconocida sintió a su vez oprimirse su corazón y guardó silencio.

En aquel momento atravesaron el puente María.

La joven marchaba más presurosa, a medida que se aproximaban a la meta de la carrera.

Atravesaron el puente de la Tournelle.

—Creo que estamos ya en vuestro barrio, dijo Mauricio poniendo el pie sobre el muelle de San Bernardo.

—Sí, ciudadano, dijo la desconocida, pero precisamente aquí es donde más necesito de vuestro auxilio.

—En verdad, señora, que no os entiendo; me prohibís que sea indiscreto, y al mismo tiempo hacéis todo lo que podéis por excitar mi curiosidad. Esto no es generoso. Vamos, un poco de confianza; me parece que la he merecido. ¿No me haréis el honor de decirme a quién hablo?

—Habláis, señor, contestó la desconocida sonriendo, a una mujer a quien habéis salvado del mayor peligro que jamás ha corrido, y la cual os estará agradecida mientras viva.

—No os pido tanto, señora; sed menos agradecida, y durante este segundo decidme vuestro nombre.

—Imposible.

—Y sin embargo lo hubierais dicho al primer seccionario que os lo hubiera preguntado, si os hubieseis ido al puesto de guardia.

—No, jamás, exclamó la desconocida.

—En ese caso os hubieran encerrado en una prisión.

—Estaba decidida a todo.

—Es que en estos momentos la prisión…

—Es el cadalso, lo sé.

—¿Y hubierais preferido el cadalso?

—A la traición… porque decir mi nombre era cometer una traición.

—Bien os lo decía que me hacíais representar un papel muy singular para un republicano.

—Representáis el papel de un hombre generoso. Halláis una pobre mujer a quien insultan, no la despreciáis porque sea del pueblo, y como puede ser insultada de nuevo, para salvarla del naufragio, la acompañáis hasta el mismo barrio donde vive; he aquí todo.

—Sí, tenéis razón; ateniéndonos a las apariencias eso mismo hubiera podido creer, si no os hubiera visto, si no me hubieseis hablado; pero vuestra hermosura y vuestro lenguaje son de una mujer distinguida, y precisamente esta distinción tan contraria a vuestro traje y a ese miserable barrio, es lo que me prueba que vuestra salida a semejante hora encierra algún misterio; os calláis… ea, no hablemos más de esto. ¿Estamos todavía lejos de vuestra casa, señora?

En aquel momento entraron por la calle del Sena en la de los Fosos de San Víctor.

—¿Veis aquella casita negra? dijo la desconocida a Mauricio alargando la mano hacia un edificio situado más allá de las tapias del jardín de las Plantas. Cuando lleguemos allá, os separaréis de mí.

—Muy bien, señora; mandad, estoy a vuestras órdenes.

—¿Os enfadáis?

—¡Yo! nada de eso; por otra parte, ¿qué os importa?

—Me importa mucho, puesto que todavía tengo que pediros un favor.

—¿Cuál?

—Que me deis un adiós cariñoso y franco… un adiós de amigo.

—¡Un adiós de amigo! ¡oh! me hacéis demasiado honor, señora… Singular amigo que no sabe el nombre de su amiga; y al cual esta amiga oculta las señas de su casa, temerosa sin duda de sufrir la incomodidad de recibirle en ella.

La joven inclinó la cabeza y no contestó.

—Por lo demás, señora, continuó Mauricio, si he sorprendido algún secreto no me odiéis, pues ha sido a pesar mío.

—Ya he llegado, señor, dijo la desconocida.

Hallábanse en frente de la antigua calle de San Jacobo, formada por altas casas negras, abierta por callejas oscuras, ocupadas por molinos y tenerías, pues a dos pasos corre el riachuelo de Bievre.

—¿Aquí? dijo Mauricio, ¿cómo es que vivís aquí?

—Sí.

—¿Imposible?

—Sin embargo, es la verdad. ¡Adiós, adiós, mi valiente caballero; adiós, mi generoso protector!

—¡Adiós! señora, contestó Mauricio con ligera ironía; pero decidme para mi tranquilidad, que no corréis ningún peligro.

—Ninguno.

—En ese caso me retiro.

Y Mauricio hizo un frío saludo, dando dos pasos hacia atrás.

La desconocida permaneció por un instante inmóvil en el mismo sitio.

—No quisiera, sin embargo, separarme así de vos, dijo ella, vamos, Mr. Mauricio, vuestra mano.

Entonces sintió que la joven le ponía una sortija en el dedo.

—¡Oh! ¿ciudadana, qué hacéis? ¿No observáis que perdéis una de vuestras sortijas?

—¡Oh! señor, dijo ella, lo que hacéis está muy mal hecho.

—¿Me faltaba ese vicio, no es verdad, señora? el de ser ingrato.

—Vamos, amigo mío, os suplico que no me abandonéis así. ¿Qué pedís? ¿qué necesitáis?

—¿Para ser pagado, no es verdad? dijo el joven con amargura.

—No, dijo la desconocida con una expresión encantadora, sino para perdonarme el secreto que me veo obligada a reservaros.

Al ver Mauricio lucir en la oscuridad aquellos hermosos ojos llenos de lágrimas, al sentir temblar aquella mano tibia entre las suyas, al oír aquella voz que había descendido casi al acento de la súplica, pasó de repente de la cólera a un sentimiento exaltado.

—Lo que necesito, exclamó, es volver a veros.

—Imposible.

—Aunque no sea más que una vez, una hora, un minuto, un segundo.

—Os digo que es imposible.

—¡Cómo! preguntó Mauricio, ¿me decís formalmente que no volveré a veros?

—¡Jamás! respondió la desconocida con un eco doloroso.

—¡Oh! señora, dijo Mauricio, decididamente os burláis de mí.

Y levantó su noble cabeza, sacudiendo su larga cabellera, a manera de un hombre que quiere librarse de un poder que a pesar suyo le sujeta.

La desconocida le miraba con una expresión indefinible, conociéndose claramente que tampoco ella estaba exenta del sentimiento que inspiraba.

—Escuchad, dijo después de un momento de silencio, interrumpido solamente por un suspiro que en vano había querido Mauricio sofocar. ¡Escuchad! juradme por vuestro honor que tendréis cerrados los ojos desde el momento en que os lo diga, hasta que hayáis contado sesenta segundos… Pero juradmelo por vuestro honor.

—¿Y si lo juro, qué me sucederá?

—Sucederá que os manifestaré un agradecimiento que os prometo no mostrar jamás a nadie, aunque hagan por mí más que lo que vos habéis hecho; lo que por lo demás sería difícil.

—¿Pero, en fin, no puedo saber?…

—No; lo único que puedo deciros es que podéis fiaros de mí.

—En verdad, señora, que no sé si sois un ángel o un demonio.

—¿Juráis?

—Sí, lo juro.

—Suceda lo que quiera, no abriréis los ojos… Suceda lo que quiera, ¿comprendéis? Aunque os sintáis herido de una puñalada.

—Confieso que me dejáis atónito con semejante exigencia.

—Jurad, jurad, señor, pues creo que no arriesgáis gran cosa.

—Pues bien, juro a pesar de lo que pueda sucederme… dijo Mauricio, cerrando los ojos; pero en seguida añadió:

—Os suplico que me dejéis veros una sola vez, es la última.

La joven echó abajo su capucha con una sonrisa que no estaba exenta de coquetería; y a la luz de la luna que en aquel momento se deslizaba entre dos nubes, pudo ver por segunda vez sus largos cabellos que colgaban en bucles de ébano, el arco perfecto de sus dos cejas que parecía dibujado con tinta de china, dos ojos negros y lánguidos, una nariz de la forma más perfecta, labios frescos y brillantes como el coral.

—¡Oh, sois bella, muy bella, demasiado bella! exclamó Mauricio.

—Cerrad los ojos, dijo la desconocida.

Mauricio obedeció.

La joven cogió sus dos manos entre las suyas y le volvió como quiso. De repente un calor perfumado pareció aproximarse a su rostro, y una boca tocó la suya, dejando entre sus dos labios la sortija que había rehusado.

Aquella fue una sensación rápida como el pensamiento, abrasadora como una llama. Mauricio experimentó una emoción que se asemejaba casi al dolor, tan inesperada y profunda era, tanto había penetrado en el fondo del corazón y hecho estremecer sus fibras secretas.

Mauricio hizo un movimiento brusco extendiendo los brazos hacia adelante.

—¡Vuestro juramento! gritó una voz que se alejaba.

Lindey apoyó sus manos crispadas sobre sus ojos para resistir a la tentación de faltar a su juramento. No contó ya, no pensó, permaneció mudo, inmóvil y vacilante.

Al cabo de un momento oyó como el ruido de una puerta, que se cerraba a cincuenta o sesenta pasos de él; en seguida todo volvió a quedar en silencio.

Entonces separó sus dedos, abrió los ojos, miró en torno suyo como un hombre que despierta, y tal vez hubiera creído que despertaba en efecto, y que todo lo que acababa de sucederle no era más que un sueño, si no hubiese tenido apretada entre sus labios la sortija que hacía de aquella increíble aventura una incontestable realidad.

IV. Costumbres de la época

Cuando Mauricio Lindey volvió en sí y miró en torno suyo, no vio más que callejuelas sombrías que se extendían a su derecha o izquierda; trató de buscar, de reconocerse, pero su espíritu estaba turbado, la noche oscurísima, la luna que había salido por un instante para alumbrar el rostro encantador de la desconocida, había vuelto a esconderse entre las nubes. Después de un momento de cruel incertidumbre, Mauricio volvió a tomar el camino de su casa situada en la calle de Roule.

Al llegar a la de Sainte-Avoie, no pudo menos de sorprenderse de la multitud de patrullas que circulaban en el barrio del Temple.

—¿Qué hay, sargento? preguntó al jefe de una patrulla que venía a pasos acelerados, y acababa de hacer una pesquisa en la calle de las Fuentes.

—¿Qué hay? dijo el sargento, qué ha de haber, mi oficial, que esta noche han querido robar a la mujer Capeto con toda su gazapera…

—¿Y cómo?

—Una patrulla falsa que no sé cómo se había proporcionado la consigna, se introdujo en el Temple bajo el uniforme de cazadores de la guardia nacional, con objeto de robar esa familia. Por fortuna, el que hacía de comandante, al hablar con el oficial de guardia, le llamó *señor*, y el aristócrata se vendió a sí mismo.

—¡Diablo! exclamó Mauricio, ¿y han sido presos los conspiradores?

—No, la patrulla pudo salir a la calle, y allí se dispersó.

—¿Y hay alguna esperanza de atrapar a esos mándrias?

—¡Oh! no hay entre ellos más que uno a quien importa atrapar, esto es al jefe, que es un hombre alto, flaco… el cual se había introducido entre la guardia haciéndose pasar por uno de los municipales de servicio. El malvado nos ha hecho correr; pero habrá hallado alguna puerta falsa y se habrá escapado por las Madelonnettes.

En cualquiera otra ocasión Mauricio se hubiera quedado toda la noche con los patriotas que velaban por la salvación de la república; pero hacía ya una hora que el amor de la patria no era su único pensamiento. Continuó, pues, su camino, borrándose poco a poco en su espíritu la noticia que acababa de saber, y desapareciendo tras el acontecimiento que acababa de sucederle. Por otra parte, esas supuestas tentativas de rapto eran tan frecuentes, y aun los mismos patriotas sabían que en ciertas ocasiones se servían todos de ellas como de un medio político, que aquella noticia no había inspirado gran inquietud al joven republicano.

Al entrar Mauricio en su casa encontró a su *oficioso*: en aquella época no había ya criados. Mauricio, decimos, encon-

tró a su oficioso que le esperaba, y que esperándole se había dormido y durmiendo roncaba de inquietud.

Despertole con todos los miramientos debidos a su semejante, hizo que le quitara las botas; le despidió a fin de no distraerse de su pensamiento, se metió en la cama, y como se hacía tarde y él era joven, se durmió a su vez a pesar de la preocupación de su espíritu.

Al día siguiente halló una carta sobre su mesa de noche.

Aquella carta estaba escrita con una letra fina, elegante y desconocida: miró el sello y vio que tenía por divisa esta palabra inglesa: *Nothing. Nada.*

La abrió; contenía estas palabras:

«¡Gracias!

«¡Gratitud eterna, en cambio de un eterno olvido!!!…»

Mauricio llamó con la voz a su criado, pues los verdaderos patriotas no los llamaban ya con campanilla, porque este instrumento recordaba la servidumbre; además, muchos oficiosos ponían al entrar en casa de sus amos esta condición a los servicios que consentían en prestarles.

El oficioso de Mauricio había recibido hacía treinta años, poco más o menos, en las fuentes bautismales el nombre de Juan; pero en 92 se había desbautizado por su propia autoridad, por parecerle que Juan respiraba aristocracia y deísmo y se puso el nombre de Scévola.

—Scévola, preguntó Mauricio, ¿sabes de quién es esta carta?

—No, ciudadano.

—¿Quién te la ha entregado?

—El conserje.

—¿Quién la ha traído?

—Cualquiera, puesto que no tiene el sello de la nación.

—Baja y suplica al conserje que suba.

El conserje subió porque era Mauricio quien le llamaba, y porque Mauricio era muy amado de todos los oficiosos con quienes estaba en relación; pero el conserje declaró que si hubiera sido otro inquilino le hubiera suplicado que bajase.

El conserje se llamaba Arístides.

Mauricio le preguntó y supo que un hombre desconocido había traído aquella carta a las ocho de la mañana, y por más que quiso multiplicar sus preguntas y reproducirlas bajo diferentes formas, el conserje no pudo contestarle otra cosa.

Mauricio le suplicó que aceptase diez francos, invitándole a que si ese hombre volvía a presentarse, le siguiera con disimulo y volviera a decirle a donde había ido.

Apresurémonos a decir que con gran satisfacción de Arístides, algo humillado por aquella proposición de seguir a uno de sus semejantes, el hombre no volvió a parecer.

Luego que quedó solo Mauricio, estrujó la carta con despecho, sacó la sortija de su dedo y la puso con la carta arrugada sobre su mesa de noche, se volvió hacia la pared con la loca pretensión de dormirse de nuevo; pero al cabo de una hora, arrepentido de su fanfarronada, besaba la sortija y volvía a leer la carta: la sortija era un zafiro muy precioso.

La carta era, como hemos dicho, un lindo billete, cuya aristocracia trascendía a una legua.

Cuando Mauricio se entregaba a este examen, se abrió la puerta de su cuarto. Volvió a colocar la sortija en su dedo y metió la carta debajo de su almohada. ¿Era aquello pudor de un amor naciente? ¿Era vergüenza de un patriota que no quiere que se sepa que está en relaciones con personas tan imprudentes que escriben billetes, cuyo perfume solo podía comprometer, así la mano que lo había escrito como la que lo abría?

El que de aquel modo entraba era un joven vestido de patriota, pero patriota de la más suprema elegancia. Su carmañola era de paño fino; su calzón de casimir y sus medias de fi-

nísima seda. En cuanto a su gorro frigio, hubiera avergonzado por su forma elegante y su hermoso color de púrpura al del mismo París.

Llevaba además en su cinto un par de pistolas de la ex-real fábrica de Versalles, y un sable recto y corto, semejante al de los discípulos del Campo de Marte.

—¡Ah! ¡duermes, Bruto, dijo aquel nuevo personaje, y la patria está en peligro!

—No, Lorin, dijo riendo Mauricio, no duermo; estoy soñando.

—Sí, comprendo.

—Pues yo no comprendo.

—¡Bah! ¿y la bella Eucaris?

—¿De quién hablas? ¿quién es esa Eucaris?

—¿Quién ha de ser? La mujer.

—¿Qué mujer?

—La mujer de la calle de San Honorato, la mujer de la patrulla, la desconocida por quien tú y yo expusimos nuestra cabeza ayer noche.

—¡Oh! sí, dijo Mauricio que sabía perfectamente lo que quería decir su amigo, pero que sin embargo afectaba no comprenderle, ¡la mujer desconocida!

—¿Y bien, quién era?

—No sé nada.

—¿Era bonita?

—¡Puf! exclamó Mauricio alargando desdeñosamente los labios.

—Alguna pobre mujer olvidada en una cita amorosa.

¡Oh! cuán grande es la flaqueza
De los míseros mortales;

Pues siempre el amor tirano
Subyuga sus voluntades.

—Es posible, murmuró Mauricio, a quien en aquel momento repugnaba esa misma idea que tuvo en un principio, y que prefería ver en su bella desconocida una conspiradora a una mujer enamorada.

—¿Y dónde vive?

—No sé nada.

—¡Bah! ¡no sabes nada, imposible!

—¿Por qué es imposible?

—Porque la has acompañado.

—Se me ha escapado en el puente María.

—¡Escapártese a ti, exclamó Lorin soltando una gran carcajada. ¿Escapártese a ti una mujer? ¡Vaya! ¡vaya!

¿Puede escapar la paloma
Cuando la acomete el buitre,
Ni la corza en el desierto
De entre las garras del tigre?

—Lorin, dijo Mauricio, ¿será posible que no te acostumbres nunca a hablar como todo el mundo? me abrumas horriblemente con tu atroz poesía.

—¡Cómo! ¡hablar como todo el mundo! me parece que yo hablo mejor que todo el mundo. Yo hablo como el ciudadano Demoustier, en prosa y en verso. En cuanto a mi poesía, yo sé de una Emilia a quien no le parece mala; pero volvamos a la tuya.

—¿A mi poesía?

—No, a tu Emilia.

—Pues qué ¿tengo alguna Emilia?

—¡Vamos! ¡vamos! tu corza se habrá hecho una hiena y te habrá enseñado los dientes, de suerte que estás vejado, pero

enamorado.

—¡Yo enamorado! dijo Mauricio meneando la cabeza.

—Sí, tú enamorado,

Más daño causa Citeres
Con el fuego de sus ojos,
Que el gran Júpiter tonante
Con los rayos de su enojo.

—Lorin, dijo Mauricio armándose de una llave que estaba sobre su mesa de noche, te declaro que no dirás ya un solo verso que no te lo silbe.

—Entonces hablemos de política. Por otra parte, yo había venido a eso; ¿sabes la noticia que hay?

—Sé que la viuda de Capeto ha querido evadirse.

—¡Bah! eso no es nada.

—¿Pues qué, hay más?

—El famoso caballero de Casa-Roja está en París.

—¿De veras? exclamó Mauricio incorporándose en la cama.

—Él mismo en persona.

—¿Pero cuándo ha entrado?

—Ayer tarde.

—¿Cómo?

—Disfrazado de cazador de la guardia nacional.

Una mujer, que se cree sea una aristócrata disfrazada, le llevó la ropa a la barrera; un momento después entraron agarrados del brazo; y solo al pasar fue cuando el centinela concibió alguna sospecha. Había visto pasar a la mujer con un lío y la veía volver con una especie de militar debajo del brazo; esto era ambiguo; dio, pues, la voz de alarma y corrieron tras ellos; pero desaparecieron en una casa de la calle de San Honorato, cuya puerta se abrió como por encanto. La casa tenía

otra salida a los Campos Elíseos. Buenas noches, el caballero de Casa-Roja y su cómplice se convirtieron en humo; bien pueden demoler la casa y guillotinar al propietario; pero esto no impedirá al caballero que vuelva a hacer su tentativa que hace cuatro meses se le frustró por la primera vez, y ayer por la segunda.

—¿Y no está preso? preguntó Mauricio.

—Sí, prende a Proteo, querido amigo, prende a Proteo; ya sabes el mal que resultó a Aristeo de llevar a cabo esta empresa.

Pastor Aristoeus, fugiens Peneia Tempe.

—¡Cuidado! dijo Mauricio llevando su llave a la boca.

—¡Cuidado! te digo yo también, porque esta vez no es a mí a quien silbarás sino a Virgilio.

—Es verdad, y mientras no lo traduzcas, nada tengo que decir. Pero volvamos al caballero de Casa-Roja.

—Sí, convengamos en que es un hombre valiente.

—En efecto, para emprender semejantes cosas se necesita gran valor.

—O mucho amor.

—¿Crees tú en ese amor del caballero a la reina?

—No creo en él; lo digo como todo el mundo. Por otra parte, ella ha dejado ya a muchos enamorados, ¿qué extraño tendría que le hubiese seducido? También ha seducido a Barnave, según dicen.

—No importa, preciso es que el caballero tenga inteligencia dentro del mismo Temple.

—Es posible:

El amor rompe los grillos
Y se burla de cerrojos.

—¡Lorin!

—¡Ah! es verdad.

—¿Luego crees eso como los demás?

—¿Por qué no?

—Porque según tu cuenta la reina habrá tenido doscientos amantes.

—Doscientos, trescientos, cuatrocientos, ella es bastante hermosa para eso. No digo que los haya amado; pero al fin, ellos la han amado. Todo el mundo ve el sol y el sol no ve a todo el mundo.

—Entonces dices que el caballero de Casa-Roja…

—Digo que se le hostiga un poco en este momento, y que si se escapa a los sabuesos de la república, será un zorro muy fino.

—¿Y qué hace la municipalidad en todo eso?

—La municipalidad va a publicar un bando mandando que cada casa deje ver, como un registro abierto, sobre su fachada, el nombre de los inquilinos y de las inquilinas. Esta es la realización de aquel sueño de los antiguos. ¡Qué no tuviera una ventana el corazón del hombre para que todo el mundo pudiera ver lo que pasa en él!

—¡Oh! ¡excelente idea! exclamó Mauricio.

—¿De abrir una ventana en el corazón de los hombres?

—No, sino de poner una lista en la puerta de las casas.

En efecto, Mauricio pensaba que este sería un medio de encontrar a su desconocida, o por lo menos, alguna huella que pudiese ponerle en camino de encontrarla.

—¿No es verdad? dijo Lorin. Yo ya he apostado a que esta medida nos dará una hornada de quinientos aristócratas. A propósito, esta mañana hemos recibido en el club una diputación de los voluntarios; se presentaron conducidos por nuestros adversarios de esta noche pasada, a quienes dejé

borrachos como cubas. Se presentaron, digo, con guirnaldas de flores y coronas de siempre-vivas.

—¿De veras? replicó Mauricio riendo, ¿y cuántos eran?

—Eran treinta, se habían afeitado y llevaban ramos en los ojales de las levitas. Ciudadanos del club de los Termópilas, dijo el orador, como verdaderos patriotas que somos, deseamos que no se turbe la unión de los franceses, y venimos a fraternizar de nuevo.

—¿Y entonces?

—Entonces, hemos fraternizado otra vez y reiteradamente, como dijo Diaforius, se hizo un altar a la patria con la mesa del secretario, y dos botellas en las que se pusieron ramos de flores. Como tú eras el héroe de la fiesta, te llamaron tres veces para coronarte; y como no respondiste porque no estabas allí y es menester siempre que se corone alguna cosa, se coronó el busto de Washington. He aquí el orden y la marcha con que se ha verificado la ceremonia.

Al terminar Lorin esta verídica relación, que en aquella época nada tenía de burlesca, se oyeron rumores en la calle; y tambores, primero lejanos y después cada vez más próximos, dejaron oír el ruido tan común entonces de la generala.

—¿Qué significa eso? preguntó Mauricio.

—Pregonan el bando de la municipalidad, dijo Lorin.

—Corro a la sección, dijo Mauricio saltando fuera de la cama y llamando a su oficioso para que viniera a vestirle.

—Y yo voy a acostarme, dijo Lorin; no he dormido más que dos horas esta noche, gracias a tus furiosos voluntarios. Si no es cosa de cuidado la refriega, me dejarás dormir, pero si dura mucho, ve a avisarme.

—¿Y por qué te has puesto tan majo? preguntó Mauricio dirigiendo una mirada a Lorin que se levantaba para retirarse.

—Porque para venir a tu casa he tenido que pasar por la calle de Bethisy, y porque en la calle de Bethisy en un piso tercero hay una ventana que se abre siempre que yo paso.

—¿Y no temes que te equivoquen con un currutaco?

—Un currutaco, ¡yo! nada de eso; todo el mundo me conoce por un buen descamisado. Pero es menester hacer algún sacrificio al bello sexo. El culto de la patria no excluye el del amor, por el contrario, el uno manda al otro.

La república ha mandado
Que imitemos a los griegos:
Cabe el templo de las gracias,
La libertad adoremos.

Atrévete a silbar esto, te denuncio como aristócrata, y te hago rasurar de modo que no lleves jamás peluca, a Dios, querido amigo.

Lorin presentó cordialmente a Mauricio una mano que el joven secretario estrechó cordialmente, y salió rumiando un ramo de flores.

V. Qué clase de hombre era el ciudadano Mauricio Lindey

En tanto que Mauricio Lindey, después de haberse vestido precipitadamente se dirige a la sección de la calle de Lepelletier, de quien, como ya sabe el lector, es secretario, vamos a trazar a los ojos del público los antecedentes de este hombre que se ha presentado en la escena por medio de uno de esos arranques de corazón familiares a las naturalezas fuertes y generosas.

El joven había dicho la verdad sin rebozo alguno cuando al defender la víspera a la desconocida había dicho que se lla-

maba Mauricio Lindey, y que vivía en la calle de Roule. Hubiera podido añadir que era hijo de esa media-aristocracia concedida a la gente de toga. Sus antepasados se habían distinguido hacía doscientos años por esa eterna oposición parlamentaria que ha ilustrado los nombres de los Molé y de los Maupou. Su padre, el honrado Lindey, que había pasado toda su vida gimiendo contra el despotismo, cuando la Bastilla cayó en poder del pueblo en 14 de julio de 89, se murió de sobresalto y espanto al ver el despotismo reemplazado por una libertad militante, dejando a su hijo único independiente por su fortuna, y republicano por inclinación.

Así, pues, la revolución que tan de cerca había seguido a aquel gran acontecimiento, había encontrado a Mauricio con todas las condiciones de vigor y madurez viril que convienen al atleta dispuesto a entrar en lid; educación republicana fortificada con la continua asistencia a los clubs y con la lectura de todos los folletos de la época. Dios solo sabe cuánto debía haber leído Mauricio. Desprecio profundo y razonado a la jerarquía, ponderación filosófica de los elementos que componen el cuerpo, negación absoluta de toda nobleza que no es personal, apreciación imparcial de lo pasado, entusiasmo por las ideas nuevas, simpatía por el pueblo, mezclada con la organización más aristócrata, tal era en lo moral, no el que nosotros hemos escogido, sino el que el periódico de donde tomamos este asunto nos ha dado por héroe de esta historia.

En lo físico Mauricio Lindey era un hombre de cinco pies y ocho pulgadas, de 25 a 26 años de edad, musculoso como Hércules, hermoso con esa hermosura francesa que revela en un franco una raza particular, es decir, una frente pura, ojos azules, cabellos castaños y rizados, mejillas sonrosadas y dientes de marfil.

Ya que hemos hecho el retrato del hombre, digamos algo de la posición del ciudadano.

Independiente, ya que no rico, ennoblecido con un nombre respetable y sobre todo popular, conocido por su educación

liberal y por sus principios más liberales que su educación, habíase colocado Mauricio, por decirlo así, a la cabeza de un partido compuesto de todos los jóvenes patriotas. Acaso a los ojos de los descamisados pasaba por algo moderado, y por algo aristócrata a los ojos de los seccionistas, pero aquellos le perdonaban su tibieza al verle romper como frágiles cañas las estacas más nudosas, y estos su elegancia cuando veían rodar de un puñetazo a veinte pasos de distancia al que se atrevía a mirar a Mauricio de una manera que no le convenía.

Dotado, pues, de todas estas cualidades físicas, morales y cívicas, ¿qué extraño es que hubiese asistido a la toma de la Bastilla: que hubiese formado parte de la expedición de Versalles; que hubiese peleado como un león el 10 de agosto, jornada memorable en la que, si hemos de ser justos, debemos decir que mató tantos patriotas como suizos, porque no quería ya tolerar ni al asesino bajo la carmañola, ni al enemigo de la república bajo el uniforme encarnado?

Él fue quien para exhortar a los defensores del castillo a rendirse e impedir el derramamiento de sangre, se había arrojado sobre la boca de un cañón en el momento mismo de aplicarle la mecha un artillero parisiense; él fue quien entró primero por una ventana en el Louvre, a pesar del vivísimo fuego de fusilería que le hacían cincuenta suizos y otros tantos hidalgos emboscados; y cuando vio las señales de capitulación, su terrible sable había atravesado ya más de diez uniformes; viendo entonces a sus amigos asesinar a mansalva a los prisioneros que arrojaban sus armas, que tendían sus manos suplicantes y que pedían la vida, empezó a dar sendos tajos a sus amigos, hazaña que le valiera una reputación digna de los hermosos días de Roma y de Grecia.

Declarada la guerra, Mauricio se alistó y partió para la frontera con el grado de teniente a la cabeza de los mil y quinientos primeros voluntarios que la ciudad enviaba contra los invasores, y a los cuales debían seguir cada día otros mil y quinientos.

En la primera batalla a que asistió, es decir, en Jemmapes, recibió un balazo que después de haber dividido los músculos de acero de su hombro, fue a aplastarse contra el hueso. Un mes entero pasó Mauricio en París, devorado por la fiebre y revolcándose en su lecho de dolor; pero viósele en enero mandar, sino de nombre, a lo menos de hecho, el club de las Termópilas, es decir, a cien jóvenes parisienses de la clase media, armados para oponerse a toda tentativa en favor del tirano Capeto; hay más, Mauricio, fruncido el ceño por una cólera sombría, la vista dilatada, pálida la frente y el corazón apagado por una mezcla singular de odio moral y de piedad física, asistió, puesta la mano sobre la empuñadura de su sable, a la ejecución del rey, y, solo quizá entre toda aquella multitud, permaneció mudo cuando cayó la cabeza de aquel hijo de San Luis cuya alma subía al cielo; solo al caer aquella cabeza levantó en alto su temible sable, y todos sus amigos gritaron ¡viva la libertad! sin advertir que esta vez no se había mezclado la voz de Mauricio a la suya.

Tal era el hombre que en la mañana del 11 de marzo se encaminaba hacia la calle de Lepelletier, y al cual nuestra historia va a dar más relieve en los pormenores de una vida borrascosa como la que casi todos llevaban en aquella época.

Cerca de las diez llegó Mauricio a la sección de que era secretario.

Grande era el tumulto que reinaba en ella. Tratábase de votar un mensaje a la Convención para reprimir las tramas de los girondinos, y esperaban con la mayor impaciencia a Mauricio.

No se hablaba de otra cosa que de la vuelta del caballero de Casa-Roja, de la audacia con que este encarnizado conspirador había entrado por segunda vez en París, a pesar de que no ignoraba que en esta ciudad se había puesto a precio su cabeza, creyendo muchos que esta entrada tenía relación con la tentativa, hecha la víspera en el Temple, y expresando todos su odio e indignación contra los traidores y aristócratas.

Empero contra la esperanza general Mauricio se mostró indiferente y silencioso, redactó hábilmente la proclama, terminó en tres horas toda su tarea, preguntó si estaba levantada la sesión, y como se le contestase afirmativamente, cogió su sombrero, salió y se encaminó hacia la calle de San Honorato.

Al llegar allí le pareció París enteramente nuevo. Volvió a ver la esquina de la calle del Gallo, donde en la noche anterior se le había aparecido la desconocida forcejeando por desasirse de las manos de los soldados. Entonces siguió desde la calle del Gallo hasta el puente María el mismo camino que había recorrido con ella, parándose donde las diferentes patrullas los habían detenido, repitiendo en varios sitios, que le devolvían sus palabras, el diálogo que había mediado entre ellos: era la una de la tarde y el sol que alumbraba todo este paseo hacía resaltar a cada paso los recuerdos de la noche.

Mauricio atravesó los puentes y entró pronto en la calle de Víctor, como entonces se llamaba.

—¡Pobre mujer! murmuró Mauricio, que no ha reflexionado ayer que la noche no dura más que doce horas, y que probablemente su secreto no durará más que la noche. A la claridad voy a hallar la puerta por donde se ha deslizado, ¿y quién sabe si no la veré también en alguna ventana?

Entró entonces en la antigua calle de San Jacobo, y se colocó como la desconocida lo había colocado la víspera. Cerró un instante los ojos, creyendo acaso, ¡pobre loco! que el beso de la víspera iba a quemar otra vez sus labios; pero no sintió más el recuerdo, si bien el recuerdo quemaba todavía.

Abrió en seguida los ojos y vio las dos callejuelas una a su derecha y otra a la izquierda, fangosas, mal empedradas, guarnecidas de barreras y cortadas por puentecillos que servían para pasar un arroyo. Veíase allí arcos de madera, rincones, veinte puertas mal aseguradas, podridas, que revelaban el trabajo grosero en toda su miseria, y la miseria en toda su hediondez. Alguno que otro jardín, cerrados los más con empalizadas de estacas; pieles secándose bajo los cobertizos y

exhalando ese insoportable hedor de tenería que levanta el estómago más fuerte. Mauricio buscó, combinó durante dos horas y nada halló, nada adivinó; diez veces se internó en aquel laberinto y diez veces volvió atrás para orientarse; pero todas sus tentativas fueron inútiles y todas sus investigaciones infructuosas. Las huellas de la joven parecían haber sido borradas por la niebla y la lluvia.

—Vamos, dijo para sí Mauricio, he soñado. Esta cloaca no puede haber servido ni por un instante de retiro a mi bella hada de esta noche, y para no empañar la aureola que alumbraba la cabeza de su desconocida, se retiró a su casa, sumergido en esta idea, aunque no por eso menos desesperado.

—¡Adiós! dijo, bella misteriosa; me has tratado como un tonto o un niño. En efecto, ¿habría venido conmigo hasta este sitio si estuviese aquí su casa? ¡No! ella no ha hecho más que pasar como un cisne sobre un pantano inmundo, y su huella es invisible como la del pájaro en el aire.

VI. El Temple

Aquel mismo día y a la misma hora en que Mauricio, dolorosamente desengañado, volvía a pasar el puente de la Tournelle, muchos municipales acompañados de Santerre, comandante de la guardia nacional parisiense, hacían una visita severa en la gran torre del Temple, transformada en cárcel desde el 13 de agosto de 1792, visita hecha con más escrupulosidad en el tercer piso, compuesto de una antecámara y de tres piezas.

Uno de estos aposentos estaba ocupado por dos mujeres, una niña y un niño de nueve años, todos vestidos de luto.

La mayor de estas mujeres podía tener de treinta y siete a treinta y ocho años. Estaba sentada y leía delante de una mesa.

La segunda estaba también sentada y bordando; y su edad era sobre poco más o menos de veinte y ocho a veinte y nueve años.

La niña frisaba en los catorce y estaba de pie al lado del niño que enfermo y acostado tenía los ojos cerrados como si durmiese, aunque evidentemente fuese imposible que durmiera con el ruido que hacían los municipales.

Unos levantaban los colchones de las camas, otros sacudían las sábanas, otros, en fin, que habían terminado sus pesquisas, miraban con un descaro insolente a las desgraciadas prisioneras que permanecían con los ojos obstinadamente bajos, la una sobre su libro, la otra sobre su labor, y la tercera sobre su hermano.

La mayor de estas mujeres era alta, pálida y hermosa; la que leía parecía sobre todo concentrar toda su atención en su libro, aunque, según todas las probabilidades, fuesen sus ojos los que leyeran, y no su espíritu.

Entonces uno de los municipales se aproximó a ella, cogió brutalmente el libro que tenía en la mano, y lo arrojó en medio de la estancia.

La prisionera alargó la mano hacia la mesa, cogió otro volumen y continuó leyendo.

El montañés hizo un gesto furioso para arrancar este segundo volumen, como había hecho con el primero; pero a este gesto, que hizo temblar a la prisionera que bordaba cerca de la ventana, se lanzó la niña, rodeó con sus brazos la cabeza de la lectora, y murmuró llorando:

—¡Ah! ¡pobre madre, pobre madre!

Entonces la prisionera aplicó su boca al oído de la niña, como para abrazarla, y le dijo:

—María, en la estufa hay un billete oculto, quítalo de ahí.

—¡Vamos, vamos! dijo el municipal tirando brutalmente de la niña, y separándola de su madre, ¿acabaréis de abrazaros?

—Señor, dijo la niña, ¿ha decretado la Convención que los hijos no puedan ya abrazar a sus madres?

—No; pero ha decretado que se castigará a los traidores y a los aristócratas, y por lo mismo hemos venido a preguntaros. Vamos, Antonieta, responde.

La mujer a quien de aquel modo tan grosero se interpelaba, ni aun se dignaba mirar a su interpelante; lejos de esto, volvió la cabeza, y un ligero rubor pasó por sus mejillas pálidas por el dolor, y surcadas por las lágrimas.

—Es imposible, continuó aquel hombre, que hayáis ignorado la tentativa de esta noche. ¿De quién procede?

La prisionera siguió guardando silencio.

—Responded, Antonieta, dijo entonces Santerre aproximándose sin notar la convulsión de horror que se había apoderado de la joven al ver aquel hombre que en la mañana del 21 de enero había venido al Temple en busca de Luis XVI para conducirlo al cadalso. Responded. Esta noche se ha conspirado contra la república y se ha tratado de sustraeros al cautiverio que, mientras llega la hora del castigo para vuestros crímenes, os impone la voluntad del pueblo. ¿Decid, sabíais que se conspiraba?

María tembló al contacto de aquella voz y se retiró cuanto pudo como para huir de ella; pero sin contestar una palabra a Santerre, como había hecho con el municipal.

—¿Con que no queréis responder? dijo Santerre dando una fuerte patada.

La prisionera tomó otro volumen de encima de la mesa.

Santerre se volvió: el brutal poder de aquel hombre que mandaba a ochenta mil hombres y que le había bastado un

gesto para cubrir la voz de Luis XVI moribundo, se estrellaba contra la dignidad de una pobre prisionera, cuya cabeza podía derribar también, pero que no podía humillar.

—¿Y vos, Isabel, dijo a la otra persona, que había interrumpido por un instante su labor para juntar las manos y suplicar, no a aquellos hombres, sino a Dios, respondéis?

—No sé lo que preguntáis, dijo, por consiguiente no puedo contestaros.

—¡Voto a Cribas! ciudadana Capeto, dijo Santerre impacientándose, bien claro hablo. Digo que ayer se hizo una tentativa para facilitaros la evasión y que debéis conocer a los culpables.

—Nosotras no estamos en comunicación con nadie de fuera, señor; no podemos, pues, saber ni lo que hacen por nosotras, ni contra nosotras.

—Está bien, dijo el municipal, vamos a ver lo que dice tu sobrino.

Y se aproximó al lecho del joven Delfín.

Al ver esta amenaza, María Antonieta se levantó de repente.

—Señor, dijo, mi hijo está enfermo y duerme…. No le despertéis.

—Pues responde tú.

—No sé nada.

El municipal se dirigió en derechura a la cama del Delfín, que, como hemos dicho, se fingió dormido.

—¡Vamos! ¡vamos! despierta, Capeto, dijo meneándolo brutalmente.

El niño abrió los ojos y se sonrió.

Los municipales rodearon entonces su lecho.

La reina agitada por el dolor y el temor, hizo una seña a su hija que aprovechando aquel momento, se deslizó a la pieza

inmediata, abrió una de las bocas de la estufa, sacó el billete, lo quemó y volvió en seguida a la estancia donde estaba su madre a quien tranquilizó con una mirada,

—¿Qué queréis? preguntó el niño.

—Saber si has oído algo esta noche.

—No, he estado durmiendo.

—Según parece te gusta mucho dormir.

—Sí, porque cuando duermo sueño.

—¿Y qué sueñas?

—Que veo a mi padre a quien habéis matado.

—¿Conque no has oído nada? dijo vivamente Santerre.

—Nada.

—Estos lobeznos están verdaderamente de acuerdo con la loba; dijo el municipal furioso; y sin embargo, aquí ha habido una conjuración.

La reina se sonrió.

—La austriaca se mofa de nosotros, exclamó el municipal. Enhorabuena, cumpliremos en todo su rigor el decreto de la municipalidad. Levántate, Capeto.

—¿Qué vais a hacer? exclamó la reina fuera de sí, ¿no veis que mi hijo está enfermo, que tiene calentura? ¿Queréis asesinarle?

—Tu hijo, dijo el municipal, es un objeto de alarma continua para el consejo del Temple, porque en él ponen sus miras los conspiradores, que creen poder facilitar la evasión a todos vosotros. ¡Que vengan; que vengan aquí! ¡Tison!... Llamad a Tison.

Tison, era un jornalero encargado de la limpieza de la prisión, como de cuarenta años, de tez morena, semblante rudo y salvaje y cabellos negros y crespos que le llegaban hasta las cejas.

Tison, dijo Santerre, luego que aquel se presentó al llamamiento; ¿quién trajo ayer la comida a los detenidos?

Tison, citó un nombre.

—¿Y la ropa?

—Mi hija.

—¿Es lavandera tu hija?

—Ciertamente.

—¿Y le has dado la parroquia de tus presos?

—¿Por qué no? Tanto vale que gane ella esto como otra. Además, el dinero no es ya de los tiranos, sino de la nación que paga por ellos.

—Te han dicho que examines la ropa con atención.

—¿Y qué? ¿no cumplo con este deber? En prueba de ello, ayer mismo vi un pañuelo en el que habían hecho dos nudos, y le llevé al consejo, el cual mandó a mi mujer que los desatara, y entregase a Mme. Capeto sin decirle nada.

A esta indicación de los dos nudos hechos en el pañuelo, la reina tembló, dilatándose sus pupilas, y Mme. Isabel y ella se dirigieron una mirada.

—Tison, dijo Santerre, tu hija es una ciudadana de cuyo patriotismo nadie duda, pero desde hoy no volverá al Temple.

—¡Oh! ¡Dios mío! dijo Tison asustado. ¿Qué me decís? ¡Cómo! ¿No volveré a ver ya a mi hija sino cuando salga?

—Ya no saldrás, dijo Santerre.

Tison miró en torno suyo sin fijar en ningún objeto su mirada estúpida, y de repente exclamó:

—¡No saldré ya! ¡Ah! si es así, quiero salir de una vez; hago mi dimisión; yo no soy traidor ni aristócrata para que me tengan encerrado en una prisión. Os digo que quiero salir.

—Ciudadano, dijo Santerre, obedece a las órdenes de la municipalidad y calla, si no quieres pasarlo mal; mira que soy yo quien te lo digo. Quédate aquí y vigila lo que pasa. Te advierto que no se te pierde de vista.

Durante este tiempo, la reina que se creía olvidada, se había ido tranquilizando poco a poco y volvía a colocar a su hijo en su cama.

—Haz subir a tu mujer, dijo el municipal a Tison.

Este obedeció sin decir una palabra. Las amenazas de Santerre le habían dejado manso como un cordero.

La mujer de Tison subió.

—Ven acá, ciudadana, dijo Santerre, nosotros vamos a pasar a la antesala y entretanto registra a las detenidas.

—¿No sabes lo que pasa? dijo Tison a su mujer; no quieren que nuestra hija venga ya al Temple.

—¡Cómo! ¿no quieren ya dejar venir a nuestra hija? ¿Conque no volveremos a verla?

Tison meneó la cabeza.

—¿Qué estáis diciendo?

—Digo que presentaremos un memorial al consejo del Temple y el consejo decidirá. Entre tanto….

—Entre tanto, dijo la mujer, quiero volver a ver a mi hija.

—¡Silencio! dijo Santerre, se te ha hecho venir aquí para que registres a las prisioneras; regístralas y después veremos.

—Pero… entretanto…

—¡Oh! ¡oh! exclamó Santerre frunciendo el ceño, basta ya, y haz lo que te digo.

—Haz lo que te dice el ciudadano general; anda, mujer; ya has oído lo que dice, después veremos.

—Está bien, dijo la mujer; marchaos, estoy dispuesta a registrarlas.

Aquellos hombres salieron.

—Mi querida Mme. Tison, dijo la reina, creéis…

—Yo no creo nada, ciudadana Capeto, dijo la horrible mujer rechinando los dientes, si ya no es que tú eres la causa de todas las desgracias del pueblo. Y si no, que encuentre algo sospechoso en tu poder y verás.

Cuatro hombres se quedaron a la puerta para auxiliar a la mujer de Tison, si la reina se resistía.

Comenzó el registro por la reina.

Hallose en su poder un pañuelo con tres nudos que parecía desgraciadamente una respuesta preparada al de que había hablado Tison, un lápiz, un escapulario y un pedazo de lacre.

—¡Ah! bien lo sabía yo, dijo la mujer de Tison; ya lo había dicho a los municipales que la austriaca escribía. El otro día vi una gota de lacre en el candelero.

—¡Oh! señora, dijo la reina con acento suplicante, no enseñéis más que el escapulario….

—¿Quieres que te tenga lástima? dijo la mujer. ¿La tienen por ventura de mí?… ¿No me quitan a mi hija?

Las otras dos augustas prisioneras nada temían consigo.

La mujer de Tison llamó a los municipales, y luego que entraron con Santerre a su cabeza, les entregó los objetos hallados en poder de la reina, que pasaron de mano en mano y fueron objeto de multitud de conjeturas; sobre todo el pañuelo de los tres nudos ocupó largo tiempo a los perseguidores de la familia real.

—Ahora, dijo Santerre, vamos a leerte el decreto de la Convención.

—¿Qué decreto? preguntó la reina.

—El decreto que manda que seas separada de tu hijo.

—¿Pero es verdad que existe ese decreto?

—Sí; la Convención se interesa demasiado por la salud de un niño confiado a su guarda por la nación, para dejarlo en compañía de una madre tan depravada como tú….

Los ojos de la reina brotaron fuego.

—Pero a lo menos formulad una acusación, ¡tigres!

—No es difícil, dijo un municipal.

—¡Oh! exclamó la reina de pie, pálida y soberbia de indignación, apelo al corazón de todas las madres.

—¡Vamos, vamos! dijo el municipal, todo esto es hermoso y bueno, pero ya hace dos horas que estamos aquí y no podemos perder todo el día; levántate, Capeto, y síguenos.

—¡Jamás! ¡jamás! exclamó la reina lanzándose entre los municipales y el joven Luis, y aprestándose a defender el lecho como una leona hace con sus cachorros; jamás permitiré que me arrebaten a mi hijo.

—¡Oh! señores, dijo Mme. Isabel juntando las manos con admirable expresión de súplica, señores, en nombre del cielo, tened piedad de dos madres.

—Hablad, dijo Santerre, decid los nombres, confesad el proyecto de vuestros cómplices, explicad lo que querían decir esos nudos hechos en el pañuelo que ha traído con vuestra ropa la hija de Tison, y los que tenía el pañuelo hallado en vuestro bolsillo, y entonces os dejarán vuestro hijo.

Una mirada de Mme. Isabel dirigida a la reina, parecía suplicarle que hiciera este sacrificio terrible, pero esta, enjugando orgullosamente una lágrima que brillaba como un diamante en sus párpados.

—Adiós, hijo mío, dijo. No olvides jamás a tu padre que está en el cielo, a tu madre que irá pronto a unirse con él; reza to-

das las noches y todas las mañanas la plegaria que te he enseñado. Adiós, hijo mío.

En seguida le dio el último beso, y levantándose fría e inflexible, añadió: Nada sé, señores, haced lo que gustéis.

Sin embargo, hubiera necesitado aquella reina más fuerza que la que contenía el corazón de una mujer, y sobre todo el corazón de una madre para poder resistir por mucho tiempo a un golpe tan terrible. Volvió, pues, a caer anonadada en una silla, mientras se llevaban al hijo que lloraba y le tendía los brazos, pero sin exhalar un grito.

La puerta se cerró detrás de los municipales que llevaban al augusto niño; y las tres mujeres quedaron solas.

Hubo un momento de silencio desesperado, e interrumpido solamente por algunos sollozos.

La reina fue la primera que lo rompió.

—Hija mía, dijo, ¿y ese billete?

—Lo he quemado como me lo mandasteis, madre mía.

—¿Sin leerlo?

—Sin leerlo.

—Adiós, pues, última luz, suprema esperanza, murmuró Mme. Isabel.

—¡Oh! tenéis razón, tenéis razón, hermana mía, esto es demasiado sufrir.

Volviéndose después hacia su hija, añadió:

—¿Pero a lo menos habrás visto la letra?

—Sí, madre mía, un momento.

La reina se levantó, fue a mirar a la puerta para asegurarse de que no era observada, y quitándose un alfiler de sus cabellos, se acercó a la pared, hizo salir de una hendidura un papelito plegado en forma de billete, y mostrándolo a su hija, le dijo:

—Antes de contestarme, hija mía, procura reunir todos tus recuerdos; ¿la letra era igual a esta?

—Sí, sí, madre mía, exclamó la princesa, sí, la reconozco.

—¡Loado sea Dios! exclamó la reina arrodillándose con muestras del más santo fervor. Si ha podido escribir esta mañana, es señal de que se ha salvado. ¡Gracias! ¡Dios mío, gracias! bien merecía un amigo tan noble uno de tus milagros.

—¿De quién habláis, madre mía? preguntó Mme. Real. ¿Quién es ese amigo? Decidme su nombre para que le encomiende a Dios en mis plegarias.

—Sí, tienes razón, hija mía, no olvides jamás su nombre, porque es el de un caballero honrado y valiente; de un hombre que no obra por ambición, sino con el mayor desinterés; puesto que solo se presenta en los días de desgracia. Jamás ha visto a la reina de Francia, o más bien la reina de Francia no le ha visto nunca, y sin embargo, consagra su vida a defenderla. Acaso sea recompensado como se recompensa hoy toda virtud, con una muerte terrible…. pero…. si muere…. ¡Oh! allá arriba, allá arriba le mostraré mi agradecimiento…. Se llama….

La reina miró con inquietud en torno suyo y bajó la voz:

—Se llama el caballero de Casa-Roja… Rogad por él.

VII. Juramento de jugador

Por dudosa que fuese la tentativa de rapto, pues no había tenido principio alguno de ejecución, excitó vivamente la cólera de los unos y el interés de los otros. Lo que corroboraba por otra parte este suceso de probabilidad casi material, es que la comisión de seguridad general supo que hacía tres semanas o

un mes, multitud de emigrados habían entrado en Francia por diferentes puntos de la frontera. Era evidente que personas que arriesgaban así su cabeza, no la arriesgaban sin designio, y este designio era, según todas las probabilidades, cooperar al rapto de la familia real.

Ya, a propuesta del convencional Osselin, se había promulgado el decreto terrible que condenaba a muerte a todo emigrado convencido de haber vuelto a entrar en Francia, a todo francés convencido de haber abrigado proyectos de emigración, a todo particular convencido de haber protegido la fuga o la vuelta de algún emigrado, y por último, a todo ciudadano convencido de haberle dado asilo.

Esta ley terrible inauguraba el terror; no faltaba ya más que la ley de sospechosos.

El caballero de Casa-Roja era un enemigo demasiado activo y audaz para que su entrada en París y su aparición en el Temple no produjeran las más graves medidas. En multitud de casas sospechosas se ejecutaron pesquisas más severas que cuantas hasta entonces se habían hecho; empero, exceptuando el descubrimiento de algunas mujeres emigradas que se dejaron prender, y de algunos ancianos que no se cuidaron de disputar a los verdugos los pocos días que les quedaban, las investigaciones no dieron resultado alguno.

Como es fácil suponer, de resultas de este acontecimiento las secciones estuvieron muy ocupadas durante muchos días, y por consiguiente el secretario de la sección Lepelletier, una de las más influyentes de París, tuvo tiempo para pensar en su desconocida.

Desde luego, según había resuelto al dejar la calle antigua de San Jacobo, quería olvidar; pero como le había dicho su amigo Lorin:

Cuando olvidar pretendemos,
Solo recordar podemos.

Mauricio, sin embargo, nada había dicho ni confesado, encerrando en su corazón los pormenores de aquella aventura que hubieran podido escapar a la investigación de su amigo; pero este, que conocía el carácter alegre y expansivo de Mauricio, y que le veía ya sin cesar pensativo y buscando la soledad, sospechaba, como él decía, que hubiese pasado por allí el pícaro Cupido.

Es de notar que la Francia haya tenido, entre sus diez y ocho siglos de monarquía, pocos años tan mitológicos como el año de gracia de 1793.

Entretanto, el caballero no estaba preso; ya no se oía hablar de él. La reina se contentaba con llorar en los brazos de su hija y de su hermana. El joven Delfín comenzaba en las manos del zapatero Simon ese martirio que debía en dos años reunirle a su padre y a su madre.

Hubo un instante de calma: el volcán de la montaña reposaba antes de devorar a los girondinos.

Mauricio sintió el peso de aquella calma como se siente la pesadez de la atmósfera en tiempo de tempestad, y no sabiendo qué hacer de un ocio que le entregaba todo entero a la fogosidad de un sentimiento, que si no era amor, se le parecía mucho, volvió a leer la carta, besó su hermoso zafiro, y resolvió, a pesar del juramento que había hecho, ensayar otra tentativa, no sin prometerse antes que sería la última.

El joven había pensado en una cosa y era presentarse en la sección del jardín de Plantas, y pedir allí informes al secretario, su colega; pero le retuvo la idea de que su hermosa desconocida estuviese mezclada en alguna trama política, y se estremecía de horror al considerar que una indiscreción suya pudiera conducir a aquella mujer encantadora a la plaza de la Revolución y hacer caer sobre el patíbulo aquella cabeza de ángel.

Decidiose, pues, a intentar la aventura solo y sin informe alguno. Su plan por otra parte era muy sencillo. Las listas colo-

cadas en cada puerta debían acabar de aclarar aquel misterio, y por último, como secretario que era de la calle Lepelletier, tenía pleno y amplio derecho de interrogatorio.

Cierto que Mauricio ignoraba el nombre de su desconocida; pero podía guiarse por las analogías, pareciéndole imposible que tan encantadora criatura no tuviese un nombre en armonía con su forma, algún nombre de sílfide, de hada o de ángel, porque su llegada a la tierra debía haber sido saludada como la de un ser superior y sobrehumano.

El nombre, pues, le guiaría infaliblemente. Púsose una carmañola de paño burdo, se encasquetó un gorro colorado y partió para su exploración sin avisar a nadie, armado de uno de esos garrotes nudosos que se llamaba una *constitución*, y el cual en su mano equivalía a la clava de Hércules, y provisto además de su despacho de secretario de la sección Lepelletier, cosas ambas que constituían su seguridad física y su garantía moral.

Púsose, pues, a recorrer de nuevo la calle de San Víctor, y la antigua de San Jacobo, leyendo a la luz del moribundo día todos aquellos nombres escritos con mano más o menos ejercitada sobre cada puerta.

Ya había llegado a la centésima casa, y por consiguiente a la centésima lista, sin que nada hubiera podido hacerle creer que había hallado la menor huella de su desconocida, que no quería reconocer si no en el caso de que se presentara a sus ojos un nombre parecido a lo que había soñado, cuando viendo un zapatero pintarse la impaciencia en el rostro del lector, abrió la puerta, salió con su tirapié y su cuchilla, y mirando a Mauricio por encima de sus anteojos, le dijo:

—¿Quieres saber algunas noticias sobre los inquilinos de esta casa? En ese caso, habla, ciudadano, estoy dispuesto a contestarte.

—Gracias, ciudadano, balbuceó Mauricio, buscaba el nombre de un amigo.

—Di ese nombre, ciudadano, pues conozco a todo el mundo en este barrio; ¿dónde vivía ese amigo?

—Creo que vivía en la calle antigua de San Jacobo; pero me temo que se haya mudado.

—¿Pero cómo se llama? Necesito saber su nombre.

Mauricio sorprendido permaneció por un momento vacilante, y después pronunció el primer nombre que se le vino a la memoria.

—Renato, dijo.

—¿Y su estado?

Mauricio dirigió la vista a su alrededor y no vio más que tenerías.

—Aprendiz de curtidor, contestó.

—En ese caso, dijo un vecino que acababa de pararse allí y miraba a Mauricio con cierta candidez no muy exenta de desconfianza, será menester dirigirse al maestro.

—Es justo, dijo el zapatero, es muy justo; los maestros saben los nombres de sus aprendices, y si no ahí está el ciudadano Dixmer, que es dueño de una fábrica de curtidos y que tiene más de cincuenta trabajadores en su tenería; nadie mejor que él puede informarte.

Mauricio se volvió y vio a un hombre alto, de rostro bondadoso y vestido con una riqueza que anunciaba el industrial opulento.

—Solo que, como ha dicho muy bien el ciudadano zapatero, continuó el ciudadano curtidor, convendría saber el nombre de ese amigo.

—Ya lo he dicho: Renato.

—Renato no es más que un nombre de bautismo, y lo que yo pregunto es el apellido. Todos los trabajadores inscritos en mi casa, lo están con el apellido.

—Pardiez, dijo Mauricio que empezaba a impacientarse con aquella especie de interrogatorio; no sé el apellido.

—¡Cómo! dijo el curtidor con una sonrisa en la que Mauricio creyó notar más ironía de la que aparentaba, ¡cómo! ciudadano, ¿no sabes el apellido de tu amigo?

—No.

—En ese caso es probable que no le encuentres.

Y saludando el curtidor cortésmente a Mauricio, dio algunos pasos y entró en una casa de la antigua calle de San Jacobo.

—El hecho es que si no sabes el apellido…. dijo el zapatero.

—No, no lo sé, contestó Mauricio, que ya deseaba que le armasen camorra para desfogar su mal humor, y aun debemos decir que no estaba muy distante de armarla él mismo.

—Es inútil que te canses, ciudadano, si no sabes el nombre de tu amigo, es probable como te ha dicho el ciudadano Dixmer, es probable que no le encuentres.

Y el ciudadano zapatero se metió en su cobacha encogiéndose de hombros.

Buenas ganas se pasaron a Mauricio de apalear al ciudadano zapatero, pero era viejo y su debilidad le salvó; si hubiese tenido veinte años menos, Mauricio habría dado el espectáculo escandaloso de la igualdad ante la ley, pero la desigualdad ante la fuerza.

Por otra parte el día declinaba, y Mauricio no podía contar sino con pocos minutos de luz.

Aprovechose, pues, de ellos para meterse en la primera calleja y luego en la segunda; examinó todas las puertas una a una, registró todos los rincones, miró por encima de cada empalizada, se empinó para observar por encima de cada tapia, lanzó una ojeada al interior de cada casa por el agujero de cada cerradura, llamó en algunos almacenes desiertos, sin ob-

tener respuesta y consumió en fin cerca de dos horas en esta pesquisa inútil.

Dieron las nueve de la noche. La noche había cerrado completamente; no se oía ya ningún ruido, no se percibía ningún movimiento en aquel barrio desierto, de donde parecía haberse retirado la vida con el día.

Desesperado Mauricio iba a hacer un movimiento retrógrado, cuando de repente al volver un estrecho callejón vio brillar una luz; se metió en él sin observar que acababa de desaparecer detrás de una tapia con precipitación una cabeza curiosa que hacía un cuarto de hora seguía todos sus movimientos por entre el ramaje de un árbol.

Pocos segundos después de haber desaparecido la cabeza, tres hombres que salían por una puertecita abierta en aquella misma tapia, se lanzaron en el callejón donde acababa de perderse Mauricio, en tanto que otro cerraba la puerta de este pasadizo para mayor precaución.

Al llegar Mauricio al fin del callejón encontró una plazuela en cuyo lado opuesto brillaba la luz. Llamó a la puerta de una casa pobre y solitaria, pero al primer golpe que dio se apagó la luz.

Mauricio volvió a llamar; pero nadie contestó: conociendo entonces que sin duda ese era el partido que habían tomado los vecinos de aquella casa, y convencido de que perdería inútilmente su tiempo, atravesó la plazuela y volvió a internarse en el callejón.

Al mismo tiempo giró dulcemente sobre sus goznes la puerta de la casa, salieron de ella tres hombres y sonó un silbido.

Volviose Mauricio y vio tres sombras a la distancia de dos longitudes de su bastón, y brillar a la claridad de esa especie de luz que existe siempre en medio de las tinieblas para los ojos habituados largo tiempo a la oscuridad, el reflejo de tres espadas. Entonces comprendió Lindey, que estaba cercado,

quiso hacer el molinete con su bastón; pero el callejón era tan estrecho que su bastón tropezó en las dos paredes, recibiendo al mismo tiempo en la cabeza un golpe violento que le dejó casi sin sentido. Siete hombres se arrojaron a la vez sobre él, y a pesar de la desesperada resistencia que opuso, lo derribaron al suelo, le ataron las manos y le vendaron los ojos.

Mauricio no había lanzado un grito, ni aun llamado en su auxilio; porque la fuerza y el valor quieren bastarse siempre a sí mismos, y parece como que se avergüenzan de un socorro extraño.

Por otra parte, aun cuando Mauricio se hubiese cansado de llamar en aquel barrio desierto, nadie hubiera acudido.

Mauricio, pues, fue maniatado, como hemos dicho, sin exhalar una queja, si bien había reflexionado que cuando le vendaban los ojos, no sería para asesinarle en seguida. En la edad de Mauricio toda tregua es una esperanza.

Armose, pues, de toda su presencia de espíritu y esperó.

—¿Quién eres tú? preguntó una voz todavía animada por la lucha.

—Soy un hombre a quien asesinan, respondió Mauricio.

—Y serás un hombre muerto si hablas alto, bien llames o grites.

—Si hubiese querido gritar, no habría esperado hasta ahora.

—¿Estás dispuesto a contestar a mis preguntas?

—Preguntad antes, y entonces veré si debo contestar.

—¿Quién te ha enviado aquí?

—Nadie.

—¿Con que has venido por tu propia voluntad?

—Sí.

—Mientes.

Mauricio hizo un movimiento terrible para desatar sus manos, pero vio que era imposible.

—¡Yo no miento jamás! dijo.

—De todos modos, ora vengas por tu propia voluntad, ora seas enviado, eres un espía.

—¡Y vosotros cobardes!

—¡Cobardes nosotros!

—Sí, porque sois siete u ocho contra un hombre maniatado, e insultáis a este hombre. ¡Cobardes! ¡cobardes! ¡cobardes!

Esta violencia de Mauricio, en lugar de exasperar a sus adversarios pareció calmarlos; porque esa misma violencia probaba que el joven no era lo que ellos se imaginaban; un verdadero espía hubiera temblado y pedido perdón.

—Lo que te hemos dicho no es un insulto, dijo otra voz más dulce, pero al mismo tiempo más imperiosa que ninguna de las que habían hablado. En la época en que vivimos, puede muy bien un hombre ser espía, sin dejar de ser honrado; no hay otra cosa de malo sino que se arriesga la vida.

—Cualquiera que sea el que acaba de hablarme en estos términos, puesto que lo ha hecho razonablemente, no tengo ya reparo en contarle con toda la lealtad y franqueza de mi carácter.

—Pues bien, ¿qué veníais a hacer a este barrio?

—Venía buscando una mujer.

Un murmullo de incredulidad acogió esta excusa, murmullo que creciendo poco a poco, estalló como una tempestad.

—Mientes, replicó la misma voz. Aquí no hay mujer; ninguna, ya sabemos lo que vale esa excusa. En este barrio no hay ninguna mujer a quien puedas venir a buscar; confiesa tu proyecto, o mueres.

—No creo, dijo Mauricio, que me asesinéis por solo el placer de matarme, a menos que no seáis verdaderos bandidos.

Y Mauricio hizo otro esfuerzo más violento y más inesperado que el primero para desprender sus manos de la cuerda que las ataba; pero de repente un frío doloroso y agudo le desgarró el pecho.

Mauricio hizo a pesar suyo un movimiento hacia atrás.

—¡Hola! ¿lo sientes? dijo uno de los hombres, pues ten entendido que quedan todavía ocho pulgadas iguales a la que acabas de probar.

—Acabad de una vez, dijo Mauricio con resignación.

—¿Quién eres? dijo una voz dulce e imperiosa.

—¿Es mi nombre lo que queréis saber?

—Sí, tu nombre.

—Soy Mauricio Lindey.

—¡Cómo! exclamó una voz, ¡Mauricio Lindey el revolucionario… el patriota! ¿Mauricio Lindey, secretario de la sección Lepelletier?

Estas palabras fueron pronunciadas con tanto calor que Mauricio conoció que eran decisivas, y que por consiguiente contestar a ellas de una manera o de otra, era fijar invariablemente su suerte.

Mauricio era incapaz de una cobardía, así que con la frente erguida y con voz firme contestó:

—Sí, Mauricio Lindey, sí, Mauricio Lindey, el secretario de la sección Lepelletier; sí, Mauricio Lindey, el patriota, el revolucionario, el jacobino; Mauricio Lindey, en fin, cuyo más hermoso día será aquel en que muera por la libertad.

Un silencio de muerte siguió a esta respuesta.

Mauricio Lindey presentaba su pecho, esperando de un momento a otro que la hoja, cuya punta solamente había sentido,

se sepultara toda entera en su corazón.

—¿Es eso cierto? dijo al cabo de algunos segundos una voz que revelaba cierta emoción. Ea, joven, no mientas.

—Registrad mis bolsillos, dijo Mauricio, y hallaréis mi despacho. Mirad en mi pecho, y si mi sangre no las ha borrado, hallaréis mis iniciales, una M. y una L. bordadas en la camisa.

Entonces sintió Mauricio que unos brazos vigorosos le levantaban del suelo. Durante breve rato fue conducido de este modo, oyendo abrir una puerta, y después otra más estrecha, pues apenas pudieron pasar por ellos los hombres que le llevaban.

Entre tanto continuaban los murmullos y los cuchicheos.

—Estoy perdido, dijo para sí Mauricio; van a ponerme una piedra al cuello y arrojarme al Bievre.

Pero al cabo de un instante notó que los que le llevaban subían algunos escalones. Un aire más templado hirió su rostro, y lo sentaron en una silla. Oyó cerrar con llave una puerta y los pasos se alejaron. Creyó que le dejaban solo. Aplicó el oído con toda la atención que podía prestar un hombre cuya vida depende de una palabra, y le pareció oír que aquella misma voz que ya había oído no sin sorpresa por su mezcla de firmeza y dulzura decía a los demás:

—Deliberemos.

VIII. Genoveva

Un cuarto de hora pasó que pareció un siglo a Mauricio. Nada más natural: joven, hermoso, vigoroso, sostenido en su fuerza por cien amigos fieles y desinteresados, con los cuales y por los cuales soñaba a veces la realización de grandes empresas,

se veía de repente, sin preparación alguna, expuesto a perder la vida en una celada innoble.

Comprendía que se le había encerrado en un cuarto cualquiera; ¿pero estaba vigilado?

Hizo otro esfuerzo para romper sus vínculos. Sus músculos de acero se hincharon y entiesaron, la cuerda penetró en sus carnes, pero no se rompió.

Lo más terrible era que tenía las manos atadas detrás de la espalda y no podía arrancar su venda; si hubiera podido ver, acaso habría podido huir.

Sin embargo, aquellas diferentes tentativas se habían verificado sin que nadie se opusiera a ellas, sin que nadie se moviera a su alrededor, y por tanto debía inferir que estaba solo rodeado de enemigos.

Sus pies pisaban una cosa blanda y sorda, arena, tierra, barro tal vez. Un olor acre y penetrante ofendía su olfato y denunciaba la presencia de sustancias vegetales. Mauricio pensó que estaba en algún invernadero o en alguna cosa semejante. Dio algunos pasos, chocó contra una pared, se volvió para tentar con sus manos, sintió instrumentos aratorios y lanzó una exclamación de alegría.

Haciendo esfuerzos inauditos pudo reconocer uno a uno todos aquellos instrumentos. Su fuga era ya entonces una cuestión de tiempo: si la casualidad o la Providencia le daba cinco minutos, y si entre aquellos utensilios hallaba un instrumento cortante, su salvación era segura. En efecto, halló una azada; pero para volver el hierro hacia arriba, tuvo que emprender una verdadera lucha. Sobre este hierro, que sostenía contra la pared con su cadera, cortó o más bien gastó la cuerda que sujetaba sus puños. La operación era larga, el hierro de la azada cortaba lentamente. El sudor le corría por la frente; oyó como un ruido de pasos que se aproximaban. Hizo el último esfuerzo, violento, inaudito, supremo, y se rompió la cuerda medio gastada.

Esta vez lanzó un grito de alegría, porque a lo menos estaba seguro de morir defendiéndose.

Mauricio arrancó la venda que cubría sus ojos.

No se había engañado; estaba, no en un invernadero, sino en un pabellón, donde habían encerrado algunas de esas plantas que no pueden pasar la estación de los fríos al aire libre. En un rincón estaban aquellos instrumentos de jardinería, uno de los cuales le había prestado tan gran servicio. Enfrente de él había una ventana: se lanzó hacia esta ventana, pero la halló asegurada con barras de hierro, y por delante de ella se paseaba un hombre armado de una carabina.

Al otro lado del jardín, y a treinta pasos de distancia, poco más o menos, se levantaba un pequeño kiosco que hacía juego con el en que estaba Mauricio. Tenía una celosía echada; pero al través de esta celosía brillaba una luz.

Se aproximó a la puerta y escuchó; otro centinela se paseaba por delante de la puerta. Aquellos eran los pasos que había oído.

En el fondo del corredor resonaban voces confusas, señal evidente de que la deliberación había degenerado en discusión. Mauricio no podía oír bien todo lo que se decía; pero sin embargo, algunas palabras llegaban hasta él, y entre estas palabras, como si para ellas solas fuese la distancia menos grande, oía clara y distintamente las de espía, puñal y muerte.

Mauricio redobló su atención: se abrió una puerta y oyó más distintamente.

—Sí, decía una de las voces; sí, es un espía; ha descubierto alguna cosa, y de seguro ha sido enviado para sorprender nuestros secretos. Si le damos libertad, corremos el riesgo de que nos denuncie.

—¿Y su palabra? dijo una voz.

—La dará y después faltará a ella, ¿Por ventura es noble para que nos fiemos en su palabra?

Mauricio se llenó de indignación al ver que todavía había personas que creen que es necesario ser noble para guardar la fe jurada.

—¿Pero nos conoce para denunciarnos?

—No, seguramente, no nos conoce, ni aun sabe lo que hacemos; pero sabe las señas de la casa y volverá, y sin duda bien acompañado.

El argumento pareció perentorio.

—¿Con que está decidido? dijo la voz que ya había oído Mauricio muchas veces pareciéndole que sería la del jefe.

—Sí, y mil veces sí; no comprendo vuestra magnanimidad; si la junta de salvación pública nos atrapara, ya veríais si gastaba todas esas ceremonias.

—¿Con que persistís, señores, en vuestra decisión?

—Sin duda; y espero que no trataréis de oponeros a ella.

—Yo no soy más que un voto, señores, y ya he dicho que mi opinión es que se le devuelva la libertad. Vosotros sois seis y todos opináis por la muerte. ¿De qué sirve, pues, mi oposición?

El sudor que corría por la frente de Mauricio se heló de repente.

—Va a gritar, a aullar, dijo la voz. ¿Habéis alejado a lo menos a Mme. Dixmer?

—No sabe nada. Está en el pabellón de enfrente.

—Mme. Dixmer, murmuró Mauricio, comienzo a comprender. Estoy en la casa de ese curtidor que me habló en la calle de San Jacobo, y que se alejó riéndose de mí porque no pude decirle el nombre de mi amigo. ¿Pero qué interés puede tener un curtidor en asesinarme?

Mauricio miró en torno suyo, y descubrió un almocafre con mango de fresno.

—En todo caso, dijo, antes que me asesinen, mataré más de uno.

Y se lanzó sobre el instrumento inofensivo que en su mano iba a ser un arma terrible.

En seguida se volvió detrás de la puerta, y se colocó de modo que al abrirse lo ocultase ella misma.

Su corazón palpitaba fuertemente, y en el silencio se oía el ruido de sus palpitaciones.

De repente Mauricio tembló de pies a cabeza; acababa de oír una voz que decía:

—Si quisierais creerme, lo que debíais hacer era romper un vidrio y matarle de un trabucazo por entre los hierros.

—¡Oh! no, no, nada de explosión, dijo otra voz; una explosión puede delatarnos. ¡Ah! ahora que me acuerdo ¿y vuestra mujer, Dixmer?

—Acabo de mirar por detrás de la celosía; nada sospecha; está leyendo.

—Ea, Dixmer, vais a decidir la diferencia de nuestras opiniones; ¿estáis por un tiro o por una puñalada?

—Si puede evitarse el arma de fuego me parece menos malo el puñal.

—Bueno, sea el puñal. Vamos.

—¡Vamos! repitieron a la vez las cinco o seis voces.

Mauricio era un hijo de la revolución, un corazón de bronce, una alma atea, como había muchas en aquella época; pero al oír la palabra *vamos*, pronunciada detrás de aquella puerta, que solo le separaba de la muerte, se acordó de la señal de la cruz que su madre le había enseñado cuando siendo aún muy niño, le hacía rezar sus oraciones de rodillas.

Los pasos se aproximaron, se pararon y luego rechinó la llave en la cerradura y la puerta se abrió lentamente.

En aquel minuto que había trascurrido se había dicho Mauricio:

—Si pierdo mi tiempo en llamar, me matarán. Precipitándome sobre los asesinos, los sorprendo; llego al jardín, salgo a la callejuela, y tal vez me salve.

Dando, pues, un salto de león, lanzando un grito salvaje; en que había más amenaza que espanto, derribó a los dos primeros hombres que suponiéndole atado y con los ojos vendados, estaban muy lejos de esperar semejante agresión, separó a los demás, salvó, gracias a sus piernas de acero, diez toesas en un segundo, vio al fin del corredor una puerta que daba al jardín abierta de par en par, se lanzó por ella, saltó diez escalones, se halló en el jardín y orientándose lo mejor que pudo, corrió hacia la puerta. Estaba cerrada con dos cerrojos y llave; Mauricio descorrió aquellos, pero la llave no estaba puesta en la cerradura.

Durante este tiempo habían llegado sus perseguidores a las gradas del jardín, y al verle gritaron:

—¡Allí está! ¡allí está! tiradle, Dixmer, tiradle.

Mauricio lanzó un rugido: estaba encerrado en el jardín, midió con la vista las tapias y calculó que tendrían diez pies de altura.

Todo esto fue rápido como un segundo.

Los asesinos se lanzaron en su persecución.

Mauricio les llevaba treinta pasos de delantera; miró a su alrededor con esa mirada del condenado que pide la sombra de una probabilidad de salvación para hacer de ella una realidad.

Vio el kiosco y la celosía, y detrás de la celosía, la luz.

No dio más que un brinco, un brinco de diez pies, cogió la celosía, la arrancó, saltó por la ventana y cayó en una estancia alumbrada, donde leía una mujer sentada cerca del fuego.

Esta mujer se levantó espantada gritando: socorro.

—Apártate, Genoveva, apártate, gritó la voz de Dixmer, apártate, que voy a matarle.

Y Mauricio vio apuntado a diez pasos de él el cañón de la carabina; pero apenas le mira la mujer lanza un grito terrible y en vez de apartarse como le mandaba su marido, se interpone entre él y el cañón del fusil.

Este movimiento concentró toda la atención de Mauricio sobre la generosa criatura, cuyo primer impulso había sido protegerle.

Lanza también un grito…. Acababa de reconocer a su bella desconocida.

—¡Vos!… ¡vos!… exclamó.

—¡Silencio! dijo ella, y volviéndose hacia los asesinos que armados de diferentes instrumentos se habían acercado a la ventana, exclamó:—¡Oh! ¡no le matéis! ¡no le matéis!

—Es un espía, contestó Dixmer, cuya figura dulce y apacible había tomado una expresión de resolución implacable; es un espía y debe morir.

—¡Un espía! ¡él! dijo Genoveva, él, ¡un espía! ven aquí, Dixmer, te diré una sola palabra para probarte que te engañas.

Dixmer, se aproximó a la ventana: Genoveva se acercó a él e inclinándose a su oído, le dijo algunas palabras en voz baja.

El curtidor irguió vivamente la cabeza y dijo:

—¡Él!

—El mismo, respondió Genoveva.

—¿Estás segura de lo que dices?

La joven no respondió esta vez; pero se volvió hacia Mauricio y le presentó la mano sonriendo.

Las facciones de Dixmer, volvieron a tomar una expresión singular de mansedumbre y de frialdad, y descansó en el suelo la culata de su carabina, diciendo: Ya, ya, eso es otra cosa.

Haciendo después una seña a sus compañeros para que le siguieran, se apartó con ellos y les dijo algunas palabras, alejándose todos en seguida.

—Ocultad esa sortija, murmuró Genoveva, durante este tiempo; todo el mundo la conoce aquí.

Mauricio se quitó al punto la sortija de su dedo y la guardó en el bolsillo de su chaleco.

Un instante después se abrió la puerta del pabellón, y Dixmer, sin arma, se dirigió hacia Mauricio.

—Perdonad, ciudadano, le dijo, que no haya sabido antes lo que os debía; al contarme mi mujer el servicio que le prestasteis la noche del 10 de marzo, no supo decirme vuestro nombre, porque se le había olvidado. Ignorábamos, pues, completamente quién erais, y sin este motivo, ni un momento habríamos sospechado de vuestro honor, ni de vuestras intenciones. Así, pues, os repito que me perdonéis.

Mauricio estaba estupefacto, manteniéndose de pie por un milagro de equilibrio, pues, sentía que se le iba la cabeza y que estaba próximo a caerse. Apoyose como pudo en la chimenea y dijo: ¿Pero por qué queréis matarme?

—He aquí el secreto, ciudadano, dijo Dixmer; lo confío a vuestra lealtad. Yo soy, como sabéis, maestro curtidor y director de esta tenería. La mayor parte de los ácidos que empleo en la preparación de mis pieles son mercancías prohibidas. Los contrabandistas que yo empleo tuvieron aviso de una delación hecha al consejo general, y confieso que se apoderó de mí el miedo, cuando os vi tomar informes. Mis contrabandistas han tenido más miedo que yo al ver vuestro gorro colorado y sobre todo vuestro aire decidido, y no os ocultaré que estaba resuelta vuestra muerte.

—Demasiado lo sé, exclamó Mauricio, y nada me decís de nuevo. He oído vuestra deliberación y he visto vuestra carabina.

—Ya os he pedido perdón, replicó Dixmer con aire de enternecimiento; pero debo deciros también, que gracias a los desórdenes de la época, mi asociado Mr. Morand y yo, estamos en camino de hacer una gran fortuna, pues tenemos la provisión de las mochilas, y todos los días se hacen de mil y quinientas a dos mil. Gracias al buen estado de cosas en que vivimos, la municipalidad, que tiene demasiado que hacer, no puede ocuparse en la comprobación de nuestras cuentas; de suerte que pescamos en río revuelto, tanto más, cuanto que, como os decía, las materias preparatorias de que nos surtimos por medio del contrabando, nos permiten ganar doscientos por ciento.

—¡Diablo! exclamó Mauricio, no me parece malo este oficio, y ahora comprendo vuestro temor de que la delación de mi parte lo hiciera cesar; pero ya que me conocéis estaréis tranquilo, ¿no es verdad?

—Ahora, dijo Dixmer, no os pido ya vuestra palabra, y poniéndole la mano sobre el hombro y mirándole con una sonrisa, añadió: ahora que estamos solos aquí como dos amigos, puedo decirlo; ¿qué veníais a hacer aquí? Se entiende, añadió el curtidor, que si queréis callar estáis en plena libertad de hacerlo.

—Creo que ya os lo he dicho, balbuceó Mauricio.

—Sí, una mujer, dijo el curtidor, sé que se trataba de una mujer.

—¡Dios mío! perdonadme, ciudadano, dijo Mauricio; comprendo perfectamente que os debo una explicación. ¡Pues bien! buscaba una mujer que la otra noche me dijo que vivía en este barrio; pero ni sé su nombre, ni su estado, ni su casa; solamente sé que estoy locamente enamorado de ella; que es pequeña.

Genoveva era alta.

—Que es rubia y tiene el aire vivaracho.

Genoveva era morena con grandes ojos pensativos.

—Una modistilla en fin… continuó Mauricio; así es que para agradarle me he puesto este traje popular.

—He ahí lo que explica todo, dijo Dixmer, con una fe evangélica que no desmentía la menor mirada burlesca.

Genoveva se había ruborizado, y conociendo que se ruborizaba, se había vuelto de espaldas.

—¡Pobre ciudadano Lindey! dijo Dixmer riendo, ¡qué mal rato os hemos hecho pasar! y os juro que sois la última persona a quien hubiera querido hacer mal; tan buen patriota, un hermano…. Pero a la verdad, he creído que algún mal intencionado usurpaba vuestro nombre.

—No hablemos ya de eso, dijo Mauricio, que comprendió que era tiempo de retirarse; ponedme en mi camino y olvidémoslo todo.

—¡Poneros en vuestro camino! exclamó Dixmer, abandonaros ¡ah! ¡no por cierto! quiero, o más bien, mi asociado y yo, queremos que cenéis esta noche en compañía de esos buenos muchachos que querían degollaros ahora mismo… así veréis que no son tan demonios como parecen.

—Pero permitidme que os diga, contestó Mauricio, en el colmo de la alegría al considerar que iba a permanecer algunas horas al lado de Genoveva, permitidme que os diga que no sé verdaderamente si debo aceptar…

—¡Cómo! ¡si debéis aceptar! dijo Dixmer, ya lo creo que sí, esos muchachos son patriotas buenos y francos como vos; por otra parte no creeré que me habéis perdonado, sino hasta que hayamos comido juntos.

Genoveva no decía una palabra y Mauricio se hallaba en un potro de tormento.

—A la verdad, balbuceó el joven, temo molestaros, ciudadano… este traje… estas trazas tan malas…

Genoveva le miró tímidamente y dijo:

—Nosotros ofrecemos nuestra hospitalidad de buen grado.

—La acepto, ciudadana, respondió Mauricio; haciendo una reverencia.

—Pues bien, voy a tranquilizar a nuestros compañeros, dijo el curtidor; calentaos entretanto, querido amigo.

Salió, quedando solos Mauricio y Genoveva.

—¡Ah! señor, dijo la joven con un acento al que en vano quería dar el tono de reconvención; habéis faltado a vuestra palabra; habéis sido indiscreto.

—¡Cómo! señora, exclamó Mauricio, ¿os habré comprometido? En ese caso permitid que me retire y jamás…

—¡Dios mío! exclamó ella levantándose, ¡estáis herido en el pecho! Vuestra camisa está manchada toda de sangre.

En efecto, en la camisa tan fina y blanca de Mauricio, camisa que hacía extraño contraste con un vestido grosero, se había extendido y secado una gran mancha encarnada.

—¡Oh! no tengáis cuidado, señora, dijo el joven, no es nada; uno de vuestros contrabandistas me ha pinchado un poco con su puñal.

Genoveva se puso pálida, y cogiéndole de la mano, le dijo:

—Perdonadme el mal que os han hecho; vos me habéis salvado la vida, y he estado a punto de ser causa de vuestra muerte.

—¿Por ventura no estoy bien recompensado al veros? Porque, ¿no es verdad que ni un solo instante habéis creído que buscaba yo a otra mujer?

—Venid conmigo, interrumpió Genoveva; os daré camisa limpia… No quiero que nuestros convidados os vean en ese estado, porque sería para ellos una reconvención demasiado terrible.

—Os molesto, ¿no es verdad? replicó Mauricio suspirando.

—Nada de eso, cumplo con un deber.

En seguida añadió:

—Y lo cumplo con gran placer.

Entonces condujo a Mauricio hacia un gabinete adornado con una elegancia y gusto que no esperaba hallar en la casa de un fabricante de curtidos; verdad es que este fabricante parecía millonario.

En seguida abrió Genoveva todos los armarios.

—Tomad lo que gustéis, dijo, estáis en vuestra casa.

Y se retiró.

Cuando salió Mauricio, halló a Dixmer que volvía.

—¡Vamos! ¡vamos! dijo, al comedor, no esperamos a nadie más que a vos.

IX. La cena

Cuando Mauricio entró con Dixmer y Genoveva en el comedor situado en el cuerpo de edificio adonde lo habían conducido al principio, estaba puesta la mesa, pero la sala todavía desierta.

Vio entrar sucesivamente todos los convidados hasta el número de seis.

Todos ellos eran hombres de un exterior agradable, jóvenes la mayor parte, vestidos a la moda del día, y aun dos o tres llevaban carmañola y gorro encarnado.

Dixmer les presentó a Mauricio declarando sus títulos y cualidades.

Volviéndose después hacia Mauricio, le dijo:

—Aquí tenéis, ciudadano Lindey, a todas las personas que me ayudan en mi comercio, gracias al tiempo en que vivimos, gracias a los principios revolucionarios, que han borrado las distancias, vivimos todos bajo el pie de la más santa igualdad. Todos los días la misma mesa nos reúne dos veces y tengo un verdadero placer en que hayáis querido participar de nuestra refracción de familia. Vamos, ciudadanos, vamos a cenar.

—Y…. y Mr. Morand, dijo tímidamente Genoveva; ¿no le esperamos?

—¡Ah! es verdad, respondió Dixmer. El ciudadano Morand, de quien ya os he hablado, ciudadano Lindey, es mi asociado. Él es el encargado, si puedo decirlo así, de la parte moral de la casa; él hace las escrituras, lleva los libros de caja, arregla las facturas, da y recibe el dinero, lo cual hace que sea de todos nosotros el que está más recargado de trabajo, resultando de aquí que se retarda algunas veces. Voy a avisarle.

En aquel momento se abrió la puerta y entró el ciudadano Morand.

Era un hombre de corta estatura, moreno, de cejas espesas; antiparras verdes como llevan los hombres cuya vista está cansada por el trabajo, ocultaban sus ojos negros. En las primeras palabras que dijo, reconoció Mauricio aquella voz dulce e imperiosa a la vez, que constantemente había abogado por los medios suaves en aquella terrible discusión de que él había sido víctima; estaba vestido con una levita de paño oscuro, chupa de seda blanca, y su pechera muy fina, fue muchas veces atormentada durante la cena por una mano de cuya blancura y delicadeza no pudo menos de admirar en un mercader de curtidos.

Todos ocuparon sus respectivos asientos, el ciudadano Morand a la derecha de Genoveva, y Mauricio a la izquierda; Dixmer se sentó en frente de su mujer, los demás convidados tomaron indiferentemente sus puestos alrededor de la mesa oblonga.

La cena era exquisita: Dixmer tenía un apetito de industrial, y hacía con mucho desembarazo y cordialidad los honores de su mesa. Los obreros o los que pasaban por tales, le hacían bajo este concepto buena compañía. El ciudadano Morand hablaba poco, comía menos, no bebía casi nada y se reía raras veces: Mauricio, sin duda a causa de los recuerdos que despertaba en él su voz, experimentó pronto en su favor una viva simpatía; solo tenía duda acerca de su edad, y esta duda le inquietaba; tan pronto le consideraba como un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, como lo tenía por un joven.

Dixmer creyó al sentarse a la mesa que estaba en el deber de dar a sus convidados una especie de satisfacción por haber admitido en su pequeño círculo a un extranjero.

Cumplió este deber con toda la sencillez e ingenuidad de un hombre poco habituado a mentir; pero al parecer los convidados no eran gente demasiado difícil de convencer, pues a pesar de la torpeza con que justificó el fabricante de pieles la introducción del joven, su breve discurso satisfizo a todo el mundo.

Mauricio le miraba con asombro.

—Por mi ánima, decía para sí, creo que me engaño a mí mismo. ¿Es este el mismo hombre que echando fuego por los ojos y con la voz amenazadora me perseguía con una carabina en la mano y quería matarme hace tres cuartos de hora? En aquel momento le hubiera yo tomado por un héroe o por un asesino. ¡Pardiez! ¡cómo transforma a un hombre el amor de la peletería!

Mientras Mauricio hacía todas estas observaciones, sentía en el fondo de su corazón un dolor y una alegría tan profundas a un tiempo, que no pudo darse cuenta de la verdadera situación de su alma. Hallábase al fin cerca de aquella hermosa desconocida que tanto había buscado: como lo había soñado de antemano, el nombre de aquella mujer era un nombre dulce. Embriagábase de felicidad al sentirla a su lado; absorbía sus menores palabras, y el sonido de su voz todas las veces

que resonaba, hacía vibrar hasta las cuerdas más secretas de su corazón. Pero este corazón estaba despedazado por lo que él veía.

Genoveva era tal como él la había entrevisto: la realidad no había destruido aquel sueño de una noche tempestuosa. Indudablemente aquella era la mujer elegante, de mirada triste, de espíritu elevado; aquella era la joven distinguida, obligada a causa de la ruina cada vez más profunda en que había caído la nobleza, o aliarse con la clase media en el comercio, lo cual había sucedido con mucha frecuencia en los últimos años que precedieran al famoso año de 93. Dixmer, parecía un hombre honrado, indudablemente era rico, su conducta con Genoveva era la de un hombre que se empeña en hacer feliz a una mujer; pero aquella honradez, aquella riqueza, aquellas excelentes intenciones, ¿podían llenar la inmensa distancia que existía entre la mujer y el marido, entre la joven poética, distinguida y encantadora, y el hombre de ocupaciones materiales y de aspecto vulgar? ¿Con qué sentimiento llenaba Genoveva este abismo?… ¡Ay! la casualidad probaba demasiado a Mauricio que con el amor, y mal su grado tuvo que traer a la memoria el concepto primero que había formado de la joven, es decir que la noche en que la encontró venía de una cita amorosa.

La idea de que Genoveva amaba a un hombre, atormentaba el corazón de Mauricio. Entonces suspiraba y se arrepentía de haber venido a tomar una dosis más activa de ese veneno que se llama amor. Otras veces, al escuchar aquella voz tan dulce, pura y armoniosa, al consultar aquella mirada tan límpida que parecía no temer otra cosa sino que por ella pudiera leerse hasta el fondo de su alma, Mauricio llegaba a creer que era imposible que semejante criatura engañara, y entonces experimentaba una alegría amarga al pensar que aquel hermoso cuerpo, alma y materia, pertenecía a aquel honrado industrial de bondadosa sonrisa y de chistes vulgares, y que jamás pertenecería a otro hombre más que a él.

Se habló de política, ni podía suceder otra cosa.

¿Qué decir en una época en que la política se mezclaba en todo, estaba pintada en el fondo de los platos, cubría todas las paredes y se proclamaba todos los días en las calles?

De repente uno de los convidados, que hasta entonces había guardado silencio, pidió noticias de los prisioneros del Temple.

Mauricio tembló a su pesar al oír aquella voz, pues reconoció por ella al hombre que opinando siempre por los medios extremos, le había herido primero con su puñal y en seguida había votado por la muerte.

Sin embargo, este hombre, curtidor honrado y jefe de los trabajadores de la fábrica, así a lo menos lo proclamaba Dixmer, volvió pronto a Mauricio su buen humor expresando las ideas más patrióticas y los principios más revolucionarios. El joven en ciertas circunstancias, no era enemigo de esas medidas vigorosas, tan en moda en aquella época y de las que Danton era apóstol y héroe. En el lugar de aquel hombre, cuya arma y voz le habían hecho y le hacían experimentar todavía tan punzantes sensaciones, no hubiera asesinado al que hubiese tomado por espía; pero le hubiera soltado en un jardín y allí con armas iguales, con sable en mano como su adversario, le hubiera atacado sin tregua ni misericordia. He aquí lo que habría hecho Mauricio; pero pronto comprendió que era pedir demasiado a un curtidor que hiciera lo que Mauricio hubiera hecho.

Este hombre de medidas extremas y que al parecer tenía en sus ideas políticas los mismos sistemas violentos que en su conducta privada, hablaba del Temple y se admiraba de que se confiase la guardia de sus prisioneros a un consejo permanente, fácil de corromper y a municipales, cuya fidelidad se había ya puesto más de una vez a prueba.

—Sí, dijo el ciudadano Morand, pero es preciso convenir que hasta ahora, en todas ocasiones, la conducta de esos municipales ha justificado la confianza que la nación tenía en ellos, y

la historia dirá que solo el ciudadano Robespierre merecía entre ellos el nombre de incorruptible.

—Sin duda, sin duda, replicó el interlocutor; pero de que una cosa no haya sucedido todavía, sería absurdo deducir que nunca sucederá. Lo mismo digo de la guardia nacional. Ya sabéis que alternan indistintamente en el servicio del Temple las compañías de diferentes secciones. Ahora bien, ¿no puede suceder que en una compañía de veinte o veinte y cinco hombres haya ocho o diez pícaros determinados que la noche menos pensada degüellen a los centinelas y se apoderen de los prisioneros?

—¡Bah! dijo Mauricio, ya has visto, ciudadano, que ese es un medio muy malo, puesto que hace tres semanas o un mes que han querido emplearlo y no ha producido resultado.

—Sí, replicó Morand, pero porque uno de los aristócratas que componían la patrulla tuvo la imprudencia, hablando no sé a quién, de dejar escapar la palabra *señor*.

—Y además, dijo Mauricio queriendo probar que estaba bien servida la policía de la república, porque ya había noticias de la entrada del caballero de Casa-Roja en París.

—¡Bah! exclamó Dixmer.

—¿Se sabía que Casa-Roja había entrado en París? preguntó fríamente Morand. ¿Y se sabía de qué medio se había valido para entrar?

—Perfectamente.

—¡Oh diantre! exclamó Morand inclinándose para mirar a Mauricio. Me alegraría saberlo; hasta ahora nada se nos ha dicho de positivo; pero vos, ciudadano, vos secretario de una de las principales secciones de París, debéis estar mejor informado.

—Sin duda, dijo Mauricio, por tanto lo que voy a deciros es la pura verdad.

Todos los convidados, y aun Genoveva, prestaron la mayor atención a lo que el joven iba a decir.

—Según parece, dijo Mauricio, el caballero de Casa-Roja venía de Vendée: había atravesado toda la Francia con su felicidad acostumbrada; durante el día llegó a la barrera de Roule, donde esperó hasta las nueve de la noche. A esta hora una mujer disfrazada salió por esta barrera llevando al caballero un uniforme de cazador de la guardia nacional, diez minutos después volvió con él; inspirando sospechas al centinela que la había visto salir sola y la veía volver acompañada. Dio la alarma a la guardia, esta salió, los dos culpables comprendieron que ellos eran a quienes buscaban; se metieron en una posada y por una puerta falsa se salieron a los Campos Elíseos. Parece que una patrulla adicta a los tiranos esperaba al caballero en la esquina de la Barre-du-Bec, y ya sabéis lo demás.

—¡Ah! ¡ah! dijo Morand; es curioso lo que nos contáis…

—Y sobre todo positivo, dijo Mauricio.

—Así parece a lo menos; ¿pero se sabe qué es de la mujer?

—No, ha desaparecido, y se ignora completamente quién es y lo que es.

El asociado del ciudadano Dixmer, y el mismo ciudadano Dixmer, respiraron al parecer más libremente.

Genoveva había escuchado toda aquella relación, pálida, inmóvil y muda.

—¿Pero, dijo el ciudadano Morand con su frialdad ordinaria, quién puede decir que el caballero de Casa-Roja formaba parte de esa patrulla que ha dado la alarma al Temple?

—Un municipal, amigo mío, que aquel día estaba de guardia en el Temple, le ha conocido.

—¿Luego sabía sus señas?

—Le había visto otras veces.

—¿Y qué señas tiene ese caballero de Casa-Roja? preguntó Morand.

—Es un hombre de veinte y cinco a veinte y seis años, pequeño, rubio, de fisonomía agradable, con ojos hermosos y muy buena dentadura.

Siguió a estas palabras un silencio profundo.

—Y ya que vuestro amigo el municipal, dijo Morand, ha reconocido a ese supuesto caballero de Casa-Roja, ¿por qué no lo ha arrestado?

—En primer lugar, porque no sabiendo su llegada a París, ha temido equivocarse, y en segundo lugar, porque mi amigo es algo pusilánime, y ha hecho lo que hacen los prudentes y pusilánimes: en la duda se ha abstenido.

—¿Vos no hubierais obrado así, ciudadano? dijo Dixmer a Mauricio riendo bruscamente.

—No, dijo Mauricio, lo confieso; hubiera preferido engañarme a dejar escapar un hombre tan peligroso como lo es el caballero de Casa-Roja.

—¿Y qué hubierais hecho, señor? preguntó Genoveva.

—¿Qué hubiera hecho, ciudadana? dijo Mauricio. ¡Oh! ¡Dios mío! hubiera hecho cerrar todas las puertas del Temple; me hubiera dirigido a la patrulla, y hubiera echado la mano al cuello del caballero, diciéndole: «caballero de Casa-Roja, os prendo como traidor a la nación», y una vez que le hubiera echado la mano al cuello no lo hubiera soltado, os respondo de ello.

—¿Pero qué hubiera sucedido entonces? preguntó Genoveva.

—Hubiera sucedido que se le habría formado causa a él y a sus cómplices, y que a estas horas estaría ya guillotinado, y nada más.

Genoveva tembló y dirigió a su vecino una mirada de espanto.

Pero el ciudadano Morand no reparó al parecer en aquella mirada, y bebiendo flemáticamente un vaso de vino, dijo:

—El ciudadano Lindey tiene razón; no había que hacer más que esto, y desgraciadamente no se ha hecho.

—¿Y se sabe, preguntó Genoveva, dónde para ese caballero de Casa-Roja?

—¡Bah! exclamó Dixmer, es probable que al ver abortada su tentativa, haya dejado inmediatamente a París.

—Y quizás también a Francia, dijo Morand.

—Nada de eso, nada de eso, dijo Mauricio.

—¡Cómo! exclamó Genoveva, ¿ha tenido la imprudencia de quedarse en París?

—No se ha movido de aquí.

Un movimiento general de admiración acogió esta opinión emitida por Mauricio con tanta seguridad.

—Esa será una presunción vuestra, ciudadano, dijo Morand, una presunción y nada más.

—No por cierto, es un hecho que afirmo.

—¡Oh! dijo Genoveva, confieso que por mi parte no puedo creer lo que decís; porque esa sería una imprudencia imperdonable.

—Vos sois mujer, ciudadana, y podéis comprender que hay una cosa que en un hombre del carácter del caballero de Casa-Roja puede más que todas las consideraciones de seguridad personal posibles.

—¿Y qué cosa puede moverlo más que el temor de perder la vida de una manera tan horrible?

—¿Qué ha de ser, ciudadana? dijo Mauricio; el amor.

—¡El amor! repitió Genoveva.

—Sin duda. ¿Con que no sabéis que el caballero de Casa-Roja está enamorado de Antonieta?

Dos o tres risas de incredulidad estallaron tímidas y forzadas. Dixmer miró a Mauricio, como para leer hasta en el fondo de su alma. Genoveva sintió sus ojos humedecidos por las lágrimas, y un temblor que no se escapó a Mauricio, se apoderó de todo su cuerpo. El ciudadano Morand derramó el vino de su vaso, que en aquel momento acercaba a sus labios, y su palidez hubiera asustado a Mauricio, si en aquel instante no estuviese concentrada toda su atención en Genoveva.

—¿Estáis conmovida, ciudadana? murmuró Mauricio.

—¿No habéis dicho que yo comprendería, porque era mujer? Pues bien; nosotras las mujeres nos enternecemos siempre cuando vemos una abnegación de amor, por opuesta que sea a nuestros principios.

—Y la del caballero de Casa-Roja es tanto mayor, dijo Mauricio, cuanto que se asegura que jamás ha hablado a la reina.

—¡Hola! ¡hola! ciudadano Lindey, dijo el hombre de las medidas extremas, me parece que eres muy indulgente para con ese caballero…

—¡Señor! dijo Mauricio, sirviéndose acaso con intención de la frase que había cesado de estar en uso, me gustan todas las naturalezas fieras y tempestuosas; lo cual no me impide batirme con ellos cuando los encuentre en las filas de mis enemigos. No desespero de hallar un día al caballero de Casa-Roja.

—Y… exclamó Genoveva.

—Y si le encuentro, me batiré con él.

La cena había concluido. Genoveva dio el ejemplo de la retirada levantándose la primera.

En aquel momento sonó el reloj.

—Las doce, dijo fríamente Morand.

—¡Las doce! exclamó Mauricio, las doce ya.

—He ahí una exclamación que me agrada, dijo Dixmer; porque prueba que no os habéis fastidiado y me da la esperanza de que volveremos a vernos. Esta es la casa de un buen patriota que os la ofrece cordialmente, y espero que conoceréis muy pronto, ciudadano, que es la de un verdadero amigo.

Mauricio saludó, y volviéndose hacia Genoveva, preguntó:

—¿Y la ciudadana, me permite también volver?

—Hago más que permitirlo, os lo suplico, dijo vivamente Genoveva. Adiós, ciudadano.—Y entró en su aposento.

Mauricio se despidió de todos los convidados, saludó particularmente a Morand, que le había agradado mucho, apretó la mano a Dixmer y partió aturdido, pero mucho más alegre que triste de todos los diferentes acontecimientos que le habían agitado aquella noche.

—¡Fatal, fatal encuentro! dijo después que se retiró Mauricio, la joven deshecha en lágrimas en presencia de su marido que la había acompañado hasta su cuarto.

—¡Bah! el ciudadano Mauricio Lindey, patriota reconocido, secretario de una sección, adorado, popular, es por el contrario una adquisición muy preciosa para un pobre curtidor que tiene en su casa mercancías de contrabando, respondió Dixmer sonriendo.

—Según eso, ¿creéis, amigo mío?... preguntó tímidamente Genoveva.

—Creo que es un diploma de patriotismo y un sello de absolución el que ofrece a nuestra casa, y pienso que desde esta noche estaría seguro entre nosotros el mismo caballero de Casa-Roja.

Y besando Dixmer a su mujer en la frente con un afecto más bien paternal que conyugal, la dejó en aquel pequeño pabellón que le estaba exclusivamente destinado, y volvió a la otra parte del edificio que él habitaba con los demás convidados que hemos visto rodear su mesa.

X. El zapatero Simon

Era el mes de mayo; un día puro dilataba los pechos cansados de respirar las frías nieblas del invierno, y los rayos de un sol templado y vivificador descendían sobre la negra muralla del Temple.

En el pasillo de lo interior que separaba la torre de los jardines, reían y fumaban los soldados del puesto. Empero, a pesar del día tan hermoso, a pesar de la oferta que se hizo a las prisioneras para que bajaran y se pasearan por el jardín, las tres mujeres rehusaron esta oferta; pues la reina sobre todo, desde la ejecución de su marido, se mantenía obstinadamente encerrada en su cuarto por no pasar por delante de la puerta de la habitación que había ocupado el rey en el piso segundo.

Cuando por casualidad salía a respirar el aire, desde aquella época fatal de 21 de enero, era desde lo alto de la torre, cuyas almenas se habían cerrado con celosías.

Los guardias nacionales de servicio, que tenían la consigna de dejar salir a las tres mujeres, esperaron en vano todo el día, pues ellas no quisieron hacer uso de aquella autorización.

A eso de las cinco bajó un hombre y se acercó al sargento, comandante del puesto.

—¡Ah! ¡ah! eres tú, compadre Tison, dijo este que parecía un guardia nacional de buen humor.

—¡Oh! yo soy, ciudadano; te traigo de parte del municipal Mauricio Lindey, tu amigo, que está allá arriba, este permiso concedido por el consejo del Temple a mi hija para que venga a ver a su madre.

—¿Y sales precisamente cuando tu hija va a venir, padre desnaturalizado? dijo el sargento.

—¡Ah! salgo a mi pesar, ciudadano sargento. Yo también esperaba ver a mi pobre hija que no he visto hace dos meses, y abrazarla tiernamente como un padre abraza a su hija; pero ¡ya! ¡ya! el servicio, este servicio condenado me obliga a salir. Necesito presentarme a la municipalidad para darle mi informe. Un fiacre me espera a la puerta con dos gendarmes, y esto precisamente cuando va a venir mi pobre Sofía.

—¡Desgraciado padre! dijo el sargento.

El amor de la patria a tanto llega
Que la voz de la sangre en ti sofoca,
Y al ver que la una gime, y la otra ruega,
Inmolas al deber…

—Escucha, compadre Tison, si encuentras por casualidad un consonante en *oca*, tráemelo al punto, pues me hace falta.

—Y tú, ciudadano sargento, cuando venga mi hija para ver a su pobre madre, que ansía verla, la dejarás pasar.

—La orden es terminante, respondió el sargento, a quien sin duda habrá reconocido ya el lector por nuestro amigo Lorin; así que nada tengo que decir; cuando tu hija venga pasará.

—¡Gracias, valiente Termópila, gracias! dijo Tison.

Y salió para ir a presentar su informe a la municipalidad murmurando:

—¡Ah! mi pobre mujer va a ser feliz.

—¿Sabes tú, sargento, dijo un guardia nacional viendo alejarse a Tison, oyendo las palabras que pronunciaba al alejarse; sabes tú que estas cosas hacen estremecer de lástima a cualquiera?

—Y ¿qué cosas son esas, ciudadano Devaux? preguntó Lorin.

—¿Qué cosas? contestó el compasivo guardia nacional. ¿Te parece que causa poco dolor ver a ese hombre de semblante tan duro, a ese hombre de corazón de bronce, a ese implaca-

ble guardián de la reina, retirarse con las lágrimas en los ojos entre alegre y triste, al pensar que su mujer va a ver a su hija y que él no la verá? ¡vaya! ¡vaya! es menester no reflexionar sobre esto, sargento, porque a la verdad se estremece uno demasiado.

—Sin duda, y he aquí por qué tampoco reflexiona ese hombre que se va con las lágrimas en los ojos como tú dices.

—¿Y en qué ha de reflexionar?

—En que hace tres meses también que esa mujer a quien trata tan inhumanamente no ha visto a su hijo. ¿Y sabes en qué consiste esto? En que no piensa en la desgracia de esa mujer, sino en la suya propia. Verdad es que esta mujer era reina, continuó el sargento con un tono burlón, cuyo sentido hubiera sido difícil interpretar, y que uno no está obligado a guardar a una reina los miramientos que se tienen por la mujer de un jornalero…

—No importa, todo eso es muy triste, dijo Devaux.

—Triste, pero necesario, dijo Lorin; lo mejor es como tú has dicho, no pensar en ello.

Y se puso a cantar.

Ayer Nicota,
bajo la sombra
del verde bosque,
marchaba sola.

Aquí llegaba Lorin de su canción bucólica, cuando de repente se oyó hacia la izquierda del puesto un gran ruido compuesto de juramentos, amenazas y llanto.

—¿Qué significa eso? preguntó Devaux.

—Cualquiera diría que era la voz de un niño, respondió Lorin escuchando.

—En efecto, replicó el guardia nacional, es un pobre niño a quien castigan; en verdad que no debían enviar aquí más que

a los que no tienen hijos.

—¿Quieres cantar? dijo una voz ronca y avinada.

Y la voz cantó como para dar el ejemplo.

Madama Veto prometido había
degollar a París en un solo día…

—No, dijo el niño, no cantaré.

—¿Quieres cantar?

Y la voz repitió:

Madama Veto había prometido.

—No, dijo el niño, no, no, no.

—¡Ah! ¡bribón! dijo la voz ronca.

Y el ruido silbador de una correa hendió el aire, y el niño lanzó un aullido de dolor.

—¡Ah! ¡voto a cribas! dijo Lorin, es el infame Simon que castiga al niño Capeto.

Algunos guardias nacionales se encogieron de hombros, dos o tres trataron de sonreír. Devaux se levantó y se alejó.

—Bien lo decía yo, murmuró, que los padres no debían entrar jamás aquí.

De repente se abrió una puerta baja, y el augusto niño, acosado por el látigo de su guardián, dio huyendo muchos pasos por el patio; pero resonó detrás de él en el pavimento una cosa pesada, después de haberle dado en una pierna.

—¡Ay! gritó el niño cayendo de rodillas.

—Tráeme mi horma, viborezno, o si no…

El niño se levantó y meneó la cabeza en señal de negativa.

—¡Ah! ¡ahora lo verás! gritó la misma voz, aguarda, aguarda, allá voy.

Y el zapatero Simon salió de su covacha como una fiera de su guarida.

—¡Hola, hola! dijo Lorin frunciendo el ceño, ¿qué vas a hacer, maestro Simon?

—A castigar a ese lobezno, dijo el zapatero.

—¿Y por qué queréis castigarle? dijo Lorin.

—¿Por qué?

—Sí.

—Porque ese bribonzuelo no quiere cantar como un buen patriota ni trabajar como un buen ciudadano.

—¿Pero qué te importa eso? respondió Lorin. ¿Por ventura te ha confiado la nación a Capeto para que le enseñes a cantar?

—Y yo te pregunto ahora, ciudadano sargento, dijo Simon admirado, ¿por qué te mezclas tú en lo que no te importa?

—Porque es indigno de un hombre honrado que ve maltratar a un niño injustamente, tolerar que se le maltrate.

—¡Bah! ¡bah! el hijo de un tirano.

—Es un niño, un niño que no ha participado de los crímenes de su padre, un niño que no es culpable y que por consiguiente no merece castigo.

—Y yo te digo que me lo han entregado para que haga de él lo que quiera. Quiero que cante la canción de madama Veto y la cantará.

—Pero, miserable, dijo Lorin, madama Veto es madre de ese niño, ¿querrías tú que obligaran a tu hijo a cantar que eres un canalla?

—¡Yo! contestó Simon; ¡ah! ¡mal aristócrata de sargento!

—¡Eh! poco a poco con las injurias, dijo Lorin, yo no soy ningún Capeto; y nadie me obliga a cantar a la fuerza.

—Pero te haré prender, mal patriota.

—¿Tú, dijo Lorin, tú me harás prender? haz la prueba de prender a un termópila.

—¡Bueno, bueno! hasta el fin no se canta la gloria. Entretanto, Capeto, recoge esa horma y ven a hacer tu zapato, o si no, ¡voto a cribas!…

—Y yo, dijo Lorin pálido de furor y apretando los puños, yo te digo que no recogerá tu horma, yo te digo que no hará zapatos, ¿lo entiendes, bribón? ¡Ah! sí, allí tienes tu sable: atrévete a desenvainarlo siquiera.

—¡Ah, pero! ¡ya me las pagarás! contestó Simon, bramando de rabia.

En aquel momento entraron dos mujeres en el zaguán: una de ellas llevaba un papel en la mano y se dirigió al centinela.

—Sargento, gritó el centinela, es la hija de Tison, que quiere ver a su madre.

—Déjala pasar, puesto que el consejo del Temple lo permite, dijo Lorin que no quería distraerse ni un momento, temiendo que Simon se aprovechase de su distracción para castigar al niño.

El centinela dejó pasar las dos mujeres; pero apenas subieron cuatro escalones de la oscura escalera, cuando encontraron a Mauricio Lindey que bajaba.

Era casi de noche, de suerte que no se podían distinguir las facciones de su rostro.

Mauricio las detuvo.

—¿Quiénes sois, ciudadanas? preguntó, ¿y qué queréis?

—Yo soy Sofía Tison, dijo una de las dos mujeres. He obtenido permiso para ver a mi madre y vengo a verla.

—Sí, dijo Mauricio; pero el permiso es para ti sola, ciudadana.

—He traído a mi amiga para que seamos dos mujeres a lo menos en medio de los soldados.

—Muy bien; pero tu amiga no subirá.

—Como gustéis, ciudadano, dijo Sofía Tison apretando la mano de su amiga, que arrimada a la pared parecía llena de sorpresa y espanto.

—Ciudadanos, gritó Mauricio levantando la cabeza y dirigiéndose a los centinelas que estaban colocados en cada piso, dejad pasar a la ciudadana Tison; solo su amiga no puede pasar. Esperará en la escalera y haced que se la respete.

—Sí, ciudadano, respondieron los centinelas.

—Subid, pues, dijo Mauricio.

Las dos mujeres pasaron.

En cuanto a Mauricio, saltó los cuatro o cinco escalones que le faltaban para bajar, y atravesó rápidamente el patio.

—¿Qué hay? dijo a los guardias nacionales, y ¿quién causa ese ruido? Se oyen gritos de niño hasta en la antesala de las prisioneras.

—¿Qué ha de haber? dijo Simon, que creyó al ver a Mauricio que le llegaba refuerzo, ¿qué ha de haber, si no que ese traidor, ese aristócrata, ese falso patriota me impide castigar a Capeto?

Y señaló con el puño a Lorin.

—¡Sí, pardiez! te lo impido, dijo Lorin con aire desdeñoso, y si vuelves a llamarme falso patriota, aristócrata o traidor, te atravieso con mi sable.

—¡Una amenaza! gritó, ¡ah de la guardia! ¡ah de la guardia!

—Yo soy la guardia, dijo Lorin; no me llames, porque si voy a ti, te extermino.

—¡A mí, ciudadano municipal, a mí! exclamó Simon, seriamente amenazado esta vez por Lorin.

—El sargento tiene razón, dijo fríamente el municipal, a quien Simon llamaba en su auxilio; tú, tú deshonras a la nación, cobarde, porque maltratas a un niño.

—¿Y sabes por qué le maltrata, Mauricio? porque el niño no quiere cantar *Madama Veto*, porque el hijo no quiere insultar a su madre.

—¡Miserable! dijo Mauricio.

—¿Y tú también? dijo Simon; ¿estoy rodeado de traidores?

—¡Ah pícaro! dijo el municipal cogiendo a Simon por el cuello y arrancándole de las manos la correa; vamos, pruébanos que Mauricio Lindey es un traidor.

Y descargó rudamente la correa sobre las espaldas del zapatero.

—Gracias, señor, dijo el niño que miraba estoicamente esta escena, pero reflexionad que ahora se vengará de mí.

—Ven, Capeto, dijo Lorin; ven hijo mío; si vuelve a pegarte, pide socorro y no tardaremos en castigar a ese verdugo. ¡Vamos! ¡vamos! Capeto, vuélvete a tu torre.

—¿Por qué me llamáis Capeto, vos que me protegéis? dijo el niño; bien sabéis que Capeto no es mi nombre.

—¿Cómo es tu nombre, dijo Lorin, cómo te llamas?

—Me llamo Luis Carlos de Borbón. Capeto es el nombre de uno de mis antepasados. Sé la historia de Francia, porque mi padre me la ha enseñado.

—¡Y quieres enseñar a hacer zapatos a un niño a quien un rey ha enseñado la historia de Francia! exclamó Lorin.

—¡Oh! tranquilízate, dijo Mauricio al niño, yo daré mi informe.

—Y yo el mío, dijo Simon. Diré entre otras cosas, que en lugar de una mujer que solo tenía derecho para entrar en la torre, habéis dejado pasar dos.

En efecto, en aquel momento salían de la torre las dos mujeres. Mauricio corrió a su encuentro.

—Y bien, ciudadana, dijo dirigiéndose a la que estaba a su lado, ¿has visto a tu madre?

—Sí, ciudadano, gracias, dijo.

Mauricio quiso ver a la amiga de la joven, o por lo menos oír su voz; pero se había tapado con su velo y parecía decidida a no pronunciar una palabra, y aun creyó notar que temblaba.

Este temor inspiró sospechas a Mauricio.

Volvió a subir precipitadamente, y al llegar a la primera pieza, vio, al través de la vidriera, que la reina ocultaba en su bolsillo alguna cosa que supuso sería un billete.

—¡Oh! ¡oh! ¿me habrán engañado? dijo para sí, y llamó a su colega.

—Ciudadano Agrícola, le dijo, entrad en el cuarto de María Antonieta, y no la perdáis de vista.

—¡Hola! exclamó el municipal, ¿será qué?…

—Entra, te digo, y sin perder un instante, ni un minuto, ni un segundo.

El municipal entró en el cuarto de la reina.

—Llama a la mujer de Tison, dijo a un guardia nacional.

Cinco minutos después se presentó la mujer de Tison, radiante de alegría y gritando: ¡he visto a mi hija!

—¿Dónde? preguntó Mauricio.

—Aquí mismo, en esta antecámara.

—Bien. ¿Y tu hija no te ha dicho que quería ver a la austriaca?

—No.

—¿No ha entrado en su cuarto?

—No.

—¿Y mientras tú hablabas con tu hija, no ha salido nadie de la estancia de las prisioneras?

—¿Y yo qué sé? Yo miraba a mi hija que no había visto después de tres meses.

—Acuérdate bien…

—¿De qué?

—¿Ha salido la niña?

—¿María Teresa?

—Sí.

—¿Y ha hablado a tu hija?

—No.

—¿Tu hija no le ha entregado nada?

—No.

—¿No ha recogido nada del suelo?

—¿Mi hija?

—¿No, la de María Antonieta?…

—Sí, ha recogido un pañuelo.

—¡Ah! ¡desgraciada! exclamó Mauricio.

Y se lanzó hacia la cuerda de una campana que tocó precipitadamente.

Esta era la campana de alarma.

XI. El billete

Los otros dos municipales de guardia subieron al punto, acompañados de un destacamento del puesto.

Cerraronse las puertas, y dos centinelas interceptaban las salidas de cada habitación.

—¿Qué queréis, señor? dijo la reina a Mauricio cuando este entró; iba ya a acostarme cuando hace cinco minutos el ciudadano municipal (y la reina señaló a Agrícola) se precipitó en esta estancia sin decirme lo que deseaba.

—Señora, dijo Mauricio saludando, no es mi colega quien desea nada de vos, sino yo.

—¿Vos señor? preguntó María Antonieta mirando a Mauricio, cuyos buenos antecedentes le habían inspirado cierto agradecimiento; ¿y qué deseáis?

—Deseo que os sirváis entregarme el billete que ocultabais ahora mismo cuando he entrado.

Madama Real y Mme. Isabel temblaron. La reina se puso pálida.

—Os equivocáis, señor, dijo, yo no ocultaba nada.

—¡Mientes, austriaca! exclamó Agrícola.

Mauricio apoyó vivamente su mano sobre el brazo de su colega.

—Un momento, mi querido colega, le dijo, déjame hablar a la ciudadana. Me prometo conseguir algo.

—Sea, pero no guardes consideraciones con ella, ¡voto a Crispo!

—Ocultabais un billete, ciudadana, dijo severamente Mauricio; es preciso que nos lo entreguéis.

—¿Pero qué billete?

—El que os ha traído la hija de Tison y que la ciudadana vuestra hija (Mauricio indicó a la joven princesa) ha levantado del suelo con su pañuelo.

Las tres mujeres se miraron espantadas.

—Pero señor, esto es más que tiranía, dijo la reina.

—No confundamos, dijo Mauricio con firmeza. Nosotros no somos jueces, ni verdugos, sino vigilantes, es decir, vuestros conciudadanos encargados de guardaros. Tenemos una consigna, violarla es cometer una traición. Ciudadana, os suplico que me entreguéis el billete que habéis ocultado.

—Señores, dijo la reina con altivez, puesto que sois vigilantes, buscad y privadnos del sueño esta noche como siempre.

—Dios nos libre de poner las manos sobre mujeres. Voy a avisar a la municipalidad y esperaremos sus órdenes; lo único que haremos será impediros que os acostéis en la cama; si queréis, podéis dormir en sillones, y nosotros os guardaremos… Si es necesario, se procederá de nuevo a las pesquisas.

—¿Qué hay? preguntó la mujer de Tison asomándose a la puerta.

—Nada, ciudadana, nada más sino que por haber protegido una traición, acabas de privarte del gusto de volver a ver jamás a tu hija.

—¿De ver a mi hija?… ¿Qué dices, ciudadano? preguntó la mujer de Tison, que no comprendía aún muy bien por qué no vería ya a su hija.

—Digo que tu hija no ha venido aquí para verte, sino para traer una carta a la ciudadana Capeto, y que no volverá jamás.

—Pero si no vuelve más, tampoco podré verla, porque nos está prohibido salir.

—Esta vez no tendrás que acriminar a nadie, porque la culpa es solo tuya, dijo Mauricio.

—¿Y de qué tengo yo la culpa? exclamó la pobre madre. Respondo de que nada ha sucedido, ¡oh! si supiera que había sucedido alguna cosa, desgraciada de ti, Antonieta, te juro que me la pagarías.

Y aquella mujer exasperada enseñó el puño a la reina.

—No amenaces a nadie, dijo Mauricio, procura alcanzar con la dulzura lo que pedimos; porque eres mujer y la ciudadana Antonieta, que es madre también, se compadecerá sin duda de una madre. Mañana prenderán a tu hija, mañana será encerrada en una prisión… después si se descubre alguna cosa, y ya sabes que cuando se quiere se descubre siempre, se pierde miserablemente ella y su compañera.

La mujer de Tison, que había escuchado a Mauricio con el mayor terror, volvió hacia la reina su mirada casi estúpida.

—Lo oyes, Antonieta… ¡Hija mía!… ¡Tú serás quien haya perdido a mi hija!

La reina pareció amedrentarse a su vez, no de la amenaza que brillaba en los ojos de su carcelera sino de la desesperación que veía en ella.

—Venid, señora Tison, dijo, tengo que hablaros.

—¡Hola! ¡poco a poco con zalamerías! exclamó el colega de Mauricio; aquí no estamos de más, ¿lo entendéis? ¡Voto a cribas!

—Déjalas, ciudadano Agrícola, dijo Mauricio al oído de su colega, siempre que obtengamos la verdad, poco importa la manera de saberla.

—Tienes razón, ciudadano Mauricio… pero…

—Pasemos al otro lado de la vidriera, ciudadano Agrícola, y si quieres creerme, volvámonos de espaldas; estoy seguro de que no nos hará arrepentir la persona con quien tenemos esta condescendencia.

La reina oyó estas palabras pronunciadas de modo que esta pudiera oírlas, y dirigió al joven una mirada de agradecimiento. Mauricio volvió la cabeza con aire de indiferencia y pasó al otro lado de la vidriera, siguiéndole Agrícola.

—Compadezco a esa mujer, dijo a Agrícola, porque si como reina es muy culpable, como mujer tiene una alma digna y grande. Bien hacen en romper las coronas, porque la desgracia acrisola…

—¡Cáspita! qué bien hablas, ciudadano Mauricio, respondió Agrícola. Me gusta oírte a ti y tu amigo Lorin. ¿Son también versos los que acabas de decir?

Mauricio se sonrió.

Durante esta conversación, pasaba al otro lado de la vidriera la escena que había previsto Mauricio.

La mujer de Tison se había aproximado a la reina.

—Madama, le dijo esta, vuestra desesperación me enternece; no quiero privaros de vuestra hija, sería demasiado desgraciada; pero pensad en que haciendo lo que esos hombres exigen, acaso se pierda también vuestra hija.

—¡Haced lo que dicen! exclamó la mujer de Tison, ¡haced lo que dicen!

—Pero antes sabed a lo menos de qué se trata.

—¿De qué se trata? preguntó la carcelera con una curiosidad casi salvaje.

—Vuestra hija había traído consigo una amiga:

—En efecto, no ha querido venir sola a causa de los soldados.

—Esta amiga había entregado a vuestra hija un billete; vuestra hija lo dejó caer, y María que pasaba lo recogió. Sin duda es un papel muy insignificante, pero al cual pueden dar una torcida interpretación, personas mal intencionadas. ¿No

os ha dicho el municipal que cuando se quería hallar esta clase de interpretaciones, no era difícil hallarla?

—¿Y qué queréis decir con eso?

—Que no conocéis sin duda, que al exigirme que os entregue este papel, me obligáis a sacrificar a un amigo, sin lograr por esto tal vez que os devuelvan vuestra hija.

—¡Haced lo que dicen! gritó la mujer, ¡haced lo que dicen!

—Pero advertid, dijo la reina, que este papel puede comprometer a vuestra hija.

—Mi hija es como yo, una buena patriota, exclamó la carcelera. A Dios gracias, son bien conocidos los Tisones: haced lo que dicen.

—¡Dios mío! dijo la reina, ¿qué haría yo por convenceros?

—¡Hija mía! quiero que me vuelvan a mi hija, exclamó la mujer de Tison, dando patadas en el suelo. Entrega el papel Antonieta, entrégalo.

—Tomadlo.

Y la reina presentó a la desgraciada criatura un papel, que esta levantó en alto, loca de contento y gritando:

—¡Venid! ¡venid! ciudadanos municipales. Ya tengo el papel; tomadle y devolvedme a mi hija.

—Hermana mía, sacrificas a nuestros amigos, dijo la ciudadana Isabel.

—No, hermana mía, respondió tristemente la reina, yo no sacrifico a nadie más que a nosotras. El papel no puede comprometer a nadie.

A los gritos de la mujer de Tison, entraron Mauricio y su colega, y aquella les alargó el billete. Estos lo abrieron y leyeron:

«En el Oriente, un amigo vela todavía.»

Apenas dirigió Mauricio su vista al papel, se estremeció por parecerle que no le era desconocida la letra.

—¡Oh! ¡Dios mío! exclamó, ¿será esta letra de Genoveva? No, no puede ser; yo estoy loco. Sin duda es muy parecida a la suya; ¿pero qué puede tener de común Genoveva con la reina?

Al volverse, vio que María Antonieta le miraba. En cuanto a la mujer de Tison, esperando con ansiedad su suerte, devoraba a Mauricio con los ojos.

—Acabas de hacer una buena obra, dijo a la mujer de Tison; y vos, ciudadana, una obra generosa, dijo a la reina.

—Entonces, señor, respondió María Antonieta, imitad mi ejemplo y haced una obra caritativa quemando ese papel.

—Tú te burlas, austriaca, dijo Agrícola, ¡quemar un papel que va a descubrirnos tal vez una camada de aristócratas! no, no, pardiez sería una brutalidad.

—Sí, sí, quemadlo, dijo la Tison, porque al fin puede comprometer a mi hija.

—Ya lo creo, a tu hija y a las otras, dijo Agrícola tomando de manos de Mauricio el papel que este hubiera quemado de seguro si hubiese estado solo.

Diez minutos después obraba ya en poder de los individuos del Común el billete, que fue abierto al punto y comentado de mil maneras.

—En el Oriente, un amigo vela, dijo una voz, ¿qué diablos significará esto?

—¡Pardiez! respondió un geógrafo, en Loriente, es claro, Loriente es una aldea de la Bretaña situada entre Vannes y Quimper. ¡Diablo! debía quemarse la aldea, si es cierto que encierra aristócratas que velan todavía por la austriaca.

—Esto es tanto más peligroso, dijo otro, cuanto que siendo Loriente un puerto de mar, es fácil ponerse allí en comunicación con los ingleses.

—Propongo, dijo un tercero, que se envíe una comisión a Loriente y que haga una información.

La moción hizo reír a la minoría, pero entusiasmó a la mayoría; se decretó que se mandaría una comisión a Loriente para vigilar a los aristócratas.

Al saber Mauricio esta deliberación, dijo para sí:

—No sé dónde pueda estar el Oriente de que se trata, pero de seguro no está en Bretaña.

Al día siguiente la reina que, como hemos dicho, no bajaba ya al jardín, por no pasar por delante de la habitación donde había estado encerrado su marido, pidió licencia para subir a la torre y respirar un poco de aire con su hija y Mme. Isabel.

Fue concedida al punto la petición, pero Mauricio subió detrás de la reina, y deteniéndose tras de una especie de garita que estaba en lo alto de la escalera, esperó oculto el resultado del billete de la víspera.

La reina se paseó al principio indiferentemente con Mme. Isabel y su hija, después se paró mientras las dos princesas continuaban paseándose, se volvió hacia el este y miró atentamente a una casa en cuyas ventanas se veían asomadas muchas personas; una de estas tenía un pañuelo blanco.

Mauricio por su parte sacó un anteojo de su bolsillo, y mientras lo apuntaba, la reina hizo un gran movimiento, como para invitar a los curiosos de la ventana a retirarse; pero Mauricio había ya observado una cabeza de hombre de cabellos rubios y de tez pálida, cuyo saludo había sido respetuoso hasta la humildad.

Detrás de este joven, porque el curioso parecía tener a lo sumo de 25 a 26 años, se veía una mujer medio oculta por él: Mauricio dirigió su anteojo hacia ella y queriendo reconocer a Genoveva, hizo un movimiento que le descubrió. Inmediatamente la mujer, que por su parte tenía también un anteojo en la mano, dio un paso hacia atrás, retirando también al joven. Era realmente Genoveva. ¿Habría ella también reconocido a Mauricio? ¿La pareja curiosa se habría retirado solamente a la invitación hecha por la reina?

Mauricio aguardó un instante para ver si volvían a aparecer el hombre y la joven; pero viendo que la ventana continuaba vacía, encargó la mayor vigilancia a su colega Agrícola, bajó precipitadamente la escalera, y fue a emboscarse en la esquina de la calle Portefoin, para ver si los curiosos de la casa salían de ella; pero aguardó en vano porque no vio salir a nadie.

Entonces, no pudiendo resistir a la sospecha que le devoraba el corazón desde el momento en que la compañera de la hija de Tison se había obstinado en permanecer tapada y muda, Mauricio corrió hacia la calle antigua de San Jacobo, a donde llegó llena su imaginación de las más extrañas sospechas.

Cuando entró, halló a Genoveva con una bata blanca, sentada debajo de un pabellón de jazmines donde acostumbraba almorzar, y como de costumbre, saludó a Mauricio afectuosamente, y le invitó a tomar una jícara de chocolate con ella.

Por su parte Dixmer, que llegó en aquel momento, expresó la mayor alegría al ver a Mauricio en aquella hora inesperada del día. Pero antes que Mauricio tomase la jícara de chocolate que había aceptado, siempre lleno de entusiasmo por su comercio, exigió que su amigo, el secretario de la sección Lepelletier, pasara a dar con él una vuelta a la fábrica. Mauricio accedió al punto a esta proposición.

—Sabed, amigo mío, dijo Dixmer, cogiendo al joven del brazo y llevándoselo, una noticia muy importante.

—¿Política? preguntó Mauricio, siempre embargado por su pensamiento.

—¡Eh! ciudadano, respondió Dixmer sonriendo, por ventura, ¿nos ocupamos nosotros de política? No, no, una noticia meramente industrial, a Dios gracias. Mi respetable amigo Morand, que como sabéis, es un químico de los más distinguidos, acaba de hallar el secreto de un tafilete encarnado como no se ha visto hasta ahora, es decir, inalterable. Este tinte es

el que quiero mostraros. Además veréis a Morand trabajando; ¡oh! es un verdadero artista.

Mauricio no comprendía muy bien cómo podía ser uno artista en tafilete encarnado; pero no por eso dejó de aceptar la proposición; siguió a Dixmer, atravesó los talleres, y en una especie de oficina particular, vio trabajando al ciudadano Morand con sus anteojos azules y su vestido de trabajo, y ocupado al parecer en cambiar en purpúrea una piel blanca de cordero. Sus manos y brazos desnudos enteramente, estaban enrojecidos hasta el codo. Como decía Dixmer, estaba entregado en cuerpo y alma a la cochinilla.

Saludó a Mauricio con la cabeza como si temiera distraerse un momento de su tarea.

—¿Qué tal, ciudadano Morand, preguntó Dixmer; obtenéis ya el resultado?

—Cien mil libras anuales ganaremos solo con este procedimiento, dijo Morand; pero ya hace ocho días que no duermo y los ácidos me han quemado la vista.

Mauricio dejó a Dixmer con Morand, y volvió al lado de Genoveva murmurando en voz baja:

—Preciso es confesar que el oficio de municipal embrutecería a un héroe. Cualquiera que pasara ocho días en el Temple, se creería un aristócrata y se denunciaría a sí mismo. Buen Dixmer, honrado Morand, dulce Genoveva, ¡y yo que había sospechado de ellos un instante!

Genoveva esperaba a Mauricio con su dulce sonrisa para hacerle olvidar hasta la apariencia de aquellas sospechas que Mauricio había efectivamente concebido. Mostrose con él, como siempre, dulce, cariñosa y encantadora.

Esas horas en que Mauricio veía a Genoveva, eran las únicas en que vivía realmente, pasando el resto del tiempo en medio de esa fiebre, que se podría llamar la fiebre de 93, que separaba a París en dos campos, y hacía de la existencia un combate continuo.

Sin embargo, hacia las doce del día tuvo que resignarse a dejar a Genoveva y volver al Temple.

Al fin de la calle de Sainte-Avoye, encontró a Lorin que salía de guardia. Este, apenas le vio, se separó de las filas, se llegó a Mauricio, cuyo rostro expresaba todavía la suave felicidad que la vista de Genoveva derramaba siempre en su corazón.

—¡Ah! dijo Lorin, estrechando cordialmente la mano de su amigo.

En vano ocultar intentas
Tu tristeza y tu dolor;
Harto me dicen tus ojos
Que la causa es el amor.

Mauricio metió la mano en el bolsillo para buscar su llave, pues este era el medio que había adoptado para poner un dique a la locuacidad poética de su amigo, pero este vio el movimiento y huyó riendo.

—A propósito, dijo Lorin, después de haber dado algunos pasos, tú estarás aún tres días en el Temple, Mauricio; te recomiendo al niño Capeto.

XII. Amor

En efecto, Mauricio vivía muy feliz y muy desgraciado a la vez al cabo de algún tiempo. Así acontece siempre al principio de las grandes pasiones.

La sección Lepelletier donde trabajaba de día, sus visitas vespertinas a la calle de San Jacobo, y el club de las Termópilas a que asistía de vez en cuando, ocupaban todo su tiempo.

No desconocía que ver a Genoveva todas las tardes, era beber lentamente un amor sin esperanza.

Genoveva era una de esas mujeres tímidas y fáciles en apariencia, que tienden francamente la mano a un amigo, aproximan inocentemente el rostro a sus labios con la confianza de una hermana o la ignorancia de una virgen, y ante quien las palabras de amor parecen blasfemias y los deseos materiales sacrilegios.

Si el primero de los purísimos sueños que el pincel de Rafael trasladó al lienzo, fue una madona de labios risueños, de ojos castos y de expresión celestial, esa y no otra es preciso tomar del divino discípulo de Perugino para hacer el retrato de Genoveva.

En medio de esas flores, cuya frescura y perfume tenía, aislada de los trabajos de su marido, y de su marido mismo, Genoveva aparecía a Mauricio cada vez que la veía como un enigma vivo, cuyo sentido no podía ni se atrevía a adivinar.

Una tarde que, como de costumbre, se había quedado solo con ella, sentados los dos a esa ventana por donde había entrado una noche tan ruidosa y precipitadamente, cuando los perfumes de las lilas en flor flotaban sobre esa dulce brisa que sucede a los radiantes crepúsculos de la tarde, Mauricio, después de un largo silencio y después de haber seguido la mirada inteligente y religiosa de Genoveva que observaba atentamente apuntar una estrella de plata en el azul del cielo, se aventuró a preguntarle, cómo siendo ella tan joven se había casado con un hombre que ya había pasado el equinoccio de la vida, cómo habiendo ella recibido una educación tan distinguida se había resignado a vivir eternamente con un hombre de educación y nacimiento vulgares, según todas las apariencias; cómo en fin, siendo ella tan poética podía simpatizar con un hombre dedicado constantemente a pesar, estirar y teñir las pieles de su fábrica.

—En casa de un maestro curtidor, en fin, ¿por qué, preguntó Mauricio, esa arpa, ese piano y esas pinturas que confesáis son obra vuestra? ¿Por qué en fin, esa aristocracia que yo detesto en los demás, y que adoro en vos?

Genoveva fijó en Mauricio una mirada llena de candor.

—Gracias, dijo, por esa pregunta, pues ella me prueba que sois un hombre delicado, y que jamás habéis pedido informes de mí a nadie.

—Jamás, señora, dijo Mauricio. Yo tengo un amigo desinteresado que se sacrificaría por mí, tengo cien compañeros que están dispuestos a marchar a dondequiera que los conduzca; pero de todos esos corazones, cuando se trata de una mujer, y sobre todo de una mujer como Genoveva, no conozco más que uno solo de quien pueda fiarme, y ese es el mío.

—Gracias, Mauricio, dijo la joven. Yo misma os diré cuanto deseéis saber.

—En primer lugar, el apellido de vuestra familia, preguntó Mauricio; pues no conozco más que el de vuestro marido.

Genoveva comprendió el egoísmo amoroso de aquella pregunta, y se sonrió.

—Me llamo Genoveva de Treilly, contestó.

Mauricio repitió:

—Genoveva de Treilly.

—Mi familia, continuó Genoveva, se había arruinado en la guerra de América, en la que mi padre y mi hermano mayor habían tomado una parte muy activa.

—¿Eran nobles los dos? dijo Mauricio.

—No, no, dijo Genoveva ruborizándose.

—Sin embargo, habéis dicho que os llamabais Genoveva de Treilly.

—Sin partícula, Mr. Mauricio; mi familia era rica, pero no pertenecía a la nobleza.

—Desconfiáis de mí, dijo sonriendo el joven.

—¡Oh! no, replicó Genoveva. En América contrajo mi padre íntima amistad con el de Mr. Morand; Mr. Dixmer era el agen-

te de negocios de Mr. Morand. Viéndonos arruinados y sabiendo que Mr. Dixmer tenía una fortuna independiente, Mr. Morand lo presentó a mi padre que me lo presentó a su vez. Conocí que se trataba de un casamiento arreglado de antemano; comprendí que este era el deseo de mi familia, yo no amaba, ni había amado jamás a nadie; acepté. Hace tres años que soy la esposa de Dixmer, y debo decirlo, en estos tres años ha sido tan bueno conmigo, tan excelente, que a pesar de esa diferencia de inclinaciones y de edad que observáis, jamás he experimentado el menor arrepentimiento.

—Pero cuando os casasteis con Mr. Dixmer, dijo Mauricio, todavía no estaba al frente de esta fábrica.

—No; vivíamos en Blois. Después del 10 de agosto Mr. Dixmer compró esta casa y los talleres que dependen de ella, para que yo no tuviera que mezclarme con los trabajadores, para apartar de mi vista todos los objetos que pudieran ofender mis costumbres algo aristocráticas, como vos las llamáis, me dio este pabellón donde vivo sola, retirada, según mis inclinaciones y deseos, y feliz, cuando un amigo como vos, Mauricio, viene a distraer o a participar de mis meditaciones.

Y Genoveva presentó a Mauricio una mano que este besó con entusiasmo.

Genoveva se ruborizó ligeramente.

—Ahora, amigo mío, dijo retirando su mano, ya sabéis cómo he podido casarme con Mr. Dixmer.

—Sí, replicó Mauricio mirando fijamente a Genoveva; ¿pero no me decís cómo Mr. Morand ha llegado a ser el asociado de Mr. Dixmer?

—¡Oh! de un modo muy sencillo, dijo Genoveva. Como ya os he dicho, Mr. Dixmer tenía algunos bienes de fortuna, aunque no los bastantes para ponerse por sí solo al frente de una fábrica de la importancia de esta. El hijo de Mr. Morand, su protector como os he dicho, ese amigo de mi padre, como recordaréis, ha hecho la mitad de los fondos: y como tenía conoci-

mientos químicos, se ha entregado a la explotación con esa actividad que habéis notado, y gracias a la cual el comercio de Mr. Dixmer, encargado por él de toda la parte material, ha tomado una extensión inmensa.

—Y Mr. Morand es también uno de vuestros buenos amigos, dijo Mauricio, ¿no es verdad, señora?

—Mr. Morand es un hombre honrado y tiene un corazón noble y generoso, respondió gravemente Genoveva.

—Si no os ha dado otras pruebas, dijo Mauricio algo picado de la importancia que la joven daba al asociado de su marido, que la de partir los gastos del establecimiento con Mr. Dixmer, e inventar un nuevo tinte para las pieles, permitidme que os diga que es demasiado pomposo el elogio que de él hacéis.

—Me ha dado otras pruebas, señor, dijo Genoveva.

—Pero él todavía es joven, ¿no es verdad? preguntó Mauricio, aunque sea difícil, gracias a sus anteojos verdes, decir qué edad tiene.

—Tiene treinta y cinco años.

—¿Os conocéis hace mucho tiempo?

—Desde nuestra infancia.

Mauricio se mordió los labios; porque en aquel momento se despertó en él más viva la sospecha que siempre había tenido de que Morand amaba a Genoveva.

—¡Ah! dijo Mauricio, eso explica su familiaridad con vos.

—Contenida dentro de los límites en que la habéis visto siempre, señor, respondió sonriendo Genoveva; me parece que esa familiaridad que es apenas la de un amigo, no necesitaba explicación alguna.

—¡Oh! perdonadme, señora, dijo Mauricio, bien sabéis que todas las afecciones tienen sus celos, y mi amistad estaba celosa de la que profesáis a Mr. Morand.

Mauricio se calló y Genoveva continuó haciendo lo mismo. No se trató ya aquel día de Morand, y Mauricio se separó esta vez de Genoveva más enamorado que nunca, porque estaba celoso.

Por otra parte, por ciego que estuviese, por mucho que su amor vendase sus ojos y turbase su corazón, había en la relación de Genoveva muchas lagunas y reticencias en que no había reparado en aquel momento pero que después le atormentaron sobremanera, y contra las cuales no podía tranquilizarle ni la gran libertad que le dejaba Dixmer para hablar con Genoveva tantas veces y por todo el tiempo que él quisiera, ni la especie de soledad en que ambos se encontraban todas las tardes. Había más; Mauricio que ya era comensal de la casa, no solo podía estar con toda seguridad al lado de Genoveva, que por otra parte parecía guardada contra los deseos del joven por su pureza de ángel, sino que la acompañaba en las excursiones que de vez en cuando hacía por el barrio.

En medio de aquella familiaridad adquirida en la casa, una sola cosa le admiraba, y era que cuanto más trataba de contraer intimidad con Morand, si bien con el objeto de observar más de cerca el amor que creía profesar a Genoveva, más este hombre extraño, cuyo talento y modales le cautivaban, parecía afectar alejarse de Mauricio. Este se quejó amargamente de él a Genoveva, porque no dudaba que Morand suponía en él un rival y que la causa de su desvío no era otra que los celos.

—El ciudadano Morand me odia, dijo un día a Genoveva.

—¿A vos? dijo Genoveva mirándole con asombro; ¿odiar a vos Mr. Morand?

—Sí, estoy seguro de ello.

—¿Y por qué ha de odiaros?

—¿Queréis que os lo diga? exclamó Mauricio.

—Sin duda, contestó Genoveva.

—Pues bien, porque yo…

Mauricio se detuvo; iba a decir: porque os amo.

—No puedo deciros por qué, replicó Mauricio ruborizado.

El feroz republicano al lado de Genoveva era tímido como una doncella.

Genoveva se sonrió.

—Si dijerais, contestó esta, que no hay simpatía entre vos y Mr. Morand, os creería; porque vos sois de un carácter impetuoso, tenéis una imaginación brillante y una educación esmerada, al paso que Morand es un mercader injerto en químico. Es tímido y modesto… y esta timidez y modestia son las que le impiden dar el primer paso para acercarse a vos.

—¿Y quién le dice que dé el primer paso? ¿No he dado yo ya cincuenta y jamás me ha respondido? no, continuó Mauricio meneando la cabeza, no es seguramente eso.

—Pues entonces, ¿qué es?

Mauricio prefirió guardar silencio.

Al día siguiente al en que había tenido esta explicación con Genoveva, pasó a verla a las dos de la tarde y la encontró vestida en traje de calle.

—¡Ah! bienvenido seáis, dijo Genoveva, vais a servirme de caballero.

—¿Y a dónde vais? preguntó Mauricio.

—Voy a Auteuil. Hace un tiempo delicioso, quisiera caminar un poco a pie; nuestro coche nos conducirá hasta más allá de la barrera, y desde allí iremos a Auteuil paseándonos, y cuando haya acabado lo que tengo que hacer en Auteuil volveremos a tomarle…

—¡Oh! dijo Mauricio lleno de contento, ¡qué hermosa proposición me hacéis!

Los dos jóvenes partieron, y más allá de Passy se apearon del carruaje y continuaron su paseo a pie.

Al llegar a Auteuil se paró Genoveva.

—Esperadme a orilla del parque, dijo; cuando despache vendré a buscaros.

—¿A dónde vais? preguntó Mauricio.

—A casa de una amiga mía.

—¿Y no puedo acompañaros?

Genoveva meneó la cabeza sonriendo y dijo:

—Imposible.

Mauricio se mordió los labios y contestó: está bien, esperaré. ¿Pensáis tardar mucho?

—Si hubiera creído molestaros, Mauricio, si hubiese sabido que teníais alguna ocupación, dijo Genoveva, no os habría suplicado que me hicierais el pequeño favor de venir conmigo, me hubiera acompañado…

—Mr. Morand, interrumpió vivamente Mauricio.

—No por cierto. Bien sabéis que Mr. Morand está en la fábrica de Rambouillet y no debe volver hasta la tarde.

—Entonces, ¿a quién he debido la preferencia?

—Mauricio, dijo dulcemente Genoveva, no puedo hacer esperar a la persona que me ha citado; si os sirve de extorsión acompañarme, volveos a París, y enviadme el coche.

—No, no, dijo vivamente Mauricio, estoy a vuestras órdenes.

Y saludó a Genoveva que exhaló un débil suspiro y entró en Auteuil.

Mauricio, fiel a su palabra, quedó esperando a Genoveva en el sitio designado, paseándose de arriba abajo, tronchando con su bastón, como Tarquino, todas las cabezas de yerbas, de flores o de cardo que encontraba en el camino. Por lo demás, este camino estaba limitado a un pequeño espacio; pues como todos los hombres preocupados de un gran pensamien-

to, iba y volvía sin cesar y maquinalmente, sin osar alejarse demasiado.

Lo que más embargaba el ánimo de Mauricio era saber si Genoveva le amaba o no; pues la conducta que con él observaba era la de una hermana o de una amiga; y esto no le bastaba. Él la amaba con todo su corazón. Ella era el pensamiento eterno de sus días, el sueño sin cesar renovado de sus noches. Antes se contentaba con ver a Genoveva; pero ya no le bastaba esto; necesitaba que Genoveva le amase.

Genoveva tardó en volver una hora, que pareció a Mauricio un siglo, viola venir con la sonrisa en los labios, al paso que él salió a su encuentro con el ceño fruncido; ¡tal es nuestro pobre corazón, siempre esforzándose por sacar el dolor del seno de la misma felicidad.

Genoveva tomó sonriendo el brazo de Mauricio y le dijo:

—Perdonadme, amigo mío, que os haya hecho esperar.

Mauricio contestó con un movimiento de cabeza, y ambos se internaron por una deliciosa y sombría alameda, que dando un pequeño rodeo, iba a salir al camino real.

Era una de esas hermosas tardes de primavera en que cada planta envía al cielo su emanación, en que cada pájaro, inmóvil sobre la rama o saltando por entre la maleza, dirige su himno de amor a Dios; una de esas tardes, en fin, que parecen destinadas a vivir en el porvenir.

Mauricio estaba mudo, y Genoveva pensativa deshojaba con una mano las flores de un ramo que llevaba en la otra apoyada en el brazo de Mauricio.

—¿Qué tenéis, preguntó de repente Mauricio, y qué cosa os entristece hoy?

Genoveva hubiera podido contestarle: mi felicidad; pero se contentó con dirigirle una mirada dulce y poética.

—¿Pero vos mismo, dijo, no estáis más triste que de costumbre?

—Yo, dijo Mauricio, tengo motivos para estar triste, porque soy desgraciado; pero vos…

—¿Vos desgraciado?

—Sin duda, ¿no conocéis algunas veces por el temblor de mi voz, que sufro? ¿No me sucede cuando hablo con vos o con vuestro marido, levantarme de repente y verme obligado a pedir aire al cielo, porque me parece que va a romperse mi pecho?

—¿Pero a qué atribuís ese sufrimiento? dijo Genoveva algo turbada.

—Si fuese una petimetra, dijo Mauricio, con cierta sonrisa dolorosa, diría que era mal de nervios.

—¿Y sufrís en este momento?

—Mucho, dijo Mauricio.

—Entonces volvámonos.

—¿Ya, señora?

—Ya.

—¡Ah! es cierto, murmuró el joven, me olvidaba que Mr. Morand debe volver de Rambouillet, y ya pronto anochecerá.

Genoveva le miró con aire de reconvención, diciéndole:

—¿Volvéis a vuestro tema?

—¿Y por qué me habéis hecho un día un elogio tan pomposo de Mr. Morand? contestó Mauricio, vos tenéis la culpa.

—¿Y desde cuándo, preguntó Genoveva, no puede uno decir lo que piensa de un hombre estimable delante de personas a quienes estima?

—Muy viva debe ser la estimación que os hace apresurar el paso como en este momento lo hacéis, temiendo demoraros algunos minutos.

—Estáis hoy sobradamente injusto, Mauricio; ¿no he pasado ya una parte del día con vos?

—Tenéis razón, y en verdad que soy demasiado exigente, replicó Mauricio dejándose llevar de la fogosidad de su carácter. Vamos a ver a Mr. Morand, vamos.

Genoveva sentía pasar el despecho de su cabeza a su corazón.

—Sí, dijo, vamos a ver a Mr. Morand; a lo menos es un amigo que jamás me ha causado la menor pena.

—Esos amigos son muy preciosos, dijo Mauricio atormentado por los celos, y os aseguro que quisiera conocer algunos de ellos.

En este momento llegaron al camino real. El horizonte estaba teñido de púrpura; el sol comenzaba a desaparecer haciendo brillar sus últimos rayos en las doradas molduras de la cúpula de los Inválidos. Una estrella, la primera, la que durante otra tarde había ya atraído las miradas de Genoveva brillaba en el azul del cielo.

Genoveva dejó el brazo de Mauricio con una tristeza resignada y dijo:

—¿Qué tenéis para que me hagáis sufrir de ese modo?

—Nada, nada, dijo Mauricio, sino que soy menos hábil que otras personas que conozco; nada, sino que no sé hacerme amar.

—¡Mauricio! exclamó Genoveva.

—¡Oh! señora, si le veis constantemente bueno, constantemente igual, es porque no sufre.

Genoveva apoyó de nuevo su blanca mano en el vigoroso brazo de Mauricio.

—Os suplico, dijo con voz alterada, que no habléis más.

—¿Y por qué?

—Porque vuestra voz me hace mal.

—Según eso, todo os desagrada en mí, hasta la voz.

—Callad, por Dios, callad.

—Obedeceré, señora.

Y el fogoso joven pasó su mano por su frente húmeda de sudor. Genoveva vio que sufría realmente. Las naturalezas del género de la de Mauricio tienen dolores desconocidos.

—Sois amigo mío, Mauricio, dijo Genoveva, mirándole con expresión celestial; un amigo demasiado precioso para mí; haced, Mauricio, que no pierda este amigo.

—¡Oh! no le echaríais de menos mucho tiempo, exclamó Mauricio.

—Os equivocáis, contestó Genoveva, os echaría de menos mucho tiempo, eternamente…

—¡Genoveva! ¡Genoveva! exclamó Mauricio, compadeceos de mí.

Genoveva se estremeció, porque aquella era la primera vez que Mauricio decía su nombre con una expresión tan profunda.

—Pues bien, continuó Mauricio, ya que me habéis adivinado, dejadme que os lo diga todo, Genoveva; porque aunque me matéis con una mirada… hace mucho tiempo que callo, hablaré, Genoveva.

—Señor, dijo esta, os he suplicado en nombre de nuestra amistad que os callarais; vuelvo a suplicároslo que lo hagáis por mí a lo menos, ya que no por vos. Ni una palabra más, en nombre del cielo, ni una palabra más.

—¡Amistad! ¡amistad! ¡Ah! si la que tenéis a Mr. Morand es semejante a la que me profesáis a mí, no quiero ya vuestra amistad, Genoveva; yo necesito más que eso.

—Basta, dijo Madama Dixmer con un gesto de reina, basta, Mr. Lindey; he aquí nuestro coche, ¿queréis acompañarme a casa de mi marido?

Mauricio temblaba de fiebre y emoción; cuando Genoveva para tomar el carruaje, que en efecto se hallaba a corta distancia de allí, apoyó su mano en el brazo de Mauricio, le pareció que aquella mano era de fuego. Ambos subieron al coche; Genoveva se sentó en el testero y enfrente de ella Mauricio. Así atravesaron todo París sin pronunciar una sola palabra, si bien, durante toda la travesía, ni un momento siquiera había apartado Genoveva de sus ojos el pañuelo.

Cuando entraron en la fábrica, Dixmer se hallaba ocupado en su gabinete, y Morand acababa de llegar de Rambouillet. Genoveva presentó su mano a Mauricio al entrar en su habitación y le dijo:

—Adiós Mauricio; adiós, puesto que así lo habéis querido.

Mauricio no contestó una palabra; se encaminó en derechura a la chimenea sobre la cual había colgado un retrato en miniatura de Genoveva; lo besó apasionadamente, lo estrechó contra su corazón, volvió a dejarlo en su sitio, y salió.

Mauricio entró en su casa sin saber cómo había vuelto; había atravesado a todo París sin ver ni oír nada; recordaba todo lo que acababa de pasar como un sueño, sin que pudiera darse cuenta ni de sus acciones, ni de sus palabras, ni del sentimiento que las había inspirado. Hay momentos en que el alma más serena y dueña de sí misma se entrega a las violencias que le imponen los poderes subalternos de la imaginación.

Embargada la de Mauricio por las extrañas e incoherentes ideas que le inspiraba la reciente entrevista con Genoveva, se desnudó maquinalmente sin el auxilio de su ayuda de cámara; no respondió ni una palabra a su cocinera que le mostraba la cena ya preparada; después tomando las cartas del día que estaban sobre una mesa, las leyó todas una tras otra, sin

comprender una sola palabra. Aún no se habían disipado la niebla de los celos y la embriaguez de su razón.

A las diez se acostó Mauricio, también maquinalmente, como hacía todas las cosas desde que se separó de Genoveva.

Si en su estado de tranquilidad, hubiesen contado a Mauricio de cualquiera otro la conducta extraña que había observado, no la habría comprendido y hubiese tenido por loco al que había cometido aquella especie de acción desesperada, que no autorizaban ni una reserva extraordinaria, ni un abandono demasiado grande por parte de Genoveva: lo que él sintió solamente fue un golpe terrible dado a las esperanzas de que él mismo no se había dado cuenta jamás, y sobre las cuales, por vagas que fuesen descansaban todos sus sueños de felicidad, que semejantes a un vapor impalpable, flotaban informes en el horizonte.

Natural era, pues, que aconteciese a Mauricio lo que acontece casi siempre en semejantes casos; aturdido por el golpe que acababa de recibir, se quedó dormido tan pronto como se sintió en la cama, o más bien quedó privado de sentido hasta el día siguiente.

Sin embargo un ruido le despertó: era este el que hizo al abrir la puerta su ayuda de cámara, que, según su costumbre, venía a abrir las ventanas del aposento de Mauricio que caían a un gran jardín, y a traer flores.

En el año de 93 se cultivaban muchas flores, y Mauricio era apasionado a ellas; pero ni siquiera dirigió una mirada a las suyas, y apoyando su pesada cabeza en su mano trató de recordar lo que en la víspera había pasado.

Mauricio se preguntó a sí mismo, sin poder darse cuenta de nada, cuáles eran las causas de aquella pesadez; la única era los celos, pero preciso es confesar que había escogido muy mal el momento de mostrarse celoso de un hombre, cuando este hombre estaba en Rambouillet, y cuando en su solitaria entrevista con la mujer que amaba gozó de esta entrevista con

toda la suavidad de que la rodea la naturaleza que se despierta en uno de los primeros hermosos días de la primavera.

No era por cierto su mayor tormento la desconfianza de lo que había podido pasar en esa casa de Auteuil a donde había conducido a Genoveva, y donde había permanecido más de una hora, no; el martirio incesante de su vida era la idea de que Morand estaba enamorado de Genoveva; y sin embargo, jamás un gesto, una mirada, ni una palabra del asociado de Dixmer dieron ni aun la apariencia de realidad a semejante suposición.

La voz del ayuda de cámara le sacó de su meditación.

—Ciudadano, dijo mostrándole las cartas abiertas sobre la mesa, ¿habéis apartado las que queréis guardar o las quemo todas?

—¿Qué has de quemar? dijo Mauricio.

—Las cartas que habéis leído ayer antes de acostaros.

Mauricio no se acordaba de haber leído una sola.

—Quémalas todas, dijo.

—Tomad las de hoy, ciudadano, dijo el oficioso, presentando un paquete de cartas a Mauricio, y en seguida fue a arrojar las demás a la chimenea.

Mauricio tomó el paquete que le presentaban y sintió bajo sus dedos el relieve de un sello de lacre y creyó vagamente reconocer un perfume amigo.

Buscó entre las cartas y vio un sello y una letra que le hicieron temblar.

Aquel hombre tan fuerte delante de cualquier peligro, se ponía pálido solo al olor de una carta.

El oficioso se aproximó a él para preguntarle qué tenía; pero Mauricio le hizo seña con la mano que se retirase.

Antes de resolverse a abrir aquella carta, Mauricio le dio mil vueltas, acometido por el presentimiento de que encerraba una desgracia para él, y aun llegó a temblar como temblamos ante un mal desconocido. Reconcentró no obstante todo su valor, abrió al fin la carta y leyó lo que sigue:

«Ciudadano Mauricio:

Es preciso que rompamos unos lazos que por vuestra parte podría suponer que tendían a traspasar las leyes de la amistad. Vos sois un hombre de honor, ciudadano, y ahora que ha transcurrido una noche después de lo que ayer pasó entre nosotros, debéis comprender que vuestra presencia es ya imposible en la casa. Espero que sabréis disculparos con mi marido. Si veo llegar hoy mismo una carta vuestra para Mr. Dixmer, me convenceré de que es necesario echar de menos a un amigo desgraciadamente extraviado, pero a quien todas las consideraciones sociales me impiden recibir. Adiós, para siempre.

Genoveva.

P. S. El portador espera la respuesta.»

Mauricio llamó y se presentó el ayuda de cámara.

—¿Quién ha traído esta carta?

—Un ciudadano mandadero.

—¿Está ahí?

—Sí.

Mauricio no suspiró, no vaciló. Saltó de la cama, se puso un pantalón, se sentó delante de su pupitre, tomó la primera hoja de papel que encontró, (esto es, un medio pliego con encabezamiento de una carta impresa en nombre de la sección), y escribió:

«Ciudadano Dixmer,

Yo os amaba, os amo todavía, pero no puedo ya veros.»

Mauricio buscó la causa por la cual no podía ya ver al ciudadano Dixmer, y una sola se presentó a su espíritu; la que en aquella época se hubiera ocurrido a cualquiera. Continuó, pues escribiendo:

«Corren ciertos rumores sobre vuestra frialdad en favor de la causa pública. No quiero acusaros, ni he recibido de vos misión para defenderos. Recibid mi más profundo sentimiento y vivid persuadido de que vuestros secretos están sepultados en mi corazón.»

Mauricio no quiso leer siquiera la carta que, como hemos dicho, había escrito bajo la impresión de la primera idea que se le había presentado. Nadie podía dudar del efecto que debía producir esta carta. Dixmer, excelente patriota, como Mauricio había podido ver en sus discursos, no podría menos de incomodarse al recibirla: su esposa y el ciudadano Morand le estimularían sin duda a perseverar, él no contestaría siquiera, y el olvido vendría a extenderse como un velo negro sobre el pasado risueño para transformarlo en porvenir lúgubre. Mauricio firmó, cerró la carta, la entregó a su oficioso, y el mandadero partió.

Entonces un débil suspiro se escapó del pecho del republicano, tomó sus guantes, su sombrero, y se dirigió a la sección.

Esperaba, pobre Bruto, encontrar su estoicismo ante los negocios públicos.

Estos eran terribles; preparábase el 31 de mayo. El terror que, semejante a un torrente, se precipitaba desde lo alto de la Montaña, intentaba arrebatar ese dique que querían oponerle los girondinos, esos audaces moderados que habían osado pedir venganza de los asesinatos de setiembre y luchar un instante para salvar la vida del rey.

Mientras Mauricio trabajaba con tanto ardor que la fiebre que quería lanzar devoraba su cabeza en lugar de su corazón,

el mensajero entraba en la antigua calle de San Jacobo y esparcía en la casa de Dixmer el asombro y el espanto.

La carta, leída que fue por Genoveva, pasó a las manos de su esposo. Este la abrió y la leyó sin comprender desde luego nada; después la comunicó al ciudadano Morand, que dejó caer sobre su mano su frente blanca como el marfil.

En la situación en que se hallaban Dixmer, Morand y sus compañeros, situación enteramente desconocida a Mauricio; pero que nuestros lectores han penetrado, aquella carta era en efecto un rayo.

—¿Es hombre de bien? preguntó Dixmer con angustia.

—Sí, contestó Morand sin vacilar.

—¡No importa! replicó el que había estado por las medidas extremas, ahora conoceréis que hemos hecho mal en no matarle.

—Amigo mío, dijo Morand, resulte lo que quiera de esto, hemos hecho bien en no asesinar a un hombre; además, os lo repito, creo que Mauricio tiene un corazón noble y generoso.

—Sí; pero si ese corazón noble y generoso es el de un republicano exaltado; tal vez él mismo consideraría como un crimen, si ha sorprendido alguna cosa, no inmolar su propio honor, como dicen, en el altar de la patria.

—¿Pero creéis, dijo Morand, que sepa alguna cosa?

—¿No habéis oído que habla de secretos que quedarán sepultados en su corazón?

—Esos secretos son evidentemente los que yo le he confiado relativos a nuestro contrabando; no conoce otros.

—¿Pero de esa entrevista de Auteuil, no ha sospechado nada? dijo Morand, ya sabéis que acompañaba a vuestra esposa.

—Yo mismo dije a Genoveva que se hiciera acompañar por Mauricio para que la sirviera de salvaguardia.

—Ahora veremos si son ciertas esas sospechas, dijo Morand. El 2 de junio, es decir, dentro de ocho días toca estar de guardia a nuestro batallón en el Temple; vos sois capitán, Dixmer, y yo teniente: si nuestro batallón o nuestra compañía recibe contraorden, como la recibió el otro día el batallón de la Butte-des-Moulins, que Santerre reemplazó con el de Gravilliers, todo será descubierto, y no tendremos más remedio que huir de París o morir peleando; pero si todo sigue el curso ordinario de las cosas…

—Nos perderemos de la misma manera, replicó Dixmer.

—¿Por qué?

—¡Pardiez! ¿no giraba todo sobre la cooperación de ese municipal? ¿No era él quien, sin saberlo, debía abrirnos paso hasta la reina?…

—Es cierto, dijo Morand desalentado.

—Ya veis, replicó Dixmer frunciendo el ceño, que a toda costa conviene renovar la amistad con ese joven.

—¿Y si se niega? ¿si teme comprometerse? dijo Morand.

—Esperad, dijo Dixmer; voy a preguntar a Genoveva; pues ella ha sido la última que le ha visto y acaso sepa alguna cosa.

—Dixmer, dijo Morand, os veo con sentimiento mezclar a Genoveva en todas nuestras tramas; no porque tema una indiscreción por su parte, no; ¡Dios me libre de semejante cosa! pero la partida que jugamos es terrible, y me causa vergüenza y lástima a la vez exponer en nuestro albur la cabeza de una mujer.

—La cabeza de una mujer, dijo Dixmer, pesa tanto como la de un hombre, cuando la astucia, el candor o la hermosura pueden hacer tanto y aun algunas veces más que la fuerza, el poder y el valor; Genoveva participa de nuestras combinaciones y simpatías, y participará también de nuestra suerte.

—Haced lo que queráis, amigo mío, respondió Morand; he dicho lo que debía decir. Ahora obrad como mejor os parezca.

Genoveva es digna bajo todos conceptos de la misión que le dais, o más bien que ella misma se ha dado. Con los santos se hacen los mártires.

Y presentó su mano blanca y afeminada a Dixmer que la estrechó entre las suyas vigorosas.

En seguida Dixmer, encargando a Morand y a sus compañeros una vigilancia más severa que nunca, pasó al cuarto de Genoveva, y la halló sentada delante de una mesa, con la vista clavada en un bordado y la frente inclinada.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, se volvió y vio entrar a Dixmer.

—¡Ah! ¿eres tú, amigo mío? dijo ella.

—Sí, respondió Dixmer con rostro plácido y risueño; acabo de recibir una carta de nuestro amigo Mauricio, de la cual te aseguro que no comprendo una palabra. Toma, léela tú y dime lo que piensas de ella.

Genoveva tomó la carta con una mano cuyo temblor no pudo disimular, no obstante todo su poder sobre sí misma, y leyó.

—¿Y qué piensas de eso? dijo Dixmer, luego que ella concluyó de leer.

—Pienso que Mr. Mauricio Lindey es un hombre honrado, respondió Genoveva, con la mayor calma, y que no hay que temer nada por su parte.

—¿Crees que ignora a qué personas fuiste a visitar en Auteuil?

—Estoy segura de ello.

—En ese caso ¿por qué ha tomado esa determinación tan brusca? ¿Te ha parecido ayer más frío o más triste que de costumbre?

—No, dijo Genoveva; creo que estaba lo mismo que siempre.

—Piensa bien lo que dices, Genoveva; porque tu respuesta va a tener sobre todos nuestros proyectos una grave influencia.

—Aguarda, aguarda, dijo Genoveva con una emoción que se traslucía al través de todos los esfuerzos que hacía para conservar su frialdad; aguarda…

—¡Bien! dijo Dixmer con una ligera contracción de músculos en su rostro; procura acordarte de todo, Genoveva.

—Sí, contestó la joven, sí, ya me acuerdo; ayer estuvo de muy mal humor; porque Mr. Mauricio, continuó Genoveva con bastante perplejidad, es algo tirano en sus amistades… y muchas veces hemos estado enojados semanas enteras.

—De consiguiente, ¿eso será un simple enojo? preguntó Dixmer.

—Es probable.

—Genoveva, en nuestra posición no es una probabilidad la que necesitamos, sino una certidumbre.

—Pues bien, amigo mío, te digo que estoy segura de ello.

—¿Luego esta carta no será más que un pretexto para no volver a la casa?

—¿Cómo quieres que yo diga semejante cosa?

—Dilo, Genoveva, dilo, replicó Dixmer, porque a otra mujer no se lo preguntaría.

—Es un pretexto, dijo Genoveva bajando los ojos.

—¡Ay! exclamó Dixmer.

Después de un momento de silencio, retirando de su chaleco y apoyando sobre el respaldo de la silla de su mujer una mano con la cual acababa de comprimir los latidos de su corazón, añadió:

—Hazme un favor, querida mía, te lo suplico por nuestro amor.

—¿Cuál? preguntó Genoveva volviendo el rostro llena de asombro.

—Procura ahuyentar hasta la sombra de un peligro; Mauricio está quizás más al corriente de nuestros secretos que lo que nosotros sospechamos; lo que supones un pretexto, es tal vez una realidad. Escríbele una palabra.

—¡Yo! exclamó Genoveva temblando.

—Sí, tú; dile que has abierto la carta y que deseas recibir una explicación; vendrá, le preguntarás y adivinarás fácilmente entonces lo que haya sobre el particular.

—¡Oh! no por cierto, exclamó Genoveva, no puedo hacer lo que dices; no lo haré.

—Querida Genoveva, cuando intereses tan poderosos como los que descansan sobre nosotros se ponen en juego, ¿cómo retrocedes ante miserables consideraciones de amor propio?

—Te he dicho mi opinión acerca de Mauricio, respondió Genoveva; él es honrado, es caballero, pero caprichudo, y no quiero sufrir más servidumbre que la de mi marido.

Esta respuesta fue dada a la vez con tanta calma y firmeza, que Dixmer comprendió que insistir, a lo menos en aquel momento, sería de todo punto inútil: no añadió ni una sola palabra; miró a Genoveva estupefacto, pasó su mano por la frente bañada en sudor y salió.

Morand le esperaba con inquietud, y Dixmer le contó, sin omitir una palabra, lo que acababa de pasar.

—Bien, respondió Morand, dejemos las cosas en este estado y no hablemos ya sobre el particular. Antes que causar el menor disgusto a vuestra esposa, antes que ofender el amor propio de Genoveva, renunciaría yo…

Dixmer le puso la mano sobre el hombro y le dijo, mirándole de hito en hito: Estáis loco, o no pensáis una palabra de lo que decís.

—¿Cómo, Dixmer, creéis?

—Creo, caballero, que no sois vos más dueño que yo de entregar vuestros sentimientos al impulso de vuestro corazón. Ni vos, ni yo, ni Genoveva nos pertenecemos, Morand. Somos cosas llamadas a defender un principio, y los principios se apoyan sobre las cosas que ellos destruyen.

Morand se estremeció y guardó silencio, un silencio pensativo y doloroso.

De esta suerte dieron algunas vueltas por el jardín, sin dirigirse una sola palabra. En seguida Dixmer se separó de Morand, diciéndole con voz enteramente tranquila:

—Me retiro porque tengo que dar algunas órdenes. Morand dio la mano a Dixmer y le miró alejarse.

—Pobre Dixmer, dijo, mucho temo que en todo esto sea él quien más pierda.

Dixmer entró efectivamente en la fábrica, dio algunas órdenes, leyó los periódicos y mandó distribuir pan y leña entre los pobres de la sección, y entrando en su cuarto se quitó su ropa de trabajo, y se vistió para salir.

Una hora después, Mauricio, cuando estaba en lo más fuerte de su lectura y de sus alocuciones, fue interrumpido por la voz de su ayuda de cámara, que inclinándose a su oído le dijo en voz baja:

—Ciudadano Lindey, una persona, que según dice, tiene cosas muy importantes que confiaros, os espera en vuestra casa.

Mauricio se encaminó al punto a su casa, y al entrar se sorprendió de encontrar a Dixmer allí instalado y hojeando los periódicos. En la calle había preguntado a su criado qué clase de persona era la que quería hablarle; pero como este no conocía al maestro curtidor, no pudo darle ningún informe.

Al ver a Dixmer se paró Mauricio en el umbral de la puerta, y se ruborizó a pesar suyo.

Dixmer se levantó y le presentó la mano sonriendo.

—¿Qué manía os ha dado hoy para escribir como lo habéis hecho? preguntó al joven. En verdad que esto es ofenderme visiblemente, mi querido Mauricio. ¿Cómo habéis podido escribir que yo soy patriota tibio y falso? ¡Vaya, vaya! no podéis hacerme semejantes acusaciones en mi cara; confesad más bien que buscáis un pretexto para romper nuestras relaciones.

—Confesaré todo lo que queráis, mi querido Dixmer, pues vuestra conducta ha sido siempre para conmigo la de un hombre generoso, pero os digo que he tomado una resolución y que esta resolución es irrevocable.

—¡Cómo! preguntó Dixmer, ¿confesáis que nada tenéis de que reconveniros y sin embargo, nos abandonáis?

—Querido Dixmer, creed que para obrar como lo hago, y que para privarme de un amigo como vos, es menester que tenga razones muy fuertes…

—Sí, pero como quiera que sea, replicó Dixmer afectando cierta sonrisa, esas razones no son las que me habéis escrito; pues estas no son más que un pretexto.

Mauricio reflexionó un instante.

—Escuchad, Dixmer, dijo, vivimos en una época en que la duda emitida en una carta, puede y debe atormentaros, lo conozco muy bien; por tanto un hombre de honor no puede dejaros bajo el peso de semejante inquietud. Sí, Dixmer, las razones que os he dado no eran más que un pretexto.

Esta confesión que hubiera debido reanimar el rostro del comerciante, no hizo por el contrario otra cosa que ponerle más ceñudo.

—Pero en fin, ¿cuál es el verdadero motivo? preguntó Dixmer.

—No puedo decirlo, contestó Mauricio; y sin embargo, si lo conocierais, estoy seguro de que lo aprobaríais.

Dixmer volvió a instarle, y Mauricio contestó:

—¿Con que lo exigís absolutamente?

—Sí, respondió Dixmer.

—Pues bien, dijo Mauricio, que experimentaba cierto consuelo al aproximarse a la verdad; voy a hablaros con franqueza: tenéis una mujer joven y bonita, y la castidad, no obstante bien conocida de esta mujer joven y bonita, no ha podido impedir que mis visitas a vuestra casa dejen de ser mal interpretadas.

Dixmer se puso pálido.

—¿De veras? dijo; en ese caso, mi querido Mauricio, el esposo debe daros las gracias por el mal que habéis hecho al amigo.

—Espero, dijo Mauricio, que me haréis la justicia de no suponerme tan fatuo, que crea que mi presencia pueda ser peligrosa para vuestro reposo o el de vuestra mujer; pero puede ser un manantial de calumnias, y bien sabéis que cuanto más absurdas sean estas, son más fácilmente creídas.

—¡Qué niñada! dijo Dixmer encogiéndose de hombros.

—Niñada y todo lo que queráis, respondió Mauricio, pero de lejos no seremos menos amigos, pues nada tenemos que reconvenirnos, al paso que de cerca por el contrario…

—¿De cerca, qué?

—Podrían tener las cosas un resultado que no quisiéramos.

—¿Pensáis, Mauricio, que yo hubiera podido creer?

—Yo no pienso nada, dijo el joven.

—¿Pues entonces para qué habéis preferido escribirme a decirme verbalmente lo que teníais que decirme, Mauricio?

—Precisamente para evitar lo que pasa entre nosotros en este momento.

—¿Os incomoda, Mauricio, que os ame lo bastante para haber venido a pediros una explicación?

—¡Oh! todo lo contrario, exclamó Mauricio, y os juro que me he alegrado mucho de haberos visto otra vez antes de nuestra eterna separación.

—¡Eterna separación! ¿Qué decís? sin embargo, nosotros os amábamos mucho, os amamos todavía… ¡Bah! ¡bah! desechad semejante pensamiento, dijo Dixmer estrechando la mano del joven entre las suyas.

Mauricio se estremeció, y Dixmer a quien este estremecimiento no se había escapado, pero que sin embargo, no se dio por entendido, continuó diciendo: esta misma mañana me lo decía Morand: «haced todo lo que podáis para volver a anudar las relaciones con ese apreciable Mauricio.»

—¡Ah! dijo el joven frunciendo el ceño y retirando su mano, jamás hubiera creído que Morand era tan amigo mío.

—¿Dudáis de ello? preguntó Dixmer.

—Yo, respondió Mauricio, no lo creo, ni lo dudo, no tengo ningún motivo para preguntarme sobre este particular; cuando iba a vuestra casa, Dixmer, iba solo por vos y por vuestra esposa, y no por el ciudadano Morand.

—No le conocéis, Mauricio, dijo Dixmer; Morand tiene una alma bellísima.

—Os lo concedo, dijo Mauricio sonriendo con amargura.

—Ahora, continuó Dixmer, volvamos al objeto de mi visita.

Mauricio inclinó la cabeza como hombre que no tiene nada que decir y espera.

—¿Con que decís que han corrido rumores y hablillas?

—Sí, ciudadano, dijo Mauricio.

—Enhorabuena, hablemos francamente. ¿Por qué habéis dado importancia a esas hablillas de algún vecino ocioso? ¿No

tenéis vuestra conciencia, Mauricio, y Genoveva su honestidad?

—Yo soy más joven que vos, dijo Mauricio, que comenzaba a admirarse de aquella obstinación, y veo tal vez las cosas con ojos más susceptibles. Por lo mismo os declaro que sobre la reputación de una mujer como Genoveva no deben cebarse siquiera las frívolas hablillas de un vecino ocioso. Permitid, pues, querido Dixmer, que persista en mi primera resolución.

—Vamos, dijo Dixmer, y puesto que estamos dispuestos a confesar, confesemos todavía otra cosa.

—¿Qué cosa? preguntó Mauricio ruborizado, ¿qué queréis que confiese?

—Que no es la política, ni el rumor de vuestras frecuentes visitas a mi casa lo que os obliga a abandonarnos.

—¿Pues entonces qué es?

—El secreto que habéis penetrado.

—¿Qué secreto? preguntó Mauricio con una expresión de curiosidad natural que tranquilizó al curtidor.

—Ese asunto de contrabando que habéis penetrado la noche misma en que nos conocimos de una manera tan extraña. Jamás me habéis perdonado ese fraude, y me acusáis de mal republicano porque me sirvo de productos ingleses en mi tenería.

—Mi querido Dixmer, dijo Mauricio, os juro que había olvidado completamente cuando iba a vuestra casa, que estaba en casa de un contrabandista.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Con qué no teníais otro motivo para abandonar la casa, que el que me habéis dicho?

—Bajo mi palabra de honor.

—Pues bien; contestó Dixmer levantándose y estrechando la mano del joven, espero que reflexionaréis y que desistiréis de esa resolución que tanta pena nos causa a todos.

Mauricio se inclinó sin contestar nada, lo que equivalía a una última negativa.

Dixmer salió desesperado por no haber podido conservar sus relaciones con aquel hombre, que ciertas circunstancias hacían no solamente útil, sino casi indispensable.

Aún era tiempo para que Mauricio volviera atrás en la terrible resolución que había tomado. Agitábanle deseos encontrados. Dixmer le suplicaba que volviese, Genoveva podría perdonarle. ¿Por qué, pues, había de desesperar? Lorin en su lugar presentaría multitud de aforismos sacados de sus autores favoritos; pero a estos aforismos opondría él la carta de Genoveva, esa despedida formal que había llevado consigo a la sección y que tenía sobre su corazón con el billete que había recibido de ella misma al día siguiente al en que la había libertado de las manos de los que la insultaban, en fin, podría oponer más que todo esto, la obstinación celosa de la joven contra ese Morand detestado, primera causa de su rompimiento con Genoveva.

Mauricio, pues, permaneció inexorable en su resolución, pero preciso es decir que fue un vacío para él la privación de su visita cotidiana a la antigua calle de San Jacobo; y cuando llegó la hora en que acostumbraba encaminarse hacia el barrio de San Víctor, cayó en una melancolía profunda, y desde este momento, recorrió todas las faces de la esperanza y del pesar.

Todas las mañanas esperaba al despertar que encontraría alguna carta de Dixmer, y esta vez se confesaba a sí mismo, él, que había resistido a instancias de viva voz, que cedería a una carta; todos los días salía con la esperanza de encontrar a Genoveva, llevando preparados de antemano, si la encontraba, mil medios para hablarla. Todas las noches volvía a su casa con la esperanza de encontrar en ella aquel mensajero que en

una mañana, sin esperarlo él, le había llevado el dolor que desde entonces fue ya su eterno compañero.

Muchas veces también en sus horas de desesperación se avergonzaba ante la idea de experimentar semejante tormento sin devolvérselo al que se lo había hecho sufrir: sabido es que la primera causa de todos sus pesares era Morand. Entonces formaba el proyecto de ir a buscarle y reñir con él bajo cualquier pretexto; pero el asociado de Dixmer era tan débil y tan inofensivo, que insultarle o provocarle era una cobardía de parte de un coloso como Mauricio.

Lorin había hecho los esfuerzos más extraordinarios para aliviar los pesares que su amigo se obstinaba en callarle, si bien no le negaba la existencia de ellos. Este había hecho cuanto había podido en práctica y en teoría para devolver a la patria aquel corazón tan atormentado por otro amor; pero aunque las circunstancias fuesen graves, y aunque en cualquiera otra disposición de espíritu, hubiesen arrastrado a Mauricio en medio del torbellino político, no habían podido volver al joven republicano aquella actividad primera que había hecho de él un héroe en las jornadas del 14 de julio y 10 de agosto.

En efecto, los dos sistemas, en presencia el uno del otro durante cerca de diez meses, y que hasta entonces no se habían dado en cierto modo sino algunos ligeros ataques, ni habían preludiado la batalla sino por medio de alguna que otra escaramuza, se aprestaban a luchar cuerpo a cuerpo, y era evidente que una vez comenzada la pelea, sería mortal para uno de los dos. Estos dos sistemas, nacidos del seno de la misma revolución, eran el de moderación, representado por los girondinos, es decir, por Brissot, Petion, Vergniaud, Valazé, Lanjuinais, etc., etc., y el del terror o de la Montaña, representado por Danton, Robespierre, Chenier, Fabre, Marat, Collot d'Herbois, Hebert, etc., etc.

Después del 10 de agosto, como después de toda acción, parecía haber pasado la influencia al partido moderado. Ha-

bíase formado un ministerio con los restos del antiguo y algunos nuevos agregados. Entre los primeros se contaba Roland, Servien y Claviers; entre los segundos, Danton, Monge y le Brun. A excepción de uno solo, que representaba en medio de sus colegas, el elemento enérgico, todos los ministros pertenecían al partido moderado.

Cuando decimos moderado, se deja comprender que hablamos relativamente; pero el 10 de agosto había tenido su eco en el extranjero, y la coalición se había apresurado a marchar, no al socorro de Luis XVI personalmente, sino del principio realista atacado en su base. Entonces habían resonado las palabras amenazadoras de Brunswick, y como una terrible realización, Longwy y Verdun había caído en poder del enemigo. Entonces se había verificado la reacción terrorista. Entonces Danton había soñado las jornadas de setiembre, y realizado ese sueño sangriento que presentó al enemigo toda la Francia como cómplice de un inmenso asesinato, dispuesta a luchar por su existencia comprometida con toda la energía de la desesperación. Setiembre había salvado la Francia, pero al salvarla la había puesto fuera de la ley.

Salvada la Francia y siendo ya inútil la energía, el partido moderado había recobrado algunas fuerzas, queriendo entonces acriminar aquellas jornadas terribles. Habíanse pronunciado las palabras de homicida y asesino, y aun se había añadido otra nueva al vocabulario de la nación; era esta la de *setembristas*.

Danton la había aceptado resueltamente, y como Clodoveo, había humillado un instante la cabeza bajo el bautismo de sangre, pero para levantarla más erguida y amenazadora. Presentábase otra ocasión para volver al terror pasado, cual era el proceso del rey. La violencia y la moderación entraron, no enteramente aún en la lucha de las personas, sino en la de los principios, y en la persona del prisionero real se hizo la experiencia de las fuerzas relativas. La moderación fue vencida, y la cabeza de Luis XVI rodó sobre el cadalso.

Como el 10 de agosto, el 21 de enero había vuelto a la coalición toda su energía. Todavía se le opuso el mismo hombre, pero no la misma fortuna. Dumouriez, detenido en sus progresos por el desorden de todas las administraciones que impedía llegar hasta él los socorros de hombres y dinero, se declara contra los jacobinos, a quienes acusa reos de aquella desorganización, adopta el partido de los girondinos y los pierde declarándose su amigo.

Entonces se levanta la Vendée, los departamentos amenazan, los reveses producen traiciones, y las traiciones reveses. Los jacobinos acusan a los moderados y quieren atacarlos el 10 de marzo, es decir, en la noche que principia nuestra relación; pero se salvan a merced de la demasiada precipitación de sus adversarios, y acaso también a merced de aquella lluvia que había hecho decir a Petion, ese profundo anatomista del espíritu parisiense: «Está lloviendo, no habrá nada esta noche.»

Pero después del 10 de marzo todo había sido para los girondinos presagio de ruina. Marat, acusado y absuelto, Robespierre y Danton reconciliados, a lo menos momentáneamente, como se reconcilian un tigre y un león para atacar al toro que deben devorar; Henriot, el setembrista, nombrado comandante general de la guardia nacional; todo presagiaba esa jornada terrible que debía arrastrar en una tempestad el último dique que la revolución oponía al terror.

Tales eran los grandes acontecimientos en que Mauricio hubiera tomado, en cualquiera otra circunstancia, aquella parte activa propia de su carácter impetuoso y de su patriotismo exaltado; pero desgraciada o afortunadamente para Mauricio, ni las exhortaciones de Lorin, ni las terribles preocupaciones del vulgo, habían podido lanzar de su espíritu la única idea que le embargaba, y cuando llegó el 31 de mayo, el terrible embestidor de la Bastilla y de las Tullerías, estaba acostado en su cama, devorado por esa fiebre que mata a los más fuertes, y que puede disiparse con una mirada, o curarse con una palabra.

XIII. El 31 de mayo

Durante la mañana de aquel famoso 31 de mayo en que el toque de rebato y la generala resonaban desde el amanecer, entró en el Temple el batallón del arrabal de San Víctor.

Cuando se cumplieron todas las formalidades de costumbre, y se distribuyeron los puestos, se vio llegar a los municipales de servicio, y cuatro piezas de artillería de refuerzo vinieron a reforzar las que estaban ya en batería a la puerta del Temple.

Al mismo tiempo que la artillería, llegaba Santerre con sus charreteras de estambre amarillo, y su uniforme, en cuyas grandes manchas de grasa podía leerse su patriotismo.

Pasó revista al batallón, que encontró en un estado conveniente, y contó los municipales que no eran más que tres.

—¿Por qué no han venido más que tres municipales? preguntó, ¿y quién es el mal ciudadano que falta?

—El que falta, ciudadano general, no es un patriota tibio, contestó nuestro conocido Agrícola; es el secretario de la sección Lepelletier, jefe de los bravos termópilas, el ciudadano Mauricio Lindey.

—Bien, bien, dijo Santerre, reconozco como tú el patriotismo del ciudadano Lindey, lo que no impedirá que si no llega en el término de diez minutos se le inscriba en la lista de los ausentes.

Y Santerre pasó a otros detalles.

En el momento de pronunciar estas palabras y a poca distancia, se veía un capitán de cazadores y un soldado, el uno apoyado sobre su fusil y el otro sentado sobre un cañón.

—¿Habéis oído? dijo en voz baja el capitán al soldado, Mauricio no ha llegado todavía.

—Pero llegará, no tengáis cuidado.

—Si no viene, dijo el capitán, os colocaré de centinela en la escalera, y como *ella* subirá probablemente a la torre, podéis decirla una palabra.

En aquel momento entró un hombre que demostraba ser municipal por su banda tricolor, y como el capitán y el cazador no le conociesen, fijaron en él atentamente sus miradas.

—Ciudadano general, dijo el desconocido dirigiéndose a Santerre, te suplico que me recibas en lugar del ciudadano Lindey, que está enfermo, según consta en el certificado del médico que aquí traigo: mi turno de guardia llegaba dentro de ocho días y he permutado con él; dentro de ocho días él hará mi servicio como yo voy a hacer hoy el suyo.

—Eso se entenderá, si el Capeto y las Capetas viven todavía ocho días; dijo uno de los municipales.

Santerre respondió con una ligera sonrisa a esta chanzoneta, y dirigiéndose después al sustituto de Mauricio:

—Está bien, le dijo: ve a firmar en el registro en el lugar de Mauricio Lindey, y consigna en la columna de observaciones las causas de este cambio.

Entre tanto el capitán y el cazador se habían dirigido una mirada llena de alegre sorpresa.

—Dentro de ocho días, dijeron para sí.

—Capitán Dixmer, gritó Santerre, tomad posición en el jardín con vuestra compañía.

—Venid, Morand, dijo el capitán al cazador, su compañero.

Sonó el tambor, y la compañía conducida por el maestro curtidor, se alejó en la dirección prescrita.

Pusieron las armas en pabellón, y la compañía se separó en grupos que comenzaron a pasearse de arriba a abajo según su capricho.

El sitio de su paseo era el mismo jardín donde en tiempo de Luis XVI, venía la familia real algunas veces a respirar el aire.

Este jardín estaba desnudo, árido, desolado, completamente despojado de flores, de árboles y de verdura.

A veinte y cinco pasos, poco más o menos de la porción de tapia que daba a la calle de Porte-Foin, se elevaba una especie de choza que la previsión de la municipalidad había permitido establecer para mayor comodidad de los nacionales que entraban de guardia en el Temple, y los cuales encontraban allí qué comer y beber en los días de motín en que no se les permitía salir. La dirección de aquella tabernilla interior había sido muy ambicionada, concediéndose a la viuda de un excelente patriota, muerto el 10 de agosto, y que era conocida con el nombre de la viuda Plumeau.

Esta pequeña cabaña, construida con tablas y argamasa, estaba situada en medio de un acirate cuyos límites se conocían todavía por un pequeño vallado de boj. Componíase solo de una pieza de doce pies cuadrados, debajo de la cual había una cueva a la que se bajaba por unos escalones groseramente hechos en la misma tierra. Aquí era donde la viuda Plumeau encerraba sus líquidos y comestibles, sobre los que velaban alternativamente ella y su hija, muchacha de doce a quince años.

Apenas se instalaron en su vivac, los guardias nacionales se pusieron como ya hemos dicho, los unos a pasearse por el jardín, y los otros a hablar con los conserjes; estos a mirar los dibujos trazados en la pared y que representaban alguna escena patriótica, tal como el rey ahorcado, con esta inscripción: «Mr. Veto tomando un baño de aire» o el rey guillotinado, con alguna otra chanzoneta del mismo género; aquellos en hablar a la viuda Plumeau sobre los designios gastronómicos que les sugería su apetito.

En el número de estos últimos se hallaban el capitán y el cazador, de que ya hemos hablado.

—¡Ah! capitán Dixmer, dijo la cantinera, tengo famoso vino de Saumur.

—Bueno, ciudadana Plumeau; pero el vino de Saumur, a lo menos según mi opinión, nada vale sin el queso de Brie, contestó el capitán, que antes de emitir este dictamen había mirado cuidadosamente a su alrededor y pudo observar que faltaba este comestible entre los que encerraba la cantina.

—¡Ah! mi capitán, parece que el diablo la hace, pero acabo de despachar el último pedazo que me quedaba.

—Entonces, dijo el capitán, si no hay queso de Brie, tampoco quiero vino de Saumur; y advierte ciudadana, que el consumo valía la pena, pues pensaba obsequiar a toda la compañía.

—Mi capitán, te pido cinco minutos para ir a ver al ciudadano conserje, que suele tenerlo; se lo pagaré algo más caro, pero tú eres demasiado buen patriota para no indemnizarme.

—Sí, sí, ve, respondió Dixmer, y entretanto bajaremos a la cueva y escogeremos nosotros mismos el vino.

—Haz lo que quieras, como si estuvieras en tu casa, capitán.

Y la viuda Plumeau echó a correr hacia la habitación del conserje, mientras el capitán y el cazador, provistos de una luz levantaban la trampa y bajaron a la cueva.

—Bueno, dijo Morand, después de un instante de examen. La cueva avanza en la dirección de la calle de Porte-Foin. Tiene de nueve a diez pies de profundidad.

—¿Cómo es el suelo? preguntó Dixmer.

—Es de greda y de escombros; todos estos jardines han sido derribados muchas veces y no hay piedra en ninguna parte.

—Pronto, exclamó Dixmer; oigo los zuecos de nuestra cantinera; tomad dos botellas de vino y subamos.

Ambos asomaban ya su cabeza por el agujero de la trampa, cuando la viuda Plumeau entró con el famoso queso de Brie, con tanta solicitud pedido.

Detrás de ella venían muchos cazadores atraídos por la buena apariencia del susodicho queso.

Dixmer hizo los honores, repartiendo veinte botellas de vino entre su compañía, en tanto que el ciudadano Morand contaba el heroísmo de Curcio, el desinterés de Fabricio y el patriotismo de Bruto y de Casio, historias todas que fueron casi tan apreciadas como el queso de Brie y el vino de Anjou regalados por Dixmer, lo que no es poco decir.

Dieron las once, hora en que debían relevarse las centinelas.

—¿No es desde las doce a la una cuando acostumbra a pasearse la austriaca? preguntó Dixmer a Tison que pasaba por delante de la cabaña.

—De las doce a la una, justamente.

Y se puso a cantar:

A la torre se sube,
Mirondon, mirondon, mirondela.

Este nuevo chiste fue acogido con una carcajada unánime por los guardias nacionales.

Al punto llamó Dixmer a los individuos de su compañía que debían montar la guardia desde las once y media hasta la una y media, les previno que aligeraran el almuerzo e hizo tomar las armas a Morand para colocarle como se había convenido, en el último piso de la torre, en aquella misma garita detrás de la cual se había ocultado Mauricio el día en que había sorprendido las señas que hacían a la reina desde una ventana de la calle de Porte-Foin.

Si se hubiese mirado a Morand en el momento en que recibió este aviso, bien sencillo y esperado, se le hubiera visto ponerse pálido bajo las largas mechas de sus cabellos negros.

De repente se oyó a lo lejos como una tempestad de gritos y rugidos.

—¿Qué significa eso? preguntó Dixmer a Tison.

—¡Oh! respondió el carcelero, no es nada, algún pequeño motín que querrán armar esos pobretes de brissotinos antes

de ir a la guillotina.

El ruido cada vez era más amenazador, pues se oía rodar ya la artillería, y un tropel de gente pasó por delante del Temple gritando:

—¡Vivan las secciones! ¡viva Henriot! ¡abajo los brissotinos! ¡abajo los rolandistas! ¡abajo madama Veto!

—Bueno, bueno, dijo Tison frotándose las manos; voy a abrir a madama Veto para que goce sin obstáculo del amor que la profesa su pueblo.

Y se aproximó al postigo de la fortaleza.

—¡Hola Tison! gritó una voz formidable.

—¿Mi general? contestó este deteniéndose.

—Hoy no se sale, contestó Santerre; las prisioneras permanecerán encerradas en su cuarto.

La orden era sin apelación.

—Bueno, dijo Tison, un trabajo menos.

Dixmer y Morand se dirigieron una mirada lúgubre; en seguida esperando, aunque ya inútilmente, que diera la hora de la facción, se fueron ambos a pasearse sin afectación entre la cantina y la tapia que daba a la calle de Porte-Foin. Allí comenzó Morand a medir la distancia dando pasos geométricos, es decir, de tres pies.

—¿Qué distancia? preguntó Dixmer.

—De sesenta a sesenta y un pies, respondió Morand.

—¿Cuántos días se necesitan?

Morand reflexionó y trazó en la arena con una varita algunas líneas geométricas que borró en seguida.

—Lo menos se necesitan siete días, dijo.

—Mauricio entra de guardia dentro de ocho días, murmuró Dixmer: será, pues, preciso que para entonces hayamos reno-

vado nuestras relaciones con Mauricio.

El reloj del Temple dio la media. Morand volvió a coger su fusil suspirando, y conducido por el cabo fue a relevar al centinela que se paseaba por la plataforma de la torre…

XIV. Abnegación

Al día siguiente al en que pasaron las escenas que acabamos de referir, es decir el 1.º de junio a las diez de la mañana, Genoveva estaba sentada en su lugar acostumbrado, cerca de la ventana, preguntándose por qué después de tres semanas amanecían los días tan tristes para ella, por qué estos días pasaban tan lentamente, y en fin, por qué en lugar de esperar con ansia la tarde, la esperaba ya con espanto.

Sus noches, sobre todo, eran tristes, sus noches que antes eran tan hermosas, esas noches que se deslizaban pensando en la víspera y en el día siguiente.

En aquel momento sus ojos se fijaron en un magnífico cajón de claveles matizados y rojos, que durante el invierno sacaba de aquel invernadero donde había estado encerrado Mauricio, para hacerlos abrir en su cuarto.

Mauricio le había enseñado a cultivarlos en aquel acirate de caoba en que estaban encerrados, ella los había regado y limpiado cuidadosamente, mientras Mauricio iba a verla, porque se complacía en manifestarle todas las tardes los progresos que, gracias a los cuidados fraternales de ambos, habían hecho aquellas encantadoras flores durante la noche; pero desde que Mauricio dejó de ir, los pobres claveles habían sido descuidados, y lánguidos, viudos y amarillos inclinaban su cabeza medio marchitos.

Genoveva comprendió solo al verlos la razón de su misma tristeza, y se dijo a sí misma que acontecía a las flores lo que a ciertas amistades que cuando se cultivan con pasión crecen, y creciendo explayan el ánimo y dilatan el corazón; pero llega una hora menguada en que el capricho o la desgracia corta de raíz la amistad, y el corazón que por esta amistad vivía, se comprime y desfallece.

Genoveva sintió entonces la angustia horrible de su corazón; el sentimiento que había querido combatir y que aun había esperado vencer, se despertaba más fuerte en el fondo de su pensamiento, haciéndole temer que solo moriría con aquel corazón; entonces tuvo un momento de desesperación, porque conoció que cada vez era más impotente para la lucha; inclinó dulcemente la cabeza, besó uno de aquellos botones marchitos y lloró.

En el momento de enjugarse los ojos entró su marido; pero se hallaba este tan entregado a sus propios pensamientos, que no adivinó aquella crisis dolorosa que acababa de experimentar su mujer, ni reparó la rubicundez denunciadora de sus párpados. Verdad es que apenas vio Genoveva a su marido, se levantó vivamente y corrió hacia él, procurando volver la espalda a la ventana para interceptar la escasa luz que a la sazón penetraba por ella.

—¿Qué hay? dijo a su marido afectando la mayor serenidad.

—Nada de nuevo; es imposible acercarse a *ella*, imposible hacer llegar nada a sus manos, y hasta imposible verla.

—¡Cómo! exclamó Genoveva, ¡con todo ese ruido que ha habido en París!

—Precisamente ese ruido ha hecho redoblar la vigilancia, temiéndose que a favor de la agitación general se hiciera alguna tentativa sobre el Temple, y cuando S. M. iba ya a subir a la plataforma, dio orden Santerre para no dejar salir a la reina, ni a madama Isabel, ni a madama Real.

—Pobre caballero, ¡qué disgusto tan grande habrá tenido!

—Se puso desesperado cuando vio que se nos escapaba aquella ocasión; se quedó tan pálido que me lo llevé conmigo temiendo que se delatase.

—¿Pero no había en el Temple ningún municipal conocido tuyo? preguntó Genoveva con timidez.

—Debía haber habido uno, pero no fue.

—¿Quién?

—El ciudadano Mauricio Lindey, dijo Dixmer en un tono que se esforzaba por hacer indiferente.

—¿Y por qué no ha ido? preguntó Genoveva, haciendo el mismo esfuerzo sobre sí misma.

—Está enfermo.

—¿Enfermo, él?

—Sí, y aun de gravedad; puesto que siendo tan patriota como sabes, se ha visto obligado a ceder a otro su turno.

—¡Qué lástima!

—Pero, aun cuando hubiese ido, ya comprendes, Genoveva, que hubiera sido lo mismo; pues, rotas como están nuestras relaciones, acaso hubiera evitado hasta la ocasión de hablarme.

—Creo, amigo mío, dijo Genoveva, que exageras la gravedad de la situación. Mauricio puede tener el capricho de no venir a casa, algunas razones frívolas para no verle; pero no por eso es nuestro enemigo. La frialdad no excluye la política, y estoy segura que al verle ir hacia él, hubiera andado la mitad del camino.

—Genoveva, dijo Dixmer, para lo que esperábamos de Mauricio, se necesitaba más que política; pues acaso no era demasiado una amistad real y profunda. Ahora bien, esa amistad no existe, ¿qué esperanzas podemos ya tener por este lado?

Y Dixmer lanzó un suspiro inclinando la frente casi siempre tan tranquila.

—Pero si consideras, dijo tímidamente Genoveva, a Mauricio tan necesario a tus proyectos…

—Es decir, respondió Dixmer, que desespero llevarlos a cabo sin él.

—Pues bien, ¿entonces por qué no haces otra tentativa para renovar la amistad del ciudadano Lindey?

Creía Genoveva que llamando a Mauricio por su apellido, la entonación de su voz era menos tierna que cuando le nombraba con su nombre de bautismo.

—No, no puede ser, dijo Dixmer meneando la cabeza; ya he hecho cuanto podía hacer; cualquiera otra gestión parecería singular y despertaría necesariamente sus sospechas; no, Genoveva; además yo veo más lejos que tú en este asunto: hay una llaga en el fondo del corazón de Mauricio.

—¿Una llaga? preguntó Genoveva conmovida. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué quieres decir con eso? Habla, esposo mío, habla.

—Quiero decir, y tú estás tan convencida como yo de esto, que hay en nuestro rompimiento con el ciudadano Lindey algo más que un capricho.

—¿Pues a qué atribuyes entonces este rompimiento?

—Al orgullo tal vez, dijo vivamente Dixmer.

—¡Al orgullo!

—Sí, acaso creería ese semiaristócrata, que bajo su patriotismo conserva todas sus susceptibilidades; acaso creería, digo que nos hacía demasiado honor en concedernos su amistad a nosotros fabricantes de pieles; tal vez habremos faltado en algo a ese republicano omnipotente en su sección, en su club y en su municipalidad.

—Pero, aun cuando así hubiese sido, replicó Genoveva, me parece que el paso que has dado debía ser suficiente para

rehabilitarte a sus ojos y dejarte satisfecho.

—Sí, suponiendo que hubiese recibido el agravio de mí, pero si por el contrario lo hubiese recibido de ti…

—¿De mí? ¿Cómo puedes suponer que haya yo agraviado en nada a Mr. Mauricio? dijo Genoveva llena de asombro.

—¡Oh! quién sabe, con un carácter como el suyo… Además, ¿no has sido tú la primera en acusarle de caprichoso? Insisto, pues, en lo que ya te he dicho; creo que has hecho mal en no escribir a Mauricio.

—¡Yo! exclamó Genoveva, ¿Cómo puedes pensar en semejante cosa?

—No solamente pienso ahora, sino que en las tres semanas que hace ya dura este rompimiento, no he pensado en otra cosa.

—¿Y…? preguntó tímidamente Genoveva.

—Y considero este paso como indispensable.

—¡Oh! exclamó Genoveva, no, no, Dixmer, no exijas eso de mí.

—Ya sabes, Genoveva, que jamás exijo nada de ti, te suplico solamente. Pues bien, ya lo sabes, te suplico que escribas al ciudadano Mauricio.

—Pero… exclamó Genoveva.

—Escucha, replicó Dixmer, interrumpiéndola; o existen entre ti y Mauricio graves motivos de indisposición, porque en cuanto a mí jamás se ha quejado de mi proceder, o tu enfado con él proviene de alguna niñería.

Genoveva no contestó.

—Si una puerilidad es causa de ese enfado, locura sería por parte tuya eternizarlo; si tiene por causa un motivo serio, debes comprender que en la situación en que nos hallamos, no podemos ya contar con nuestra dignidad, ni aun con nuestro

amor propio. Créeme, Genoveva; no debemos poner en la balanza el enfado pueril de jóvenes con intereses inmensos. Haz un esfuerzo sobre ti misma, escribe una palabra al ciudadano Mauricio Lindey, y volverá.

Genoveva reflexionó un instante.

—Pero ¿no podríamos, dijo, hallar un medio menos comprometido para renovar nuestras relaciones con Mr. Mauricio?

—¿Comprometido dices? Creo por el contrario que es un medio muy natural y sencillo el que le propongo.

—Para mí no lo es, amigo mío.

—Eres terca de veras, Genoveva.

—Confiesa a lo menos que esta es la primera vez que lo notas.

Dixmer, que estrujaba su pañuelo entre sus manos hacía algunos instantes, enjugó su frente bañada en sudor.

—Sí, dijo, y he ahí por qué se aumenta mi admiración.

—¡Dios mío! exclamó Genoveva, ¿es posible, Dixmer, que no comprendas las causas de mi resistencia y que quieras obligarme a hablar?

Y dejó caer su cabeza sobre su pecho y los brazos a los lados, como si con las palabras que acababa de pronunciar hubiese agotado todas sus fuerzas.

Dixmer hizo al parecer un esfuerzo violento sobre sí mismo, tomó la mano de Genoveva, le obligó a levantar la cabeza, y mirándola atentamente prorrumpió en una carcajada que hubiera parecido forzada a Genoveva, si ella misma hubiese estado menos agitada en aquel momento.

—Veo lo que es, dijo; en verdad que tenéis razón. Yo estaba ciego. Con todo tu talento, Genoveva, con toda tu penetración te has dejado llevar de una vulgaridad: has temido que Mauricio se enamorara de ti.

Genoveva sintió penetrar hasta su corazón un frío mortal. Aquella ironía de su marido respecto del amor que Mauricio experimentaba por ella, amor, cuya violencia podía ella apreciar debidamente conociendo el carácter impetuoso de Lindey, amor, en fin, de que ella misma participaba, por más que no tuviese otros indicios que sus sordos remordimientos, aquella ironía, decimos, la dejó como petrificada; así que no tuvo siquiera fuerzas para mirar a su marido, y conoció que le sería imposible contestar.

—He acertado, ¿no es verdad? replicó Dixmer. Pues bien, tranquilízate, Genoveva, conozco a Mauricio, y sé que es un republicano terrible que no abriga en su corazón otro amor que el de la patria.

—¿Estás seguro de lo que dices? exclamó Genoveva.

—Sin la menor duda, contestó Dixmer; si Mauricio te amara, en lugar de enojarse conmigo, hubiera redoblado su atención y sus miramientos para con el hombre a quien trataba de engañar. Si Mauricio te amara, no habría renunciado tan fácilmente a ese título de amigo de la casa, con cuyo auxilio se cubren ordinariamente esta clase de traiciones.

—Por tu honor y por el mío, te suplico que no te burles de semejantes cosas.

—Yo no me burlo, Genoveva, te digo que Mauricio no te ama, y nada más.

—Y yo, yo, exclamó Genoveva ruborizada; te digo que te engañas.

—En ese caso, replicó Dixmer, Mauricio que ha tenido el suficiente valor para retirarse antes que engañar la confianza de su huésped, es un hombre honrado, y como son tan raros esta clase de hombres, jamás haremos demasiado por renovar su amistad, Genoveva, escribirás a Mauricio, ¿no es verdad?

—¡Oh, Dios mío! exclamó la joven, dejando caer su cabeza entre sus dos manos, porque el hombre con quien contaba

para apoyarse en el momento del peligro le faltaba de repente y la precipitaba en lugar de contenerla.

Dixmer la miró un instante y esforzándose después por sonreírse, dijo:

—Ea, querida, a un lado el amor propio de mujer; si Mauricio intentara hacerte alguna otra declaración, te reirás de ella como has hecho con la primera. Te conozco demasiado; sé que tienes un corazón noble y digno, y estoy seguro de tu fidelidad.

—¡Oh! exclamó Genoveva dejándose deslizar de modo que una rodilla tocó en tierra. ¡Oh, Dios mío! ¿Quién puede estar seguro de los demás, cuando nadie lo está de sí mismo?

Dixmer se quedó pálido como si toda su sangre se retirara a su corazón.

—Genoveva, dijo, he hecho mal en hacerte pasar por todas las angustias que acabas de experimentar. Hubiera debido decirte desde luego: «Genoveva, estamos en la época de los grandes sacrificios; yo he consagrado a la reina, nuestra bienhechora, no solamente mi brazo, no solamente mi cabeza, sino también mi felicidad; otros le darán su vida. Yo haré más que darle mi vida, yo arriesgaré mi honor, si perece, no será sino una lágrima más en ese océano de dolores que amenaza tragarse a la Francia; pero mi honor no arriesga nada cuando está bajo la salvaguardia de una mujer como Genoveva.»

Por primera vez en su vida Dixmer acababa de revelarse enteramente y tal cual era.

Genoveva irguió la cabeza, fijó en él sus hermosos ojos llenos de admiración, se levantó lentamente y le presentó su frente para que la besara.

—¿Lo quieres? dijo.

Dixmer hizo una señal afirmativa.

—Dicta entonces, añadió Genoveva tomando una pluma.

—No por cierto, dijo Dixmer, no debemos abusar de ese joven honrado; puesto que se reconciliará con nosotros cuando reciba la carta. Genoveva, y no Dixmer, debe escribirle esa carta.

Dixmer volvió a besar a su mujer en la frente, le dio las gracias y salió.

Entonces Genoveva escribió con mano trémula:

«Ciudadano Mauricio:

«Bien sabéis cuánto os amaba mi marido. ¿Tres semanas de separación que nos han parecido un siglo os lo han hecho olvidar? Venid, os esperamos; vuestra vuelta será para nosotros una verdadera fiesta.

«Genoveva.»

XV. La diosa Razón

Mauricio continuaba gravemente enfermo, según había mandado a decir en el día anterior al general Santerre.

Desde que guardaba cama, Lorin había ido a verle con frecuencia, haciendo cuanto podía para determinarle a tomar alguna distracción; pero Mauricio se había opuesto tenazmente. Hay enfermedades de las que no queremos curarnos.

A la una del 1.º de junio entró Lorin en la alcoba de Mauricio. Al verle este le preguntó:

—¿Qué hay de particular hoy, que vienes tan elegante?

En efecto, Lorin llevaba el vestido de rigor: gorro colorado, carmañola, y cinturón tricolor, adornado con esos dos instrumentos que se llamaban entonces las vinajeras del abate

Maury, y que antes y después se llamaron simplemente pistolas.

—En primer lugar, dijo Lorin, generalmente hablando, hay el deshielo de la Gironda que está próximo a ejecutarse, pero tambor batiente. En este momento, por ejemplo, se están calentando las balas rojas en la plaza de Carrousel; después, particularmente hablando, hay una gran solemnidad a la cual te convido para pasado mañana.

—¿Pero para hoy, qué hay? ¿Vienes a buscarme?

—Sí; hoy tenemos el ensayo.

—¿Qué ensayo?

—El ensayo de la gran solemnidad.

—Amigo mío, dijo Mauricio, tú sabes que hace ocho días que no salgo a la calle, y por consiguiente, no estoy al corriente de nada y necesito ser informado.

—¡Cómo! ¿no lo he dicho ya?

—No me has dicho nada.

—En primer lugar, querido, ya sabías que habíamos suprimido a Dios por algún tiempo, y que lo hemos reemplazado por el Ser Supremo.

—Sí, sé eso.

—Pues bien; parece que se ha caído en la cuenta de una cosa; y es, que el Ser Supremo era un moderado, un rolandista, un girondino.

—Lorin, no te burles de las cosas santas; ya sabes que no me gusta eso.

—Qué quieres, querido, es preciso ir con el siglo. Yo también amaba mucho al antiguo Dios, aunque no fuera más que porque ya estaba acostumbrado a él; pero en cuanto al Ser Supremo parece que hay efectivamente motivos de queja,

pues desde que está allá arriba, todo sale al revés; en fin, nuestros legisladores han decretado su destitución.

Mauricio se encogió de hombros.

—Encógete de hombros todo lo que quieras, dijo Lorin. Entre tanto nosotros

Partidarios del dios Momus,
Mandamos que la locura
Tenga su culto *in partibus*.

—De modo, continuó Lorin, que vamos a adorar a la diosa Razón.

—¿Y te mezclas tú en todas esas mascaradas? dijo Mauricio.

—¡Ah! amigo mío: si conocieras a la diosa Razón como yo la conozco, serías uno de sus más decididos partidarios. Ea, quiero dártela a conocer, te presentaré a ella.

—Déjame en paz con todas tus locuras, estoy triste, bien lo sabes.

—Una razón más para que vengas, ella te distraerá; es muy buena muchacha. Pero ¡calla! si tú también conoces a la austera diosa que los parisienses van a coronar de laurel y a pasear en un carro de papel dorado. Es… adivínalo…

—¿Cómo quieres que adivine?

—Es Artemisa.

—¿Artemisa? dijo Mauricio queriendo recordar aquel nombre.

—Sí, una morena alta, que te hice conocer el año pasado… en el baile de la Ópera, por más señas, que viniste a cenar con nosotros y la emborrachaste.

—¡Ah! sí, es verdad, respondió Mauricio; ya me acuerdo; ¿y es ella?

—La que reúne más probabilidades. La he presentado al concurso. Todos los termópilas me han prometido sus votos.

Dentro de tres días se verifica la elección general. Hoy se da la comida preparatoria; hoy derramamos el vino de Champaña, acaso pasado mañana derramaremos sangre. Pero que se derrame lo que quiera, Artemisa será diosa o me lleva el diablo. Vamos, ven, la haremos ponerse su túnica.

—Gracias. Siempre me han repugnado esa clase de cosas.

—¡El vestir a las diosas! ¡Cáspita! no eres poco escrupuloso. En fin, si esto puede distraerte, yo le pondré la túnica, y tú se la quitarás.

—¡Lorin! estoy enfermo, y no solo no puedo estar alegre, sino que me hace daño la alegría de los demás.

—Me asustas, Mauricio; tú ya no te bates, tú no ríes; ¿conspiras por casualidad?

—¿Yo? ¡Pluguiera a Dios!

—Querrás decir, ¡pluguiera a la diosa Razón!

—Déjame, Lorin, no puedo, ni quiero salir; estoy en cama y no me levantaré.

Lorin se rascó la oreja.

—¡Bueno! dijo, veo lo que hay.

—¿Y qué ves?

—Veo que esperas a la diosa Razón.

—¡Pardiez! exclamó Mauricio, los amigos poetas son bien incómodos e importunos; marcha, o te lleno de imprecaciones, a ti y a tu diosa.

—Bueno, bueno…

Mauricio levantaba la mano para maldecir, cuando fue interrumpido por su oficioso que entraba en aquel momento, portador de una carta para el ciudadano su hermano.

—Ciudadano Agesilao, dijo Lorin, entras en mala hora; tu amo iba a encolerizarse…

Mauricio dejó caer su mano que extendió negligentemente hacia la carta; pero apenas la tocó se estremeció, y acercándola ávidamente a sus ojos, devoró con la vista la letra y el sello, y poniéndose pálido como si fuera a desmayarse, rompió el sello.

—¡Hola! ¡hola! murmuró Lorin, parece que se anima el enfermo.

Mauricio no oía ya, leía con toda su alma los cuatro renglones de Genoveva. Después de haberlos leído, volvió a leerlos dos, tres, cuatro veces; después se limpió la frente y dejó caer sus manos, mirando a Lorin con aire de estupidez.

—¡Diablo! dijo Lorin, parece que esa carta contiene grandes noticias.

Mauricio volvió a leer la carta por la quinta vez, y un vivo carmín animó su rostro. Sus ojos secos se humedecieron, un profundo suspiro dilató su pecho, después olvidando de repente su enfermedad y la debilidad consiguiente a ella, se lanzó fuera de la cama.

—¡Mi ropa! exclamó al oficioso estupefacto, ¡mi ropa, mi querido Agesilao! ¡Ah! mi pobre Lorin, mi buen Lorin, la esperaba todos los días; pero ya casi había perdido las esperanzas. Venga un pantalón blanco, una camisa de pechera; quiero peinarme y afeitarme ahora mismo.

El oficioso se apresuró a ejecutar las órdenes de Mauricio, le peinó y le afeitó en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Voy a verla! ¡voy a verla! exclamó el joven. Lorin, hasta ahora no he sabido lo que era la felicidad.

—Mi pobre Mauricio, dijo Lorin, creo que tienes necesidad de hacer la visita que te aconsejaba.

—¡Oh! mi querido amigo, exclamó Mauricio, perdóname, porque he perdido mi razón.

—En ese caso te ofrezco la mía, dijo Lorin riéndose con este juego de vocablos.

Lo más admirable fue que también se rio Mauricio: sin duda la felicidad le había hecho ya menos escrupuloso. Hizo más. Cortó un pie de naranjo cubierto de flores y dijo a Lorin:

—Toma, ofrece de mi parte este ramo a la digna viuda de Mausoleo.

—¡Enhorabuena! dijo Lorin, esto es lo que se llama una bella galantería: así, pues, te perdono. Por otra parte, me parece que estás enamorado y yo profeso siempre el más profundo respeto a los grandes infortunios.

—Sí, estoy enamorado, exclamó Mauricio, cuyo corazón palpitaba de alegría; estoy enamorado, y ahora puedo confesarlo, puesto que ella me ama; porque cuando me escribe es prueba de que me ama, ¿no es verdad, Lorin?

—Sin duda, respondió el adorador de la diosa Razón; pero ándate con cuidado, Mauricio, porque te confieso que tu alegría me causa miedo…

Muchas veces de una Egeria
el amor más encendido,
no es más que traición villana
del tiranuelo Cupido.
Cabe la mujer más cuerda
pierde el hombre los estribos,
ama, cual yo, a la Razón
y conservarás tu juicio.

—¡Bravo! ¡bravo! exclamó Mauricio batiendo las palmas.

Y echando a correr, bajó la escalera de cuatro en cuatro escalones; llegó al muelle y tomó la dirección tan conocida de la antigua calle de San Jacobo.

—¿Creo que me ha aplaudido, Agesilao? preguntó Lorin.

—Sí, ciudadano, y no es extraño, porque es muy bueno lo que acabas de decir.

—Entonces, está más enfermo de lo que yo creía, dijo Lorin.

Y a su vez bajó la escalera, pero con paso más tranquilo. Artemisa no era Genoveva.

Apenas se halló Lorin en la calle de San Honorato, él y su naranjo en flor, multitud de jóvenes ciudadanos a quienes, según la disposición de su espíritu, acostumbraba a dar décimas o puntapiés por debajo de la carmañola, le siguieron respetuosamente, tomándole sin duda por uno de esos hombres virtuosos, a quienes Saint-Just había propuesto que se diese un vestido blanco y un ramo de flores de naranjo.

Como el acompañamiento iba creciendo por instantes, pues tan rara cosa era, aun en aquella época, un hombre virtuoso, ascendió a muchos miles el número de jóvenes ciudadanos que presenciaron el solemne acto de entrega del ramo a Artemisa; homenaje que enfermó de envidia a otras muchas Razones.

En aquella misma tarde corrió por París la famosa canción:

Viva la diosa Razón,
Llama pura, dulce luz.

Y como ha llegado hasta nosotros sin nombre de autor, lo cual ha ejercitado mucho la sagacidad de los arqueólogos revolucionarios, casi nos atrevemos a asegurar que fue hecha para la bella Artemisa por nuestro amigo Jacinto Lorin.

XVI. El hijo pródigo

Si hubiera tenido alas Mauricio, no hubiera corrido tanto. Las calles estaban llenas de gente; pero Mauricio no reparaba en esta multitud, sino porque retardaba su carrera; decíase en todos los grupos que la Convención estaba sitiada, que la majestad del pueblo estaba ofendida en sus representantes, a

quienes se impedía salir, y esto tenía alguna probabilidad, porque se oía el toque de rebato y los cañonazos de alarma.

¿Pero qué importaban en aquel momento a Mauricio los cañones y las campanas? ¿Qué le interesaba a él que los diputados pudieran o no salir, cuando la prohibición no se extendía hasta él? Corría, y no se cuidaba de otra cosa, y corriendo, se figuraba que Genoveva le esperaba asomada a la ventana que daba al jardín, a fin de enviarle, desde lo más lejos que pudiera verle, su más encantadora sonrisa.

Dixmer, sin duda, estaba prevenido también de aquella feliz vuelta, e iba a presentar a Mauricio su tosca mano, tan franca y tan leal, cuando estrechaba la de un amigo.

Mauricio amaba aquel día a Dixmer, y hasta a Morand y sus cabellos negros y sus anteojos verdes, bajo los cuales había creído ver hasta entonces brillar una mirada hipócrita.

Amaba a toda la creación, porque era feliz: de buena gana hubiera arrojado flores sobre la cabeza de todos los hombres, a fin de que todos los hombres fueran felices como él.

Sin embargo, el pobre Mauricio se engañaba en sus esperanzas; se engañaba, como sucede de veinte veces, diez y nueve, al hombre que cuenta con su corazón y según su corazón.

En lugar de aquella dulce sonrisa que Mauricio esperaba, y que debía acogerle desde lo más lejos que fuera visto, Genoveva había prometido no mostrar a Mauricio más que una política fría, débil muralla que oponía al torrente que amenazaba invadir su corazón.

Habíase retirado a su aposento del primer piso y no debía descender al bajo hasta que no la llamaran.

¡Ay! se engañaba. Solo Dixmer no se engañaba: acechaba a Mauricio detrás de una reja y se sonreía irónicamente.

El ciudadano Morand teñía tranquilamente de negro algunas colillas que debía aplicar sobre pieles de gato blanco para ha-

cer de ellas armiño.

Mauricio empujó la puerta del jardín, y esta como en otro tiempo, hizo oír su campanilla, de esa manera particular que indicaba que Mauricio era quien la abría.

Genoveva, que estaba de pie delante de su ventana cerrada, se estremeció y dejó caer la cortina que tenía entreabierta.

La primera sensación que experimentó Mauricio al entrar en casa de su huésped, fue un gran desaliento; no solamente no le esperaba Genoveva en su ventana del piso bajo, sino que al entrar en aquella sala, donde se había despedido de ella, no la vio y tuvo necesidad de hacerse anunciar, como si durante aquellas tres semanas de ausencia, se hubiese hecho una persona extraña.

Su corazón se oprimió.

Dixmer fue el primero a quien vio Mauricio; Dixmer, que corriendo exhalado hacia él, le estrechó entre sus brazos dando gritos de alegría.

Entonces bajó Genoveva; habíase golpeado las mejillas con su cuchillo de nácar para llamar a ellas la sangre; pero apenas había bajado los veinte escalones, cuando este carmín forzado había desaparecido refluyendo hacia el corazón.

Mauricio vio aparecer a Genoveva en la penumbra de la puerta: se acercó sonriendo para besarla la mano, y solamente entonces pudo observar cuán demudada estaba.

Ella por su parte notó con espanto lo mucho que había enflaquecido Mauricio, así como la luz brillante y febril de su mirada.

—¿Al fin venís, señor? le dijo con una voz cuya emoción no pudo dominar.

Había pensado decirle con aire de indiferencia:

—Buenos días, ciudadano Mauricio, ¿por qué os vendéis tan caro?

La variante pareció todavía fría a Mauricio, y sin embargo, ¡qué diferencia!

Dixmer puso término a los exámenes prolongados y a las recriminaciones recíprocas, mandando servir la comida, pues eran cerca de las dos.

Al pasar al comedor, notó Mauricio que le habían puesto su cubierto.

Entonces llegó el ciudadano Morand con su levita color de castaña, con el mismo chaleco, con sus anteojos verdes, con sus mechones negros y su pechera blanca. Mauricio se mostró todo lo afectuoso que pudo delante de aquel conjunto, que al verlo le inspiraba infinitamente menos temor que cuando estaba ausente.

En efecto, ¿qué probabilidad había que Genoveva amase a aquel químico? Preciso era estar muy enamorado, y por consiguiente muy loco para creer semejantes paparruchas.

Por otra parte, Mauricio habría escogido muy mal la ocasión para demostrarse celoso, teniendo, como tenía, en su bolsillo la carta de Genoveva, y latiendo de alegría debajo de esta carta, su corazón enamorado.

Genoveva había recobrado su serenidad; pues la organización de las mujeres es tan rara, que el presente puede casi siempre borrar en ellas los vestigios de lo pasado y las amenazas del porvenir.

Al hallarse feliz Genoveva, volvió a sentirse dueña de sí misma, esto es, a estar tranquila y fría aunque afectuosa; otra diferencia que Mauricio no podía comprender. Lorin hubiera encontrado su explicación en Parny, en Bertin, o en Gentil-Bernard.

La conversación giró sobre la diosa Razón, sobre la caída de los girondinos y sobre el nuevo culto que hacía recaer la herencia del cielo en las hembras, pues estas tres cosas eran los acontecimientos más importantes del día. Dixmer manifestó que se hubiera alegrado mucho que hubiesen concedido a Ge-

noveva aquel inapreciable honor. Mauricio se rio de la ocurrencia; pero al ver a Genoveva adherirse a la opinión de su marido, no pudo menos de mirar a los dos con cierto asombro; pues no comprendía que el patriotismo pudiera extraviar hasta ese punto una cabeza tan bien organizada como la de Dixmer, y una naturaleza tan poética como la de Genoveva.

Morand desenvolvió una teoría de la mujer política, citando los ejemplos de Theroigne de Mericourt, heroína del 10 de agosto, y de Mme. Roland, alma de la Gironda. Después lanzó al paso algunas palabras contra las mujeres que se ocupan solo de hacer calcetas. Estas palabras hicieron sonreír a Mauricio, y sin embargo, eran crueles chanzonetas contra aquellas patriotas a quienes se dio más tarde el nombre hediondo de *lame guillotinas*.

—¡Ah! ciudadano Morand, dijo Dixmer; respetemos el patriotismo, aun cuando le veamos extraviado.

—Por lo que hace a mí, dijo Mauricio, en materias de patriotismo creo que las mujeres son siempre bastante patriotas, cuando no son demasiado aristócratas.

—Tenéis mucha razón, dijo Morand; yo confieso francamente que tan despreciable es para mí una mujer que afecta modales de hombre, como cobarde es un hombre que insulta a una mujer, aun cuando esta mujer sea su más cruel enemiga.

Morand acababa de traer naturalmente a Mauricio a un terreno delicado. Mauricio había contestado a su vez con una señal afirmativa; la liza estaba abierta; entonces Dixmer, como un heraldo que toca la trompeta, añadió:

—Poco a poco ciudadano Morand; supongo que exceptuáis a las mujeres enemigas de la nación.

Un silencio de algunos segundos siguió a esta réplica, dada a la contestación de Morand, y a la señal de Mauricio.

Mauricio fue quien rompió este silencio.

—No exceptuamos a nadie, dijo tristemente, ¡ay! creo que están demasiado castigadas ya las mujeres que han sido enemigas de la nación.

—¿Queréis hablar sin duda de las prisioneras del Temple, de la austriaca, de la hermana y de la hija de Capeto? exclamó Dixmer con una volubilidad que quitaba expresión a sus palabras.

Morand se puso pálido esperando la respuesta del joven municipal, y cualquiera que hubiera podido ver en aquel momento la mano que tenía aplicada al corazón, habría dicho que sus uñas iban a trazar un surco en su pecho.

—Justamente, dijo Mauricio; de ellas hablo.

—¿Cómo? dijo Morand con voz alterada, ¿es cierto lo que dicen, ciudadano Mauricio?

—¿Y qué dicen? preguntó el joven.

—Que las prisioneras son cruelmente maltratadas muchas veces por aquellos mismos, cuyo deber sería protegerlas.

—Hay hombres, dijo Mauricio, que no merecen el nombre de tales. Hay cobardes que no habiéndose batido nunca, necesitan atormentar a los vencidos para persuadirse a sí mismos de que son vencedores.

—¡Oh! vos no sois de esos hombres, Mauricio, estoy muy segura de ello, exclamó Genoveva.

—Señora, respondió Mauricio, yo que os hablo, he mandado la guardia que se situó al lado del cadalso en que pereció el rey difunto. Allí me hallaba yo con sable en mano para matar a cualquiera que hubiese querido salvarle. Sin embargo, cuando llegó cerca de mí, me quité a pesar mío, el sombrero, y volviéndome hacia mis soldados: «Ciudadanos, les dije, os prevengo que atravesaré con mi espada al primero que se atreva a insultar al ex-rey.» ¡Oh! desafío a cualquiera que diga si salió un solo grito de mi compañía. Yo fui también quien escribió el primero los diez mil carteles que se fijaron en París

cuando el rey volvió de Varennes. «El que salude al rey será apaleado, y el que le insulte ahorcado.» Ahora bien, continuó Mauricio, sin advertir el terrible efecto que estas palabras producían en la asamblea; yo que he probado que soy un patriota franco, que detesto a los reyes y a sus partidarios, declaro que, a pesar de mis opiniones, que no son otra cosa que convicciones profundas; a pesar de la certidumbre que tengo de que toca a la austriaca una buena parte en las desgracias que asolan a la Francia, jamás, jamás hombre alguno, aunque sea el mismo Santerre, insultará a la ex-reina en mi presencia.

—Ciudadano, interrumpió Dixmer meneando la cabeza, como si desaprobara semejante atrevimiento, ¿sabéis que es preciso que estéis muy seguro de nosotros para decir semejantes cosas en nuestra presencia?

—En vuestra presencia y en la de todo el mundo, Dixmer, y añadiré: ella perecerá tal vez en el cadalso de su marido, pero yo no soy de aquellos hombres a quienes una mujer causa miedo, y respetaré siempre todo lo que es más débil que yo.

—¿Y la reina? preguntó tímidamente Genoveva, ¿os ha manifestado algunas veces, Mr. Mauricio, que era sensible a esa delicadeza a que no está acostumbrada?

—La prisionera, señora, me ha dado muchas veces las gracias por las consideraciones que guardo con ella.

—¿En ese caso debe ver con gusto llegar vuestro turno de guardia?

—Así lo creo, respondió Mauricio.

—Entonces, dijo Morand temblando como una mujer, puesto que confesáis lo que nadie se atreve ya a confesar, es decir que tenéis un corazón generoso, ¿tampoco perseguiréis a los niños?

—¡Yo! dijo Mauricio; preguntad al infame Simon lo que pesa el brazo del municipal en cuya presencia tuvo la audacia de castigar al niño Capeto.

Esta respuesta produjo un movimiento espontáneo en la mesa de Dixmer; todos los convidados se levantaron respetuosamente, a excepción de Mauricio que no sospechaba que él era la causa de aquel impulso de admiración.

—Y bien, ¿qué hay? preguntó con asombro.

—Creía que llamaban en la fábrica, respondió Dixmer.

—No, no, dijo Genoveva; también yo lo había creído; pero nos hemos equivocado.

Y cada uno volvió a ocupar su asiento.

—¿Con que sois vos, ciudadano Mauricio, dijo Morand con voz trémula, con que sois vos el municipal de quien tanto se ha hablado, y que ha defendido tan noblemente a un niño?

—¿Han hablado de mí? dijo Mauricio con una ingenuidad casi sublime.

—¡Oh! ¡qué corazón tan noble y generoso! dijo Morand levantándose de la mesa para no delatarse, y retirándose a la fábrica, como si un trabajo urgente reclamara su presencia.

—Sí, ciudadano, respondió Dixmer, sí, han hablado de vos, y debo decir que todos los hombres honrados y valientes os han elogiado sin conoceros.

—Y dejémosle desconocido, dijo Genoveva; la gloria que le daríamos sería una gloria demasiado peligrosa.

De esta suerte, en aquella conversación singular, cada uno, sin saberlo, había pronunciado su palabra de heroísmo, de abnegación y de sensibilidad, y para que nada faltase, hasta había resonado el grito del amor.

XVII. Los minadores

En el momento de levantarse de la mesa avisaron a Dixmer que su escribano le esperaba en su gabinete, excusose con Mauricio, a quien por otra parte acostumbraba a dar semejantes pruebas de confianza, y se dirigió a donde le esperaba su tabelion.

Tratábase de la compra de una casita, situada en la calle de la Cordería, enfrente del jardín del Temple; por lo demás, lo que compraba Dixmer era más bien un solar que una casa, pues el edificio actual amenazaba ruina, si bien tenía intención de construirlo de nueva planta.

Así, pues, no hubo grandes dificultades en entenderse con el propietario, a quien aquella misma mañana había visto el escribano, quedando convenido en recibir por la venta de su propiedad diez y nueve mil quinientas libras, y dejar completamente desocupada en todo el día la casa, donde al siguiente debían hallarse instalados los operarios.

Firmado el contrato se dirigieron Dixmer y Morand con el escribano a la calle de la Cordería, para ver en el acto la nueva adquisición, pues se había comprado con esta previa condición.

La casa se hallaba situada, poco más o menos, donde está hoy el número 20, y constaba de tres pisos y una buhardilla. La planta baja había estado alquilada a un vinatero, y poseía cuevas magníficas, que no se descuidó por cierto en elogiar el propietario, porque en efecto eran la parte más notable de la casa; sin embargo, Dixmer y Morand aparentaron dar poca importancia a estas cuevas, y ambos bajaron como por mera complacencia, a lo que el propietario llamaba sus subterráneos.

Contra la costumbre de los propietarios, aquel no había mentido; las cuevas eran magníficas; una de ellas se extendía

hasta la calle de la Cordería, y se oía desde aquella cueva rodar los carruajes por encima de las cabezas.

Dixmer y Morand manifestaron no hacer grande aprecio de esta ventaja, y aun dijeron que sería preciso cegar las cuevas, que por buenas que fuesen para un almacenista de vino, eran de todo punto inútiles para unos vecinos que pensaban ocupar toda la casa.

Después de las cuevas pasaron a visitar el primer piso, luego el segundo y en seguida el tercero; desde aquí se dominaba completamente el jardín del Temple, el cual, como de costumbre, estaba invadido por la guardia nacional que disfrutaba su absoluta posesión desde que la reina no se paseaba por él.

Dixmer y Morand reconocieron a su amiga, la viuda de Plumeau, que hacía con su actividad ordinaria los honores de su cantina; pero sin duda no debía ser grande el deseo que tenían de ser reconocidos por ella, puesto que procuraron ocultarse detrás del propietario, que llamaba su atención sobre las ventajas de aquella vista tan variada como agradable.

El comprador manifestó entonces deseos de ver las buhardillas.

El propietario no se había sin duda anticipado a esta exigencia, porque no llevaba consigo la llave; pero enternecido por el paquete de asignados que le habían enseñado, bajó en el acto a buscarla.

—No me había engañado, dijo Morand, esta casa nos viene como de molde.

—¿Y la cueva, qué decís de ella?

—Que es un socorro de la Providencia que nos ahorrará dos días de trabajo.

—¿Creéis que esté en la dirección de la cueva de la cantina?

—Se inclina un poco a la izquierda; pero no importa.

—Pero, preguntó Dixmer, ¿cómo podréis seguir vuestra línea subterránea con la seguridad de llegar adonde queréis?

—Tranquilizaos, amigo mío, ese cuidado me pertenece.

—¡Si diéramos siempre desde aquí la señal de nuestra vigilancia!

—Pero desde la plataforma no podría verla la reina; porque creo que las buhardillas están a la altura de la plataforma y aun dudo mucho que lo estén.

—No importa, dijo Dixmer, o Toulan o Mauny pueden verla desde un agujero cualquiera, y avisarán a S. M.

Y Dixmer hizo algunos nudos a una cortina de lienzo blanco y la echó fuera de la ventana como si el viento la hubiese empujado.

En seguida como impacientes los dos de visitar las buhardillas, salieron a esperar al propietario en la escalera, después de haber cerrado la puerta del piso tercero, a fin de que aquel no cayera en la tentación de meter dentro su cortina flotante.

Las buhardillas, como había previsto Morand, no llegaban siquiera a la altura de la torre, lo cual era al mismo tiempo una dificultad y una ventaja; una dificultad, porque no podían comunicarse por medio de señas con la reina, y una ventaja porque esta imposibilidad alejaba toda sospecha. Las casas altas eran naturalmente las más vigiladas.

—Será preciso, murmuró Dixmer, que por medio de Mauny, Toulan o la hija de Tison nos proporcionemos el medio de avisarle que esté alerta.

—Yo cuidaré de eso, dijo Morand.

Bajaron; el escribano esperaba en el salón con el contrato firmado.

—Está bien, dijo Dixmer, la casa me conviene, entregad al ciudadano las diez y nueve mil quinientas libras convenidas y hacedle firmar.

El propietario contó escrupulosamente la suma y firmó.

—Ya sabes, ciudadano, dijo Dixmer, que la cláusula principal es que la casa me será entregada esta misma noche, a fin de que pueda, desde mañana mismo, colocar a mis operarios.

—Y así lo haré, ciudadano; puedes llevarte las llaves; porque esta noche a las ocho quedará enteramente libre.

—¡Ah! ahora que me acuerdo, dijo Dixmer, ¿no me dijiste, ciudadano escribano, que había una salida a la calle de Portefoin?

—Sí, ciudadano, dijo el propietario, pero la he mandado cerrar, porque no teniendo más que un oficioso, el pobre diablo no podía atender al cuidado de las dos puertas. Por lo demás, la salida está condenada de modo que pueda abrirse cuando se quiera con un trabajo de dos horas. ¿Queréis aseguraros de lo que digo, ciudadanos?

—Gracias, es inútil, replicó Dixmer, no doy ninguna importancia a esa salida.

Y ambos se retiraron después de haber hecho al propietario renovar por tercera vez su promesa de dejar la habitación vacía para las ocho de la noche.

A las nueve volvieron ambos, seguidos a cierta distancia por cinco o seis hombres, en quienes nadie reparó en medio de la confusión que reinaba en París.

Entraron primero los dos; el propietario había cumplido su palabra, la casa estaba completamente vacía.

Cerraron las ventanas con el mayor cuidado; echaron lumbre y encendieron las bujías que Morand había llevado en su bolsillo.

En seguida entraron unos tras otros los cinco o seis hombres.

Estos eran los convidados habituales del maestro curtidor, los mismos contrabandistas que una noche habían querido

matar a Mauricio, y que después se hicieron amigos suyos.

Cerraron las puertas y bajaron a la cueva.

Esta cueva tan despreciada por el día había llegado a ser por la noche la parte más importante de la casa.

Como había dicho muy bien el propietario, se oía rodar los coches por encima de la cabeza, lo que probaba que estaban efectivamente debajo de la calle.

Desde luego taparon todos los agujeros por donde una mirada curiosa pudiese escudriñar la parte interior de la casa.

En seguida Morand puso de pie un tonel vacío y sobre un papel trazó con lápiz unas líneas geométricas.

Mientras trazaba estas líneas, sus compañeros conducidos por Dixmer, salían de la casa, seguían la calle de la Cordería, y en la esquina de la de Beauce, se pararon delante de un carro cubierto. Dentro de este carro había un hombre que distribuyó silenciosamente a cada uno un instrumento de gastador, a uno una palanca, a otro una piqueta; a este una pala, a aquel un azadón. Cada uno ocultó el instrumento que le habían dado, unos debajo de sus blusas y otros bajo las capas. Se encaminaron en seguida a la casa y el carro desapareció.

Morand había acabado su trabajo y se dirigió a un rincón de la cueva.

—Aquí, dijo, cabad.

Los operarios pusieron inmediatamente manos a la obra.

La situación de las prisioneras del Temple era cada vez más grave y sobre todo más dolorosa. Por un instante habían recobrado alguna esperanza la reina, Mme. Isabel y Mme. Real, pues movidos a compasión los municipales, Toulan y Lepitre, habían manifestado tomarse algún interés por las augustas prisioneras. Al principio poco habituadas a estas muestras de simpatía; habían desconfiado; pero cuando se espera dura poco la desconfianza. Por otra parte ¿qué podrá suceder a la reina, separada de su hijo por la prisión y de su marido por la

muerte? Ir al cadalso como él, suerte que hacía largo tiempo tenía delante y a la cual se había ya acostumbrado. La primera vez que tocó estar de guardia a Toulan y Lepitre, la reina les suplicó que si era cierto que se interesaban por su suerte, le contasen los detalles de la muerte del rey, tristísima prueba a que sometía su adhesión y lealtad. Lepitre había asistido a la ejecución y accedió a los deseos de la reina.

Esta pidió además los periódicos que hablaban de la ejecución. Lepitre prometió traérselos en la próxima guardia, cuyo turno tocaba de tres en tres semanas.

En vida del rey había en el Temple cuatro municipales; pero después de su muerte no quedaron más que tres; uno que velaba de día y dos que velaban de noche. Toulan y Lepitre inventaron entonces una astucia para estar siempre de guardia juntos y de noche.

Las horas de guardia se sacaban a la suerte, escribiendo en una papeleta la palabra *día* y en otras dos la palabra *noche*. Cada uno sacaba una papeleta de un sombrero, y la suerte decidía quién había de hacer la guardia de día y quiénes de noche. Cada vez que Lepitre y Toulan estaban de servicio, escribían la palabra *día* en las tres papeletas, y presentaban el sombrero al municipal a quien querían despojar. Este metía la mano en la urna improvisada y sacaba necesariamente una papeleta en que estaba la palabra *día*. Toulan y Lepitre rompían las otras dos, lamentándose de la suerte que les daba siempre el servicio más fastidioso, es decir, el de la noche.

Cuando la reina estuvo segura de sus dos vigilantes, los puso en relación con el caballero de Casa-Roja. Entonces se acordó hacer una tentativa de evasión. La reina y Mme. Isabel debían huir, disfrazadas de oficiales municipales con cartas de seguridad que al efecto se les proporcionaría. En cuanto a los dos niños, es decir a Madame Real y al joven Delfín, se había observado que el hombre que encendía los quinqués llevaba siempre consigo dos muchachos de la misma edad que la princesa y el príncipe. Quedó, pues, convenido que Turgy, de

quien no hemos hablado todavía, se pondría el vestido de aquel hombre y sacaría a Mme. Real y al Delfín.

Diremos en dos palabras quién era Turgy. Era este un antiguo criado de palacio, que pasó al Temple con parte de la servidumbre de las Tullerías, porque el rey no se había descuidado en tener un servicio de mesa bastante organizado. El primer mes costó este servicio treinta o cuarenta mil francos a la nación; pero como se deja conocer, semejante prodigalidad no podía durar mucho tiempo. El común se encargó de poner orden en palacio; despidió los jefes, a los cocineros y a los galopines, y solo dejó un criado: este era Turgy.

Turgy, pues, era un medianero natural entre las prisioneras y sus partidarios, porque Turgy podía salir, y por consiguiente llevar billetes y traer las respuestas.

Generalmente estos billetes servían de tapón a las botellas de leche de almendra que todos los días llevaban a la reina y a Mme. Isabel. Estaban escritos con limón, y las letras permanecían invisibles hasta que se las acercaba al fuego.

Todo estaba dispuesto para la evasión, cuando un día se le antojó a Tison encender su pipa con el tapón de una de esas botellas. A medida que ardía el papel vio aparecer caracteres. Apagó el papel medio quemado y llevó el fragmento al consejo del Temple: allí lo acercaron al fuego; pero no se pudieron leer más que algunas palabras sin sentido, por haber sido reducido a cenizas la otra mitad del papel; pero en cambio reconocieron la letra de la reina.

Interrogado Tison, refirió que creía haber notado algunas muestras de deferencia por parte de Lepitre y de Toulan hacia las prisioneras. Estos fueron denunciados a la municipalidad y no pudieron ya volver al Temple.

Quedaba Turgy; pero se había despertado en el más alto grado la desconfianza y jamás se le dejaba solo al lado de las prisioneras, resultando de esto que ya era imposible toda comunicación con el exterior.

Sin embargo, un día dio Mme. Isabel a Turgy para que lo limpiara, un cuchillo con mango de oro, de que ella se servía para mondar la fruta. Turgy había sospechado alguna cosa, y al limpiarlo tiró del mango y vio que contenía un billete. Este billete era un alfabeto de signos.

Turgy devolvió el cuchillo a Mme. Isabel, pero al tiempo de entregárselo, un municipal que estaba presente, se lo arrancó de las manos y examinó el cuchillo quitándole también el mango; afortunadamente el billete había desaparecido, aunque no por eso dejó el municipal de confiscar el cuchillo.

Entonces fue cuando el infatigable caballero de Casa-Roja había proyectado aquella segunda tentativa, que iban a realizar por medio de la casa que Dixmer acababa de comprar.

Entre tanto las prisioneras habían perdido poco a poco toda esperanza. Aquel día espantada la reina con los gritos de la calle que llegaban hasta ella, y sabiendo por estos gritos que se trataba de acusar a los girondinos, último sostén del moderantismo, no pudo menos de experimentar una mortal tristeza, porque muertos los girondinos, la familia real no tenía ya un solo defensor en la Convención.

A las siete de la noche sirvieron la cena a las princesas. Los municipales examinaron cada plato como de costumbre, desdoblaron una a una todas las servilletas, escudriñaron el pan el uno con un tenedor y el otro con sus dedos, hicieron cascar hasta las nueces, temerosos de que encerraran en sus entrañas algún billete para las prisioneras; tomadas estas precauciones, invitaron a la reina y a las princesas a sentarse a la mesa con estas simples palabras.

—Viuda Capeto, puedes comer.

La reina hizo un movimiento de cabeza indicando que no tenía hambre; pero en aquel mismo momento Mme. Real se acercó a su madre, como si quisiera abrazarla y le dijo en voz baja:

—Sentaos a la mesa, creo que Turgy nos hace señas.

La reina se estremeció y levantó la cabeza. Turgy estaba delante de ella con la servilleta puesta en su brazo izquierdo y la mano derecha en un ojo.

Levantose entonces al punto la reina sin oponer ninguna dificultad y fue a tomar en la mesa su asiento acostumbrado.

Los dos municipales asistían a la cena; porque tenían orden de no dejar a las princesas un instante solas con Turgy.

Los pies de la reina y los de Mme. Isabel se encontraron debajo de la mesa y no dejaron de tocarse unos a otros durante la cena.

Como la reina se había colocado delante de Turgy, no se le escapó ninguna de las señas que este hizo; por otra parte, eran estas señas tan naturales que no podían inspirar y efectivamente no inspiraron desconfianza alguna a los municipales.

Después de la cena levantaron la mesa con las mismas precauciones que habían tomado para servirla, recogiendo y examinando hasta los pedazos más pequeños de pan, después de lo cual salió Turgy primero y detrás de él los municipales; pero se quedó la mujer de Tison.

Esta mujer se había hecho feroz desde que se veía separada de su hija, cuya suerte ignoraba completamente. Siempre que la reina abrazaba a Mme. Real, era acometida de un acceso de rabia que se asemejaba a locura, y por lo mismo la reina, cuyo corazón maternal comprendía aquellos dolores de madre, se contenía frecuentemente cuando iba a gozar el consuelo, único que la quedaba, de estrechar a su hija contra su corazón.

Tison vino a buscar a su mujer; pero esta declaró que no se retiraría hasta que no se hubiese acostado la viuda de Capeto.

Entonces Mme. Isabel dio las buenas noches a la reina, y entró en su aposento.

La reina se desnudó y se acostó, así como Mme. Real, y solo entonces la mujer de Tison tomó la bujía y se retiró.

Los municipales estaban ya acostados en sus camas de cordeles en el corredor.

La luna, esa pálida visitadora de las prisioneras, deslizaba un rayo diagonal que iba desde la ventana hasta el pie del lecho de la reina.

Durante un momento todo permaneció tranquilo y silencioso en la estancia. Después una puerta giró dulcemente sobre sus goznes una sombra atravesó por el rayo de luz y se acercó a la cabecera de la cama. Esta era Mme. Isabel.

—¿Habéis visto? dijo en voz baja.

—Sí, respondió la reina.

—¿Y habéis comprendido?

—Tan bien, que no puedo creerlo.

—Vamos a ver, repitamos las señas.

—En primer lugar se ha tocado un ojo para indicarnos que había algo de nuevo.

—Después se ha pasado la servilleta de su brazo izquierdo al derecho, lo que quiere decir que se ocupan de nuestra libertad.

—Después se ha llevado la mano a la frente en señal de que el auxilio que nos anuncia viene del interior y no del extranjero.

—Además cuando le dijisteis que no se olvidara mañana de traeros la leche de almendra, hizo dos nudos en su pañuelo.

—Según eso, sigue protegiéndonos el caballero de Casa-Roja, ¡qué corazón tan noble!

—Él es, dijo Mme. Isabel.

—¿Dormís, hija mía? preguntó la reina.

—No, madre mía; respondió Mme. Real.

—Entonces rezad por quien sabéis.

Mme. Isabel se volvió sin hacer el menor ruido a su cuarto, y durante cinco minutos se oyó la voz de la joven princesa que hablaba a Dios en el silencio de la noche.

Pasaba esto precisamente en el momento en que por indicación de Morand se daban las primeras azadonadas de la casita de la calle de la Cordería.

XVIII. Nublado

Si exceptuamos la rápida embriaguez de las primeras miradas, Mauricio no vio cumplida ni una sola de las halagüeñas esperanzas que había concebido respecto al recibimiento que se prometía por parte de Genoveva, y contaba con la soledad para ganar el terreno que había perdido, o que a lo menos creía haber perdido en el camino de sus afecciones.

Pero Genoveva tenía arreglado su plan, y pensaba no darle la menor ocasión de una entrevista, tanto más, cuanto que recordaba lo peligrosas que eran, por su misma dulzura, estas entrevistas.

Mauricio contaba con el día siguiente; pero la presencia importuna de una parienta de Genoveva, prevenida sin duda de antemano por ella misma, frustró su proyecto; y tuvo que resignarse suponiendo que Genoveva no tenía la menor culpa en aquella visita.

Al retirarse Mauricio, recibió el encargo de acompañar a la parienta que vivía en la calle de los Fosos de San Víctor.

Mauricio se alejó enfadado, pero Genoveva procuró desarrugar su ceño con una dulce sonrisa, que Mauricio interpretó por una promesa.

¡Ay! Mauricio se engañaba. Al día siguiente, 2 de junio, día terrible que vio la caída de los girondinos, Mauricio despidió a su amigo Lorin, que quería llevarle a todo trance a la Convención, y dio de mano a todos sus negocios para ir a ver a su amiga. La Diosa de la libertad tenía una rival terrible en Genoveva.

Mauricio halló a esta en su gabinete, apacible como siempre y atenta con él, pero a su lado había una joven camarera, con la cucarda tricolor, marcando pañuelos en el alféizar de la ventana, y la cual no abandonó su asiento ni un instante.

Mauricio frunció el ceño, lo que observado por Genoveva, redobló sus atenciones; pero como no llevó la amabilidad hasta el punto de despedir a la joven oficiosa, Mauricio se impacientó y se retiró una hora antes que de costumbre.

Todo esto podía ser casualidad; así es que se resignó Mauricio. Por otra parte, en aquella tarde era tan terrible la situación, que aunque Mauricio vivía hacía ya mucho tiempo fuera de la política, llegó el rumor hasta él. Necesitábase nada menos que la caída de un partido que había reinado diez meses en Francia para distraerle un momento de su amor.

Al día siguiente observó Genoveva la misma conducta, y previéndolo Mauricio, había arreglado su plan de ataque; pero a los diez minutos de haber llegado, viendo que la camarera, después de haber marcado una docena de pañuelos, empezaba a hacer lo mismo con seis docenas de servilletas, sacó su reloj, se levantó, saludó a Genoveva, y partió sin decir una sola palabra.

Hizo más; al partir no volvió la cara una sola vez; Genoveva que se había levantado para seguirle con la vista al través del jardín, permaneció un instante sin sentido, pálida y nerviosa, y volvió a caer en su silla, consternada al ver el efecto de su diplomacia.

En este momento entró Dixmer.

—¿Se ha marchado Mauricio? exclamó lleno de asombro.

—Sí, balbuceó Genoveva.

—¿Pero si no hacía nada que había llegado?

—Hacía un cuarto de hora poco más o menos.

—¿En ese caso volverá?

—Lo dudo mucho.

—Dejadnos, Azucena, dijo Dixmer.

La camarera había tomado este nombre de flor, por odio al de María, que había tenido la desgracia de llevar como la austriaca.

Obedeciendo el mandato de su amo, se levantó y salió.

—Y bien, querida Genoveva, ¿has hecho las paces con Mauricio?

—Todo lo contrario, creo que estamos ahora peor que nunca.

—Y esta vez, ¿quién tiene la culpa? preguntó Dixmer.

—Mauricio, sin duda alguna.

—Ea, dime lo que ha habido y fallaré como juez.

—¡Cómo! dijo Genoveva ruborizada, ¿no adiviná is?

—¿Por qué se ha enfadado? No.

—Según parece, ha tomado tirria a Azucena.

—¡Bah! ¿de veras? Entonces será preciso despedir a esa muchacha; pues no quiero privarme, por una camarera, de un amigo como Mauricio.

—¡Oh! dijo Genoveva, creo que no llevaría su exigencia hasta el punto de querer que se la desterrara de la casa, y que le bastaría…

—¿Qué?

—Que se la echara de mi habitación.

—Y Mauricio tiene razón, contestó Dixmer, porque a ti, y no a Azucena viene a ver, es pues, inútil que Azucena esté aquí cuando él viene.

Genoveva miró a su marido llena de asombro.

—Pero, esposo mío… dijo.

—Genoveva, replicó Dixmer, creía tener en ti una aliada que me hiciera más llevadera la carga que me he impuesto, y veo por el contrario, que redoblas con tus temores nuestras dificultades. Hace cuatro días que creía estar ya todo arreglado entre nosotros, y ahora conozco que todo está por hacer. Genoveva, ¿no te he dicho ya que confiaba en ti, en tu honor? ¿No te he dicho que era preciso que Mauricio se hiciera ahora amigo nuestro más íntimo y menos desconfiado que nunca? ¡Oh! ¡Dios mío! ¡cuán cierto es que las mujeres son un eterno obstáculo a nuestros proyectos!

—¿Pero no tienes algún otro medio? Ya he dicho que más conveniente nos sería a todos que Mauricio se alejara.

—Sí, a todos nosotros tal vez, pero no a la que vale más que todos nosotros, a aquella a quien hemos jurado sacrificar nuestra fortuna, nuestra vida y hasta nuestro honor; a esa mujer, Genoveva, conviene que Mauricio sea nuestro amigo. ¿Sabes que han sospechado de Turgy y que se habla de dar otro servidor a las princesas?

—Está bien, despediré a Azucena.

—¡Oh! ¡Dios mío! dijo Dixmer con uno de esos movimientos de impaciencia tan raros en él, ¿por qué me hablas de eso? ¿Por qué soplas el fuego de mi pensamiento con el tuyo? ¿Por qué creas dificultades con la misma dificultad? Genoveva, haz como mujer honesta y fiel lo que creas deber hacer; he aquí lo que te digo: mañana saldré yo; mañana reemplazaré a Morand en sus trabajos de ingeniero. No comeré contigo, pero él comerá aquí; se necesita pedir un favor a Mauricio, él te explicará lo que es; entre tanto debo decirte que reflexiones, que es muy importante lo que se le va a pedir; que no es el objeto

hacia que nos dirigimos, sino el medio; en fin, que es la última esperanza de ese hombre tan bueno, tan noble y tan desinteresado, de ese protector tuyo y mío, por quien debemos dar nuestra vida.

—¡Y por quien yo daría la mía! exclamó Genoveva con entusiasmo.

—Pues bien, Genoveva, tú no has sabido hacer que Mauricio ame a ese hombre; de suerte que hoy en la mala disposición de espíritu en que le has puesto, acaso negará a Morand lo que este le pedirá, y lo que conviene que obtengamos a toda costa. ¿Quieres que te diga ahora, Genoveva, adónde llevarán a Morand todas tus delicadezas y todo tu sentimentalismo?

—¡Oh! señor, exclamó Genoveva juntando las manos y poniéndose pálida, no hablemos jamás de eso.

—Pues bien, replicó Dixmer, imprimiendo un beso en la frente de su mujer, sé fuerte y reflexiona.

En seguida salió.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró Genoveva con angustia, ¡cuántas violencias me hacen para que acepte ese amor hacia el cual vuela toda mi alma!

Al día siguiente como ya hemos dicho, era un decadi.

En la familia de Dixmer, como en todas las de la clase media en aquella época, había la costumbre de dar los domingos una comida más larga y ceremoniosa que los demás días. Convidado Mauricio a esta comida, desde que era amigo de la casa, jamás había faltado a ella, y aunque generalmente no se sentaban a la mesa hasta las dos de la tarde, Mauricio acostumbraba ir a las doce del día.

Por la manera con que se había marchado, casi había perdido Genoveva las esperanzas de verle.

En efecto, dieron las doce sin que se presentara Mauricio; después las doce y media, luego la una.

Imposible sería expresar lo que pasaba durante aquella expectativa en el corazón de Genoveva.

Habíase vestido lo más sencillamente posible, pero viendo que tardaba Mauricio, por ese instinto de coquetería, natural en el corazón de la mujer, se había puesto una flor en el pecho, otra en sus cabellos, y había vuelto a esperar, sintiendo que se la oprimía cada vez más su corazón. De este modo llegó el momento de sentarse a la mesa, y Mauricio no parecía.

A las dos menos diez minutos, oyó Genoveva el paso del caballo de Mauricio, ese paso que tanto conocía.

—¡Oh! ahí está, ahí está, exclamó; su orgullo no ha podido luchar contra su amor. ¡Me ama! ¡me ama!

Mauricio se apeó de su caballo que entregó al jardinero; si bien mandándole que le esperara donde estaba. Genoveva le miró apearse con inquietud, y notó no sin bastante sorpresa que el jardinero no llevaba el caballo a la cuadra.

Mauricio entró; aquel día estaba de una hermosura resplandeciente. Su uniforme negro, con grandes solapas vueltas, su chaleco blanco, su calzón de piel de gamuza que dibujaba unas piernas modeladas sobre las de Apolo, y sus hermosos cabellos que descubrían una frente espaciosa y bruñida, hacían de él un tipo de hermosura y elegancia.

Entró; como hemos dicho, su presencia dilató el corazón de Genoveva, que lo recibió con las mayores muestras de alegría.

—¡Ah! coméis con nosotros ¿no es verdad?

—Todo lo contrario, ciudadana, dijo Mauricio con frialdad; venía a pediros permiso para ausentarme.

—¿Ausentaros?

—Sí, los asuntos de la sección reclaman mi presencia; y si he venido ha sido solamente porque temía incurrir en la nota de impolítico.

Genoveva sintió oprimírsele de nuevo el corazón.

—¡Oh! Dios mío, dijo, ¡y Dixmer que no come aquí, Dixmer que esperaba hallaros a su vuelta y me había mandado que os detuviese!

—¡Ah! comprendo ya el motivo de vuestras instancias, señora. Había una orden de vuestro marido; ya no adivinaba eso. ¿Cuándo me corregiré de mi fatuidad?

—¡Mauricio!…

—Puesto que no está aquí Dixmer, tampoco debo quedarme, porque su ausencia, será un motivo más de incomodidad para vos.

—¿Por qué? preguntó tímidamente Genoveva.

—Porque todo lo que hacéis, me prueba que procuráis evitar mi presencia; porque si he vuelto a esta casa ha sido por vos, por vos sola, bien lo sabéis, y sin embargo, no he cesado de encontrar testigos a vuestro lado.

—¡Ea! dijo Genoveva, volvéis a enfadaros, y sin embargo hago cuanto puedo.

—No por cierto, Genoveva, todavía podéis hacer más, pues podéis recibirme como antes o despedirme de una vez.

—Vamos, Mauricio, dijo tiernamente Genoveva, comprended mi situación, adivinad mis angustias y no seáis tirano conmigo.

Y la joven se acercó a él, y le miró con tristeza.

Mauricio guardó silencio.

—¿Pero qué queréis de mí? continuó Genoveva.

—Quería amaros, Genoveva, porque conozco que no puedo vivir sin ese amor.

—¡Mauricio, por piedad!

—En ese caso, señora, exclamó Mauricio, será preciso dejarme morir.

—¡Morir!

—Sí, morir u olvidar.

—¡Podéis vos olvidar! exclamó Genoveva, cuyas lágrimas saltaron del corazón a los ojos.

—¡Oh! no, no, murmuró Mauricio arrodillándose, no, Genoveva, morir, tal vez; pero olvidar, jamás, jamás.

—Y sin embargo, replicó Genoveva con firmeza, eso sería lo mejor, Mauricio, porque ese amor es criminal.

—¿Habéis dicho eso a Mr. Morand? dijo Mauricio vuelto en sí por esta frialdad repentina.

—Mr. Morand no es un loco como vos, Mauricio, y jamás he necesitado indicarle la manera con que debía conducirse en la casa de un amigo.

—Apostemos, respondió Mauricio sonriéndose con ironía, apostemos que si Dixmer come fuera, no se ha ausentado Morand. ¡Ah! he ahí lo que es menester oponerme, Genoveva, para impedirme que os ame, porque mientras Morand esté aquí a vuestro lado, no dejándoos sola ni un segundo, continuó con desprecio, ¡oh! no, no os amaré, o a lo menos no confesaré que os amo.

—Y yo, exclamó Genoveva fuera de sí al ver aquella eterna sospecha, y estrechando el brazo del joven con una especie de frenesí, yo os juro, ¿lo entendéis, Mauricio? ¡yo os juro, y que no sea preciso volver a deciroslo, que Morand jamás me ha dirigido una sola palabra de amor, que jamás Morand me ha amado, que jamás Morand me amará, os lo juro por mi honor, os lo juro por el alma de mi madre!

—¡Ay! ¡ay! exclamó Mauricio, ¡quisiera poder creeros!

—¡Oh! creedme, pobre loco, dijo con una sonrisa que para cualquiera otro que no hubiese sido un celoso, habría sido una confesión satisfactoria. Creedme; por otra parte, ¿queréis saber más? pues bien, Morand, ama a una mujer ante la cual se eclipsan todas las mujeres de la tierra, como las flores de los campos se eclipsan ante las estrellas del cielo.

—¿Y qué mujer, preguntó Mauricio, puede eclipsar de ese modo a las demás mujeres, cuando entre estas mujeres se encuentra Genoveva?

—La mujer a quien un hombre ama, replicó sonriendo Genoveva, ¿no es siempre, decidme, la obra maestra de la creación?

—Entonces, dijo Mauricio, si no me amáis, Genoveva…

La joven esperó con ansiedad el fin de la frase.

—Si no me amáis, continuó Mauricio, podéis jurarme a lo menos que no amaréis jamás a otro.

—¡Oh! en cuanto a eso, Mauricio, os lo juro con toda mi alma, exclamó Genoveva, que se alegraba que el mismo Mauricio le ofreciera aquella transacción con su conciencia.

Mauricio cogió las dos manos que Genoveva levantaba al cielo y las llenó de besos apasionados.

—Pues bien, ahora, dijo, seré bueno, crédulo, confiado, y generoso. Quiero sonreírme, quiero ser feliz.

—¿Y no me pediréis más?

—Procuraré hacerlo así.

—Ahora, dijo Genoveva, pienso que es inútil que os tengan el caballo de la brida. La sección esperará.

—¡Oh! ¡Genoveva! yo quisiera que el mundo todo esperara y poder hacerle esperar por vos.

En aquel momento se oyeron pasos por el corredor.

—Vienen a avisarnos que está ya la comida, dijo Genoveva.

Y ambos se estrecharon la mano furtivamente.

Era Morand que venía a anunciar que solo esperaban a Mauricio y Genoveva para sentarse a la mesa.

También él se había engalanado para aquella comida de domingo.

XIX. La pregunta

Vestido y aderezado Morand con tal esmero, no dejaba de ser un objeto de gran curiosidad para Mauricio.

El currutaco más refinado, no hubiera hallado una sola falta que poner al lazo de la corbata, a los pliegues de sus botas, ni a la finura de su camisa; pero, preciso es confesarlo, aquellos eran los mismos cabellos y los mismos anteojos.

Creyó entonces Mauricio, pues en tal grado le había tranquilizado el juramento de Genoveva, que veía por la primera vez aquellos cabellos y aquellos anteojos bajo su verdadero punto de vista.

—¡Pardiez! dijo para sí Mauricio saliendo a su encuentro, hoy sí que no estoy celoso de ti, excelente ciudadano Morand. Ponte si quieres, todos los días tu casaca tornasolada, y manda que te hagan para los decadis otra tela de oro. Desde hoy prometo no ver ya más que tus cabellos y tus gafas, y sobre todo no acusarte ya de amar a Genoveva.

Ahora puede comprenderse, porque era más franco y cordial que de costumbre, el apretón de mano dado al ciudadano Morand de resultas de este soliloquio.

Contra lo acostumbrado, la comida de aquel día contó pocos convidados, pues solo se habían puesto tres cubiertos en una mesa estrecha. Mauricio comprendió que debajo de esa mesa podría encontrar el pie de Genoveva; el pie continuaría la frase muda y amorosa comenzada con la mano.

Sentaronse a la mesa. Mauricio veía de soslayo a Genoveva, la cual estaba sentada entre la luz y él; sus cabellos negros tenían un reflejo azul como el ala del cuervo; su tez brillaba, y sus ojos estaban húmedos de amor.

Mauricio buscó y encontró el pie de Genoveva. Al primer contacto, cuyo reflejo quiso ver en su rostro, la vio ponerse

encarnada y pálida a un tiempo, pero el pequeño pie permaneció pacíficamente debajo de la mesa dormido entre los dos suyos.

Con su casaca tornasolada, parecía que Morand había recobrado su talento del decadi, ese talento brillante que Mauricio había visto algunas veces brotar de los labios de aquel hombre extraordinario, y que sin duda hubiera acompañado perfectamente al fuego de sus ojos, si los anteojos verdes no hubieran apagado este fuego.

Dijo mil chistes sin reírse jamás; pues lo que les daba un encanto extraordinario era su imperturbable seriedad. Este comerciante que había viajado tanto por el comercio de pieles de todas especies, desde las de pantera, hasta las de conejo, este químico conocía el Egipto como Herodoto, el África como Levaillant, y el teatro de la Ópera como un currutaco.

—¡Diablo! ciudadano Morand, dijo Mauricio; sois un verdadero sabio.

—¡Oh! he visto, y sobre todo leído mucho, dijo Morand; además, ¿no conviene que me prepare un poco para la vida de placeres que pienso adoptar luego que haya hecho mi fortuna? Ya es tiempo, ciudadano Mauricio, ya es tiempo.

Morand se volvió estremeciéndose con aquella pregunta a pesar de ser tan natural.

—Tengo treinta y ocho años, dijo. ¡Ah! he ahí lo que vale ser un sabio como decís; para las ciencias no corren los años.

Genoveva se echó a reír, Mauricio hizo lo mismo y Morand se contentó con sonreírse.

—¿Con que habéis viajado y visto mucho? preguntó Mauricio estrechando entre los suyos el pie de Genoveva que hacía esfuerzos casi imperceptibles por desprenderse de ellos.

—He pasado parte de mi juventud en el extranjero, respondió Morand.

—Perdonadme que haya dicho que habréis visto mucho, en vez de decir que habréis observado mucho, replicó Mauricio, porque un hombre como vos, no puede ver sin observar.

—¡Pardiez! Sí, he visto mucho, replicó Morand; casi podía decir que lo he visto todo.

—¡Todo! ciudadano, eso es demasiado decir, replicó riendo Mauricio.

—¡Ah! sí, tenéis razón. Hay dos cosas que jamás he visto. Verdad es que en nuestros días, cada vez son más raras estas dos cosas.

—¿Qué cosas son esas? preguntó Mauricio.

—La primera, respondió gravemente Morand, es un Dios.

—¡Ah! a falta de un Dios, ciudadano Morand, puedo enseñaros una diosa.

—¿Cómo? interrumpió Genoveva.

—Sí, una diosa de creación moderna; la diosa Razón. Tengo un amigo, de quien me habéis oído hablar algunas veces, mi querido y buen Lorin, un corazón de oro que no tiene más que un solo defecto, el de hacer cuartetas y retruécanos.

—¿Y qué?

—Acaba de proporcionar a la villa de París una diosa Razón perfectamente acondicionada, y a la cual no se la puede poner ni una tacha. Esta diosa es la ciudadana Artemisa, ex-bailarina del teatro de la Ópera, y en la actualidad perfumista de la calle de Martin. Tan luego como sea definitivamente recibida de diosa, podré enseñárosla.

Morand dio las gracias a Mauricio con un movimiento de cabeza, y continuó:

—La otra, dijo, es un rey.

—¡Oh! eso es más difícil, dijo Genoveva esforzándose por sonreír; porque ya no los hay.

—Debíais haber visto el último, dijo Mauricio; esto hubiera sido prudente.

—De aquí resulta, dijo Morand, que no tengo la menor idea de una frente coronada: será una cosa muy triste.

—Muy triste en efecto, dijo Mauricio, os lo aseguro, pues veo una casi todos los meses.

—¿Una frente coronada? preguntó Genoveva.

—O por lo menos, contestó Mauricio, que ha llevado la pesada y dolorosa carga de una corona.

—¡Ah! sí, la reina, dijo Morand; tenéis razón, Mr. Mauricio, eso debe ser un espectáculo muy lúgubre…

—¿Es tan bella como dicen? preguntó Genoveva.

—¿No la habéis visto jamás, señora? preguntó Mauricio a su vez admirado.

—¿Yo? jamás… respondió la joven.

—¿De veras? dijo Mauricio, ¡es extraño!

—¿Y por qué extraño? dijo Genoveva; nosotros hemos vivido en provincia hasta el 91; desde el 91 habito la antigua calle de San Jacobo, que se asemeja mucho a un pueblo de provincia, sin más diferencia que aquí se disfruta menos sol, menos aire y menos flores; vos conocéis mi vida, ciudadano Mauricio; pues bien, siempre ha sido la misma, ¿cómo queréis que haya visto a la reina? Jamás se me ha presentado la ocasión.

—Y no creo que aprovechéis la que desgraciadamente se presentará tal vez, dijo Mauricio.

—¿Qué queréis decir? preguntó Genoveva.

—El ciudadano Mauricio, replicó Morand, hace alusión a una cosa que ya no es un secreto.

—¿A cuál? preguntó Genoveva.

—A la condenación probable de María Antonieta, y a su muerte sobre el mismo cadalso donde murió su marido. El

ciudadano dice, en fin, que no aprovecharéis para verla el día en que salga del Temple para marchar a la plaza de la Revolución.

—¡Oh! ciertamente no, exclamó Genoveva a estas palabras pronunciadas por Morand con una calma glacial.

—Entonces renunciad a la esperanza de verla, continuó el impasible químico, porque la austriaca está bien guardada y la república es una bruja que hace invisible lo que quiere.

—Confieso no obstante, dijo Genoveva, que hubiera tenido curiosidad de ver a esa pobre mujer.

—¿De veras tenéis esa curiosidad? dijo Mauricio deseoso de satisfacer los menores deseos de Genoveva. Si es así, no tengáis cuidado, pues aun cuando convengo con el ciudadano Morand en que la república es una bruja, yo también, como municipal, soy algo encantador.

—¿Podríais hacerme ver a la reina, señor? exclamó Genoveva.

—Ciertamente que puedo.

—¿Y cómo? preguntó Morand dirigiendo a Genoveva una rápida mirada que pasó desapercibida para el municipal.

—Nada más fácil, dijo Mauricio. Seguramente hay municipales de quienes se desconfía; pero yo he dado bastantes pruebas de mi adhesión a la causa de la libertad para que se me comprenda en ese número. Por otra parte, las entradas en el Temple dependen de los municipales y de los jefes de puesto, y precisamente el día en que me toca estar de guardia será el jefe del puesto mi amigo Lorin, que me parece estar destinado a reemplazar indudablemente al general Santerre, en atención a que en tres meses ha ascendido del grado de cabo al de ayudante mayor. Pues bien, id a buscarme al Temple el día en que esté de guardia, es decir, el jueves próximo.

—Es verdad, dijo Morand, de ese modo veréis cumplido vuestro deseo.

—¡Oh! no, no, dijo Genoveva, no quiero.

—¿Y por qué? exclamó Mauricio, que no veía en esa visita al Temple más que un medio de ver a Genoveva en un día en que creía estar privado de esta felicidad.

—Porque eso sería exponeros tal vez a algún conflicto desagradable, y si os sucediera a vos, que sois nuestro amigo, una desgracia cualquiera, causada por la satisfacción de un capricho mío, no me lo perdonaría en mi vida.

—Muy bien hablado, Genoveva, dijo Morand. Creedme, hay grandes desconfianzas: los mejores patriotas son hoy sospechosos; renunciad a ese proyecto, que para vos, como decís, es un simple capricho de curiosidad.

—Cualquiera diría que habláis como envidioso, Morand, y que no habiendo visto ni reina, ni rey, tampoco queréis que los demás los vean. Vamos, no discutáis, sed de la partida.

—¡Yo! no por cierto.

—No es ya la ciudadana Dixmer la que desea entrar en el Temple, soy yo quien la suplica, así como a vos, que vengáis a distraer a un pobre prisionero; porque una vez cerrada la puerta, me encuentro, afortunadamente por veinte y cuatro horas nada más, tan prisionero como lo sería un rey, un príncipe de la sangre.

Y oprimiendo con sus dos pies el pie de Genoveva, dijo:

—Os suplico que vengáis.

—Ea, Morand, dijo Genoveva, acompañadme.

—Reflexionad, dijo Morand, que voy a perder un día, y que esto retardará más el en que me retire del comercio…

—Entonces no iré, dijo Genoveva.

—¿Y por qué? preguntó Morand.

—¡Oh! ¡Dios mío! la razón es muy clara, dijo Genoveva; porque yo no puedo contar con mi marido para acompañarme, y

si no me acompañáis, vos, hombre de peso, hombre de treinta y ocho años, no tendré el atrevimiento de ir a arrostrar sola los puestos de artilleros, granaderos y cazadores, preguntando por un municipal que solo tiene tres o cuatro años más de edad que yo.

—En ese caso, dijo Morand, puesto que creéis indispensable mi presencia, ciudadana…

—Ea, ea, sabio ciudadano, sed galante como si fueseis simplemente un hombre común, dijo Mauricio, y sacrificad la mitad de vuestro tiempo a la mujer de vuestro amigo.

—¡Sea! dijo Morand.

—Ahora, replicó Mauricio, no os pido más que una cosa, discreción; porque es preciso convenir que es muy sospechosa una visita al Temple, y cualquier accidente que ocurra por efecto de esta visita, nos llevaría a todos a la guillotina. Los jacobinos no se burlan, ¡diablo! Acabáis de ver cómo han tratado a los girondinos.

—¡Cáspita! dijo Morand, lo que dice el ciudadano Mauricio es digno de consideración: en verdad que sería una manera muy peregrina de retirarme del comercio.

—¿No habéis oído, replicó Genoveva sonriendo, que el ciudadano Mauricio ha dicho *todos*?

—¿Todos?

—Todos juntos.

—Sí, no hay duda, dijo Morand, la compañía es agradable; pero prefiero, bella sentimental, vivir en vuestra compañía, a morir en ella.

—¿Dónde diantre tenía yo la cabeza, se preguntó Mauricio, cuando creía que ese hombre estaba enamorado de Genoveva?

—Entonces, está dicho, contestó Genoveva; Morand, con vos hablo, vos, el distraído, vos, el pensativo; ya lo habéis oído, el jueves próximo: no vayáis el miércoles por la noche a comen-

zar algún experimento químico que os tenga ocupado veinte y cuatro horas, como sucede algunas veces.

—Descuidad, dijo Morand: además, de aquí para entonces tiempo tenéis de recordármelo.

Genoveva se levantó de la mesa, Mauricio imitó su ejemplo; Morand iba a hacer otro tanto, cuando uno de los operarios trajo al químico una botellita de licor que llamó toda su atención.

—Despachemos, dijo Mauricio, llevándose a Genoveva.

—¡Oh! estad tranquilo, dijo esta: ya tiene para una hora lo menos.

Y la joven le abandonó su mano, que Mauricio apretó tiernamente entre las suyas. Genoveva tenía remordimiento por su traición y le pagaba este remordimiento con una felicidad.

—Veis, le dijo atravesando el jardín y mostrando a Mauricio los claveles que se habían sacado al aire en una caja de caoba, para resucitarlos si era posible. Veis, mis flores están muertas.

—¿Quién las ha matado? Vuestra negligencia, dijo Mauricio; ¡pobres claveles!

—No ha sido mi negligencia, sino vuestro abandono, amigo mío.

—Sin embargo, ellos pedían poca cosa, Genoveva; un poco de agua, y nada más, y mi ausencia ha debido dejaros mucho tiempo.

—¡Ah! dijo Genoveva, si las flores se regaran con lágrimas, esos pobres claveles, como los llamáis, no habrían muerto.

Mauricio la envolvió en sus brazos, la acercó vivamente a él, y antes que hubiera tenido tiempo para defenderse, apoyó sus labios sobre aquellos ojos medio risueños, medio lánguidos, que miraban la caja asolada.

Genoveva tenía tantas cosas de que reprenderse, que fue indulgente.

Dixmer volvió tarde, y cuando llegó encontró a Morand, a Genoveva y a Mauricio que hablaban de botánica en el jardín.

XX. La ramilletera

Al fin llegó ese famoso jueves, día de guardia para Mauricio.

Era a principios del mes de junio. El cielo estaba de un azul oscuro, y sobre aquella bóveda de añil se destacaba el blanco mate de las casas nuevas. Comenzábase ya a presentir la llegada de ese perro terrible que los antiguos representaban acometido de una sed insaciable, y que al decir de los parisienses de la plebe, lame el pavimento de las calles. París estaba limpio como un tapete, y los perfumes que caían del aire, subían de los árboles y emanaban de las flores, circulaban y embriagaban, como para hacer olvidar un poco a los habitantes de la capital, ese vapor de sangre que humeaba sin cesar sobre el pavimento de las plazas.

Mauricio debía entrar en el Temple a las nueve; sus dos colegas eran Mersevault y Agrícola. A las ocho estaba en la calle antigua de San Jacobo con su gran uniforme de ciudadano municipal, es decir, con su faja tricolor que oprimía su talle esbelto, y como de costumbre, había ido a caballo a casa de Genoveva, recogiendo en el camino los elogios y las aprobaciones, nada disimuladas, de los buenos patriotas que le miraban pasar.

Genoveva estaba ya preparada: se había puesto un simple vestido de muselina, una especie de manto de tafetán ligero y un lindo gorro adornado con la escarapela tricolor, ostentando con tan sencillo traje una hermosura deslumbradora.

Morand, que, como hemos dicho, se había hecho de rogar mucho para ir al Temple, temiendo sin duda despertar sospe-

chas de aristócrata, se había puesto el vestido de todos los días, ese vestido medio señor y medio artesano. Hacía solamente un rato que había entrado, y su rostro presentaba la huella de una gran fatiga, pues, según dijo, había estado trabajando toda la noche para concluir una obra urgente.

Dixmer había salido en cuanto llegó su amigo Morand.

—¡Y bien! preguntó Genoveva, ¿qué habéis decidido, Mauricio? ¿cómo veremos a la reina?

—Escuchad mi plan, dijo Mauricio, a ver qué os parece: llego con vos al Temple, os recomiendo a Lorin, mi amigo, que manda la guardia. Tomo mi puesto y en el momento favorable, voy a buscaros.

—Pero, preguntó Morand, ¿dónde y cómo veremos a las prisioneras?

—Durante su almuerzo o su comida, si os parece bien, detrás de la vidriera de los municipales.

—Perfectamente, dijo Morand.

Mauricio vio entonces a Morand acercarse al armario que había en el comedor, y beber aceleradamente un vaso de vino puro, lo cual le sorprendió, porque Morand era muy sobrio y comúnmente no bebía más que agua envinada.

Genoveva observó que Mauricio miraba a Morand con asombro.

—Figuraos, dijo, que ese desgraciado Morand se está quitando la vida con el trabajo, de suerte que es capaz de no haber tomado nada desde ayer por la mañana.

—¿Con que no ha comido aquí? preguntó Mauricio.

—No, sale a hacer algunos experimentos por la ciudad.

Genoveva tomaba una precaución inútil, pues Mauricio, como verdadero amante, es decir, como egoísta, no había observado la acción de Morand sino con esa atención superficial

que el hombre enamorado concede a todo lo que no es la mujer a quien ama.

Al vaso de vino agregó Morand un pedazo de pan que devoró precipitadamente.

—Ea, dijo, ya estoy listo, querido ciudadano Mauricio; cuando gustéis, partiremos.

Mauricio, que deshojaba los pistilos marchitos de uno de los claveles muertos que había cogido al paso, presentó su brazo a Genoveva diciendo:

—Partamos.

Partieron en efecto. Mauricio era tan feliz que su pecho no podía contener su felicidad: hubiera gritado de alegría si no se hubiese contenido. En efecto, ¿qué más podía desear? No solamente tenía la certidumbre de que no era amado Morand, sino que tenía la esperanza de que él lo era. Dios enviaba un hermoso sol a la tierra: el brazo de Genoveva temblaba debajo del suyo, y el populacho gritando a voz en cuello el triunfo de los jacobinos, y la caída de Brissot y de sus cómplices, anunciaba que la patria se había salvado:

Hay verdaderamente momentos en la vida en que el corazón del hombre es demasiado pequeño para contener la alegría o el dolor que en él se encierra.

—¡Oh! ¡qué hermoso día! exclamó Morand.

Mauricio volvió la cabeza con asombro, pues aquella era la primera vez que veía explayarse aquel espíritu siempre distraído o comprimido.

—¡Oh! sí, sí, muy hermoso, dijo Genoveva cargándose en el brazo de Mauricio. ¡Ojalá dure hasta la tarde, puro y sin nubes como está ahora!

Mauricio se aplicó estas palabras, que redoblaban su felicidad.

Morand miró a Genoveva al través de sus anteojos verdes con una expresión particular de agradecimiento; acaso él también se había aplicado aquellas palabras.

De este modo atravesaron el Pequeño-Puente, la calle de la Juiverie y el puente de Nuestra Señora: después se dirigieron por la plaza del palacio de villa, calle de Barre-du-Bec y la de Sainte Avoye.

A medida que avanzaban, Mauricio aceleraba el paso, mientras que por el contrario los de Genoveva y Morand eran cada vez más perezosos y tardos.

Así llegaron a la esquina de la calle de Vieilles-Haudriettes, cuando de repente se interpone al paso de nuestros paseantes una ramilletera presentándoles su canastillo lleno de flores.

—¡Oh! ¡qué claveles tan hermosos! exclamó Mauricio.

—¡Oh! sí, muy hermosos, dijo Genoveva. Bien se conoce que los que los cultivaban no tenían otra cosa en qué pensar, pues no se han muerto.

Esta palabra resonó dulcemente en el corazón de Mauricio.

—¡Ah! mi buen municipal, dijo la ramilletera, compra un ramo a la linda ciudadana. Está vestida de blanco; mira qué claveles tan encarnados; lo blanco y lo encarnado sientan muy bien; ella se pondrá el ramo sobre su corazón, y como su corazón está próximo a tu uniforme azul, llevaréis de este modo los colores nacionales.

La ramilletera era joven y linda; hizo su breve cumplimiento con una gracia particular: su cumplimiento por otra parte había sido admirablemente escogido, y aunque se hubiera hecho de intento no se habría aplicado mejor a las circunstancias. Además, las flores parecían simbólicas, pues eran claveles parecidos a los que habían muerto en la caja de caoba.

—Sí, dijo Mauricio, te les compro porque son claveles, ¿lo entiendes? detesto todas las demás flores.

—¡Oh! Mauricio, dijo Genoveva, es inútil; ¡tenemos tantos en el jardín!

Y a pesar de esta negativa de los labios, los ojos de Genoveva decían que ardía en deseos de tener aquel ramo.

Mauricio escogió el más hermoso de todos; este era por otra parte el que le presentaba la linda vendedora de flores, y el cual contenía unos veinte claveles encarnados de olor acre y suave a la vez. En medio de todos, y dominando como un rey, sobresalía un clavel muy grande.

—Toma, dijo Mauricio a la ramilletera, echándole en su canastillo un asignado de cinco libras. Ahí tienes por todo.

—Gracias, mi buen municipal, dijo la ramilletera; os doy mil gracias.

Y en seguida se dirigió hacia otra pareja de ciudadanos, animada de la esperanza de que no podría menos de ser un buen día el que tan magníficamente principiaba. Durante esta escena, muy sencilla en apariencia y que había pasado en muy pocos segundos, Morand, trémulo como un azogado, se enjugaba la frente, y Genoveva estaba pálida y temblorosa. Tomó, crispando su mano encantadora, el ramo que la presentaba Mauricio, y le llevó a su rostro, no tanto para respirar su olor como para contener su emoción.

El resto del camino se pasó alegremente, por lo menos en cuanto a Mauricio, pues la alegría de Genoveva era forzada, y la de Morand se desahogaba de una manera rara, es decir, por medio de suspiros ahogados, de risas estrepitosas y epigramas terribles, que caían sobre los transeúntes como un fuego enfilado.

A las nueve llegaron al Temple.

Santerre llamaba a la sazón a los municipales.

—Aquí estoy, dijo Mauricio dejando a Genoveva al cuidado de Morand.

—¡Ah! seáis bien venido, dijo Santerre presentando la mano al joven.

Mauricio tuvo buen cuidado en aceptar la mano que se le ofrecía, porque la amistad de Santerre era seguramente una de las más preciosas de la época.

Al ver Genoveva a aquel hombre que había mandado el famoso redoble de tambores, se estremeció, y Morand se puso pálido.

—¿Quién es esta hermosa ciudadana, preguntó Santerre, y qué viene a hacer aquí?

—Es la mujer del buen ciudadano Dixmer; ¿no has oído hablar de este digno patriota, ciudadano general?

—Sí, sí, contestó Santerre: un fabricante de curtidos, capitán de cazadores de la legión de Víctor.

—El mismo.

—¡Bueno, bueno! es a fe mía muy linda. ¿Y esa especie de mono que la da el brazo?

—Es el ciudadano Morand, el asociado de su marido, cazador de la compañía de Dixmer.

Santerre se aproximó a Genoveva y le dijo:

—Buenos días, ciudadana.

Genoveva hizo un esfuerzo y contestó sonriéndose:

—Buenos días, ciudadano general.

Lisonjeado Santerre a la vez con la sonrisa y el título, continuó:

—¿Y qué vienes a hacer aquí, bella patriota?

—La ciudadana, replicó Mauricio, no ha visto nunca a la viuda de Capeto y quiere verla.

—Sí, antes que… dijo Santerre haciendo un gesto atroz.

—Precisamente, respondió Mauricio con frialdad.

—Está bien, dijo Santerre: procura solamente que no la vean entrar en la fortaleza, porque eso sería dar muy mal ejemplo; por otra parte, yo me fío de ti.

Santerre estrechó de nuevo la mano de Mauricio, hizo con la cabeza un movimiento amistoso y protector a Genoveva, y se retiró para ocuparse de sus demás funciones.

Después que los granaderos y cazadores hicieron multitud de evoluciones, y después de algunas maniobras de cañón, cuyos sordos estampidos se esperaba que esparcieran en las inmediaciones una intimidación saludable, Mauricio volvió a dar el brazo a Genoveva, y seguido por Morand se encaminó hacia el puesto a cuya puerta se desgañitaba Lorin mandando el ejercicio a su batallón.

—¡Bueno! exclamó, aquí viene Mauricio; ¡cáspita! y con una mujer que me parece un poco agradable. ¿Será que el socarrón quiera presentarla en competencia con mi diosa Razón? ¡Si así fuese, pobre Artemisa!

—Buenos días, ciudadano ayudante, dijo el capitán.

—¡Atención! gritó Lorin, media vuelta a la izquierda… buenos días, Mauricio; paso redoblado… ¡marchen!

Sonaron los tambores; las compañías fueron a ocupar sus puestos y cuando cada uno estuvo en el suyo, acudió Lorin.

Después de dirigirse mutuamente todos los primeros cumplimientos, fue presentado este por Mauricio a Genoveva y Morand. Después empezaron las explicaciones.

—Sí, sí, comprendo, dijo Lorin; quieres que el ciudadano y la ciudadana entren en la torre: eso es muy fácil, voy a colocar a los centinelas y a decirles que te dejen pasar con las personas que te acompañan.

Diez minutos después entraban Genoveva y Morand precedidos por tres municipales, y se colocaron detrás de la vidriera.

XXI. El clavel encarnado

La reina acababa de levantarse; enferma hacía dos o tres días, estaba en cama más tiempo que de costumbre; pero habiendo sabido por su hermana que el sol brillaba magnífico, había hecho un esfuerzo, y pidió, con objeto de hacer respirar el aire a su hija, permiso para pasearse sobre el terrado; lo cual le habían concedido sin dificultad.

Determinábala además otra razón. Había visto una vez, una sola, es verdad, desde lo alto de la torre, pasearse por los jardines al delfín; pero al primer ademán que habían hecho el hijo y la madre para dirigirse una mirada, muda pero expresiva, de dolor y de ternura, Simon había interpuesto su despótica autoridad, obligando al niño a retirarse.

No importa, ella le había visto y esto le bastaba. Verdad es que el pobre niño prisionero estaba muy pálido y demudado, y vestido además como un muchacho cualquiera del pueblo con su carmañola y su pantalón de lienzo crudo. Pero le habían dejado sus hermosos cabellos rubios rizados, que le hacían una aureola que sin duda ha querido Dios que el niño mártir guarde en el cielo.

Si ella pudiera verle todavía una sola vez siquiera, ¡qué regocijo para aquel corazón de madre!

Había además otra cosa.

—Hermana mía, le había dicho a Mme. Isabel, ya sabéis que hemos encontrado en el corredor una paja arrimada en el ángulo de la pared, lo que en el lenguaje de nuestros signos quiere decir que debemos poner atención a nuestro alrededor y que un amigo se aproxima.

—Verdad es, contestó la reina, que mirando a su hija con lástima, se animaba a sí misma a no desesperar de su salvación.

Satisfechas las exigencias del servicio, Mauricio quedaba entonces tanto más dueño de la fortaleza del Temple, cuanto que la suerte lo había designado para la guardia de día, dejando para el de la noche a los municipales Agrícola y Mersevault.

Los municipales salientes se habían retirado después de haber hecho su proceso verbal en el consejo del Temple.

—¡Hola! ciudadano municipal, dijo la mujer de Tison saludando a Mauricio, ¿traéis gente para ver a nuestras palomas? solo yo estoy condenada a no ver ya a mi pobre Sofía.

—Son unos amigos míos, dijo Mauricio, que jamás han visto a la viuda de Capeto.

—Estarán perfectamente detrás de la vidriera.

—Seguramente, dijo Morand.

—No hay más, contestó Genoveva, sino que nos parecemos a esos curiosos crueles que se ponen detrás de una reja a gozar de los tormentos de un preso.

—¿Y por qué no habéis colocado a vuestros amigos en el camino de la torre, puesto que allí es donde va a pasearse la austriaca con su hermana y su hija? ¡Ah! ¡a ella le han dejado su hija, mientras que a mí, que no soy culpable, me han quitado la mía! ¡Oh! ¡malditos aristócratas! por más que se haga, siempre habrá favores para ellos, ciudadano Mauricio.

—Pero le han quitado a su hijo, respondió este.

—¡Ah! si yo tuviera un hijo, murmuró la carcelera, creo que no echaría tanto de menos a mi hija.

Genoveva y Morand se habían dirigido durante este tiempo algunas miradas.

—Amigo mío, dijo la joven a Mauricio, la ciudadana tiene razón. Si quisierais colocarme de cualquier modo al paso de María Antonieta, eso me repugnaría menos que mirarla desde

aquí; pues me parece que esta manera de ver a las personas es humillante a la vez para ellas y para nosotros…

—Sois demasiado delicada, Genoveva, dijo Mauricio.

—¡Pardiez! ciudadana, exclamó uno de los dos colegas de Mauricio, que estaba almorzando en la antesala un pedazo de salchichón con pan, si estuvierais presa, y la viuda de Capeto quisiera veros, no sería tan escrupulosa como vos.

Genoveva, con un movimiento más rápido que el relámpago, volvió los ojos hacia Morand para observar el efecto que hacían en él estas injurias. En efecto, Morand tembló; una luz extraña, fosfórica, por decirlo así, brotó de sus párpados; sus puños se crisparon por un momento; pero todas estas señales fueron tan rápidas que pasaron desapercibidas.

—¿Cómo se llama ese municipal? preguntó a Mauricio.

—Es el ciudadano Mersevault, respondió el joven.

Después añadió como para excusar su grosería:

—Un picapedrero.

Mersevault lo oyó y miró de reojo a Mauricio.

—¡Vamos, vamos! dijo la mujer de Tison, acaba tu salchichón y tu media botella: ya es hora de levantar las mesas.

—No es culpa de la austriaca si las acabo a estas horas, dijo el municipal, pues si hubiera podido hacer que me degollaran, el 10 de agosto, lo hubiera hecho ciertamente; así es que el día que le llegue su San Martín, estaré en primera fila y firme en mi puesto.

Morand se puso pálido como un difunto.

—Vamos, vamos, ciudadano Mauricio, vamos a donde habéis prometido llevarnos, pues aquí me parece que estoy también presa, me ahogo.

Mauricio hizo salir a Morand y a Genoveva; los centinelas prevenidos por Lorin los dejaron pasar sin dificultad alguna.

Los instaló en un pasillo del piso alto, de suerte que cuando la reina, Mme. Isabel y Mme. Real subiesen a la galería, no podrían menos de pasar por delante de ellos.

Como el paseo se había fijado para las diez, y solo había que esperar algunos minutos, Mauricio no solamente no abandonó a sus amigos, sino que para alejar hasta la más ligera sospecha, hizo que les acompañase también el ciudadano Agrícola.

Dieron las diez.

—¡Abrid! gritó desde abajo de la torre una voz que Mauricio conoció ser la del general Santerre.

Al punto se formó la guardia, cerráronse las rejas y los centinelas prepararon sus armas. Hubo entonces en toda la torre un ruido de hierro, de piedras y de pasos que causó cierta desagradable impresión a Morand y Genoveva, pues Mauricio los vio ponerse pálidos.

—¡Cuántas precauciones para guardar a tres mujeres! murmuró Genoveva.

—Sí, dijo Morand haciendo un esfuerzo por sonreírse. Si los que intentan facilitarles su evasión estuviesen en nuestro lugar y vieran lo que nosotros, se cansarían pronto del oficio.

—En efecto, dijo Genoveva, comienzo a creer que no se salvarán.

—Y yo lo espero, respondió Mauricio, e inclinándose al decir esto sobre la escalera, dijo:

—¡Atención! ahí vienen las prisioneras.

—Nombradmelas, dijo Genoveva, porque no las conozco.

—Las dos primeras que suben son la hermana y la hija de Capeto. La última, a quien precede un perrito, es María Antonieta.

Genoveva dio un paso hacia adelante; pero Morand por el contrario, en vez de mirar, se arrimó contra la pared. Sus la-

bios estaban más lívidos que la piedra de la torre.

Genoveva, con su vestido blanco y sus hermosos ojos puros, parecía un ángel que esperaba a las prisioneras para alumbrar el triste camino que recorrían y derramar al paso sobre su corazón un poco de alegría.

Mme. Isabel y Mme. Real pasaron después de haber dirigido una mirada de asombro a los curiosos; sin duda la primera sospechó que serían los que les anunciaban las señales, pues se volvió vivamente hacia Mme. Real y la apretó la mano, dejando caer su pañuelo como para avisar a la reina.

—Prestad atención, hermana mía, dijo, he soltado mi pañuelo.

Y continuó subiendo con la joven princesa.

La reina, cuyo malestar indicaban su respiración anhelosa y su tos seca, se bajó para recoger el pañuelo que estaba caído a sus pies; pero más pronto que ella, su perro se apoderó de él y corrió a llevarlo a Mme. Isabel. La reina, pues, continuó subiendo, y después de algunos escalones se encontró a su vez delante de Genoveva, Morand y el joven municipal.

—¡Oh! ¡flores! dijo, hace mucho tiempo que no las he visto. ¡Qué feliz es la que puede tener flores, señora!

Rápida como el pensamiento que acababa de formularse por medio de estas palabras dolorosas, Genoveva alargó la mano para ofrecer su ramo a la reina. Entonces María Antonieta levantó la cabeza, la miró, y un imperceptible rubor apareció en su frente descolorida; pero por una especie de movimiento natural, por esa costumbre de obediencia pasiva al reglamento, Mauricio alargó la mano para sujetar el brazo de Genoveva.

Entonces la reina vaciló, y mirando a Mauricio, reconoció en él al joven municipal que acostumbraba a hablarla con firmeza, pero al mismo tiempo con respeto.

—¿Está prohibido, señor? dijo.

—No, no, señora, contestó Mauricio: Genoveva, podéis ofrecer vuestro ramo.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, señor! exclamó la reina con vivo agradecimiento, y saludando con graciosa afabilidad a Genoveva alargó una mano flaca y cogió al acaso un clavel del ramo.

—Tomadlo todo, señora, tomadlo, dijo tímidamente Genoveva.

—No, contestó la reina con una sonrisa encantadora; este ramo viene tal vez de una persona a quien amáis y no quiero privaros de él.

Genoveva se ruborizó y este rubor hizo sonreír a la reina.

—¡Vamos, vamos! ciudadana Capeto, dijo Agrícola, no podéis deteneros.

La reina saludó y continuó subiendo, pero antes de desaparecer volvió la cabeza diciendo en voz baja:

—¡Qué bien huele este clavel, y qué linda es esa dama!

—No me ha visto, murmuró Morand, que casi arrodillado en la penumbra del corredor, no había atraído efectivamente las miradas de la reina.

—Pero vos la habéis visto bien, ¿no es verdad, Morand? ¿no es verdad, Genoveva? dijo Mauricio doblemente feliz, en primer lugar por el espectáculo que había proporcionado a sus amigos, y en segundo por el placer que acababa de dar a tan poca costa a la desgraciada prisionera.

—¡Oh! sí, sí, dijo Genoveva, la he visto bien, y no se me olvidarán sus facciones aun cuando viviese cien años.

—¿Y qué tal os parece?

—Muy bella.

—¿Y a vos, Morand?

Morand juntó las manos sin responder.

—Decidme, preguntó Mauricio en voz baja y riendo a Genoveva, ¿será la reina de quien está enamorado Morand?

Genoveva tembló, pero reponiéndose pronto, contestó riéndose a su vez:

—Así parece a lo menos.

—¿No queréis decirme qué tal os parece, Morand? insistió Mauricio.

—Me ha parecido que está muy pálida, respondió.

Mauricio volvió a dar el brazo a Genoveva y la hizo bajar hacia el zaguán. En la escalera sombría le pareció que Genoveva le besaba la mano.

—¿Qué significa esto, Genoveva? dijo Mauricio.

—Esto significa, Mauricio, que no olvidaré jamás que por un capricho mío habéis arriesgado vuestra cabeza.

—¡Oh! dijo Mauricio, eso es una exageración, Genoveva; de vos a mí, bien sabéis que no es la gratitud el sentimiento que ambiciono.

Genoveva le apretó dulcemente el brazo.

Morand seguía con paso vacilante.

Llegaron al zaguán, donde reconocidos por Lorin, los dejó salir del Temple, no sin haber obtenido antes Genoveva que al siguiente día iría Mauricio a comer a la antigua calle de San Jacobo.

XXII. Simon el censor

Mauricio se volvió a su puesto, lleno el corazón de una alegría casi celeste, y encontró llorando a la mujer de Tison.

—¿Qué tenéis? la preguntó.

—Estoy furiosa, contestó la carcelera.

—¿Y por qué?

—Porque todo es injusticia para los pobres en este mundo.

—Pero en fin…

—Vos sois rico, sois feliz; venís aquí por un día solamente, y os permiten recibir visitas de lindas damas que dan ramos de flores a la austriaca, y yo, que unida perpetuamente en el palomar, no puedo ver a mi pobre Sofía.

Mauricio le cogió la mano y deslizó en ella un asignado de diez libras.

—Tomad, mi buena Tison, le dijo, tomad esto y tened valor. La Austriaca no durará siempre.

—¡Un asignado de diez libras! exclamó la carcelera; agradezco vuestra generosidad, pero preferiría un papelillo que hubiese envuelto los cabellos de mi pobre hija.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando Simon, que subía, las oyó, y vio a la carcelera meter en su bolsillo el asignado que le había dado Mauricio.

Digamos en qué disposición de espíritu estaba Simon. Venía del zaguán donde había encontrado a Lorin, y sabida es la antipatía que reinaba entre estos dos hombres, antipatía mucho menos motivada por la escena violenta que hemos puesto ya ante los ojos de nuestros lectores, cuanto por la diferencia de clases, fuente eterna de esas enemistades o de esa inclinación que se llaman misterios y que sin embargo se explican perfectamente.

Simon era feo, Lorin hermoso; Simon era sucio, Lorin aseado; Simon un republicano fanfarrón, Lorin un de esos patriotas exaltados que habían hecho innumerables sacrificios por la revolución, y por último, si hubiera sido preciso recurrir a las pruebas de fuerza, Simon conocía por instinto que el puño

del currutaco le hubiera dado, no menos elegantemente que Mauricio, un castigo plebeyo.

Al ver Simon a Lorin se quedó cortado y se puso pálido murmurando:

—¡Todavía es este batallón el que da la guardia!

—¿Y qué tenemos con eso? respondió un granadero a quien desagradó al apóstrofe: me parece que vale tanto como otro.

Simon sacó un lápiz del bolsillo de su carmañola, y tomó al parecer una nota en una hoja de papel casi tan negra como sus manos.

—¡Hola! dijo Lorin, ¿con que sabes escribir, Simon, desde que eres el preceptor de Capeto? Mirad, ciudadanos, mirad, como toma notas: este es Simon el censor.

Y una carcajada universal que salió de las filas de los guardias nacionales, casi todos jóvenes legistas, entonteció, por decirlo así, al miserable zapatero.

—Bueno, bueno, dijo, rechinando los dientes y bramando de cólera, se dice que has dejado entrar a varias personas en la torre, y esto sin permiso del común. Bueno, bueno, yo haré que el municipal instruya el sumario correspondiente.

—A lo menos ese sabe escribir, respondió Lorin, es Mauricio, ya sabes, Simon, Mauricio el del puño de hierro, ¿le conoces?

En aquel momento salían precisamente Morand y Genoveva.

Al verlos Simon se retiró al interior de la fortaleza justamente cuando, como hemos dicho, daba Mauricio a la mujer de Tison, un asignado de diez libras por vía de consuelo.

Mauricio no fijó la atención en la presencia de aquel miserable, de quien por otra parte se alejaba instintivamente siempre que lo encontraba al paso, como nos alejamos de un reptil venenoso o repugnante.

—¡Hola! ¡hola! ciudadana, dijo Simon a la carcelera que se enjugaba los ojos con su delantal, parece que quieres que te lleven a la guillotina.

—¡Yo! dijo la mujer de Tison, ¿y por qué?

—¿Cómo por qué dices? ¿No recibes dinero de los municipales de servicio para dejar entrar a los aristócratas en el encierro de la Austriaca.

—¡Yo! dijo la mujer de Tison; calla, calla; estás loco.

—Se consignará en el proceso verbal, dijo Simon con énfasis.

—¡Bah! esos son amigos del municipal Mauricio, uno de los mejores patriotas que existen.

—Pues yo digo que son unos conspiradores; pero en fin, se informará de todo al Común, y él juzgará.

—Según eso, vas a delatarme, espía de policía.

—Así es la verdad, a no ser que te delates a ti misma.

—¿Pero de qué? ¿qué quieres que delate?

—¡Toma! lo que ha pasado.

—Pero si no ha pasado nada.

—¿Dónde estaban los aristócratas?

—Allá, en la escalera.

—¿Cuando la viuda Capeto subió a la torre?

—Sí.

—¿Y se han hablado?

—Se han dicho dos palabras.

—Dos palabras, ¿lo ves? Por otra parte, esa gente huele aquí a aristocracia.

—Es decir, que huele a clavel.

—¿Cómo clavel?

—Porque la ciudadana tenía un ramo de ellos que embalsamaba.

—¿Qué ciudadana?

—La que miraba pasar a la reina.

—¿Lo estás viendo? Acabas de decir la reina; el trato con los aristócratas te pierde. ¡Pero calla! ¿qué es lo que piso? continuó Simon inclinándose hacia el suelo.

—¡Ah! justamente, dijo la mujer de Tison, una flor, un clavel que se habrá caído de las manos de la ciudadana Dixmer cuando María Antonieta tomó uno de su ramo.

—¿La viuda Capeto ha tomado una flor del ramo de la ciudadana Dixmer? dijo Simon.

—Sí, y yo mismo se lo he dado, ¿lo entiendes? dijo con voz amenazadora Mauricio, que escuchaba aquel coloquio hacía algunos instantes, y al cual este coloquio impacientaba ya demasiado.

—Está bien, está bien, se ve lo que se ve, y se sabe lo que se dice, replicó Simon, que conservaba en la mano el clavel aplastado por su pie.

—Y yo, contestó Mauricio, sé una cosa, y voy a decírtela, y es que nada tienes que hacer aquí, y que tu puesto de verdugo está allá abajo al lado del niño Capeto, a quien sin embargo no maltratarás hoy, porque yo estoy aquí y te lo prohíbo.

—¡Hola! ¿me amenazas y me llamas verdugo? exclamó Simon estrujando la flor entre sus dedos; ¡ah! ¡ya veremos si es permitido a los aristócratas!... ¡Pero calla! ¿qué significa esto?

—¿El qué? preguntó Mauricio.

—Lo que tiento en este clavel. ¡Ah! ¡ah!

Y en presencia de Mauricio estupefacto sacó Simon del cáliz de la flor su papelito enrollado con un cuidado exquisito, el

cual había sido artísticamente introducido en el centro de su espeso penacho.

—¡Oh! exclamó a su vez Mauricio, ¿qué significa esto, Dios mío?

—Ya lo sabremos, ya lo sabremos, dijo Simon aproximándose a una ventanilla. ¡Ah! tu amigo Lorin dice que no sé leer: bueno, ahora lo verás.

Lorin había calumniado a Simon, pues sabía leer lo impreso en todos los caracteres, y las letras manuscritas cuando eran de cierto tamaño; pero el billete estaba escrito tan diminutivamente, que Simon se vio obligado a recurrir a sus anteojos. Dejó, pues, el billete sobre la ventana y se puso a hacer el inventario de sus bolsillos; pero cuando se hallaba en la mitad de este trabajo, el ciudadano Agrícola abrió la puerta de la antesala, que estaba precisamente enfrente de la ventanilla, y una corriente de aire se llevó el papel, ligero como una pluma; de suerte que cuando Simon, después de su momentánea exploración, había hallado sus gafas, y después de haberlas montado sobre su nariz, buscó inútilmente el papel, este había desaparecido.

Simon lanzó un rugido.

—¿Y el papel que dejé aquí? ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Ciudadano municipal? ¡Oh! es preciso que parezca.

Y bajó rápidamente dejando absorto a Mauricio.

Diez minutos después entraron en la torre tres individuos del común. La reina estaba todavía en el terrado, y se había dado la orden de no decirla nada de lo que acababa de pasar. Los miembros del común se hicieron conducir a donde ella estaba.

El primer objeto que hirió su vista fue el clavel encarnado que todavía tenía en la mano. Miráronse unos a otros sorprendidos y acercándose a ella, dijo el presidente de la diputación:

—Dadnos esa flor.

La reina, que no esperaba semejante irrupción, tembló y vaciló.

—Entregad esa flor, señora, dijo Mauricio con una especie de terror; yo os lo suplico.

La reina alargó el clavel que se le reclamaba.

El presidente lo tomó y se retiró seguido de sus colegas a una sala inmediata, para hacer la indagación e instruir el proceso verbal.

Abrieron la flor, pero estaba vacía.

Mauricio respiró.

—Aguardad, aguardad un momento, dijo uno de los individuos: han quitado el corazón del clavel. Verdad es que el alvéolo está vacío, pero indudablemente se ha encerrado en él un billete.

—Estoy pronto, dijo Mauricio, a dar todas las explicaciones necesarias; pero ante todas cosas pido que se me constituya en prisión.

—Tomamos acta de tu proposición, dijo el presidente, pero no hacemos de ella un derecho, pues eres conocido por buen patriota, ciudadano Lindey.

—Y yo respondo con mi vida de los amigos que he tenido la imprudencia de traer conmigo.

—No respondas de nadie, dijo el procurador.

En este momento se oyó gran bullicio en los corredores.

Era Simon, que después de haber buscado inútilmente el billete arrebatado por el viento, había ido a buscar a Santerre y le había contado la tentativa de rapto de la reina con todos los accesorios que podían prestar a semejante acontecimiento los encantos de su imaginación. Santerre había acudido a las voces de Simon, se cercaba de tropa al Temple, y mudaban la

guardia no sin gran despecho de Lorin, que protestaba contra aquella ofensa hecha a su batallón.

—¡Ah! ¡pícaro zapatero! dijo a Simon amenazándole con su sable; tú tienes la culpa de todo esto; pero no tengas cuidado, tú me la pagarás.

—Creo por el contrario que tú serás quien las pague todas juntas a la nación, dijo el zapatero frotándose las manos.

—Ciudadano Mauricio, dijo Santerre, estás a la disposición del común, que va a interrogarte.

—Estoy a tus órdenes, comandante; pero ya he pedido que se me arreste y vuelvo a pedirlo ahora.

—Aguarda, aguarda, murmuró Simon con socarronería: puesto que te empeñas en ello, vamos a ver si podemos darte gusto.

Y se retiró en busca de la mujer de Tison.

XXIII. La diosa Razón

Durante todo el día se buscó por el patio, por el jardín y por las inmediaciones el papelito que causaba todo aquel rumor, y que según todos sospechaban, debía encerrar una gran conjuración.

Se preguntó a la reina después de haberla separado de su hermana y de su hija; pero no respondió otra cosa sino que había encontrado en la escalera a una joven que llevaba un ramo; que esta joven le había ofrecido el ramo y que ella se había contentado con coger solo una flor. Además, había cogido esta flor con el consentimiento del municipal Mauricio. Nada más tenía que decir, y esta era la verdad en toda su desnudez y en toda su fuerza.

Interrogado después Mauricio, apoyó la deposición de la reina como franca y exacta.

—¿Luego había una conspiración? dijo el presidente.

—Es imposible, dijo Mauricio, pues yo he sido quien comiendo en casa de Mme. Dixmer le propuse que viniera a ver a la prisionera que jamás había visto; pero ni se fijó el día, ni se acordó la manera con que se había de verificar la visita.

—Pero se pensó en traer flores, dijo el presidente; ese ramo había sido hecho de antemano.

—Nada de eso, yo mismo he comprado esas flores a una ramilletera que vino a ofrecérnoslas en la esquina de la calle de Vieilles-Haudriettes.

—¿Pero la ramilletera te presentó el ramo?

—No ciudadano, yo mismo le escogí entre diez o doce; verdad es que escogí el más hermoso.

—¿Pero habrán deslizado en él ese ramillete durante el camino?

—Imposible, ciudadano, no he abandonado un minuto a Mme. Dixmer, y para hacer la operación que decís en cada una de las flores, pues reflexionad que, según lo que dice Simon, cada flor debía encerrar un billete semejante, hubiera sido preciso por lo menos medio día.

—Pero en fin, ¿no pueden haber deslizado entre esas flores dos billetes preparados de antemano?

—En mi presencia tomó la prisionera una al acaso, y después de haberse negado a recibir todo el ramo.

—Entonces, ciudadano Lindey, ¿opináis porque no hay conspiración?

—Sí tal, hay conspiración, replicó Mauricio, y soy el primero, no solamente a creerlo, sino a afirmarlo; pero puedo asegurar que esa conspiración no es obra de mis amigos. Sin embargo,

como conviene no exponer la nación a ningún temor, ofrezco una caución y me constituyo prisionero.

—Nada de eso, respondió Santerre, ¿puede dudarse de patriotas experimentados como tú? Si te constituyes prisionero para responder de tus amigos, yo también me constituiré prisionero para responder de ti. Esto es muy sencillo, no hay denuncia positiva, ¿no es verdad? Nadie sabrá lo que ha pasado. Redoblemos la vigilancia, tú sobre todo, y llegaremos a conocer el fondo de las cosas evitando su publicidad.

—Gracias, comandante, dijo Mauricio, pero os responderé, lo que responderíais en mi lugar. Nosotros no debemos contentarnos con esto, sino que necesitamos buscar a todo trance a la ramilletera.

—¿Quién sabe dónde estará ahora? Pero no tengas cuidado, se la buscará. Tú vigila a tus amigos; yo vigilaré las correspondencias de la prisión.

No habían pensado en Simon, pero Simon tenía su proyecto.

Llegó al fin de la sesión que acabamos de referir para averiguar lo que se había resuelto por el Común, y enterado de su decisión, dijo:

—¡Ah! no se necesita más que una denuncia en regla; esperad cinco minutos y yo la traeré.

—¿Pero qué denuncia? preguntó el presidente.

—¿Qué denuncia? respondió el zapatero, la que da la valiente ciudadana Tison contra los manejos ocultos del partidario de la aristocracia, Mauricio, y las ramificaciones de otro falso patriota de sus amigos llamado Lorin.

—Poco a poco, Simon; tu celo por la nación te extravía tal vez, dijo el presidente; Mauricio Lindey y Jacinto Lorin son patriotas experimentados.

—Ya se verá eso en el tribunal, replicó Simon.

—Considera, Simon, que ese será un proceso escandaloso para todos los buenos patriotas.

—Escandaloso o no, ¿qué me importa a mí? ¿Por ventura temo yo el escándalo. A lo menos se sabrá toda la verdad y se conocerán los traidores.

—¿Con qué persistes en denunciar en nombre de la mujer de Tison?

—Y aun me denunciaré a mí mismo esta tarde y a ti mismo con los demás, ciudadano presidente, si no quieres decretar el arresto del traidor Mauricio.

—Pues bien, sea, dijo el presidente que, según la costumbre de aquella malhadada época, temblaba delante de quien más alto gritaba. Bien, se le prenderá.

Mientras se adoptaba esta decisión contra él, Mauricio había vuelto al Temple donde le esperaba un billete concebido en estos términos:

«Habiendo sido violentamente interrumpida nuestra guardia, no podré, según todas las probabilidades, verte hasta mañana por la mañana: ven a almorzar conmigo y me pondrás al corriente de las tramas y de las conspiraciones descubiertas por el maestro Simon.

Aunque Simon asegure
Que un clavel causara el mal;
Yo preguntaré a la rosa
Y me dirá la verdad.

Y mañana te diré lo que Artemisa me haya contestado.

Tu amigo, Lorin.»

«Nada hay de nuevo, contestó Mauricio, duerme en paz esta noche y almuerza sin mí mañana, puesto que, en atención a los incidentes de hoy, no saldré probablemente antes del mediodía.

«Quisiera ser céfiro para tener el derecho de enviar un beso a la rosa de que hablas.

«Te permito que silbes mi prosa como yo silbo tus versos.

Tu amigo, Mauricio.»

«P. S. Por lo demás, creo que la conspiración no era más que una falsa alarma.»

En efecto Lorin había salido hacia las once con todo su batallón, gracias a la moción brutal del zapatero.

Habíase consolado de esta humillación con una cuarteta, y como él mismo decía, en esta cuarteta, había ido a casa de Artemisa.

Esta se alegró al ver llegar a Lorin; pues el tiempo estaba magnífico, como hemos dicho, y le propuso dar un paseo a que Lorin accedió gustoso.

Durante el camino, se pusieron a hablar de política, y Lorin, contó su expulsión del Temple y trató de adivinar qué circunstancias habían podido provocarla, pero al llegar a la altura de la calle de las Barras, vieron a una ramilletera que como ellos, subía por la margen derecha del Sena.

—¡Ah! ciudadano Lorin, dijo Artemisa, espero que me des un ramo.

—¡Cómo uno! dijo Lorin, dos si tal es tu gusto.

Y ambos redoblaron el paso para alcanzar a la ramilletera quien también seguía su camino aceleradamente.

Al llegar al puente María, se paró la joven, e inclinándose por encima del parapeto, vació su canastillo en el río.

Las flores separadas se arremolinaron por un instante en el aire. Los ramos, arrastrados por su misma gravedad cayeron más rápidamente, y después ramos y flores sobrenadando en la superficie siguieron el curso del agua.

—¡Calla! dijo Artemisa mirando con atención a la ramillete-ra: cualquiera diría… ¡oh! sí… ¡oh!… no… pero sí… ¡Ah! ¡qué cosa más rara!

La ramilletera se puso un dedo sobre los labios como para suplicar a Artemisa que guardase silencio y desapareció.

—¿Qué significa esto? dijo Lorin; ¿conocéis a esa mortal, diosa?

—No. Creí al principio… pero ciertamente me he engañado.

—Sin embargo, ella os ha hecho señas, insistió Lorin.

—¿Por qué será hoy ramilletera? preguntó Artemisa hablan-do consigo misma.

—¿Conque confesáis que la conocéis, Artemisa? preguntó Lorin.

—Sí, respondió Artemisa, es una ramilletera a quien compro algunas veces.

—Como quiera que sea, dijo Lorin, esa ramilletera tiene una manera muy singular de dar salida a su mercancía.

Y ambos después de haber mirado por última vez las flores que habían ya tropezado con el puente de madera, y recibido nuevo impulso del brazo del río que pasa por debajo de sus arcos, continuaron su camino hacia la Rapée donde pensaban tomar un refrigerio.

El incidente no tuvo por el pronto más consecuencia; pero como era extraño y presentaba cierto carácter misterioso, se grabó en la imaginación poética de Lorin.

Entretanto la denuncia de la mujer de Tison, denuncia dada contra Mauricio y Lorin, levantaba gran tumulto en el club de los Jacobinos, y Mauricio recibió en el Temple un aviso del Común, manifestándole que su libertad estaba amenazada por la indignación pública, lo cual equivalía a decir al joven muni-cipal, que se ocultara si era culpable; pero descansando Mau-

ricio en su conciencia se quedó en el Temple, y allí le encontraron en su puesto cuando fueron a prenderle.

En aquel mismo momento fue interrogado; pero firmemente resuelto a no comprometer a ninguno de los amigos de quienes por otra parte estaba seguro, y poco inclinado a sacrificarse ridículamente, con su silencio, como un héroe de novela, pidió la formación de causa contra la ramilletera.

Eran las cinco de la tarde, cuando Lorin entró en su casa, donde no tardó en saber la prisión de Mauricio y la petición que había hecho.

Presentósele en aquel momento a su imaginación la ramilletera del puente María arrojando sus flores al Sena, cuya extraña circunstancia, unida a la semiconfesión de Artemisa, todo le gritaba instintivamente que allí estaba la explicación del misterio que deseaba aclarar Mauricio.

Salió aceleradamente de su habitación, bajó los cuatro pisos como si hubiese tenido alas, y corrió a casa de la diosa Razón a quien encontró ocupada en bordar unas estrellas de oro en un vestido de gasa azul.

Aquel era su vestido de divinidad.

—Déjate de estrellas ahora, querida amiga, dijo Lorin. Esta mañana han prendido a Mauricio, y yo lo seré probablemente esta tarde.

—¡Mauricio está preso!

—Sí, en estos tiempos nada hay más común que los grandes acontecimientos, y como sobrevienen de tropel, nadie repara en ellos. Y cuenta que casi todos estos grandes acontecimientos provienen de fruslerías; pero no debemos despreciar las fruslerías, ¿Quién era esa ramilletera que encontramos esta mañana, querida amiga?

Artemisa tembló.

—¿Qué ramilletera?

—¡Pardiez! la que arrojaba con tanta prodigalidad sus flores en el Sena.

—¡Oh! Dios mío, dijo Artemisa, ¿es tan grave ese acontecimiento para que insistáis de ese modo?

—Tan grave, querida amiga, que os suplico contestéis al instante a mi pregunta.

—Amigo mío, no puedo.

—Diosa, nada es imposible para vos.

—He jurado por mi honor guardar silencio.

—Y yo he jurado por el mío haceros hablar.

—Pero ¿por qué insistís de ese modo?

—¡Por qué… diablo! porque no quiero que le corten la cabeza a Mauricio.

—¡Oh! ¡Dios mío, Mauricio guillotinado! exclamó la joven asustada.

—Y eso sin hablaros de mí, que a la verdad no las tengo todas conmigo.

—¡Oh! no, no, dijo Artemisa, sería perderla infaliblemente.

En aquel momento el oficioso de Lorin entró corriendo en la habitación de Artemisa.

—¡Oh ciudadano! exclamó, ¡ponte en salvo! ¡ponte en salvo!

—¿Y por qué? preguntó Lorin.

—Porque los gendarmes han entrado en tu casa, y mientras derribaban la puerta, salté a la casa inmediata por el tejado y he venido a avisarte.

Artemisa lanzó un grito terrible, porque amaba realmente a Lorin.

—Artemisa, dijo Lorin afectando cierto aire de gravedad, ¿queréis comparar la vida de una ramilletera con la de Mauri-

cio y la de vuestro amante? Si es así, os declaro que ceso de teneros por la diosa Razón y os proclamo por la diosa Locura.

—¡Pobre Sofía! exclamó la exbailarina de la Ópera; no es culpa mía si te delato.

—Bien, bien, querida amiga, dijo Lorin presentando un papel a Artemisa. Me habéis ya dicho su nombre de bautismo, decidme ahora su apellido y las señas de su casa.

—¡Oh! no exijáis que escriba eso, exclamó Artemisa, contentaos con que os lo diga de palabra.

—Pues bien, decídmelo y no tengáis cuidado que no lo olvidaré.

Y Artemisa dijo a Lorin de viva voz el nombre y las señas de la falsa ramilletera.

Se llamaba Sofía Tison y vivía en la calle de Nonandieres, número 24. Al oír este nombre lanzó un grito Lorin y echó a correr. No había llegado aún al fin de la calle cuando Artemisa recibía una carta.

Esta carta no contenía más que las siguientes líneas:

«No digas ni una palabra de mí, querida amiga, porque la revelación de mi nombre me perdería sin remedio. Espera hasta mañana para nombrarme, pues esta tarde saldré de París.

Tu Sofía.»

—¡Oh! ¡Dios mío! exclamó la futura diosa, si hubiera podido adivinar esto habría esperado hasta mañana.

Y corrió hacia la ventana para llamar a Lorin, si todavía era tiempo, pero este había desaparecido.

XXIV. Madre e hija

Ya hemos dicho que en pocas horas se había divulgado por todo París la noticia de este acontecimiento. Había en aquella época indiscreciones muy fáciles de comprender de parte de un gobierno cuya política se anudaba y desataba en la calle.

Pronto llegó el rumor terrible y amenazador a la antigua calle de San Jacobo, y dos horas después de la prisión de Mauricio ya se sabía en ella esta noticia.

Gracias a la actividad de Simon, pronto salieron fuera del Temple los pormenores de la conjuración; solo que, como cada uno glosaba a su gusto la noticia, llegó algo alterada a casa del maestro curtidor; tratábase, según se decía, de una flor envenenada que se había hecho pasar a manos de la reina, para que, durmiendo con ella a sus guardias, pudiera salir del Temple: además, a estos rumores se habían agregado ciertas sospechas sobre la fidelidad del batallón despedido el día anterior por Santerre, de suerte que había ya muchas víctimas designadas al furor del pueblo. Empero los vecinos de la antigua calle de San Jacobo no se engañaban, y con razón, sobre la verdadera naturaleza del acontecimiento, y Morand por una parte y Dixmer por otra salieron al punto, dejando a Genoveva entregada a la más violenta desesperación.

En efecto, si sucedía alguna desgracia a Mauricio, Genoveva era la causa de esta desgracia; ella era la que había conducido de la mano al ciego joven hasta el calabozo donde estaba encerrado, y del cual no saldría, según todas las probabilidades, sino para marchar al cadalso.

Pero como quiera que fuese, Mauricio no pagaría con su cabeza su abnegación y obediencia al capricho de Genoveva. Si Mauricio era condenado, Genoveva se presentaría al tribunal, se acusaría a sí misma y lo confesaría todo, cargando ella sola con la responsabilidad, y a expensas de su vida salvaría la de

Mauricio, pues en vez de estremecerse ante el pensamiento de morir por Mauricio, hallaba por el contrario en este sacrificio una amarga felicidad.

Genoveva amaba a Mauricio, le amaba más de lo que convenía a una mujer que no se pertenece, y de este modo quería entregar a Dios su alma pura y sin mancha como la había recibido de sus manos.

Al salir de la casa, Morand y Dixmer se habían separado; este se encaminó hacia la calle de la Cordería, y aquel corrió hacia la de Nonandieres. Al llegar al puente María pudo observar esa multitud de ociosos y curiosos que se estacionan en París durante o después de un acontecimiento en el sitio en que este ha ocurrido, como los cuervos se estacionan en el campo de batalla.

Al ver Morand este gentío, se paró y tuvo necesidad de apoyarse en el parapeto del puente para no caerse.

En fin, después de algunos segundos recobró ese poder maravilloso que en las grandes circunstancias tenía sobre sí mismo, se mezcló entre los grupos, preguntó y supo que diez minutos antes acababan de prender en la calle de Nonandieres, núm. 24, a una joven culpable indudablemente del crimen que se le imputaba, puesto que la habían sorprendido ocupada en liar su ropa.

Morand averiguó el club ante el que la pobre joven debía ser interrogada, y supo que la habían conducido ante la sección principal y se dirigió allí al punto.

El club estaba lleno de gente; sin embargo, a fuerza de codazos y puñetazos logró Morand deslizarse hasta una tribuna. La primera cosa que vio fue la alta estatura, el noble continente y aire desdeñoso de Mauricio, de pie en el banco de los acusados, y anonadando con sus miradas a Simon que peroraba.

—Sí, ciudadanos, gritaba Simon, sí, la ciudadana Tison acusa a los ciudadanos Lindey y Lorin. El ciudadano Lindey habla

de una ramilletera, sobre la cual quiere hacer recaer su crimen; pero os prevengo de antemano que no se encontrará a la ramilletera; esta es una conjuración formada por una sociedad de aristócratas, que se echan la pelota unos o otros como cobardes que son. Por otra parte, habéis visto que el ciudadano Lorin había desaparecido de su casa cuando fueron a buscarle. Pues bien, estoy seguro de que no se le encontrará, del mismo modo que a la ramilletera.

—Mientes, Simon, dijo una voz furiosa, se le encontrará, porque aquí está.

Y Lorin entró precipitadamente en la sala.

—¡Abridme paso! gritó atropellando a los espectadores, abridme paso.

Y fue a colocarse al lado de Mauricio.

Esta entrada de Lorin, hecha naturalmente, sin énfasis y sin afectación alguna, sino con toda la franqueza y todo el vigor inherente al carácter del joven, produjo el mejor efecto en los tribunos, que se pusieron a aplaudir y a gritar *bravo*.

Mauricio se contentó con sonreírse y presentar la mano a su amigo, como si se hubiese dicho a sí mismo: «estoy seguro de no permanecer largo tiempo solo en el banco de los acusados.»

Los espectadores miraban con visible interés aquellos dos hermosos jóvenes, a quienes el inmundo zapatero del Temple acusaba como un demonio envidioso de la juventud y de la hermosura.

Simon notó la mala impresión que comenzaba a inspirar con sus palabras, y resolvió dar el último golpe.

—Ciudadanos, gritó, pido que se oiga a la generosa ciudadana Tison. Pido que hable, pido que acuse.

—Ciudadanos, dijo Lorin, pido que antes sea oída la ramilletera que acaba de ser presa, y que sin duda van a traer a vuestra presencia.

—No, dijo Simon, será algún falso testigo, algún partidario de los aristócratas. Por otra parte la ciudadana Tison desea ilustrar la justicia.

Durante este tiempo Lorin hablaba en voz baja a Mauricio.

—Sí, gritaron desde las tribunas, sí, la declaración de la mujer de Tison, sí, sí, que declare.

—¿La ciudadana Tison está en la sala? preguntó el presidente.

—Está, exclamó Simon; ciudadana Tison, di que estás aquí.

—Aquí estoy, ciudadano presidente, dijo la carcelera; pero si declaro, ¿me volverán a mi hija?

—Nada tiene que hacer tu hija en el asunto que nos ocupa, dijo el presidente; declara primero, y después dirígete al Común para reclamar tu hija.

—¿Lo oyes? el ciudadano presidente te manda declarar; gritó Simon; declara desde luego.

—Esperad un momento, dijo volviéndose hacia Mauricio el presidente, admirado de la calma de aquel hombre ordinariamente tan fogoso: esperad un momento: ciudadano municipal, ¿nada tienes que decir?

—Nada, ciudadano presidente, sino que antes de llamar cobarde y traidor a un hombre como yo, hubiera debido Simon esperar a estar mejor enterado.

—¿Qué dices? ¿qué dices? preguntó Simon con ese acento burlón del hombre del pueblo; peculiar a la plebe parisiense.

—Digo, Simon, replicó Mauricio con más tristeza que cólera; que ahora mismo vas a ser cruelmente castigado, cuando veas lo que sucede.

—¿Y qué va a suceder? preguntó Simon.

—Ciudadano presidente, replicó Mauricio sin responder a su odioso acusador; me adhiero a mi amigo Lorin para pedirte

que se oiga a la joven que acaban de prender antes que se haga hablar a esa pobre mujer, a quien sin duda han sugerido su declaración.

—¿Lo oyes, ciudadana? gritó Simon: ¿lo oyes? dicen allá abajo que eres un falso testigo.

—¡Yo falso testigo! dijo la mujer de Tison, ¡ah! ahora se verá; aguarda, aguarda.

—Ciudadano, dijo Mauricio, por piedad manda callar a esta desdichada.

—¡Ah! tienes miedo, gritó Simon, tienes miedo. Ciudadano presidente, reclamo la deposición de la ciudadana carcelera del Temple.

—¡Sí, sí, la deposición! gritaron desde las tribunas.

—¡Silencio! gritó el presidente; ya vuelve el Común.

En aquel momento se oyó rodar un coche por la parte exterior con gran estrépito de armas y aullidos.

Simon se volvió inquieto hacia la puerta.

—Deja la tribuna, le dijo el presidente: no tienes ya la palabra.

Simon bajó.

En aquel momento entraron los gendarmes acompañando a una joven y seguidos de multitud de curiosos.

—¿Es ella? preguntó Lorin a Mauricio.

—Sí, sí, ella es, dijo este. ¡Oh! ¡desgraciada! ¡está perdida!

—La ramilletera, la ramilletera, murmuraron desde las tribunas; ¡es la ramilletera!

—Pido ante todas cosas la declaración de la mujer de Tison, exclamó el zapatero; le habías mandado que declarara, presidente, y ya ves que no declara.

La mujer de Tison fue llamada, y entabló una denuncia terrible y circunstanciada. Según ella, la ramilletera era culpable, pero Mauricio y Lorin eran sus cómplices.

Esta delación produjo un efecto indecible en el público.

Entre tanto, Simon triunfaba.

—Gendarmes, traed la ramilletera, gritó el presidente.

—¡Oh! esto es horroroso, murmuró Morand ocultando su cabeza entre sus dos manos.

La ramilletera fue llamada y se colocó al pie de la tribuna enfrente de la mujer de Tison, cuyo testimonio acababa de hacer capital el crimen de que se la acusaba.

Entonces se levantó su velo.

—¡Sofía! exclamó la mujer de Tison: ¡hija mía… tú aquí!

—Sí, madre mía, respondió dulcemente la joven.

—¿Y por qué estás entre dos gendarmes?

—¡Porque he sido acusada, madre mía!

—¡Tú… acusada! exclamó la mujer de Tison con angustia, ¿y por quién?

—¡Por vos, madre mía!

Un silencio espantoso, silencio de muerte sucedió de repente a la confusa gritería que reinaba en el salón, y el sentimiento doloroso de aquella horrible escena oprimió todos los corazones.

—¡Su hija! exclamaron multitud de voces, ¡su hija! ¡desdichada!

Mauricio y Lorin miraban a la acusadora y a la acusada con un sentimiento de profunda compasión y de dolor respetuoso.

Deseando Simon ver el fin de aquella escena, en la que esperaba que Mauricio y Lorin seguirían comprometidos, trató

de evitar las miradas de la mujer de Tison, que absorta y estupefacta no hacía más que mirar a su alrededor.

—¿Cómo te llamas, ciudadana? dijo el presidente, conmovido también, a la joven tranquila y resignada.

—Sofía Tison, ciudadano.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y nueve años.

—¿Dónde vives?

—En la calle de Nonandieres, número 24.

—¿Eres tú la que has vendido al ciudadano municipal Lindey, que se halla en ese banco, un ramo de claveles esta mañana?

La hija de Tison se volvió hacia Mauricio, y después de haberle mirado,

—Sí, ciudadano, yo soy, dijo.

La mujer de Tison miraba también a su hija con ojos dilatados por el espanto.

—¿Sabes que cada uno de esos claveles contenía un billete dirigido a la viuda de Capeto?

—Lo sé, respondió la acusada.

Un movimiento de horror y de admiración se notó en todo el salón.

—¿Por qué ofreciste esos claveles al ciudadano Mauricio?

—Porque le veía la faja de municipal, y sospechaba que iba al Temple.

—¿Quiénes son tus cómplices?

—No los tengo.

—¡Cómo! ¿has tramado la conspiración tú sola?

—Si hay conjuración yo sola la he tramado.

—Pero sabía el ciudadano Mauricio…

—¿Que esas flores contenían billetes?

—Sí.

—El ciudadano Mauricio es municipal; el ciudadano Mauricio podía ver a la reina a cualquiera hora del día y de la noche, y si hubiese tenido que decir algo a la reina, no necesitaba escribir, pudiendo hablarla.

—¿Y no conocías al ciudadano Mauricio?

—Le había visto venir al Temple en la época en que yo estaba en compañía de mi madre; pero solo le conocía de vista.

—¡Lo ves miserable! exclamó Lorin amenazando con el puño a Simon, que bajando la cabeza, aterrado al ver el giro que tomaban las cosas, quería huir de ser visto. ¿Ves lo que has hecho?

Todas las miradas se fijaron en Simon con un sentimiento de indignación profunda.

El presidente continuó:

—Puesto que eres tú la que has entregado el ramo, puesto que sabías que cada flor contenía un papel, debes saber también qué había escrito en ese papel.

—Ciudadano, dijo con firmeza la joven, he dicho todo lo que podía, y sobre todo lo que quería decir.

—¿Y te negarás a contestar?

—Sí.

—¿Confías acaso en tu juventud y en tu hermosura?

—Yo no confío más que en Dios.

—Ciudadano Mauricio Lindey, dijo el presidente, ciudadano Jacinto Lorin, estáis libres: el Común reconoce vuestra inocencia, y hace justicia a vuestro civismo. Gendarmes, conducid a la ciudadana Sofía a la cárcel de la sección.

Al oír la mujer de Tison estas palabras pareció despertarse: lanzó un espantoso grito, y quiso precipitarse para abrazar a su hija; pero los gendarmes se lo impidieron.

—Os perdono, madre mía, gritó la joven cuando se la llevaban los gendarmes.

La mujer de Tison lanzó un rugido salvaje y cayó como muerta.

—¡Qué hija tan noble y generosa! exclamó Morand con profunda emoción.

XXV. El billete

Después de los acontecimientos que acabamos de referir, ocurrió otra escena como complemento de aquel drama que comenzaba a desarrollarse en sus sombrías peripecias.

Aterrada la mujer de Tison por lo que acababa de pasar, abandonada de los que la habían acompañado, porque aun en el crimen involuntario hay cierta odiosidad, y es crimen muy grande el de una madre que mata a su hija, aunque sea por exceso de celo patriótico, la mujer de Tison, después de haber permanecido algún tiempo en absoluta inmovilidad, levantó la cabeza, miró a su alrededor, y viéndose sola lanzó un grito y corrió hacia la puerta.

Hallábanse todavía estacionados aquí algunos curiosos más tenaces o menos sensibles que los otros; al verla venir le abrieron paso, mostrándosela unos a otros con el dedo y diciendo:

—¿Ves esa mujer? Es la que ha denunciado a su hija.

La carcelera dio un grito de desesperación y se lanzó en la dirección del Temple; pero al llegar a la tercera parte de la ca-

lle de Miguel el Conde, se interpuso a su paso un hombre que ocultaba casi todo su rostro embozado en su capa.

—¿Estás ya contenta? le dijo: has asesinado a tu hija.

—¡Asesinado a mi hija! ¡asesinado a mi hija! exclamó la pobre madre: no, no es posible.

—Y sin embargo así es, puesto que tu hija está presa.

—¿Y a dónde la han llevado?

—A la conserjería: desde allí partirá para el tribunal revolucionario, y ya sabes la suerte que espera a los que van a ese tribunal.

—Dejadme pasar, dijo la mujer de Tison, dejadme pasar.

—¿A dónde vas?

—A la conserjería.

—¿Qué vas a hacer allí?

—A verla otra vez.

—No te dejarán entrar.

—Pero me dejarán acostarme en la puerta, vivir allí, dormir. Allí permaneceré hasta que salga, y a lo menos la verá otra vez.

—¿Y si alguno te prometiese devolverte tu hija?

—¿Qué decís?

—Te pregunto que si un hombre te prometiese devolverte tu hija, ¿harías lo que este hombre te dijera?

—Todo por mi hija, todo por mi Sofía, exclamó la pobre madre retorciéndose los brazos con desesperación. Todo, todo, todo.

—Escucha, respondió el desconocido: Dios es quien te castiga.

—¿Y de qué?

—De los tormentos que has causado a una infeliz madre como tú.

—¿De quién habláis? ¿qué queréis decir?

—Que has conducido muchas veces a tu prisionera a dos dedos de la desesperación a que marchas tú misma en este momento por tus revelaciones y brutalidades. Dios te castiga conduciendo a la muerte a esa hija a quien tanto amas.

—Habéis dicho que había un hombre que podía salvarla. ¿Dónde está ese hombre? ¿Qué quiere? ¿Qué pide?

—Ese hombre quiere que ceses de perseguir a la reina, que la pidas perdón por los ultrajes que le has hecho, y que si conoces que esa mujer, que también tiene una madre que sufre, que llora y se desespera, puede salvarse por una circunstancia imposible, o por un milagro del cielo, en vez de oponerte a su fuga, contribuyas a ella con todo tu poder.

—Escucha, ciudadano, dijo la mujer de Tison, ¿tú eres ese hombre, no es verdad?

—¿Y qué?

—¿Eres tú quién prometes salvar a mi hija?

El desconocido guardó silencio.

—¿Me lo prometes? ¿Te comprometes a ello? ¿Me lo juras? Responde.

—Escucha. Todo lo que un hombre puede hacer para salvar a una mujer lo haré yo para salvar a tu hija.

—¡No puede salvarla! exclamó la mujer de Tison lanzando terribles aullidos, ¡no puede salvarla! Mentía cuando me prometió salvarla.

—Haz lo que puedas por la reina, y yo haré lo que pueda por tu hija.

—¡Qué me importa a mí la reina! es una madre que tiene una hija y nada más; pero si cortan la cabeza a alguno, no

será a su hija, sino a ella. Que me corten a mí la cabeza, pero que salven a mi hija. Que me lleven a la guillotina, siempre que no le corten ni un solo cabello de su cabeza, e iré a la guillotina cantando:

«Perezca la aristocracia
Colgada de los faroles.»

Y la mujer de Tison se puso a cantar con voz espantosa; después interrumpió de repente su canto dando una gran carcajada.

El hombre embozado se asustó al parecer de aquel principio de locura y dio un paso hacia atrás.

—¡Oh! no te marcharás así, dijo la carcelera desesperada y sujetándole por la capa; no se dice a una madre: «Haz esto y salvaré a tu hija», para decirle después: «¡Tal vez!» ¿La salvarás?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El día en que la conduzcan desde la conserjería al cadalso.

—¿Por qué esperas a ese día? ¿Por qué no la salvas esta noche, esta tarde, ahora mismo?

—Porque no puedo.

—¡Ah! ¡lo ves! ¡lo ves! exclamó la desolada madre, ¿ves como no puedes? pues bien, yo puedo.

—¿Qué puedes?

—Puedo perseguir a la prisionera, como tú la llamas; puedo vigilar a la reina, como dices, porque eres aristócrata. Puedo entrar a todas horas de día y de noche. En cuanto a salvarla, ya veremos. Puesto que no quieren salvar a mi hija, tampoco ella se salvará. Cabeza por cabeza, ¿quieres? Mme. Veto ha sido reina, lo sé; Sofía Tison no es más que una pobre muchacha: también lo sé; pero en la guillotina todos somos iguales.

—¡Pues bien! sea, dijo el hombre embozado; sálvala, y yo la salvaré.

—¿Juras?

—Lo juro.

—¿Por quién?

—Por quien quieras.

—¿Tienes una hija?

—No.

—Entonces, dijo la carcelera dejando caer sus brazos con desaliento, ¿sobre quién quieres jurar.

—Lo juro por Dios.

—¡Bah! respondió la carcelera, bien sabes que han deshecho el antiguo y no han hecho todavía el nuevo.

—Lo juro por el sepulcro de mi padre.

—No jures por un sepulcro… ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso que dentro de tres días tal vez juraré yo también por la tumba de mi hija! ¡Hija mía, mi pobre Sofía! gritó la carcelera.

Y a su voz estrepitosa se abrieron muchas ventanas.

Al abrirse estas ventanas se vio a otro hombre como destacarse de la pared y avanzar hacia el primero.

—Nada se puede hacer con esta mujer, dijo el primero al segundo.

—No, es madre, dijo este, y se retiró con su compañero.

Al verlos alejarse la mujer de Tison pareció volver en sí.

—¿A dónde vais? exclamó, ¿vais a salvar a Sofía? Entonces esperadme, voy con vosotros, esperadme, esperadme.

Y la pobre madre siguió detrás de ellos dando gritos; pero en la esquina de la calle más próxima los perdió de vista, y no sabiendo ya hacia qué punto dirigirse permaneció un instante

indecisa, mirando a todos lados, y viéndose sola en la noche y en el silencio, doble símbolo de la muerte, lanzó un grito penetrante y cayó sin conocimiento sobre el empedrado.

Dieron las diez.

Durante este tiempo, y cuando esta misma hora resonaba en el reloj del Temple, sentada la reina en aquella estancia que ya conocemos, al lado de una lámpara hermosa, entre su hermana y su hija, y oculta a las miradas de los municipales por Mme. Real que fingía abrazarla, leía por segunda vez un billete escrito en el papel más delgado que se había podido encontrar, con una letra tan fina que apenas sus ojos, encendidos por las lágrimas, podían descifrarlo.

El billete contenía lo que sigue:

«Mañana martes pedís permiso para bajar al jardín, lo cual os concederán sin dificultad alguna, porque se ha dado la orden de otorgaros este favor en cuanto lo pidáis. Después de dar tres o cuatro vueltas fingid que os halláis cansada, aproximaos a la cantina y pedid a la viuda Plumeau permiso para sentaros en su casa. Al cabo de un instante fingid que os sentís mala y que os desmayáis. Entonces se cerrarán las puertas para socorreros y permaneceréis con Mme. Isabel y Mme. Real. Inmediatamente se abrirá la trampa de la cueva; penetrad con vuestra hermana y vuestra hija por esta abertura y os salvaréis las tres.»

—¡Dios mío! dijo Mme. Real, ¿se habrá cansado al fin nuestra mala suerte?

—¿O este billete no será más que un lazo? replicó Mme. Isabel.

—No, no, dijo la reina: estos caracteres me han revelado siempre la presencia de un amigo misterioso pero muy valiente y leal.

—¿Es del caballero? preguntó Mme. Real.

—Del mismo respondió la reina.

Mme. Isabel juntó las manos.

—Volvamos a leer el billete cada una de nosotras por sí y en voz baja, dijo la reina, a fin de que si cada una de nosotras olvida alguna cosa, la otra se acuerde de ello.

Y todas las tres volvieron a leer para sí; pero al acabar esta lectura oyeron girar sobre sus goznes la puerta de su estancia. Las dos princesas se volvieron: la reina solo permaneció como estaba, y con un movimiento casi imperceptible, llevó el billete a sus cabellos y lo deslizó en su peinado.

Uno de los municipales abría la puerta.

—¿Qué queréis, señor? preguntaron a un tiempo Mme. Isabel y Mme. Real.

—Hum, dijo el municipal; me parece que os acostáis muy tarde esta noche.

—¿Hay por ventura, dijo la reina volviéndose con su dignidad acostumbrada, alguna nueva orden del Común que prescriba la hora en que he de acostarme?

—No, ciudadana, dijo el municipal; pero si es necesario se dará una.

—Entre tanto, señor, dijo María Antonieta, respetad, ya que no la alcoba de una reina al menos la de una mujer.

—¡Bah! ¡bah! contestó el municipal, estos aristócratas hablan siempre como si fuesen alguna cosa.

Pero sometido sin embargo por aquella dignidad, altiva en la prosperidad, pero que tres años de padecimientos habían hecho tranquila, se retiró.

Un instante después se apagó la lámpara, y como de costumbre, las tres mujeres se desnudaron en las tinieblas, haciendo de la oscuridad un velo a su pudor.

Al día siguiente, a las nueve de su mañana, después de haber leído otra vez la reina encerrada entre las cortinas de su cama el billete de la víspera a fin de no apartarse en nada de

las instrucciones que contenía, después de haberlo rasgado y reducido a pedazos casi impalpables, se vistió, y despertando a su hermana pasó al dormitorio de su hija.

Un momento después salió y llamó a los municipales de guardia.

—¿Qué quieres, ciudadana? preguntó uno de ellos presentándose en el umbral de la puerta, mientras que el otro no abandonó su almuerzo para acudir al llamamiento real.

—Señor, dijo María Antonieta, acabo de ver a mi hija, y la pobre niña está realmente muy enferma. Tiene las piernas hinchadas y le duelen mucho, sin duda por falta de ejercicio. Por lo demás yo sola la he condenado a esta inacción, pues por no pasar por delante del cuarto que mi marido habitaba en vida, no he querido hacer uso de la autorización que me habían concedido para bajar a pasearme por el jardín, y me he limitado solo al paseo del terrado. Este paseo es ya insuficiente a la salud de mi pobre hija, y así os suplico, ciudadano municipal, que reclaméis en mi nombre al general Santerre el uso de esa libertad que me había concedido; hacedme este favor, y contad con mi eterno reconocimiento.

La reina pronunció estas palabras con acento tan dulce y digno a la vez, evitando con tanto cuidado cualquiera calificación que pudiese ofender la susceptibilidad republicana de su interlocutor, que este, que se había presentado a ella con la cabeza cubierta, como era costumbre en la mayor parte de aquellos hombres, levantó poco a poco su gorro colorado, y cuando la reina acabó, la saludó diciendo:

—Estad tranquila, señora, se pedirá al ciudadano general el permiso que deseáis.

Después, retirándose, como para convencerse a sí mismo que cedía a la justicia y no a su debilidad:

—Es justo; repitió; después de todo es justo.

—¿Qué es justo? preguntó el otro municipal.

—Que esa mujer pasee a su hija, que está enferma.

—¿Y qué es lo que pide?

—Pide que la dejen bajar a pasearse una hora por el jardín.

—¡Bah! dijo el otro, que pida ir a pie desde el Temple a la plaza de la Revolución, y así se paseará.

La reina oyó estas palabras, y se puso pálida; pero sacó de ellas nuevo valor para el gran acontecimiento que se preparaba.

El municipal acabó de almorzar y bajó. La reina por su parte pidió que la llevaran el desayuno al cuarto de su hija, lo cual fue concedido.

Para confirmar la noticia de su enfermedad se quedó Mme. Real en cama y a su cabecera se sentaron Mme. Isabel y la reina.

A las once llegó Santerre como de costumbre; su llegada, como siempre, fue anunciada por los tambores que batieron marcha y por la entrada del nuevo batallón y de los nuevos municipales que venían de relevo.

Luego que Santerre, montado en su pesado caballo normando, pasó revista en el patio al batallón saliente y al entrante, se paró un instante para oír las reclamaciones, peticiones y denuncias que se le dirigían diariamente a semejantes horas.

El municipal aprovechó este momento para acercarse a él.

—¿Qué quieres? le dijo bruscamente Santerre.

—Ciudadano, contestó el municipal, vengo a decirte de parte de la reina…

—¿Qué es eso de reina? interrumpió Santerre.

—¡Ah! es verdad, dijo el municipal admirado él mismo de aquella distracción. ¿Qué es lo que digo? ¿Estoy loco? Vengo a decirte de parte de Mme. Veto…

—Eso ya es otra cosa, dijo Santerre: y bien, ¿qué es lo que vienes a decirme?

—Vengo a decirte que la niña Veto está enferma, según parece, por falta de aire y de movimiento.

—Y por ventura, ¿tiene la culpa la nación? ¿No le había permitido la nación que se paseara en el jardín y ella no ha querido? ¿De qué se queja?

—De eso mismo, y arrepentida ya, pide que la dejes bajar.

—No hay dificultad en eso. ¿Lo oís vosotros todos? dijo Santerre dirigiéndose a todo el batallón. La viuda Capeto va a bajar para pasearse por el jardín. La nación le ha concedido este permiso; pero cuidad de que no se escape por encima de las tapias, porque si tal cosa sucede, os hago cortar la cabeza a todos.

Una carcajada acogió la chanza del ciudadano general.

—Y puesto que quedáis prevenidos, dijo Santerre, voy a la Convención, pues parece que acaban de atrapar a Rolando y Barbarroja y se trata de darles pasaporte para el otro mundo.

Esta era la noticia que había puesto de tan buen humor al ciudadano general.

Santerre partió al galope, y detrás de él salió el batallón que acababa de ser relevado. En fin, los municipales cedieron el puesto a los recién llegados, los cuales habían recibido las instrucciones de Santerre relativas a la reina.

Uno de los municipales subió al cuarto de María Antonieta y la trasmitió esta orden.

La reina dio gracias al municipal, y observó que su hija se ruborizaba y su hermana acababa de dar gracias a Dios mentalmente.

—¡Oh! exclamó interiormente mirando al cielo al través de su ventana, ¿habrá cesado vuestra cólera, Señor, y vuestra diestra terrible se habrá cansado de pesar sobre nosotras?

—Gracias, señor, dijo al municipal con esa encantadora sonrisa que perdió a Barnave y rindió a tantos hombres insensatos, gracias.

Y volviéndose después hacia su perrito, que saltaba a su lado, porque conocía en las miradas de su ama que pensaba alguna cosa extraordinaria,

—Vamos, Black, dijo ella, vamos a paseo.

El perro se puso a ladrar y brincar, y después de haber mirado al municipal, comprendiendo sin duda que de aquel hombre procedía la noticia que tanto alegraba a su ama, se acercó a él arrastrándose, agitando su larga cola sedosa, y aun aventurándose a acariciarlo.

Aquel hombre, que acaso hubiera permanecido insensible a las súplicas de la reina, se sintió enternecido con las caricias del perro.

—Aunque no hubiese sido más que por este perro, ciudadana Capeto, debíais haber salido con más frecuencia. La humanidad manda que se tenga cuidado de todas las criaturas.

—¿A qué hora saldremos, señor? preguntó la reina. ¿No opináis que el sol de mediodía nos haría mucho provecho?

—Podéis salir cuando gustéis, dijo el municipal, sobre este particular no he recibido orden alguna. Sin embargo, si queréis salir a las doce, como es el momento en que se relevan las centinelas, creo que será mucho mejor, habrá menos movimiento en la torre.

—Bien, saldremos a las doce, dijo la reina apoyando la mano sobre su corazón para comprimir sus latidos, y miró fijamente a aquel hombre que parecía menos duro que sus compañeros, y que tal vez por premio de su condescendencia a los deseos de la prisionera iba a perder la vida en la lucha que los conjurados meditaban.

Pero también en aquel momento, en que cierta compasión iba a ablandar el corazón de la mujer, se despertó el alma de

la reina: pensó en el 10 de agosto y en los cadáveres de sus amigos cubriendo las alfombras de su palacio; pensó en el 2 de setiembre y en la cabeza de la princesa de Lamballe levantada en la punta de una pica delante de sus ventanas; pensó en el 21 de enero y en su marido moribundo sobre un cadalso al ruido de los tambores que apagaban su voz; en fin, pensó en su hijo, pobre niño, cuyos gritos de dolor había oído más de una vez desde su estancia sin poder prestarle el menor socorro, y su corazón se endureció.

—¡Ay! murmuró, ¡la desgracia es como la sangre de las hidras antiguas, fecundiza las mieses con nuevas desgracias!

XXVI. Black

El municipal salió para llamar a sus colegas y leer el acta que habían dejado los municipales salientes.

La reina quedó sola con su hermana y su hija.

Todas tres se miraron con cierto aire de terror: Mme. Real se arrojó en los brazos de la reina y la tuvo abrazada; Mme. Isabel se aproximó a su hermana y le presentó su mano.

—Roguemos a Dios, dijo la reina; pero oremos así, a fin de que nadie sospeche que oramos.

Hay épocas fatales en que la oración, ese himno natural que Dios ha puesto en el fondo del corazón del hombre, se hace sospechoso a los ojos de los demás, porque la oración es un acto de esperanza o de agradecimiento. Por tanto era causa de inquietud a los ojos de los guardianes de la reina su esperanza o su agradecimiento, porque esta no podía esperar más que una sola cosa, la fuga, ni dar gracias a Dios sino por haberle dado los medios para ello.

Terminada esta plegaria mental, permanecieron las tres sin pronunciar una sola palabra.

Dieron las once y tres cuartos, y después las doce.

Al dar la última campanada, cierto ruido de armas comenzó a llenar la escalera de caracol y subir hasta el cuarto de la reina.

—Son los centinelas que relevan, dijo: ahora van a venir a buscarnos; y viendo que su hermana y su hija se ponían pálidas, añadió: ¡ánimo! si bien ella misma había perdido también el color.

—Son las doce, gritaron desde abajo. Haced bajar a las prisioneras.

—Aquí estamos, señores, respondió la reina, que con un sentimiento casi mezclado de pesar saludó con una tierna y última mirada las negras paredes y los muebles, si no groseros, a lo menos muy sencillos, compañeros de su cautiverio.

Abriose el primer postigo que daba sobre el corredor; este era sombrío, y en su oscuridad podían las tres presas disimular su emoción. Delante corría el fiel Black; pero cuando llegaron al segundo postigo, es decir, a aquella puerta de la que María Antonieta intentaba apartar la vista, el pobre animal pegó su hocico sobre los grandes clavos, y, después de muchos gritos lastimeros, lanzó un gemido doloroso y prolongado. La reina pasó de largo y con la mayor celeridad, sin tener fuerzas para llamar a su perro, y buscando la pared para apoyarse.

Después de haber dado algunos pasos, vacilaron sus piernas y tuvo necesidad de pararse. Su hermana y su hija se aproximaron a ella, y, por un instante, las tres mujeres permanecieron inmóviles formando un grupo doloroso, apoyando la reina su cabeza sobre el hombro de Mme. Real.

Black vino a buscarla.

—¡Eh! gritó la voz, ¿baja o no baja?

—Allá vamos, dijo el municipal que se había parado también, respetando aquel dolor tan grande en su sencillez.

—Vamos, dijo la reina, y acabó de bajar…

Cuando las prisioneras llegaron al pie de la escalera de caracol, en frente de la última puerta bajo la cual trazaba el sol anchas fajas de luz dorada, se oyó el tambor que llamaba a la guardia; después hubo un gran silencio provocado por la curiosidad, y la pesada puerta se abrió lentamente rodando sobre sus goznes rechinantes.

Había sentada en el suelo una mujer, o más bien acostada en el ángulo del guardacantón contiguo a aquella puerta. Era la mujer de Tison, a quien la reina no había visto después de veinte y cuatro horas, ausencia que había suscitado su admiración muchas veces en la tarde de la víspera y en la mañana de aquel mismo día.

La reina veía ya la luz, los árboles, el jardín, y dirigiendo sus ávidas miradas más allá de la barrera que cerraba este jardín, buscaba la casita de la cantina donde sin duda la aguardaban sus amigos, cuando al ruido de sus pasos, la mujer de Tison separó sus manos, y la reina vio un rostro pálido desencajado y una cabellera cana.

El cambio era tan grande que la reina se quedó asombrada.

Entonces, con esa lentitud que se observa en las personas faltas de razón, vino a arrodillarse delante de aquella puerta, cerrando el paso a María Antonieta.

—¿Qué queréis, buena mujer? preguntó la reina.

—Me ha dicho que era preciso que me perdonáseis.

—¿Quién? preguntó la reina.

—El de la capa, replicó la mujer de Tison.

La reina miró a Mme. Isabel y a su hija con aire de asombro.

—Retiraos, retiraos, dijo el municipal, dejad pasar a la viuda de Capeto; tiene permiso para pasearse en el jardín.

—Ya lo sé, dijo la vieja; por lo mismo he venido a esperarla aquí, ya que no han querido dejarme subir, y debiendo yo pedirle perdón, ha sido preciso que la espere aquí.

—¿Por qué no os han dejado subir? preguntó la reina.

La mujer de Tison se echó a reír.

—¡Porque dicen que estoy loca! contestó.

La reina la miró, y vio, en efecto, en los ojos extraviados de aquella desgraciada relucir un reflejo extraño, esa luz vaga que indica la ausencia del pensamiento.

—¡Oh Dios mío! dijo, ¡pobre mujer! ¿qué os ha sucedido?

—Me ha sucedido… ¿no lo sabéis? dijo la mujer; pero si… si lo sabéis, porque por vuestra culpa ha sido condenada…

—¿Quién?

—Sofía.

—¡Vuestra hija!

—Sí, ella… mi pobre hija.

—Condenada… ¿pero por quién? ¿cómo? ¿por qué?

—Porque ella es quien ha vendido el ramo…

—¿Qué ramo?

—El ramo de claveles… sin embargo, ella no es ramilletera, replicó la mujer de Tison, como si tratase de coordinar sus ideas, ¿cómo ha podido vender ese ramo?

La reina se estremeció. Un lazo invisible unía esta escena a la situación presente; comprendió que era preciso no perder tiempo en un diálogo inútil.

—Mi buena mujer, dijo, os suplico que me dejéis pasar; después me contaréis todo eso.

—No, ahora mismo; es menester que me perdonéis; es menester que os ayude a huir para que él salve a mi hija…

La reina se puso pálida como una difunta.

—¡Dios mío! exclamó levantando los ojos al cielo; y volviéndose después al municipal, le dijo: Señor, tened la bondad de separar a esta mujer, pues ya veis que está loca.

—Vamos, vamos, buena mujer, dijo el municipal, retiraos.

Pero la mujer de Tison se apoyó en la pared.

—No, replicó, es menester que me perdone para que él salve a mi hija.

—¿Pero quién?

—El hombre de la capa.

—Hermana mía, dijo Mme. Isabel, dirigidle alguna palabras de consuelo.

—¡Oh! con mucho gusto, dijo la reina. En efecto, creo que esto será lo más breve; y volviéndose hacia la loca le dijo: buena mujer, ¿qué deseáis?

—Deseo que me perdonéis todo lo que os he hecho sufrir con las injurias que os he dicho y con las delaciones que he hecho, y que cuando veáis al hombre de la capa le mandéis que salve a mi hija, puesto que él hace todo lo que queréis.

—No sé lo que queréis decir con el hombre de la capa, respondió la reina; pero si basta para tranquilizar vuestra conciencia que yo os perdone las ofensas que creéis haberme hecho, ¡oh! con toda mi alma os perdono, pobre mujer, y ojalá me perdonen también aquellos a quienes yo haya ofendido.

—¡Oh! exclamó la mujer de Tison con indefinible acento de alegría, ¿con que salvará a mi hija, puesto que me habéis perdonado? Vuestra mano, señora, vuestra mano.

La reina, llena de asombro, presentó maquinalmente su mano, y asiéndola fuertemente la vieja, apoyó en ella sus labios.

En aquel momento se oyó la ronca voz de un pregonero que gritaba en la calle del Temple:

—Causa y sentencia que condena a Sofía Tison a la pena de muerte por el crimen de conspiración.

Apenas estas palabras hirieron los oídos de la mujer de Tison, se alteraron sus facciones, se incorporó apoyándose sobre una rodilla, y extendió los brazos para cerrar el paso a la reina.

—¡Oh! ¡Dios mío! murmuró la reina, que no había perdido una palabra del terrible anuncio.

—¡Condenada a la pena de muerte! exclamó la madre, ¡mi hija condenada! ¡mi Sofía perdida! ¿Con que no la ha salvado? ¿Con que no puede salvarla? ¡Ah! es ya demasiado tarde.

—Pobre mujer, dijo la reina, creed que os compadezco.

—¡Tú! dijo, y sus ojos se inyectaron de sangre; ¡tú, tú me compadeces! ¡jamás! ¡jamás!

—Os engañáis, os compadezco con todo mi corazón, pero dejadme pasar.

—¿Dejarte pasar? (La mujer de Tison prorrumpió en una carcajada). ¡No! ¡no! yo te dejaba huir porque me había dicho que si te pedía perdón y te dejaba huir, salvaría a mi hija; pero puesto que condenan a mi hija, no te salvarás.

—¡A mí! señores, venid en mi auxilio, exclamó la reina; ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿no veis que esta mujer está loca?

—No, yo no estoy loca, no, bien sé lo que digo, exclamó la mujer de Tison. Había tramada una conspiración; Simon es quien la ha descubierto. Mi hija, mi pobre hija, es quien ha vendido el ramo; así lo ha declarado ante el tribunal revolucionario: un ramo de claveles que tenía papeles dentro.

—¡Señora! dijo la reina, ¡en nombre del cielo!

Oyose de nuevo la voz del pregonero que repetía:

—Causa y sentencia que condena a Sofía Tison a la pena de muerte por crimen de conspiración.

—¿Lo oyes? gritó la loca, a cuyo alrededor se agrupaban los guardias nacionales. ¿Lo oyes? ¡condenada a muerte! por ti, por ti, van a matar a mi hija, ¿entiendes? por ti, austriaca.

—Señores, dijo la reina, en nombre del cielo, si no queréis desembarazarme de esta pobre loca, dejadme a lo menos subir, pues no puedo soportar las reconvenciones de esta mujer: por injustas que sean me ofenden y atormentan.

Y la reina volvió la cabeza dejando escapar un doloroso suspiro.

—Sí, sí, llora, hipócrita, llora, gritó la loca; tu ramo la cuesta caro; por otra parte ya debía ella sospechárselo; así es como mueren todos los que te sirven. Tú haces desgraciados a cuantos te rodean, austriaca: han perecido tus amigos, tu marido, tus defensores; en fin, van a matar a mi hija. ¿Cuándo te matarán a ti para que nadie muera ya por tu causa?

Y la desgraciada pronunció estas últimas palabras acompañándolas con gesto amenazador.

La reina ocultó su rostro entre sus manos.

—¡Desgraciada! exclamó Mme. Isabel; ¿olvidas que estás hablando con la reina?

—¡La reina! ella… ¡la reina! repitió la mujer de Tison, cuya demencia se exaltaba por momentos: si es la reina que prohibía a los verdugos que maten a mi hija… que perdone a mi pobre Sofía… los reyes perdonan… ¡Ea! devuélveme a mi hija y te reconoceré por reina… hasta entonces no eres más que una mujer, y una mujer que hace desgraciados a cuantos la rodean: ¡una mujer que mata!…

—¡Ah! por piedad, señora, exclamó María Antonieta, mirad mi dolor, mirad mis lágrimas…

Y María Antonieta intentó pasar, no ya con la esperanza de huir, sino maquinalmente, para librarse de aquella espantosa

persecución.

—¡Oh! no pasarás, gritó la vieja; queréis huir, Mme. Veto… bien lo sé, el hombre de la capa me lo ha dicho; queréis ir en busca de los prisioneros… pero no huirás, continuó agarrándose del vestido de la reina; ¡yo te lo impediré, yo! ¡al farol, Mme. Veto! ¡a las armas ciudadanos! marchemos… que una sangre impura… Y desgreñada, el rostro encendido y los ojos inyectados en sangre, cayó de espaldas desgarrando el vestido de la reina.

Esta, atónita, pero desembarazada a lo menos de la loca, iba a huir por el lado del jardín, cuando de repente un grito terrible mezclado de aullidos y acompañado de un rumor extraño vino a sacar de su estupor a los guardias nacionales, que atraídos por aquella escena rodeaban a María Antonieta.

—¡A las armas! ¡a las armas! ¡traición! gritaba un hombre, en quien la reina reconoció al zapatero Simon por la voz.

Al lado de este hombre, que con sable en mano guardaba el umbral de la cantina, chillaba Black con furor.

—A las armas toda la guardia, gritó Simon. Estamos vendidos. Haced entrar a la austriaca. ¡A las armas, a las armas!

Presentose un oficial a quien Simon habló mostrándole con los ojos encendidos el interior de la cantina. El oficial gritó a su vez ¡a las armas!

—¡Black! ¡Black! dijo la reina dando algunos pasos hacia adelante.

Pero el perro no le contestó y siguió ladrando con furor.

Los guardias nacionales corrieron a las armas y se precipitaron hacia la cantina, mientras los municipales se apoderaron de la reina, de su hermana y de su hija, y obligaban a las prisioneras a pasar nuevamente la reja, que se cerró detrás de ellas.

—¡Preparad vuestras armas! gritaron los municipales a los centinelas.

Y se oyó el ruido que hacían los fusiles al armarse.

—Allí, allí es, debajo de la trampa, gritaba Simon, estoy seguro de ello. Por otra parte, el perro de la austriaca, un buen perro que no estaba mezclado en la conspiración, ha ladrado contra los conspiradores, que probablemente están en la cueva. ¡Eh! escuchad, todavía ladra.

En efecto, animado Black por los gritos de Simon, redobló sus ladridos.

El oficial cogió la argolla de la trampa. Dos granaderos de los más vigorosos, viendo que aquel no podía levantarla, le ayudaron, pero también infructuosamente.

—Mirad cómo sujetan la trampa por dentro, dijo Simon. ¡Fuego, fuego a la trampa, amigos míos, fuego!

—¡Eh! gritó Mme. Plumeau, vais a romper mis botellas.

—¡Fuego! repitió, ¡fuego!

—Calla, vocinglero, dijo el oficial, y vosotros traed hachas y romped las tablas. Entretanto que esté listo un pelotón de guardias, y en cuanto se abra la trampa fuego en ella.

Un gemido de las chillas y un sobresalto repentino anunció a los guardias nacionales que acababa de verificarse un movimiento interior. Poco después se oyó un ruido subterráneo como el que produce una reja de hierro al cerrarse.

—Ánimo, dijo el oficial a los zapadores que acudieron a su llamamiento.

El hacha rompió las tablas. Veinte cañones de fusil se inclinaron en la dirección del agujero que de segundo en segundo se iba ensanchando.

Pero no se vio a nadie por la abertura.

El oficial encendió una antorcha y la arrojó en la cueva; esta se hallaba vacía.

Levantaron la trampa, que esta vez cedió sin oponer resistencia alguna.

—Seguidme, gritó el oficial precipitándose denodadamente en la escalera.

—¡Adelante! ¡adelante! gritaron los guardias nacionales, lanzándose detrás de su oficial.

—¡Ah! viuda Plumeau, dijo Simon, tú prestas tu cueva a los aristócratas.

La pared estaba desgastada; multitud de pasos habían pisado el suelo húmedo, y un conducto de tres pies de ancho por cinco de alto, semejante al ramal de una trinchera, se hundía en la dirección de la calle de la Cordería.

El oficial penetró por esta apertura, decidido a perseguir a los aristócratas hasta las entrañas de la tierra; pero apenas hubo andado tres o cuatro pasos cuando fue detenido por una reja de hierro.

—¡Alto! dijo a los que le empujaban por detrás, no se puede ir más adelante, porque hay un impedimento físico.

—Y bien, dijeron los municipales, que después de haber encerrado a las prisioneras acudían para saber noticias, ¿qué hay?

—¡Diablo! dijo el oficial saliendo del subterráneo, ¿qué ha de haber? una conspiración; los aristócratas querían robar a la reina durante su paseo, y probablemente estaba en connivencia con ellos.

—Quédate aquí, gritó el municipal. Que vayan a buscar al general Santerre y a avisar al Común.

—Soldados, dijo el oficial, quedaos en esta cueva y matad a cuantos se presenten.

Y después de haber dado esta orden se retiró el oficial a dar su informe.

—¡Ah! ¡ah! gritó Simon, frotándose las manos. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿dirán todavía que estoy loco? Buen Black, ¡oh! Black es un famoso perro que ha salvado a la república. Ven aquí, Black, ven.—Y el pícaro, que había aparentado acariciar al pobre perro, le dio un puntapié cuando estuvo cerca y lo lanzó a veinte pasos.

—¡Oh! te quiero mucho, Black, dijo, porque harás que degüellen a tu ama, ven aquí, Black, ven.

Pero en lugar de obedecer, esta vez Black se dirigió chillando hacia la torre.

XXVII. El currutaco

Dos horas habían pasado poco más o menos desde los acontecimientos que acabamos de referir.

Lorin se paseaba en la habitación de Mauricio, mientras Agesilao limpiaba las botas de su amo en la antesala; y para mayor comodidad de la conversación, la puerta había quedado abierta y de vez en cuando se paraba Lorin delante de ella para dirigir preguntas al oficioso:

—¿Dices, ciudadano Agesilao, que tu amo ha salido esta mañana?

—Sí.

—¿A su hora acostumbrada?

—Diez minutos antes o después.

—¿Y no le has vuelto a ver desde entonces?

—No, ciudadano.

Lorin volvió a pasearse y dio silenciosamente tres o cuatro vueltas, al cabo de las cuales volvió a pararse y preguntó:

—¿Llevaba su sable?

—¡Oh! cuando va a la sección lo lleva siempre.

—¿Y estás seguro de que ha ido a la sección?

—Así me lo ha dicho a lo menos.

—En ese caso, voy a buscarle, dijo Lorin. Por si no nos encontramos en el camino, le dirás que he venido y he ido a buscarle.

—Aguardad, dijo Agesilao.

—¿Qué hay?

—Oigo su paso en la escalera.

—¿De veras?

—Estoy seguro de ello.

En efecto, casi al mismo tiempo se abrió la puerta de la escalera y entró Mauricio.

Lorin le dirigió una mirada rápida, y no observando en su rostro nada de extraordinario, le dijo:

—Hace dos horas que espero.

—Tanto mejor, dijo Mauricio sonriendo, así habrás tenido tiempo para preparar los dísticos y cuartetas.

—¡Ay! mi querido Mauricio, dijo el improvisador, ya no las hago.

—¿Dísticos y cuartetas?

—No.

—¡Bah! ¿se va a acabar el mundo?

—Mauricio, amigo mío, estoy triste.

—¿Tú triste?

—Soy desgraciado.

—¿Tú, desgraciado?

—Sí, ¿qué quieres? tengo remordimientos.

—¿Remordimientos?

—¡Oh! sí, dijo Lorin; tú o ella, amigo mío, no habrá término medio, tú o ella, ya sabes que no he vacilado; pero Artemisa está desesperada: era amiga suya.

—¡Pobre muchacha!

—Y como ella es la que me ha dado sus señas…

—Hubieras hecho infinitamente mejor en dejar las cosas como estaban.

—Sí, y a estas horas te hallarías condenado en su lugar. ¡Soberbio discurso! y yo que venía a pedirte un consejo porque te suponía más fuerte.

—No importa, pídemelo.

—Pues bien, quisiera hacer algo para salvar a esa pobre muchacha…

—¿Estás loco, Lorin? dijo Mauricio encogiéndose de hombros.

—¿Y si me presentase ante el tribunal revolucionario?…

—Es demasiado tarde; ya está condenada.

—En verdad, dijo Lorin, es cosa terrible ver perecer así a esa muchacha.

—Tanto más terrible, cuanto que yo tengo la culpa de su muerte; pero después de todo, Lorin, lo que debe consolarnos es que conspiraba.

—¿Y por ventura no conspira todo el mundo poco o mucho en los tiempos que corren? La pobre ha hecho lo que todo el mundo.

—No la compadezcas tanto, amigo, y sobre todo no la compadezcas demasiado alto, dijo Mauricio, porque nosotros participamos de su crimen. Créeme, no estamos tan puros de la acusación de complicidad que podamos estar tranquilos. Hoy

en la sección me han llamado girondino, el capitán de cazadores de Saint-Leu, y ahora mismo he tenido que darle un buen sablazo para probarle que se engañaba.

—¿Y por esa razón vuelves tan tarde?

—Justamente.

—¿Pero por qué no me has avisado?

—Porque en esta clase de negocios no puedes contenerte: era preciso terminar esto desde luego, a fin de no armar escándalo, y cada uno de nosotros escogió el padrino que encontró más a mano.

—¿Y esa canalla te había llamado girondino a ti, Mauricio? ¡un patriota tan puro!…

—Sí, eso mismo te probará que si nos sucede otra aventura semejante, nos hacemos impopulares; ya sabes, Lorin, que en los tiempos que alcanzamos el sinónimo de impopular es sospechoso.

—Lo sé, contestó Lorin: ¡y esa palabra hace estremecer a los más valientes, pero no importa… me repugna dejar ir a la pobre Sofía a la guillotina sin pedirle perdón.

—En fin, ¿qué quieres?

—Quisiera que te quedaras aquí, Mauricio, tú que nada tienes que echarle en cara respecto de ella; pero en cuanto a mí, ya conoces que es otra cosa, puesto que nada puedo hacer por ella, me pondré a su paso, y con tal que me tienda la mano…

—Entonces te acompañaré, dijo Mauricio.

—Imposible, amigo mío; reflexiónalo bien; tú eres municipal y secretario de sección; has sido encausado, mientras que yo solo he sido tu defensor; te supondrían culpable, y por consiguiente debes quedarte; yo nada arriesgo en ir.

Era tan acertado lo que decía Lorin, que no admitía réplica, pues una sola seña que Mauricio hiciera a la hija de Tison al

marchar al cadalso, bastaba para denunciar su complicidad.

—Ve, pues, le dijo, pero sé prudente.

Lorin se sonrió, apretó la mano a Mauricio y partió.

Mauricio abrió su ventana y le envió un triste adiós; pero antes que Lorin hubiese vuelto la esquina de la calle, se había asomado más de una vez para mirarle, y más de una vez atraído, Lorin, por una especie de simpatía magnética, se volvió para verle sonriendo.

En fin cuando desapareció, Mauricio cerró la ventana, se dejó caer en un sillón y quedó sumergido en una de esas somnolencias que en hombres de carácter fuerte y organización vigorosa son los presentimientos de las grandes desgracias, porque se asemeja a la calma precursora de la tempestad.

Mauricio no salió de esta meditación, o más bien de este letargo, hasta que al volver el oficioso de un recado, entró con ese aire avispado de los criados que desean comunicar a su amo las noticias que acaban de recoger; empero viendo a Mauricio tan pensativo, no se atrevió a distraerlo, y se contentó con pasar varias veces por delante de él hasta que logró llamar su atención.

—¿Qué hay? preguntó Mauricio con aire de indiferencia, habla si tienes algo que decirme.

—¡Ah! ciudadano, otra famosa conspiración.

Mauricio hizo un movimiento de hombros.

—Una conspiración que hace erizar los cabellos, continuó Agesilao.

—¡De veras! respondió Mauricio como hombre acostumbrado a treinta conspiraciones cotidianas en aquella época.

—Sí, ciudadano, replicó Agesilao; es una conspiración horrible: solo de pensarlo me tiemblan las carnes.

—Pero sepamos qué conspiración es esa, dijo Mauricio.

—Nada, una friolera, que la austriaca ha estado a pique de escaparse.

—¡Bah! dijo Mauricio, comenzando a prestar una atención más verdadera.

—Parece, dijo Agesilao, que la viuda Capeto tenía relaciones secretas con la hija de Tison que van a guillotinar hoy.

—¿Y cómo tenía la reina relaciones con esa muchacha? preguntó Mauricio, que sentía su frente bañada de sudor.

—Por medio de un clavel. Imaginaos ciudadano que han hecho pasar a sus manos el plan de la conspiración en un clavel.

—¿En un clavel?... ¿Y quién?

—El caballero de... Aguardad... Es un nombre muy conocido... pero yo olvido siempre esos nombres... El caballero del Castillo... ¡Qué bestia soy! No hay aquí castillos que valgan... El caballero de Casa...

—¿De Casa-Roja?

—Eso es.

—¡Imposible!

—¡Cómo, imposible! Y si os digo que se ha encontrado una trampa, un subterráneo, coches...

—Es que nada de eso me habías dicho todavía.

—Pues bien; voy a decíroslo ahora.

—Di. Si es un cuento, por lo menos es divertido.

—No, ciudadano, no es cuento, y la prueba es que lo sé por el ciudadano portero. Los aristócratas han abierto una mina que conducía desde la calle de la Cordería hasta la cueva de la cantina de la ciudadana Plumeau, y aun esta pobre mujer ha estado a punto de ser acusada de complicidad. ¿La conocéis, no es verdad?

—Sí, dijo Mauricio, ¿y qué más?

—Pues bien; la viuda Capeto debía escaparse por este subterráneo. Ya tenía el pie sobre el primer escalón; pero el ciudadano Simon la atrapa por el vestido. Mas, ¿qué escucho? Están tocando generala, ¿no oís el tambor? Dicen que los prusianos están en Dammartin, y que sus avanzadas han llegado hasta las barreras.

En medio de este flujo de palabras, de verdadero y de falso, de posible y de absurdo, Mauricio pudo casi coger el hilo conductor. Todo provenía de aquel clavel dado a la reina en su presencia y comprado por él a la desgraciada ramilletera. Este clavel contenía el plan de una conspiración que acababa de estallar en los pormenores más o menos exactos que refería Agesilao.

En aquel momento se aproximó el ruido del tambor y Mauricio oyó gritar en la calle:

—¡Gran conspiración descubierta en el Temple por el ciudadano Simon! ¡Gran conspiración en favor de la viuda Capeto descubierta en el Temple!

—Sí, sí, dijo Mauricio, hay verdad en todo eso; y Lorin que en medio de esa exaltación popular, se va a dejar hacer pedazos por dar la mano a esa pobre muchacha…

En seguida cogió su sombrero, se ciñó el sable y en dos brincos se halló en la calle.

—¿Dónde estarán? se preguntó a sí mismo; indudablemente en el camino de la Conserjería.

Y se dirigió corriendo hacia el muelle.

Al extremo del muelle de la Megisería atrajeron sus miradas multitud de picas y bayonetas que sobresalían en medio de un gran concurso, en el que creyó distinguir un uniforme de guardia nacional, y en el grupo movimientos hostiles. Corrió lleno de inquietud hacia el corro de gente que obstruía la orilla del agua.

Aquel guardia nacional cercado por la cohorte de marselleses era Lorin, el cual pálido, con el rostro desencajado y la vista amenazadora, parecía disponerse a hacer uso de su sable, que ya tenía empuñado.

A dos pasos de Lorin estaba Simon, riéndose con esa manera feroz que le era habitual, y designaba la persona de Lorin a los marselleses y al populacho diciendo:

—Mirad, mirad a este; es un aristócrata que hice echar ayer del Temple; es además uno de los que favorecen las correspondencias de los claveles; es el cómplice de la hija de Tison, que va a pasar por aquí ahora mismo. Y sin embargo, miradle, cómo se pasea tranquilamente mientras que su cómplice va a marchar al cadalso, y acaso sería más que su cómplice, acaso sería su querida, y habrá venido aquí para decirla adiós o para intentar salvarla.

Lorin no tuvo paciencia para oír más, y furioso y fuera de sí desenvainó su espada.

Al mismo tiempo abrió paso la multitud a un hombre que se había lanzado sobre el grupo, derribando a tres o cuatro espectadores que se preparaban a ser actores.

Este hombre era Mauricio, quien al llegar donde estaba Lorin le echó al cuello su brazo izquierdo.

—Gózate, Simon, dijo Mauricio; sin duda echabas de menos mi presencia para ejercer tu oficio de denunciador en grande. Denuncia, Simon, denuncia, ya estoy aquí.

—¡Pardiez! sí, dijo Simon con espantosa sonrisa, llegas a tiempo. Este es, dijo, Mauricio Lindey, que ha sido acusado al mismo tiempo que la hija de Tison, y que se ha salvado porque es rico.

—¡Al farol! ¡al farol! gritaron los marselleses.

—Haced la prueba si queréis, dijo Mauricio.

Y dio un paso hacia adelante y picó, como para ensayarse, en medio de la frente a uno de los más furibundos gritadores,

a quien la sangre cegó al punto.

—¡Al asesino! exclamó este.

Los marselleses bajaron las picas, levantaron las hachas y armaron los fusiles; la multitud se separó asustada, y los dos amigos permanecieron aislados y expuestos a todos los golpes.

Miráronse el uno al otro dirigiéndose la última y sublime sonrisa, porque esperaban ser devorados por aquel torbellino de hierro y de fuego que les amenazaba, cuando de repente se abrió la puerta de la casa que tenían a la espalda, y un enjambre de jóvenes vestidos elegantemente, de esos que se llamaban currutacos, armados todos de un sable y llevando cada uno un par de pistolas en el cinto, se lanzó sobre los marselleses y empeñó una refriega terrible.

—¡Hurra! gritaron a un tiempo Lorin y Mauricio, reanimados por aquel socorro, y sin reflexionar que al pelear en las filas de los recién venidos daban fuerza a las acusaciones de Simon. ¡Hurra!

Pero si ellos no pensaban en su salvación, no faltó quien pensase por ellos; un joven de 25 a 26 años al parecer, de ojos azules, principió a dar cuchilladas a diestro y siniestro con una destreza y con un ardor indefinibles, armado de un sable de zapador que nadie hubiera creído que pudiera levantar con su mano de mujer; al observar que Mauricio y Lorin, en lugar de huir por la puerta que al parecer se había abierto con intención, peleaban a su lado, se volvió diciéndoles en voz baja:

—Huid por esta puerta; lo que venimos a hacer aquí no os importa, y os comprometéis inútilmente.

Y como viese que los dos amigos vacilaban, exclamó de repente, dirigiéndose a Mauricio:

—¡Atrás! no queremos patriotas con nosotros; municipal Lindey, nosotros somos aristócratas.

Al oír este nombre, al ver esta audacia con que un hombre acusaba una cualidad que en aquella época equivalía a una sentencia de muerte, la multitud lanzó un gran grito.

Pero el joven rubio, y tres o cuatro amigos suyos, sin asustarse por aquel grito, empujaron a Mauricio y Lorin hacia el zaguán de la casa, cuya puerta cerraron detrás de ellos, y en seguida se volvieron a confundir entre la multitud que se había aumentado al aproximarse la carreta fatal.

Mauricio y Lorin, tan milagrosamente salvados, se miraron llenos de estupor y de sorpresa; pero comprendieron que no podían perder tiempo, y buscaron una salida.

Esta salida parecía proporcionada expresamente; entraron en un patio, en cuyo fondo vieron una puertecita secreta que daba a la calle de San Germán el Auxerrois.

En aquel momento desembocó por el puente de Change un destacamento de gendarmes que despejó en breve el muelle, aunque desde la calle transversal donde se hallaban los dos amigos se oyó por espacio de un instante el ruido de una lucha encarnizada.

Los gendarmes precedían a la carreta que conducía a la guillotina a la pobre Sofía.

—¡Al galope! gritó una voz; ¡al galope!

La carreta partió al galope. Lorin distinguió a la desgraciada joven de pie con la sonrisa en los labios y la vista altiva; pero no pudo hacerle la menor seña, y la infeliz pasó sin verle en medio de un torbellino de pueblo que gritaba:

—¡Muera la aristocracia, muera!

Y el ruido se alejó disminuyendo progresivamente en dirección de las Tullerías.

Al mismo tiempo volvió a abrirse la puertecita por donde se habían salvado Mauricio y Lorin, y salieron tres o cuatro currutacos con su ropa desgarrada y ensangrentada. Esto era probablemente cuanto quedaba de la partida.

El joven rubio salió el último.

—¡Ay! dijo, ¡con que esta causa es maldita!

Y arrojando su sable mellado y lleno de sangre se lanzó hacia la calle de las Lavanderas.

XXVIII. El caballero de Casa-Roja

Mauricio se apresuró a ir a la sección para presentar su queja contra Simon.

Verdad es que Lorin, antes de separarse de su amigo, había encontrado un medio más expeditivo de vengarse del zapatero, y consistía este en reunir algunos termópilas, esperar a Simon y matarle en un combate en regla; pero Mauricio se había opuesto formalmente a este proyecto:

—Te pierdes miserablemente, le dijo, si apelas a vías de hecho. Venguémonos de Simon; pero venguémonos por medios legales, lo cual debe ser fácil a unos legistas.

En su consecuencia al siguiente día se presentó Mauricio en la sección y formuló su queja; pero no fue poca su sorpresa cuando oyó al presidente de la sección, recusarse a sí mismo diciendo que no podía tomar partido entre dos buenos ciudadanos, animados uno y otro del amor de su patria.

—Bueno, dijo Mauricio, ya sé lo que se necesita hacer para merecer la fama de buen ciudadano. ¡Ah, ah! reunir al pueblo para asesinar a un hombre que os desagrada; ¿a esto llamáis estar animado del amor de la patria? Entonces desde hoy daré pruebas de patriotismo, como vos lo entendéis, y lo ensayaré en Simon.

—Ciudadano Mauricio, respondió el presidente, acaso sea Simon menos culpable que tú en ese negocio, pues ha descu-

bierto una conspiración sin que su destino le obligase a ello, al paso que tú, que estabas en el deber de descubrir, nada has visto; además, de intento o por casualidad, estás en conniven-cia con los enemigos de la nación.

—¡Yo! dijo Mauricio, ¡bah! me gusta la ocurrencia, ¿y con quién, ciudadano presidente?

—Con el ciudadano Casa-Roja.

—¡Yo! dijo Mauricio estupefacto, ¿yo estoy en connivencia con el caballero de Casa-Roja? No le conozco, ni le he visto jamás…

—Te han visto hablar con él.

—¿Yo?

—Y apretarle la mano.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Dónde? ¿cuándo? te equivocas, faltas a la verdad, ciuda-dano presidente, dijo Mauricio arrebatado por la convicción de su inocencia.

—Tu celo por la patria te extravía, ciudadano Mauricio, dijo el presidente, y ahora mismo te arrepentirás de lo que acabas de decir cuando te dé la prueba de que no he dicho más que la verdad. Aquí tienes tres informes diferentes que te acusan.

—¡Bah! dijo Mauricio, sin duda me suponéis bastante necio para creer en vuestro caballero de Casa-Roja.

—¿Y por qué no has de creer en él?

—Porque es un espectro de conspirador que os sirve para tener siempre dispuesta una conspiración y meter en ella a vuestros enemigos.

—Lee las denuncias.

—No leeré nada, dijo Mauricio. Protesto que jamás he visto al caballero de Casa-Roja, y que jamás he hablado con él. El

que no quiera creerme bajo mi palabra de honor, que venga a decírmelo: yo sabré lo que he de contestarle.

El presidente se encogió de hombros, y Mauricio, que no quería ser menos que nadie, hizo otro tanto.

Durante el resto de la sesión reinó cierta reserva fatídica y terrible.

Después de la sesión, el presidente, que era un buen patriota elevado al primer rango del distrito por el sufragio de sus conciudadanos, se aproximó a Mauricio y le dijo:

—Ven, Mauricio, tengo que hablarte.

Mauricio siguió al presidente que le condujo a un gabinete contiguo a la sala de sesiones.

Al llegar aquí le miró atentamente, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Mauricio, he conocido y apreciado a tu padre, razón por lo que te aprecio y amo a ti también. Mauricio, créeme, corres un gran peligro dejándote llevar de esa incredulidad, primera decadencia de un espíritu verdaderamente revolucionario. Mauricio, amigo mío, desde que se pierde la fe, se pierde la fidelidad. No crees en los enemigos de la nación, y he aquí por qué pasas por su lado sin verlos y aun eres el instrumento de sus planes sin sospecharlo.

—¡Qué diablo! ciudadano, dijo Mauricio, yo me conozco demasiado, soy un patriota muy celoso; pero mi patriotismo no me ciega ni me hace fanático, y lo que sé decir es, que van ya veinte conspiraciones supuestas que la república firma con el mismo nombre. ¡Vive Dios! que ya deseo ver a su editor responsable.

—¿No creéis en los conspiradores, Mauricio? dijo el presidente; pues bien, dime, ¿crees en el clavel encarnado por el cual guillotinaron ayer a la hija de Tison?

Mauricio se estremeció.

—¿Crees en el subterráneo abierto en el jardín del Temple y que comunica desde la cueva de la ciudadana Plumeau con cierta casa de la calle de la Cordería?

—No, contestó Mauricio.

—Entonces, haz como Tomás el apóstol, ve a ver.

—No estoy de guardia en el Temple, y no me dejarán entrar.

—Todo el mundo puede entrar ya en el Temple.

—¿Cómo?

—Lee este informe, puesto que eres tan incrédulo; no trato ya de convencerte sino con documentos oficiales.

—¡Cómo! exclamó Mauricio leyendo el informe, ¿ha llegado hasta tal punto?…

—Continuad.

—¿Se traslada la reina a la Conserjería?

—¿Y qué dices ahora? preguntó el presidente.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Mauricio.

—¿Crees que la junta de salvación pública haya adoptado una medida tan grave fundándola en un sueño, en una suposición, como tú dices, en una conseja?

—Se ha adoptado esta medida, pero no se llevará a cabo, como otras muchas que he visto tomar…

—Lee hasta el fin dijo el presidente presentándole otro papel.

—El recibo de Richard, carcelero de la Conserjería, exclamó Mauricio.

—A las dos se ha anotado su nombre en el libro de registros.

Esta vez Mauricio permaneció pensativo.

—Ya sabes, continuó el presidente, que el Común obra con miras profundas. Él se ha abierto un camino ancho y derecho, sus medidas no son niñerías y ha puesto en ejecución aquel principio de Cromwell: «*conviene no herir a los reyes sino en la cabeza.*» Lee esta nota secreta del ministro de la policía.

Mauricio leyó:

«En vista que tenemos la certidumbre de que el caballero de Casa-Roja se halla en París: que se le ha visto en diferentes sitios, que ha dejado huellas de su paso en muchas conjuraciones felizmente abortadas, invitó a todos los jefes de las secciones a que redoblen su vigilancia…»

—Vamos, ¿qué dices ahora? preguntó el presidente.

—Digo que es preciso creerte, ciudadano presidente, contestó Mauricio, y continuó:

«Señas del caballero de Casa-Roja: cinco pies, tres pulgadas, cabellos rubios, ojos azules, nariz recta, barba redonda, voz dulce, manos de mujer…

«Treinta y cinco a treinta y seis años.»

Cuando Mauricio acabó de leer estas señas, una extraña sospecha se apoderó de su espíritu; pensó en aquel joven que mandaba la cuadrilla de currutacos que el día anterior había salvado a Lorin y a él, y que con tanto denuedo descargaba golpes sobre los marselleses con su sable de zapador.

—¡Pardiez! murmuró Mauricio, ¿será él? en ese caso no sería falsa la denuncia que dice me han visto hablar con él, solo que no recuerdo haberle apretado la mano.

—Y bien, Mauricio, preguntó el presidente, ¿qué dices ahora de esto?

—Digo que os creo, respondió Mauricio, meditando con tristeza, porque hacía ya algún tiempo que sin saber qué mala influencia entristecía su vida, veía oscurecerse todas las cosas a su alrededor.

—No expongas así tu popularidad, Mauricio, continuó diciendo el presidente; porque la popularidad es hoy la vida. La impopularidad, no olvides esto, es la sospecha de traición, y nadie puede sospechar que sea un traidor el ciudadano Mauricio Lindey.

Mauricio no tenía nada que contestar a una doctrina que conocía ser la suya. Dio gracias a su antiguo amigo y dejó la sección.

—¡Ay! murmuró, respiremos un poco: estas son ya demasiadas sospechas y luchas: busquemos el reposo en la inocencia y en la alegría: vamos a ver a Genoveva.

Y Mauricio tomó el camino de la antigua calle de San Jacobo.

Cuando llegó a casa del fabricante de curtidos, Dixmer y Morand sostenían a Genoveva, víctima de un violento ataque de nervios: así es que en lugar de dejarle la entrada libre como de costumbre, un criado le impidió el paso.

—Anúnciame sin embargo, dijo Mauricio inquieto, y si Dixmer no puede recibirme, me retiraré.

El criado entró en el pabellón, mientras que Mauricio esperaba en el jardín, creyendo no sin fundamento que algo de extraordinario ocurría en la casa; pues los obreros de la tenería no estaban trabajando y atravesaban el jardín con aire inquieto.

Dixmer vino hasta la misma puerta del jardín donde estaba Mauricio y le dijo:

—Entrad, amigo mío, para vos nunca está cerrada la puerta de esta casa.

—¿Pero qué hay? preguntó el joven municipal.

—Genoveva se ha puesto mala, dijo Dixmer, más que mala, pues está delirando.

—¡Oh Dios mío! exclamó el joven conmovido al hallar también en aquella casa el dolor y la turbación; ¿qué tiene?

—Ya sabéis, amigo mío, replicó Dixmer, que nadie sabe una palabra de las enfermedades de las mujeres, sobre todo el marido.

Genoveva estaba recostada en un sillón, y a su lado se veía a Morand dándole a oler un pomito de esencia.

—¿Qué tal sigue? preguntó Dixmer.

—Sigue lo mismo, contestó Morand.

—¡Sofía! ¡Sofía! murmuró la joven al través de sus labios blancos y de sus dientes apretados.

—¡Sofía! repitió Mauricio con asombro.

—¡Oh! Dios mío, sí, contestó vivamente Dixmer; Genoveva tuvo la desgracia de salir ayer y ver pasar aquella malhadada carreta con una pobre muchacha llamada Sofía que conducían a la guillotina. Desde entonces ha sufrido cinco o seis ataques de nervios, y no hace más que repetir este nombre.

—Lo que sobre todo la ha afectado, dijo Morand, es haber reconocido en esa muchacha la ramilletera que la vendió los claveles que sabéis.

—Ciertamente que lo sé, puesto que en poco ha estado que no me costara la vida.

—Sí, hemos sabido todo eso, querido Mauricio, y creed que nos ha consternado y alarmado sobremanera; pero Morand asistió a la sección y os vio salir en libertad.

—Silencio, dijo Mauricio, pues creo que vuelve a hablar.

—¡Oh! palabras entrecortadas, ininteligibles, replicó Dixmer.

—Mauricio, murmuró Genoveva: van a matar a Mauricio. ¡A él! caballero, ¡a él!

Un silencio profundo sucedió a estas pocas palabras.

—¡Casa-Roja, volvió a decir Genoveva, Casa-Roja!

Un relámpago de sospecha cruzó por la imaginación de Mauricio, pero no fue más que un relámpago: por otra parte,

estaba demasiado conmovido con el dolor de Genoveva para comentar sus palabras.

—¿Habéis llamado a un médico? preguntó.

—¡Oh! esto no será nada, contestó Dixmer: un poco de delirio y nada más.

Y estrechó tan violentamente el brazo de su mujer, que Genoveva volvió en sí, y lanzando un ligero grito, abrió sus ojos que hasta entonces había tenido constantemente cerrados.

—¡Oh! estáis aquí todos, y Mauricio con vosotros. ¡Oh! ¡cuánto me alegro de veros, amigo mío! si supierais lo que he…

Pero reponiéndose un poco añadió:

—Lo que hemos sufrido de dos días a esta parte.

—Sí, dijo Mauricio, aquí estamos todos; tranquilizaos y desechad todo temor; pero os suplico que no volváis a pronunciar un nombre que en estos momentos no está en olor de santidad.

—¿Y cuál? preguntó vivamente Genoveva.

—El del caballero de Casa-Roja.

—¿He nombrado yo al caballero de Casa-Roja? dijo Genoveva espantada.

—Sí, lo has nombrado, respondió Dixmer con una risa forzada, pero como comprendéis muy bien, Mauricio, esto no tiene nada de particular, puesto que se dice públicamente que era cómplice de la hija de Tison, y que él es quien ha dirigido la tentativa de rapto, que por fortuna se frustró ayer.

—No digo que tenga nada de particular, respondió Mauricio, digo solamente que le importa mucho ocultarse bien.

—¿Quién? preguntó Dixmer.

—¿Quién ha de ser? el caballero de Casa-Roja; el Común le anda buscando, y sus sabuesos tienen la nariz muy fina.

—Con tal que le cojan, dijo Morand, antes que lleve a cabo alguna otra empresa que le salga mejor que la última…

—Pero en ese caso, dijo Mauricio, no será ya en favor de la reina.

—¿Y por qué? preguntó Morand.

—Porque la reina está ya al abrigo de sus golpes de mano.

—¿Y dónde está? preguntó Dixmer.

—En la Conserjería, respondió Mauricio, a donde la han trasladado esta noche pasada.

Dixmer, Morand y Genoveva lanzaron un grito que Mauricio tomó por una exclamación de sorpresa.

—De ese modo, continuó, y veis que se ha llevado el diablo todos los planes del caballero de la reina. La Conserjería es más segura que el Temple.

Morand y Dixmer se dirigieron una mirada que por fortuna no observó Mauricio.

—¡Oh! Dios mío, exclamó, ya vuelve a ponerse pálida Mme. Dixmer.

—Genoveva, dijo Dixmer a su mujer, es menester que te metas en la cama, hija mía: estás enferma.

Mauricio comprendió que lo despedían, besó la mano a Genoveva, y se retiró acompañándole Morand hasta la antigua calle de San Jacobo, donde se separó de él para ir a decir algunas palabras a un criado que tenía de la brida a un caballo ensillado.

Estaba tan pensativo Mauricio, que no preguntó siquiera a Morand, a quien por otra parte no había dirigido una palabra desde que salieron juntos de la casa, quién era aquel hombre, y qué hacía allí aquel caballo: se metió por la calle de los Fosos de San Víctor, y salió a los muelles.

—Es extraño lo que me sucede, decía para sí mientras andaba; no sé si es la debilidad de mi cabeza, o si efectivamente se hacen cada vez más graves los acontecimientos: el resultado es que veo todas las cosas abultadas como si las viera con un microscopio.

Y deseoso de gozar alguna calma, presentó su frente a la brisa de la tarde y se apoyó en el pretil del puente.

XXIX. La patrulla

Al acabar de hacer Mauricio esta lúgubre reflexión, mirando, apoyando en el pretil del puente, recorrer el agua con esa atención melancólica, cuyos síntomas se encuentran en todo parisiense puro, oyó cierto ruido de pasos iguales y uniformes como los de una patrulla.

En efecto, al volver la cabeza vio una compañía de la guardia nacional que llegaba por el otro extremo, y en medio de la oscuridad creyó Mauricio reconocer a Lorin.

Él era en efecto, y apenas le vio, corrió hacia él con los ojos abiertos.

—En fin, exclamó Lorin, eres tú. ¡Cáspita! no me ha costado poco trabajo encontrarte.

Mas ya que encuentro a tan leal amigo,
Tomará mi destino nuevo rumbo.

—Esta vez no te quejarás, pues te doy versos de Racine en lugar de los de Lorin.

—¿Qué vienes a hacer por aquí patrullando? preguntó Mauricio, a quien todo inquietaba.

—Soy jefe de expedición, amigo mío, trátase de restablecer sobre su base primitiva nuestra reputación casi desmoronada.

Y volviéndose después hacia su compañía, dijo:

—¡En su lugar, descanso! Ea, hijos míos, puesto que todavía no es muy de noche, podéis descansar y hablar de vuestras cosas; nosotros vamos a hacer lo mismo.

Dirigiéndose después a Mauricio, continuó:

—Hoy he sabido en la sección dos grandes noticias.

—¿Cuáles?

—La primera es que comenzamos a ser sospechosos tú y yo.

—Lo sé. ¿Qué más?

—¡Ah! ¿lo sabes?

—Sí.

—La segunda es que toda la conspiración del clavel ha sido conducida por el caballero de Casa-Roja.

—Lo sé también.

—Pero lo que no sabes es que la conspiración del clavel encarnado y la del subterráneo no formaban más que una sola conspiración.

—Lo sé también.

—Entonces pasemos a la tercera noticia que estoy seguro no la sabes. Esta noche vamos a apoderarnos del caballero de Casa-Roja.

—¿Del caballero de Casa-Roja?

—Sí.

—¿Luego te has hecho gendarme?

—No, pero soy patriota, y un patriota se debe todo a su patria, y como esta se halla horriblemente asolada por ese caballero de Casa-Roja, que no deja de fraguar conspiraciones, me manda a mí, que soy un patriota, que la desembarace del susodicho caballero de Casa-Roja, y obedezco a la patria.

—De todos modos, dijo Mauricio, es singular que te encargues de semejante comisión.

—Yo no me he encargado de ella, sino que me la han encomendado, si bien debo decir que la hubiera pretendido de todos modos, porque necesitamos dar un golpe que haga ruido para rehabilitarnos, puesto que nuestra rehabilitación es no solo la seguridad de nuestra existencia, sino también el derecho de meter en la primera ocasión seis pulgadas de acero en el vientre de ese aborrecido Simon.

—¿Pero cómo se ha sabido que era el caballero de Casa-Roja el que se había puesto a la cabeza de la conspiración del subterráneo?

—No hay una seguridad de ello, pero se presume.

—¡Ah! ¿procedéis por inducción?

—Procedemos con certidumbre.

—No te comprendo.

—Escucha bien.

—Te escucho.

—Apenas oí gritar: gran conspiración descubierta por el ciudadano Simon…—¡Este canalla de Simon se halla en todas partes!—quise juzgar de la verdad por mí mismo, y como se hablaba de un subterráneo…

—¡Pues qué! ¿existe?

—¡Oh! existe, le he visto. Con mis propios ojos, lo que se llama visto. ¿A que no silbas esto?

—Porque es de Molière, y porque además confieso que las circunstancias me parecen demasiado graves para bromas.

—¿Y entonces, de qué te burlarás, si no te burlas de las cosas graves?

—Con que dices que has visto…

—…El subterráneo. Repito que he visto el subterráneo, que lo he recorrido y que se comunicaba desde la cueva de la ciudadana Plumeau, con una de la calle de la Cordería, con la casa número 12 o 14, no recuerdo bien.

—¡De veras, Lorin! ¿lo has recorrido?

—En toda su longitud, y pardiez, te aseguro que era un ramal perfectamente hecho; además, estaba interceptado por tres rejas de hierro, que ha sido preciso quitar una tras otra, pero las cuales, en el caso de que los conjurados hubiesen logrado su objeto, les habrían dado el tiempo necesario, sacrificando tres o cuatro de los suyos para poner a la viuda Capeto en lugar seguro; pero afortunadamente no ha sido así, gracias a ese diablo de Simon que ha descubierto esa trama.

—Pero me parece, dijo Mauricio, que ante todas cosas se debió proceder al arresto de los inquilinos de esa casa de la calle de la Cordería.

—Y se hubiera hecho así a no hallar la casa enteramente desnuda de inquilinos.

—Pero en fin, ¿pertenece a alguno esa casa?

—Sí, a un nuevo propietario, pero nadie le conoce: se sabe que la casa ha mudado de dueño hace quince días o tres semanas, y nada más. Los vecinos habían oído ruido, pero como la casa era vieja, creyeron que se trabajaba en las reparaciones. En cuanto al otro propietario, había dejado a París.

Entretanto llegué allí.

—«¡Pardiez! dije a Santerre llamándole aparte, os veo a todos muy indecisos.

—«Lo estamos verdaderamente, respondió.

—«¿No se ha vendido esa casa?

—«Sí.

—«¿Hace quince días?

—«Quince días o tres semanas.

—«¿No se ha vendido ante escribano?

—«Sí.

—«Pues bien, es menester buscar entre todos los escribanos de París al que ha vendido esa casa, y hacerle que nos enseñe la escritura de venta, y en ella veremos el nombre y el domicilio del comprador.

—«¡Enhorabuena! ese es un buen consejo, dijo Santerre, y sin embargo se acusa al hombre que lo da de mal patriota? Lorin, Lorin, yo te rehabilitaré o he de poder poco.»

—En una palabra, continuó Lorin, como se dijo se hizo. Se buscó al escribano, se vio la escritura, y en ella el nombre y el domicilio del culpable. Entonces Santerre me cumplió su palabra designándome para prenderle.

—¿Y ese hombre era el caballero de Casa-Roja?

—No tal, su cómplice solamente, es decir, probablemente.

—¿Pues entonces cómo dices que vas a prender al caballero de Casa-Roja?

—Vamos a prender a todos ellos juntos.

—¿En primer lugar conoces tú a ese caballero de Casa-Roja?

—Perfectamente.

—¿Sabes sus señas?

—Santerre me las ha dado. Cinco pies y dos o tres pulgadas, cabellos rubios, ojos azules, nariz recta, barba redonda; además le he visto.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Le has visto?

—Y tú también.

Mauricio se estremeció.

—Ya te acordarás de aquel joven rubio que nos salvó esta mañana; aquel que mandaba la cuadrilla de currutacos, y daba golpes tan certeros.

—¿Con que era él? preguntó Mauricio.

—El mismo. Se le ha seguido, pero se le ha perdido la pista en las inmediaciones del domicilio de nuestro propietario de la calle de la Cordería, de suerte que se presumen viven juntos.

—En efecto, es probable.

—Es seguro.

—Pero me parece, Lorin, añadió Mauricio, que si prendes esta noche al que nos salvó esta mañana, faltas al agradecimiento.

—¡Bah! ¡bah! dijo Lorin, ¿crees tú que nos ha salvado solo por salvarnos?

—¿Por qué no?

—Nada menos que eso; estaban allí emboscados para robar a la pobre Sofía Tison cuando pasase. Nuestros contendientes les incomodaban, y se lanzaron sobre nuestros contendientes. Nos hemos salvado por carambola; y como la intención es la que vale, y no fue su intención la de salvarnos, te confieso que no tengo el menor escrúpulo de ser ingrato. Por otra parte, Mauricio, el punto capital es la necesidad; y la hay muy grande de rehabilitarnos por un golpe maestro. Además, yo he respondido de ti.

—¿A quién?

—A Santerre; sabe que mandas la expedición.

—¿Cómo?

—«¿Estás tú seguro de prender a los culpables, me dijo.

—«Sí, contesté siempre que Mauricio venga conmigo.

—«¿Pero estás seguro de Mauricio? De algún tiempo a esta parte se ha entibiado.

—Los que dicen eso se engañan; ni Mauricio, ni yo nos hemos entibiado.

—«¿Y respondes de él?

—«Como de mí mismo.» Entonces fui a tu casa; pero no te hallé; en seguida tomé este camino, en primer lugar porque era el mío, y en segundo porque es el que tomas comúnmente; en fin, te he encontrado… ¡adelante, marchen!

La victoria cantando
Nos abre la barrera…

—Mi querido Lorin, estoy desesperado; pero no me siento con ganas para esta expedición; dirás que no me has encontrado.

—¡Imposible! todos nuestros hombres te han visto.

—¡Bien! dirás que me has encontrado y que no he querido ser de los vuestros.

—Imposible también.

—¿Por qué?

—Porque entonces no serás ya patriota tibio, sino sospechoso… y ya sabes lo que hacen de los sospechosos: los conducen a la plaza de la Revolución, y les invitan a saludar la estatua de la libertad, solo que en vez de saludar con el sombrero, saludan con la cabeza…

—Pues bien, Lorin, sucederá lo que quieras; sin duda te parecerá extraño lo que voy a decirte.

Lorin abrió tamaños ojos y miró a Mauricio.

—Amigo mío, añadió Mauricio, estoy disgustado de la vida.

Lorin soltó una carcajada.

—¡Bueno! dijo; estamos reñidos con nuestras queridas, lo cual nos inspira ideas melancólicas. Vamos, bello Amadís,

quieres ser hombre ante todas cosas, y después ciudadano; yo por el contrario jamás soy mejor patriota que cuando estoy enfadado con Artemisa. A propósito, su divinidad la diosa Razón te envía un millón de expresiones.

—Dale las gracias en mi nombre; adiós, Lorin.

—¡Cómo adiós!

—Sí, me retiro.

—¿A dónde?

—A mi casa.

—Mauricio, te pierdes.

—No me importa.

—Mauricio, reflexiona, amigo, reflexiona.

—Estoy decidido.

—Es que no te he repetido todo…

—¿Todo qué?

—Todo lo que me había dicho Santerre.

—¿Qué te ha dicho?

—Cuando le dije que quería que fueses tú el jefe de la expedición, me dijo: «¡Guárdate!»

—«¿De quién?

—«De Mauricio.»

—¡De mí!

—Sí. «Mauricio, añadió, va con mucha frecuencia a ese barrio.»

—¿A qué barrio?

—Al del caballero de Casa-Roja.

—¡Cómo! exclamó Mauricio, ¿es por aquí por donde se oculta?

—A lo menos se presume, puesto que por aquí vive su cómplice, presunto, el comprador de la casa de la calle de la Cordería.

—¿Arrabal de Víctor? preguntó Mauricio.

—Sí, arrabal de Víctor.

—¿Y en qué calle del arrabal?

—En la de San Jacobo.

—¡Oh Dios mío! exclamó Mauricio deslumbrado como por un relámpago, y se tapó los ojos con ambas manos.

Al cabo de un minuto, y como si durante este momento hubiese recobrado todo su valor, preguntó:

—¿Cuál es su profesión?

—Maestro curtidor.

—¿Y su nombre?

—Dixmer.

—Tienes razón, Lorin, dijo Mauricio comprimiendo hasta la apariencia de su emoción con la fuerza de su voluntad: voy con vosotros.

—Y haces bien. ¿Estás armado?

—Tengo mi sable, como siempre.

—Toma además estas dos pistolas.

—¿Y tú?

—Yo tengo mi carabina. ¡Armas al brazo! ¡marchen!

La patrulla se puso en marcha acompañada de Mauricio, que caminaba al lado de Lorin, y precedida por un hombre vestido de gris que la dirigía. Este hombre era un agente de policía.

De cuando en cuando se veían destacarse de las esquinas de las calles o de las puertas de las casas ciertas sombras que

venían a decir algunas palabras al hombre gris; estos eran vigilantes.

Al llegar al callejón, el hombre gris, que, al parecer estaba bien informado, se paró delante de la puerta del jardín por donde habían hecho entrar a Mauricio maniatado, y dijo:

—Aquí es.

—¡Cómo! exclamó Lorin.

—Aquí hallaremos a los dos jefes.

Mauricio se apoyó en la pared para no caerse.

—Hay tres puertas, dijo el hombre gris, la principal, esta y otra que da a un pabellón. Yo entraré por la principal con seis u ocho hombres, guardad esta con cuatro o cinco y colocad tres seguros a la salida del pabellón.

—Yo, dijo Mauricio, voy a saltar la tapia y vigilaré en el jardín.

—Perfectamente, dijo Lorin, de ese modo podrás abrirnos la puerta cuando convenga.

—Con mucho gusto, dijo Mauricio; pero no abandonéis el puesto hasta que os llame. Cuanto pase dentro, lo veré desde el jardín.

—¿Con que conoces la casa? preguntó Lorin.

—Sí, porque en cierta ocasión quise comprarla.

Lorin emboscó sus hombres en los ángulos de los vallados y en los rincones de las puertas, mientras el agente de policía se alejaba con ocho o diez nacionales para guardar, como él había dicho, la entrada principal.

Al cabo de un instante cesó el ruido de sus pasos sin haber llamado en aquel desierto la menor atención.

Los hombres de Mauricio estaban en sus puestos, ocultos lo mejor que podían, y cualquiera podía jurar que todo estaba

tranquilo y que nada extraordinario pasaba en la antigua calle de San Jacobo.

Mauricio empezó a escalar la tapia.

—Espera, dijo Lorin.

—¿Qué quieres?

—¿Y la contraseña?

—Es verdad.

—*Clavel y Subterráneo.* Detén a cuantos no te digan estas dos palabras y deja pasar a los que la digan. Esta es la consigna.

—Gracias, dijo Mauricio, saltando desde lo alto de la tapia del jardín.

XXX. Clavel y subterráneo

El primer golpe fue tan terrible, que necesitó Mauricio todo el poder que tenía sobre sí mismo para ocultar a Lorin el trastorno que había sufrido, pero una vez dentro del jardín y en la soledad, se tranquilizó su espíritu y empezó a coordinar sus ideas.

¡Cómo! aquella casa que tantas veces había visitado con el placer más puro; aquella casa de que había hecho su paraíso en la tierra, no era más que una guarida de asesinos e intrigantes!

¡Con que no era más que hipocresía la buena acogida que había encontrado, y el amor de Genoveva era solo miedo!

Como Mauricio conocía a palmos todo el jardín, se fue deslizando poco a poco de matorral en matorral hasta ponerse a cubierto de los rayos de la luna, detrás del invernadero donde

estuvo encerrado la primera vez que se atrevió a entrar en aquella casa.

Este invernadero estaba frente al pabellón de Genoveva.

Pero aquella noche no estaba la luz quieta en un sitio como el día en que encontró allí su salvación, sino que andaba de una parte a otra, y lo que es más, al través de una cortina, levantada por casualidad, vio a Genoveva que con mucha prisa guardaba en una caja una porción de efectos, y aun vio, no sin gran asombro, brillar armas en sus manos.

Subiose entonces sobre una piedra para ver más cómodamente lo que pasaba en la habitación de Genoveva, y con gran sorpresa suya observó que quemaba papeles en la chimenea encendida.

Abriose una puerta en aquel momento y entró un joven. La primera idea de Mauricio fue que aquel hombre era Dixmer.

Corrió a él la joven, le agarró las manos y así permanecieron largo rato; pero al parecer profundamente conmovidos.

Entonces conoció Mauricio que aquel hombre no era Dixmer, porque este era alto y fornido, y el recién llegado era delgado y de mediana estatura.

—Pues no es Dixmer, dijo para sí, como si estuviese obligado a decírselo a sí mismo para convencerse de la perfidia de Genoveva.

Aproximose a la ventana, pero cuanto más se acercaba, menos veía. Tropezó entonces con una escalera y cogiéndola con un movimiento febril, la arrimó a la pared.

Subió por ella, miró por la abertura de la cortina, y vio que el desconocido de la habitación de Genoveva era un joven de 27 a 28 años, de ojos azules y de gentil continente; Genoveva le tenía cogido de las manos y se enjugaba las lágrimas que bañaban su hermoso rostro.

Un ligero ruido causado por Mauricio hizo al joven volver la cabeza, y con no poca sorpresa se encontró con su salvador

misterioso de la plaza del Châtelet.

En el mismo momento, soltando Genoveva las manos del joven, se dirigió a la chimenea para asegurarse de que todos los papeles estaban quemados.

Mauricio no pudo contenerse más, porque le atormentaban todas las terribles pasiones que desgarran el corazón del hombre: el amor, la venganza y los celos, y dando un empujón a la ventana mal cerrada, saltó dentro de la estancia.

En el mismo instante se vio amenazado por dos pistolas que le pusieron al pecho.

Genoveva, que se había vuelto al ruido, quedó muda de espanto.

—¿Sois el caballero de Casa-Roja? preguntó Mauricio al que tenía su vida a su disposición.

—¿Y qué sucedería si lo fuese? preguntó el caballero.

—Que en ese caso, como sois valiente, y por lo tanto sereno, puedo deciros dos palabras.

—Hablad, dijo el caballero, sin bajar la pistola.

—Podéis matarme; pero no sería antes de que yo diera una voz, o mejor dicho, no me mataréis sin que la dé. Si lanzo este grito, mil hombres que cercan esta casa la reducirían al punto a cenizas; con que así bajad las pistolas, y escuchad lo que voy a decir a la señora.

—¡A Genoveva! dijo el caballero.

—¡A mí! murmuró la joven.

—Sí, a vos.

Y Genoveva, más pálida que una estatua se asió del brazo de Mauricio; pero este la rechazó.

—Ahora veo que no me engañabais cuando me decíais que no amabais a Morand, dijo Mauricio con un profundo desprecio.

—Mauricio, escuchadme, exclamó Genoveva.

—No tengo que oír nada; me habéis engañado cruelmente: habéis roto de un golpe todos los lazos que unían mi corazón al vuestro; me habéis dicho que no amabais a Morand; pero me ocultabais que teníais otro amante.

—¿Qué decís de Morand, o más bien de qué Morand habláis? dijo el caballero.

—De Morand el químico.

—Morand el químico está delante de vos; Morand el químico y el caballero de Casa-Roja son una misma persona.

Y alargando la mano hacia una mesa próxima, se puso en un momento aquella peluca negra que por tanto tiempo le había desfigurado a los ojos del joven.

—Sí, dijo este desdeñosamente, ahora lo comprendo todo: es verdad que no amabais a Morand, porque Morand no existe; pero no es menos despreciable el subterfugio, por más diestro que sea.

El caballero hizo un movimiento de amenaza.

—Caballero, continuó Mauricio, ¿queréis dejarme hablar un momento con Genoveva? Si gustáis podéis presenciar la conversación, pues no será larga.

Genoveva hizo un movimiento como para rogar a Casa-Roja que tuviese paciencia.

—¿Con que es decir, prosiguió Mauricio con amargura, que vos, Genoveva, me habéis expuesto a la burla de mis amigos y a la execración de mi partido, haciéndome cómplice involuntario de todas vuestras maquinaciones, y sirviéndoos de mí como de un instrumento cualquiera? Esta es una acción infame… Pero no quedará sin castigo, porque el caballero va a matarme a vuestra vista; pero antes de cinco minutos estará también tendido sin vida a tus pies, o si vive será para morir en un cadalso.

—¡Morir él en el cadalso! exclamó Genoveva. ¿No sabéis, Mauricio, que es mi protector y el de mi familia, que daría mi vida por la suya, que si muere moriré yo, y que si vos sois mi amor, él es mi religión?

—En verdad que son las mujeres muy débiles y cobardes.

Volviéndose después al joven realista, le dijo:

—Vamos, caballero, es preciso matarme o morir.

—¿Por qué?

—Porque si no me matáis, voy a prenderos.

Y Mauricio extendió el brazo para cogerle del cuello.

—No os disputaré mi vida, dijo el caballero de Casa-Roja: mirad lo que hago.

Y en seguida arrojó sus armas sobre un sillón.

—¿Y por qué no me disputaréis vuestra vida?

—Porque mi vida no vale los remordimientos que sufriría matando a un hombre de tan buenos sentimientos, y sobre todo porque Genoveva os ama.

—¡Ah! exclamó la joven juntando las manos; siempre, Armando, sois bueno, grande, leal y generoso.

Mauricio no hacía más que mirarlos con un asombro casi estúpido.

—Escuchad, dijo el caballero, voy a entrar en mi habitación, y os juro, a fe de caballero, que no es para huir, sino para ocultar un retrato.

Mauricio dirigió al momento la vista al de Genoveva, pero estaba en su sitio.

Ora adivinase Casa-Roja el pensamiento de Mauricio, ora quisiese llevar hasta el extremo su generosidad, lo cierto es que sacando de su pecho una miniatura, se la enseñó a Mauricio, y le dijo:

—Bien sé que sois un republicano; pero sé también que tenéis un corazón generoso y leal, y hasta el último momento me confiaré a vos. Mirad…

Era el retrato de la reina.

Mauricio bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—Espero vuestras órdenes, señor, dijo Casa-Roja; si queréis prenderme, llamaréis a esta puerta cuando sea tiempo de entregarme. En nada aprecio la vida, desde el momento en que ya no la sostiene la esperanza de salvar a la reina.

El caballero se retiró sin que Mauricio hiciera el menor ademán para detenerle.

Apenas hubo salido de la estancia, cuando Genoveva se postró a los pies de Mauricio, diciendo:

—¡Perdonadme, Mauricio, todo el mal que os he causado! ¡perdonadme que os haya engañado! Doleos de mis lágrimas, de mis tormentos, pues os juro que he sufrido y llorado mucho. ¡Ah! mi marido salió esta mañana, no sé adónde ha ido, y acaso no volveré a verle más; un amigo, un hermano me quedaba, y vos, Mauricio, vais a matarle. ¡Oh! perdón, perdón.

Mauricio levantó del suelo a la afligida joven.

—¿Qué queréis? le dijo; hay en el mundo fatalidades que no se pueden evitar; en esta época todo el mundo juega la vida; el caballero de Casa-Roja ha jugado como los demás y ha perdido; fuerza es que pague.

—Es decir, que muera, si os comprendo bien.

—Sí.

—¡Fuerza es que muera! ¿y vos me lo decís?

—No soy yo, Genoveva, sino la fatalidad.

—La fatalidad no ha dado aún su fallo en este asunto, puesto que podéis salvarle.

—A expensas de mi palabra, y por consiguiente de mi honor. Comprendo, Genoveva.

—Mauricio, todo lo que exijo de vos es que cerréis los ojos, y mi reconocimiento llegará hasta donde puede llegar el de una mujer.

—Será inútil que cierre los ojos, porque hay una consigna sin la que no puede salir nadie; porque os repito que la casa está cercada. ¿Y sabéis cuál es la consigna?

—Sí.

—Amigo mío, querido Mauricio, dádmela, la necesito.

—¡Genoveva! ¡Genoveva! exclamó Mauricio, ¿con qué derecho podéis decirme: «en nombre de mi amor no tengas palabra, ni honor, vende tu causa y tus opiniones, miente, reniega de ellas…»? ¿qué me ofrecéis en cambio de todo eso, vos, que me tentáis así?

—¡Ah! Mauricio, salvadle, salvadle, y después pedidme la vida.

—Genoveva, contestó Mauricio con voz triste, escuchadme: tengo un pie en el camino de la infamia, y para encenagarme en ella, quiero tener a lo menos una buena razón contra mí mismo. Genoveva, juradme que no amáis al caballero de Casa-Roja.

—Amo al caballero de Casa-Roja como una hermana, como una amiga, pero no de otro modo.

—¿Y a mí me amáis, Genoveva?

—Mauricio, tan verdad es que os amo, como que Dios me oye.

—Y si yo hago lo que me pedís, ¿os atreveréis a abandonar a vuestros parientes, a vuestros amigos, a vuestra patria, por huir con el traidor?

—¡Mauricio! ¡Mauricio!

—¡Oh! ya vacila.

Y Mauricio retrocedió con aire de indignación, de suerte que, faltando a Genoveva su apoyo, cayó de rodillas delante del joven.

—Mauricio, dijo torciéndose sus manos: juro todo lo que quieras; manda y obedeceré.

—Serás mía, Genoveva.

—¡Cuando lo exijas!

—Júralo por el Crucificado.

Genoveva extendió el brazo.

—Dios mío, dijo, vos, que habéis perdonado a la mujer adúltera, perdonadme a mí también.

Y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron en sus desordenados cabellos que flotaban sobre su pecho.

—¡Oh! así no, exclamó Mauricio, no juréis así, o no acepto el juramento.

—Dios mío, añadió ella, juro consagrar toda mi vida a Mauricio, morir con él, y si es preciso por él, si salva a mi amigo, a mi protector, a mi hermano, el caballero de Casa-Roja.

—Pues bien, se salvará, dijo Mauricio, y acercándose a la puerta añadió:

—Caballero, volveos a poner el traje del curtidor Morand. Os devuelvo vuestra palabra. Estáis libre.

—Y vos, señora, dijo a Genoveva, oíd las dos palabras de la consigna: «Clavel y subterráneo.»

Y como si hubiese tenido horror a permanecer en la estancia donde había pronunciado estas dos palabras que le hacían traidor, abrió la ventana y saltó al jardín.

XXXI. Pesquisa

Mauricio se volvió a colocar en su puesto frente a la ventana del pabellón de Genoveva, pero desde que esta pasó a la estancia del caballero de Casa-Roja, dejó de brillar la luz que había servido de guía al joven municipal, quien por otra parte no pudo retirarse a su puesto más a tiempo, pues abriéndose la puerta del jardín, entró por ella el hombre gris acompañado de Lorin y seis granaderos.

—¿Qué hay? preguntó Lorin.

—Ya lo veis, dijo Mauricio, estoy en mi puesto.

—¿Ha querido alguno forzar la consigna?

—Nadie, respondió Mauricio satisfecho del modo con que se le dirigía la pregunta, pues le evitaba la necesidad de mentir: ¿y vosotros qué habéis hecho?

—Nosotros, respondió el agente de policía: hemos adquirido la certeza de que hace una hora que el caballero de Casa-Roja ha entrado en esta casa, y que no ha salido de ella, dijo el hombre de la policía.

—¿Y sabéis dónde está su habitación? preguntó Lorin.

—Sí por cierto: solo está separada de la de la ciudadana Dixmer por un corredor.

—¡Hola! ¡hola!

—Separación bien inútil, pues parece que el tal caballero es un buen perillán.

Mauricio sintió que toda la sangre se le agolpaba a la cabeza, y el vértigo le obligó a cerrar los ojos.

—¿Pero qué dice a esto el ciudadano Dixmer? preguntó Lorin.

—Nada: cree que es un gran honor para él.

—Vamos, ¿qué hacemos? dijo Mauricio con voz sofocada.

—¿Qué? ir a prenderle en su habitación y tal vez en la cama, respondió el de la policía.

—¿Y no sospecha él nada?

—Nada absolutamente.

—¿Cuál es la disposición del terreno? preguntó Lorin.

—Tenemos un plano perfectamente exacto de él, dijo el hombre gris: un pabellón situado en un ángulo del jardín; así es: se suben cuatro escalones, ¿no los veis desde aquí? a la derecha está la habitación de la ciudadana Dixmer; sin duda es la de esa ventana que estamos viendo. Frente a la ventana, en el fondo, hay otra puerta que da a un corredor, y en este corredor está la puerta del cuarto del caballero.

—Muy bien, eso es lo que se llama una topografía exacta, dijo Lorin: con un plano como este se puede ir a cualquier parte con los ojos vendados. Adelante.

—¿Están bien guardadas las calles? preguntó Mauricio con un interés que los asistentes atribuyeron a temor de que se escapase el caballero.

—Las calles, las esquinas y las plazuelas: apuesto a que no pasa un ratón sin la consigna.

Mauricio se estremeció, temiendo que tantas precauciones hicieran su traición inútil a su felicidad.

—¿Cuántos hombres necesitáis para prender al caballero? preguntó el hombre gris.

—¿Cuántos hombres? dijo Lorin: espero que habrá bastantes con Mauricio y conmigo. ¿No es verdad, Mauricio?

—Sí, creo que habrá bastantes con nosotros, contestó el joven municipal con voz balbuciente.

—¡Ea! dejémonos de fanfarronadas, dijo el agente de policía. ¿Os comprometéis a prenderlo?

—¡Pardiez! ¿no nos hemos de comprometer? ¿No es verdad, Mauricio, que es preciso prenderlo a todo trance?

Lorin tuvo cuidado de recalcar bien esta frase, porque quería desvanecer las sospechas que habían empezado a inspirar él y Mauricio, y sabido es que en aquella época las más insignificantes acciones infundían la desconfianza. Creyó, pues, Lorin, que hablando de la manera que él lo hacía, nadie dudaría ya del patriotismo de dos hombres que se comprometían a prender al caballero de Casa-Roja.

—Pues bien, dijo el agente de policía, si estáis realmente decididos a apoderaros de su persona, creo que vale más acometer la empresa con tres hombres en lugar de dos, y mucho mejor si son cuatro en lugar de tres, porque el caballero jamás se acuesta sin poner a la cabecera de la cama una espada y en su mesa un par de pistolas.

—¡Voto a cribas! dijo uno de los granaderos de la compañía de Lorin; entremos todos, no haya preferencia para nadie; si se rinde, lo pondremos a buen recaudo y lo reservaremos para la guillotina, y si se resiste, le acuchillamos.

—Bien dicho, contestó Lorin; adelante: ¿pasamos por la puerta o por la ventana?

—Por la puerta, dijo el agente de policía; acaso esté la llave puesta, al paso que si entramos por la ventana será preciso romper algunos vidrios, lo cual no podemos verificar sin hacer ruido.

—Sea por la puerta, dijo Lorin; con tal que entremos, poco me importa por dónde. ¡Vamos, Mauricio, sable en mano!

Mauricio desenvainó maquinalmente su sable.

Avanzó silenciosamente la partida hacia el pabellón, y como había indicado el hombre gris, tropezaron con los primeros escalones de la gradería, después se hallaron en la meseta y luego en el vestíbulo.

—¡Albricias! exclamó Lorin: la llave está puesta; acabo de tentarla.

—Pues bien, abre, ciudadano subteniente, dijo el hombre gris.

Lorin dio vueltas a la llave con la mayor precaución; abriose la puerta, y Mauricio se enjugó la frente bañada en sudor.

—¿Hemos llegado ya? preguntó Lorin.

—Todavía no, contestó el hombre gris; si nuestras noticias topográficas son exactas, nos hallamos en la habitación de la ciudadana Dixmer.

—Podemos asegurarnos de ello, dijo Lorin; afortunadamente hay todavía lumbre en la chimenea; encendamos una vela.

—No, no, encendamos los hachones que traemos, porque la vela se apagará, dijo el hombre gris; y tomando de manos de un granadero dos hachones, que encendió en el hogar moribundo, dio uno a Mauricio y otro a Lorin.

—Ya veis que no me engañaba, dijo; mirad la puerta que da a la alcoba de la ciudadana Dixmer y la otra que comunica con el corredor.

—¡Adelante! pasemos al corredor, dijo Lorin empujando la puerta del fondo, y se hallaron enfrente a la habitación del caballero. Mauricio había visto veinte veces aquella puerta; pero nunca había preguntado adónde comunicaba, porque para él se concentraba todo el mundo en la habitación en que le recibía Genoveva.

—¡Hola! ¡hola! dijo Lorin en voz baja; esto cambia de aspecto; esta puerta está cerrada, pero han quitado la llave.

—¿Pero estáis seguro, dijo Mauricio, pudiendo apenas hablar, que sea aquí donde esté?

—Si el plan es exacto, respondió el agente, aquí debe ser; además, ahora mismo vamos a verlo. Granaderos, echad la

puerta abajo, y vosotros, ciudadanos, estad dispuestos para en seguida que caiga la puerta.

Cuatro hombres designados por el enviado de la policía levantaron las culatas de sus fusiles, y a una señal del que dirigía la empresa descargaron un solo golpe y se abrió la puerta hecha pedazos.

—Ríndete o eres muerto, exclamó Lorin precipitándose en la habitación.

Nadie respondió; las cortinas de la cama estaban corridas.

—Apunten; dijo el agente de policía, y haced fuego al primer movimiento de la colgadura.

—Esperad, dijo Mauricio: lo mejor será descorrerla; y creyendo sin duda que el caballero estaba oculto detrás de las cortinas, se lanzó a ellas; pero deslizándose estas por la varilla de hierro, dejaron ver la cama enteramente vacía.

—¡Diantre! dijo Lorin, no hay nadie.

—Se habrá escapado, contestó Mauricio.

—¡Imposible, ciudadanos, imposible! exclamó el hombre gris; os digo que le han visto entrar hace una hora, que nadie le ha visto salir y que todas las salidas están guardadas.

Lorin entretanto abría las puertas de los gabinetes y de los armarios y registraba en todas partes, aun en aquellos sitios en que era materialmente imposible que se ocultase un hombre.

—Ya veis, no hay nadie, absolutamente nadie.

—¡Nadie! repitió Mauricio con una emoción fácil de comprender; efectivamente, no hay nadie.

—Acaso esté en la habitación de la ciudadana Dixmer, dijo el agente de policía.

—¡Oh! exclamó Mauricio, respetad la alcoba de una mujer.

—Por supuesto que se respetará, dijo Lorin: y a ella también, pero esto no impide que la visitemos.

—¿A la ciudadana Dixmer? dijo uno de los granaderos aprovechando la ocasión de lucir un retruécano de tan mal género.

—No, dijo Lorin, a su habitación solamente.

—Entonces, dijo Mauricio, dejadme pasar el primero.

—Pasa, dijo Lorin, tú eres el capitán y te corresponde este derecho de preferencia.

Dos hombres quedaron de centinela en la pieza que se acababa de registrar, y Mauricio se aproximó a la puerta de la alcoba de Genoveva, donde iba a entrar por la vez primera. Su corazón latía con violencia. La llave estaba puesta en la puerta, pero al poner en ella la mano, vaciló Mauricio.

—¿Qué es eso? dijo Lorin, ¿por qué no abres?

—¿Y si está acostada la ciudadana Dixmer? preguntó Mauricio.

—Registraremos su lecho, debajo del lecho, su chimenea y sus armarios, dijo Lorin, y si nada hallamos, le daremos las buenas noches y nos retiraremos.

—No tal, dijo el agente de policía, lo que haremos será prenderla, porque la ciudadana Genoveva Dixmer es un aristócrata reconocida como cómplice de la hija de Tison y del caballero de Casa-Roja.

—Entonces abrid, dijo Mauricio soltando la llave, yo no prendo a mujeres.

El agente miró a Mauricio de reojo y los granaderos murmuraron entre sí.

—¡Hola! ¡hola! dijo Lorin, ¿murmuráis? pues murmurad de los dos, porque yo también soy del dictamen de Mauricio.

El hombre gris cogió la llave, abrió la puerta y los soldados entraron precipitadamente en la habitación. Dos bujías ardían

sobre una mesa; pero el aposento de Genoveva estaba vacío como el del caballero de Casa-Roja.

—¡No hay nadie! exclamó el agente de policía.

—¡Nadie! repuso Mauricio poniéndose pálido. ¿Pues dónde está ella?

Lorin miró a Mauricio con asombro.

—Busquemos bien por todas partes, dijo el agente.

Y acompañado de los milicianos, se puso a registrar toda la casa desde las piezas de la fábrica hasta las cuevas.

Apenas volvieron la espalda, cuando Mauricio, que los había seguido con la vista y lleno de impaciencia, entró precipitadamente en la habitación, abriendo de nuevo los armarios y llamando a grandes voces a Genoveva, pero como esta no le contestara, se puso a registrar con una especie de frenesí toda la casa.

De repente se oyó un gran ruido, y muchos hombres armados se presentaron en la puerta, dieron la consigna al centinela, invadieron el jardín, y se diseminaron por toda la casa. A la cabeza de este refuerzo brillaba el plumaje ahumado de Santerre.

—¿Dónde está el conspirador? preguntó a Lorin.

—¿Cómo que dónde está el conspirador?

—Sí, ¿dónde le tenéis?

—Eso mismo te iba a preguntar: si tu destacamento ha guardado bien las salidas, debe haberse apoderado de su persona, porque cuando hemos entrado en la casa ya no estaba en ella.

—¡Qué dices!… exclamó el general furioso, ¿le habréis dejado escapar?

—No hemos podido dejarle escapar, porque no le hemos cogido nunca.

—Pues no lo entiendo, dijo Santerre, y cada vez estoy más absorto.

—¿De qué?

—De lo que me habéis enviado a decir con vuestro emisario.

—¿Por ventura hemos enviado a alguno?

—Sí por cierto. Un hombre vestido de negro, con anteojos verdes, el cual nos dijo de parte vuestra, que teníais cercado a Casa-Roja; pero que se defendía como un león, y por eso he venido corriendo.

—¿Un hombre vestido de negro con anteojos verdes? repitió Lorin.

—Así es, y por más señas llevaba una mujer del brazo.

—¿Joven y bonita? exclamó Mauricio acercándose al general.

—Sí.

—¡Era él y la ciudadana Dixmer!

—¿Quién es él?

—Casa-Roja… ¡oh! ¡soy un miserable en no haber muerto a ambos!

—No tengas cuidado, ciudadano Lindey, dijo Santerre, pues se les echará el guante.

—¿Pero cómo diablos les habéis dejado escapar? preguntó Lorin.

—¡Pardiez! les he dejado pasar, respondió Santerre, porque tenían la consigna.

—¿Tenían la consigna? exclamó Lorin; entonces hay algún traidor entre nosotros.

—No, Lorin; se os conoce demasiado para creer que ninguno de vosotros sea traidor.

Lorin miró a su alrededor para buscar al traidor, y se encontró con la frente sombría de Mauricio.

—¿Qué significa esto? dijo entre sí.

—Este hombre no puede estar muy lejos: escudriñemos las cercanías, y tal vez haya caído en manos de alguna patrulla más hábil que nosotros, y que no se haya dejado engañar.

—Sí, sí, busquémosle, dijo Lorin; y agarrando a Mauricio del brazo le sacó fuera del jardín so pretexto de buscar al caballero.

—Sí, busquémosle, dijeron los soldados: pero antes…

Y uno de ellos echó un hachón en un cobertizo todo lleno de leña.

Mauricio no opuso ninguna resistencia, y siguió a Lorin como un niño: llegaron al puente sin hablar palabra; detuviéronse allí, y Mauricio volvió la cabeza.

El cielo aparecía de color de fuego en el horizonte del arrabal, y se veía subir numerosas chispas por encima de las casas.

XXXII. El juramento

Mauricio se estremeció, y tendiendo la mano hacia la calle vieja de San Jacobo, dijo:

—¡Fuego! ¡fuego!

—Sí, fuego; ¿y qué tenemos con eso? dijo Lorin.

—¡Dios mío, si hubiese vuelto!

—¿Quién?

—Genoveva.

—La mujer de Dixmer, ¿no es esto?

—Sí.

—No, no temas que vuelva, porque no se habrá escapado para volver.

—Lorin, necesito encontrarla, necesito vengarme.

—¡Oh! ¡oh! dijo Lorin.

—Tú me ayudarás a buscarla, ¿no es verdad, Lorin?

—¡Pardiez! no creo que sea difícil hallarla.

—¿Cómo?

—De un modo muy sencillo: si, como creo, te interesas por la suerte de la ciudadana Dixmer, debes conocerla, y conociéndola, debes saber cuáles son sus amigos y las casas que más frecuentaba; porque de fijo no habrá salido de París. Sin duda se ha refugiado en casa de alguna amiga íntima, y mañana recibirás por medio de alguna rosa un billete concebido poco más o menos en estos términos:

Si Marte quiere ver a Citerea,
Que entre las sombras de la noche sea.

Y luego: que se presente al portero de la casa de tal calle y tal número, y pregunte por Mme. tres estrellas y nada más.

Mauricio se encogió de hombros, porque sabía muy bien que Genoveva no tenía casa donde refugiarse.

—¡Estoy seguro de no encontrarla!

—¿Me permites que te diga una cosa, Mauricio? dijo Lorin.

—¿Cuál?

—Que nada perderíamos con no encontrarla.

—¡Ah! me moriría, Lorin.

—¡Diablo! dijo el joven, ¿con que ese es el amor por el que has estado a punto de hacer una calaverada?

—Sí, respondió Mauricio.

Lorin reflexionó un instante y añadió:

—Son las once, Mauricio: el barrio está desierto, y aquí hay un banco de piedra que parece hecho a propósito para que se sienten dos amigos. Concédeme una audiencia particular, como se decía bajo el antiguo régimen, y te doy mi palabra de que no hablaré más que en prosa.

—Habla, dijo Mauricio sentándose en el banco, e imitándole Lorin.

—Escucha, querido amigo, sin exordio, sin perífrasis, sin comentario; nos perdemos absolutamente, o mejor dicho, tú nos pierdes.

—¿Cómo? preguntó Mauricio.

—Existe, querido amigo, cierto decreto del comité de salud pública que declara traidor a la patria a cualquiera que tenga relaciones con sus enemigos. ¿Conoces tú este decreto?

—Sí.

—Pues bien; me parece que tienes todo lo que el decreto dice para que se tenga por traidor. ¿Qué respondes?

—¡Lorin!…

—Hijo, no hay escape, a no ser que mires como idólatras de la patria a los que dan mesa y lecho al caballero de Casa-Roja, el cual no es un exaltado republicano, ni está acusado como cómplice de las jornadas de setiembre. De todo esto resulta que has sido un poco más amigo que lo que debías ser de la enemiga de la patria. Vamos, no te vayas a sublevar; porque eres como el gigante Encélado, capaz de conmover una montaña cuando te mueves. Te lo repito, no te subleves, y confiesa buenamente que no eres muy celoso republicano.

Aunque Lorin pronunció estas palabras con toda la dulzura posible, Mauricio protestó contra ellas con un ademán que su interlocutor aparentó no haber visto, y prosiguió su discurso diciendo:

—Si estuviésemos en una de esas temperaturas de invernaderos en que el termómetro no marcase más que 16 grados, te diría: querido Mauricio, esto que haces es galante, es lo que debes hacer, es preciso y es muy bueno ser de tiempo en tiempo un poco aristócratas. Pero ahora desgraciadamente estamos en una temperatura de 35 a 40 grados de calor: el que no tiene este calor es frío; el que es frío es sospechoso, y cuando uno se hace sospechoso, eres demasiado entendido, Mauricio, para no saber la suerte que le aguarda.

—Pues bien, que me maten, y todo acabará de una vez, exclamó Mauricio; así como así estoy cansado de la vida.

—Sí, desde hace un cuarto de hora, dijo Lorin; pero, amigo mío, no estamos en el caso de dejarte hacer locuras; además, cuando uno muere en este tiempo, es preciso que muera republicano, y tú morirías aristócrata.

—Me parece que vas muy allá, querido amigo, dijo Mauricio, cuya sangre principiaba a inflamarse con el dolor y la impaciencia que resultan de una mala acción.

—Pues todavía iré más allá; porque te prevengo que si te haces aristócrata…

—¿Me denunciarás?

—No, pero te encerraré en una cueva, te haré pregonar después como un objeto perdido, y después diré por todas partes que, sabiendo los aristócratas lo que les reservabas, te han secuestrado, martirizado y muerto de hambre; de suerte que cuando se te encuentre, como al preboste Elías de Beaumont, Mr. Latude y otros, serás coronado de flores públicamente por las verduleras y traperas de París. Apresúrate a ser un Arístides si no quieres ver tu pleito mal parado.

—Lorin, Lorin, conozco que tienes razón; pero me veo arrastrado a una pendiente resbaladiza. ¿Me culparás acaso de que la fatalidad me arrastre por ella?

—Yo no te culpo; pero me quejo de ti. Recuerda un poco las escenas entre Pílades y Orestes, y verás cómo la amistad no es

más que una paradoja, puesto que aquellos dos amigos modelos estaban disputando desde la mañana hasta la noche.

—Lorin, lo mejor que puedes hacer es abandonarme.

—Jamás.

—Entonces déjame amar y ser loco a mi gusto, ser criminal tal vez; porque conozco que si vuelvo a verla, soy capaz de matarla.

—Lo que harás será arrodillarte delante de ella. ¡Mauricio enamorado de una aristócrata! Jamás lo hubiera creído. Te sucede lo mismo que al pobre Osselin con la marquesa de Charry.

—Basta por Dios, Lorin.

—Mauricio, me prometo curarte, o el diablo me lleva. No quiero que ganes a la lotería de la santa guillotina, como dice el tendero de la calle de los Lombardos. Creo que vas a exasperarme hasta el punto de convertirme en un antropófago: Mauricio experimento cierta necesidad de pegar fuego a la isla de San Luis. Dame una antorcha, un hachón.

Pero no, trabajo inútil:
¿A qué demandarte fuego,
Cuando con el tuyo sobra
Para arder el mundo entero?

Mauricio se sonrió a pesar suyo y le dijo:

—¿No habías prometido hablar solo en prosa?

—Es que me exasperas con tus locuras; es que… Mira, Mauricio, vamos a beber; vamos a achisparnos, hagamos mociones y estudiemos la economía política; pero por amor de Júpiter no nos enamoremos, no amemos más que a la libertad.

—O a la razón.

—¡Es verdad! la diosa te da muchas expresiones, y dice que eres un mortal encantador.

—¿Y no tienes celos de mí?

—Mauricio, soy capaz de hacer los mayores sacrificios para salvar a un amigo.

—Gracias, pobre Lorin, agradezco tu generosidad; pero el mejor consuelo es saturarme con mi propio dolor. Adiós, Lorin, ve a ver a Artemisa.

—¿Y tú adónde vas?

—A mi casa.

Y Mauricio dio algunos pasos hacia el puente.

—¿Pues qué vives ahora por la calle vieja de San Jacobo?

—No, pero quiero ir por allá.

—¿Para ver siquiera por otra vez los sitios que habitaba tu inhumana?

—Para ver si ha ido adonde sabe que la espero. ¡Oh! ¡Genoveva! ¡Genoveva! no te hubiera creído capaz de traición semejante.

—Mauricio, he aquí lo que decía un tirano que conocía bien el bello sexo, como que murió por haberle amado demasiado:

La mujer siempre varía:
Loco quien de ella se fía.

Mauricio lanzó un suspiro, y los dos amigos volvieron a tomar el camino de la calle de San Jacobo.

A medida que los dos amigos se aproximaban, distinguían un gran ruido, veían aumentarse la luz y oían esos cánticos patrióticos que en medio del día, bajo la atmósfera del combate, hubieran podido pasar por himnos heroicos, pero que por la noche, a la luz del incendio, tenían el lúgubre acento de una orgía de caníbales.

—¡Oh Dios mío! exclamó olvidándose de que Dios estaba abolido.

Lorin le miraba sin hablar palabra y decía en voz baja:

Nadie puede ser prudente
Cuando amor su pecho siente.

Todo París se dirigía al parecer hacia el teatro de los acontecimientos que acabamos de referir, de suerte que Mauricio se vio obligado a atravesar una espesa fila de bayonetas, la de los seccionistas, y las apiñadas masas de un populacho, siempre furioso, que en aquella época corría aullando de espectáculo en espectáculo. A medida que se aproximaban, mas en su impaciencia furiosa apresuraba el paso Mauricio. Seguíale con trabajo Lorin, pero le quería demasiado para dejarlo solo en tales circunstancias.

Casi todo estaba ya terminado; el fuego se había comunicado desde el cobertizo donde el soldado había arrojado la tea encendida, hasta los talleres construidos de planchas que dejaban porción de aberturas para la circulación del aire; las mercancías habían sido todas quemadas, y ya principiaba a arder la casa.

—¡Dios mío, dijo Mauricio para sí, si habrá vuelto, si se hallará en alguna habitación cercada por las llamas, esperándome y llamándome!… y medio loco de dolor, se precipitó hacia la puerta que entreveía envuelta en humo, seguido por Lorin, que le hubiera acompañado hasta los mismos infiernos.

El techo estaba ya ardiendo, y el fuego se comunicaba a la escalera.

Mauricio visitó todo el piso principal, los salones, la alcoba de Genoveva, la del caballero de Casa-Roja y los corredores, gritando con voz alterada:

—¡Genoveva! ¡Genoveva!

Nadie contestó.

Al volver los dos amigos a la primera pieza vieron bocanadas de humo y fuego que comenzaban a entrar por la puerta, y Mauricio, a pesar de los gritos que le daba Lorin enseñándole la ventana, atravesó por el medio de las llamas. En seguida corrió hacia la casa, atravesó sin detenerse el patio obstruido

de muebles rotos, recorrió el comedor, el salón de Dixmer, el gabinete del químico Morand, todo esto lleno de humo, de fragmentos y de vidrios rotos; el fuego acababa también de atacar esta parte de la casa y comenzaba a devorarlo; pero Mauricio hizo aquí lo que acababa de hacer en el pabellón, no dejó una pieza ni un corredor que no recorriese y examinase, bajando hasta las cuevas por si acaso se había refugiado en ellas Genoveva. Pronto vio frustradas sus esperanzas. Las cuevas, como el resto de la casa, estaban desiertas.

—¡Diablo! exclamó Lorin, no sé quién pueda esperarnos aquí, como no sean las salamandras, y no creo que sea este animal fabuloso el que buscas. Vamos, ven; preguntaremos a los que están en la calle: acaso habrá alguno que la haya visto.

Muchas fuerzas reunidas hubieran necesitado para sacar a Mauricio de la casa, si la esperanza que le alentaba no le hubiese arrastrado de un solo cabello.

Entonces empezaron las investigaciones registrando las cercanías, reconociendo todas las mujeres que pasaban, escudriñando todos los rincones; pero todo fue en balde. Era ya la una de la mañana, y Mauricio a pesar de su fuerza atlética, se vio en la precisión de tener que renunciar a sus correrías y a sus continuos conflictos con la multitud, porque estaba extenuado de fatiga.

Casualmente pasaba entonces un fiacre y le detuvo Lorin.

—Querido, dijo a Mauricio, hemos hecho todo lo que es humanamente posible para encontrar a tu Genoveva, hasta el punto de estar derrengados, chamuscados, y casi tullidos por ella; por más exigente que sea Cupido, no puede pedir más de un enamorado, y sobre todo uno que no lo está. Subamos a este fiacre, y volvamos a nuestras respectivas casas.

Mauricio no respondió una palabra, y por consiguiente Lorin le acompañó hasta dejarle en su casa, sin que en todo el camino hubiesen desplegado los labios.

En el momento en que se apeaba Mauricio, oyeron cerrarse una ventana de su habitación.

—¡Hola! dijo Lorin, alguien le espera, y esto me tranquiliza. Llama.

Llamó Mauricio y abrieron la puerta.

—Buenas noches, dijo Lorin; espérame para salir juntos mañana por la mañana.

—Buenas noches, contestó maquinalmente Mauricio.

Cerrose la puerta, y en las primeras gradas de la escalera encontró a su oficioso. Cuando este le vio, exclamó:

—¡Ciudadano Lindey, qué inquietud nos has causado!

La palabra *nos* llamó vivamente la atención de Mauricio.

—¿A ti?

—Sí, y a la señorita que te espera.

—¡La señorita! dijo Mauricio de mal humor, pensando que tal vez sería alguna de sus antiguas conocidas; me alegro de que me lo hayas dicho, porque voy a acostarme a casa de Lorin.

—No hagas eso; estaba la pobrecilla a la ventana, y cuando te vio bajar del fiacre, exclamó: «¡ya está aquí!»

—¿Y qué me importa que ella me conozca si yo no quiero saber quién es? Sube y dila que se ha equivocado en venir a mi casa.

El oficioso hizo un movimiento para obedecer; pero se detuvo y dijo al joven:

—Ciudadano, muy mal haces en ello: la señorita está muy triste, y tu respuesta va a desesperarla.

—¿Pero quién es esa mujer?

—Ciudadano, no la he visto la cara; está cubierta con un manto y llora.

—¡Llora! dijo Mauricio.

—Sí; pero muy quedo, porque apenas se la oye.

—¡Conque llora! repitió Mauricio. ¡Conque hay en el mundo una mujer que se inquieta por mi ausencia hasta el punto de llorar!

Y subió lentamente detrás de su oficioso.

—Aquí está, ciudadana, aquí está, exclamó este entrando precipitadamente en la habitación.

Mauricio entró detrás de él, y vio en un rincón de la sala una mujer que se ocultaba el rostro y que se hubiera creído muerta a no ser por un gemido convulsivo que la hacía estremecer.

Hizo seña al oficioso que se marchase; este obedeció, y después de haber cerrado la puerta, corrió Mauricio hacia la joven que en aquel momento levantó la cabeza.

—¡Genoveva, exclamó, Genoveva en mi casa! ¡Estoy loco, Dios mío!

—No, estáis en vuestro sano juicio, amigo mío, respondió la joven. Prometí ser vuestra si salvabais al caballero de Casa-Roja. Le habéis salvado y aquí estoy.

Mauricio no comprendió el sentido de estas palabras; dio un paso hacia atrás, y mirando con aire triste a la joven; la dijo dulcemente:

—¡Genoveva! ¿no me amáis?

Los ojos de Genoveva se cubrieron de lágrimas, volvió la cabeza, y apoyándose en el respaldo del sofá, prorrumpió en sollozos.

—¡Ah! dijo Mauricio, ya veis cómo no me amáis y no solo no me amáis, Genoveva, sino que debéis experimentar cierto odio contra mí, cuando os desesperáis de ese modo.

Pronunció Mauricio con tanta exaltación y dolor estas últimas palabras, que se levantó Genoveva y le cogió la mano.

—¡Dios mío! exclamó, ¿será siempre egoísta el hombre que consideraba más digno de ser amado?

—¡Egoísta yo! Genoveva, ¿qué queréis decir?

—¿Luego no comprendéis lo que sufro? Mi esposo fugitivo, mi hermano proscripto, mi casa reducida a cenizas… ¡y todo esto en una noche! y ¡además la horrible escena entre vos y el caballero!

Mauricio la escuchaba con encanto, porque era imposible, aun al hombre más locamente enamorado, no admitir que semejantes emociones acumuladas pudieran producir el estado de dolor en que Genoveva se hallaba.

—¿Con que al fin habéis venido? exclamó Mauricio con vehemencia; ¡oh! ahora ya no volveréis a separaros de mí.

Genoveva se estremeció.

—¿Adónde había de haber ido? respondió la joven con amargura. ¿Tengo por ventura otro asilo, otro abrigo ni otro protector más que el que me ha puesto un precio a su protección? ¡oh! furiosa y loca he atravesado el puente Nuevo, y al pasar me paré para ver el agua sombría que zumbaba en los ángulos de los arcos, y que me atraía y fascinaba. Aquí, decía para mí, aquí, pobre mujer, está tu reposo, aquí encontrarás un abrigo y el olvido eterno.

—¡Genoveva, Genoveva! exclamó Mauricio, ¿con que habéis dicho eso?… ¿Luego me amáis?

—Ya lo he dicho, respondió Genoveva en voz baja.

Mauricio respiró y se dejó deslizar muellemente a sus pies.

—Genoveva, murmuró, no lloréis; puesto que me amáis, consolaos de todos vuestros dolores. Decidme, en nombre del cielo, que no son la violencia ni las amenazas las que os han traído aquí; decidme que al veros sola y sin asilo hubierais venido a buscarme; decídmelo, quedáis libre del juramento que os he obligado a hacer.

—¡Dios mío! dijo la joven mirando al cielo; os doy gracias, porque al fin es generoso.

—Escuchadme, Genoveva, dijo Mauricio: Dios, a quien se arroja aquí de sus templos, pero a quien no puede arrojarse de los corazones donde ha puesto el amor, Dios ha hecho esta noche lúgubre en apariencia, pero en el fondo esplendente en glorias y felicidades, Dios os ha conducido a mi casa: Dios quiere recompensar todos nuestros sufrimientos, todas las virtudes que hemos desplegado combatiendo ese amor que parecía ilegítimo, como si un sentimiento tan largo tiempo puro y siempre tan profundo pudiera ser un crimen. No lloréis, Genoveva, estáis en casa de un hermano, que no osará besar vuestro vestido, y que a una señal vuestra se alejará de vuestra presencia, quedando vos tan libre y tan segura como una virgen en una iglesia. Pero, si por el contrario, Genoveva mía, os acordáis de que os he amado tanto, que he estado a punto de morir, que por este amor, que podéis hacer o fatal o feliz, he hecho traición a los míos, que me he hecho odioso y vil a mí mismo; si queréis pensar en toda la felicidad que el porvenir nos reserva; en la fuerza y en la energía que hay en nuestra juventud y en nuestro amor para defender esta felicidad contra cualquiera que intente atacarla, ¡oh! en ese caso, Genoveva, tú, que eres un ángel de bondad y dulzura, no podrás menos de hacer feliz a un hombre que ya no aborrece la vida y desea otra dicha que tu amor. ¡Ay! en vez de rechazarme, sonríeme, Genoveva mía, déjame apoyar tu mano sobre mi corazón, inclínate hacia el que quiere atraerte con todo su poder con todos sus votos, con toda su alma. Genoveva, amor mío, vida mía, Genoveva, no rompas ya tu juramento.

El corazón de la joven se inclinaba a estas dulces palabras; la languidez del amor, la fatiga de los padecimientos agotaban ya sus fuerzas, las lágrimas no asomaban a sus ojos, y sin embargo los sollozos levantaban todavía su pecho abrasado.

Mauricio comprendió que Genoveva no tenía ya valor para resistir, y la cogió entre sus brazos. Entonces ella dejó caer su

cabeza sobre el hombro de Mauricio, y desatándose sus largos cabellos, cubrieron el encendido rostro de su amante.

Al mismo tiempo sintió palpitar su pecho, levantado todavía como las olas después de la tempestad.

—¿Lloras, Genoveva, le dijo con profunda tristeza, lloras? ¡Oh! tranquilízate. No, no, jamás impondré el amor a un dolor desdeñoso. Jamás mis labios se mancharán con un beso que envenene una sola lágrima de arrepentimiento.

Y Mauricio aflojó el lazo vivo de sus brazos, separó su frente de la de Genoveva, y se volvió con lentitud, pero de improviso y por una de esas reacciones tan naturales a la mujer que se defiende y que desea ser vencida defendiéndose, Genoveva echó sus brazos trémulos al cuello de Mauricio, le estrechó con violencia y acercó su mejilla fría y húmeda todavía con las lágrimas a la abrasada mejilla del joven.

—¡Oh! exclamó, no me abandones, Mauricio, que eres el único protector que me queda en este mundo.

XXXIII. La mañana siguiente

Un hermoso sol que penetraba por las persianas venía a dorar las hojas de tres grandes rosales que Mauricio tenía en su balcón.

Aquellas flores tanto más preciosas, cuanto que principiaba a huir el buen tiempo, embalsamaban una salita que servía de comedor, sumamente aseada, en la que acababan de sentarse Mauricio y Genoveva a una mesa servida sin profusión pero con elegancia.

La puerta estaba cerrada, y en la mesa había todo lo que los convidados podían apetecer, lo cual significaba claramente

que se servían a sí mismos.

El calor y la vida de los últimos hermosos días entraban por entre las tablillas entornadas de la celosía y hacían brillar como el oro y la esmeralda las hojas de los rosales acariciados por el sol.

Genoveva dejó caer sobre su plato una manzana que sostenía con los dedos, y pensativa y sonriéndose solo con los labios, mientras que sus grandes ojos languidecían en la melancolía, permaneció así silenciosa, inerte y embargada, aunque viva y feliz al sol del amor, como lo estaban aquellas hermosas flores al sol del cielo.

Pronto sus ojos buscaron los de Mauricio, y los hallaron fijos en ella; también él la miraba y meditaba.

Entonces Genoveva apoyó su brazo dulce y blanco sobre el hombro del joven, que no pudo menos de estremecerse, y en seguida se reclinó sobre su cabeza, con esa confianza y ese abandono que solo el amor inspira.

Genoveva le miraba sin hablarle y mirándole se cubría de rubor.

Mauricio no tenía que hacer otra cosa que inclinar ligeramente la cabeza para apoyar sus labios sobre los labios entreabiertos de su amada. Inclinó la cabeza: Genoveva palideció, y cerráronse sus ojos como los pétalos de la flor que cierra su cáliz a los rayos de la luz.

Hallábanse así adormecidos con su extraña felicidad, cuando el ruido agudo de la campanilla vino a sacarles de su delicioso éxtasis.

El oficioso entró, y cerrando misteriosamente la puerta, dijo:

—Es el ciudadano Lorin.

—¡Ah! voy a despedirle; perdona, Genoveva, pronto vuelvo.

Genoveva le detuvo.

—¡Despedir a vuestro amigo! ¡A un amigo que os ha consolado, ayudado y sostenido! Así como no quiero que arrojéis de vuestro corazón a un amigo como este tampoco quiero que le echéis de vuestra casa. Mauricio, decidle que entre.

—¡Cómo! permitís… dijo Mauricio.

—Lo quiero, contestó Genoveva.

—¡Ah! exclamó Mauricio, mereces que te idolatre.

Mauricio abrió la puerta, y Lorin entró con su traje de medio currutaco: cuando vio a Genoveva manifestó una sorpresa, seguida de un respetuoso saludo.

—Ven, Lorin, dijo Mauricio, y mira a la ciudadana; amigo, estás destronado, y eso que hubiera dado por ti mi vida; pero por ella he dado mi honor.

—Ciudadana, respondió Lorin con un tono serio que revelaba una emoción muy profunda, haré cuanto pueda por amar a Mauricio más que vos, para que no deje de amarme enteramente.

—Sentaos, dijo Genoveva sonriéndose.

—Sí, siéntate, dijo Mauricio, que habiendo estrechado a su derecha la mano de su amigo y a la izquierda la de su amada, acababa de llenarse el corazón de toda la felicidad que un hombre puede ambicionar sobre la tierra.

—¿Con que ya no quieres ni morir ni dejarte matar?

—¿Qué dices? preguntó Genoveva.

—¡Qué animal tan voluble es el hombre, continuó Lorin, y qué bien hacen los filósofos en despreciar su ligereza! ¿Cómo creeréis que ayer quería tirarse al fuego, al agua, y hacer una porción de tonterías, porque decía que no había felicidad en el mundo para él, y hoy le encuentro alegre, satisfecho, con la sonrisa en los labios, la felicidad en la frente, la vida en el corazón, mano a mano con una mujer bonita y una mesa bien

provista? Verdad es que no come; pero esto no prueba que sea desgraciado.

—¿Con qué quería hacer todo eso? preguntó Genoveva.

—Todo eso y mucho más: os lo contaré otro día pero por el pronto tengo mucha hambre. Mauricio tiene la culpa, que me hizo correr ayer tarde todo el barrio de Santiago. Ya que ni uno ni otro tocáis a vuestro desayuno, dejadme a mí que le haga los honores.

—Tienes razón, dijo Mauricio con una alegría infantil; yo no he comido nada y vos tampoco, Genoveva.

Y al pronunciar este nombre guiñó el ojo a Lorin; pero este ocupado en cortar un buen trozo de jamón no se dio por entendido, exclamando solamente:

—¡Magnífico pernil!

—¿Habías adivinado que era ella? le preguntó Mauricio.

—¡Soberbio jamón! replicó Lorin por toda respuesta.

—También tengo yo gana, dijo Genoveva alargando el plato.

—Lorin, dijo Mauricio, ayer noche me sentía malo.

—Estabas más que enfermo, pues estabas loco.

—Pues bien creo que hoy estás tú enfermo.

—¿Por qué?

—Porque no haces versos.

—En eso estaba pensando ahora mismo, dijo Lorin.

Cuando el rubicundo Apolo
Entre las gracias se sienta,
Festivo, risueño, alegre,
Jamás la cítara suelta.

Pero si incauto de Venus
Sigue las huellas funestas,

Entonces pierde la lira,
Y hasta su razón con ella.

—¡Magníficos versos! dijo Mauricio riendo.

—Me alegro de que te gusten; pero pasemos a hablar de cosas menos alegres.

—¿Pues qué hay?

—Que dentro de poco voy a estar de guardia en la Conserjería.

—¡En la Conserjería! ¡Dónde está la reina! exclamó Genoveva.

—Creo que sí, señora.

Genoveva se puso pálida, Mauricio frunció el ceño e hizo una seña a Lorin. Este cortó una nueva loncha de jamón, doble que la primera.

La reina había sido conducida efectivamente a la Conserjería adonde vamos a seguirla.

XXXIV. La Conserjería

En el ángulo del puente de Change y del muelle de las Flores se ven los restos del viejo palacio de San Luis, llamado por excelencia el palacio, como Roma se llama la ciudad, y que continúa guardando aquel nombre soberano aun desde que únicamente se ve ocupado por litigantes, por jueces y alguaciles.

Aquella sombría casa de la justicia hace temer más que amar a la austera diosa. En aquel estrecho espacio se ve todo el aparato y todos los atributos de la venganza humana. Allí se ven las salas donde están los detenidos, más allá se los

juzga, y más bajo están los calabozos donde se les encierra cuando son condenados; a la puerta el lugar donde se les marca con el hierro candente e infamante; en fin, a ciento cincuenta pasos de la primera, la otra plaza donde son ejecutados; es decir, la Greve, donde se termina la obra comenzada en el palacio.

Toda aquella parte de edificios contiguos unos a otros, tétricos, llenos de estrechas ventanas con rejas, cuyas bóvedas parecen otras tantas bocas de cueva, y que se extienden por el muelle de las *Lunettes*, es la Conserjería.

Esta prisión tiene sus calabozos que el agua del Sena humedece con su negro fango, y en ellos salidas misteriosas por donde se conducía al río a las víctimas que se quería hacer desaparecer.

La Conserjería, proveedora infatigable del cadalso, estaba en 1793 atestada de presos que, según la costumbre de aquella época, eran condenados en una hora: el palacio de San Luis era entonces una verdadera hostería de la muerte.

Bajo las bóvedas de las puertas se veía por las noches un farol, cuya luz rojiza era la siniestra enseña de aquellos lugares.

En la víspera del día en que Mauricio, Lorin, y Genoveva almorzaban juntos, había estremecido el pavimento del muelle y los vidrios de la prisión el sordo ruido de un carruaje: de repente cesó este ruido frente a la puerta ojiva; después de haber llamado a ella los gendarmes con el puño de sus sables, se abrió la puerta, entró el carruaje en el patio, y cuando sonaron los goznes y chillaron los cerrojos, bajó de él una mujer.

Cerrose en seguida el postigo, y tres a cuatro cabezas curiosas, que se habían acercado a contemplar a la prisionera a la luz de los hachones, desaparecieron como por encanto, oyéndose algunas chanzas groseras y algunas palabras de despedida de los que se marchaban.

La persona que se apeó del carruaje, y que estaba dentro del primer postigo con los gendarmes, vio que había que atravesar otro; pero se olvidó de alzar el pie y bajar la cabeza, y se dio un violento golpe en la frente con una barra de hierro.

—¿Os habéis hecho mal, ciudadana? la preguntó uno de los gendarmes.

—No, no es cosa de cuidado, respondió la reina con la mayor tranquilidad.

Y pasó adelante sin proferir ni una queja, a pesar de que se veía por cima de su ceja la huella casi sangrienta del golpe.

No tardó en verse el sillón del conserje, sillón más respetado por los presos que lo es un trono por los cortesanos; porque el conserje es el dispensador de las gracias, y el que con sola su voluntad hace cuanto quiere.

El conserje Richard que, muy repantigado en su sillón, y como convencido de su importancia, no había tenido por oportuno levantarse, a pesar del ruido de las puertas y de las rejas, tomó un polvo de rapé, miró a la prisionera, abrió un desmesurado libro de registro, y buscó una pluma, que fue a mojar en un tintero de cuerno, en el que, petrificada la tinta en sus bordes, conservaba todavía en medio un poco de cenagosa humedad como en medio del cráter de un volcán queda siempre un poco de materia en fusión.

—Ciudadano conserje, dijo el comandante de la escolta, haced vuestras apuntaciones cuanto antes, y dadnos el recibo, porque nos está esperando el ayuntamiento.

—No tardaré mucho, dijo el conserje echando en el tintero unas gotas de vino que quedaban en el fondo de un vaso: gracias a Dios estoy acostumbrado a esto. ¿Tu nombre y apellido, ciudadana?

Y mojando la pluma en la improvisada tinta, se dispuso a escribir en el final de la hoja, porque lo demás estaba lleno, las señas de la recién llegada, mientras que de pie, y detrás del sillón del conserje, contemplaba su mujer con miradas

tiernas y con un asombro casi respetuoso aquella mujer de aspecto a la vez triste, noble y altivo a quien preguntaba su marido.

—María Antonieta, Juana, Josefa de Lorena, respondiola prisionera, archiduquesa de Austria y reina de Francia.

—¡Reina de Francia! repitió el conserje levantándose asombrado.

—¡Reina de Francia! repitió la prisionera en el mismo tono.

—Por otro nombre viuda de Capeto, dijo el jefe de la escolta.

—¿Bajo cuál de estos dos nombres debo inscribirla? preguntó el conserje.

—Bajo el que queráis, con tal que sea pronto, dijo el jefe de la escolta.

Volvió a sentarse el conserje, y con mano trémula escribió los nombres y títulos que se había dado la prisionera, inscripción de la que aún se ve la tinta rojiza en el registro, cuya hoja han roído los ratones de la Conserjería en su parte más interesante.

—¿Qué edad tenéis? volvió a preguntar el conserje.

—Treinta y siete años y nueve meses, respondió la reina.

Richard se puso a escribir, y después de las notas y fórmulas peculiares a la operación, dijo:

—Bien, ya está corriente.

—¿Y adónde llevamos a la prisionera? preguntó el jefe de la escolta.

Richard sacó su caja, tomó un polvo y miró a su mujer.

—El caso es, dijo este, que como no estábamos prevenidos no sabemos dónde colocarla.

—Toma, no nos acostaremos, pues como dice muy bien el ciudadano gendarme, una noche se pasa pronto.

—Pues buscad, dijo el comandante.

—En la cámara del consejo, dijo la mujer.

—Es muy grande, contestó Richard.

—Tanto mejor; así se podrán poner centinelas.

—Sea la cámara del consejo, dijo Richard; pero es el caso que está inhabitable por ahora, pues no tiene cama.

—Es verdad, dijo la mujer; no había pensado en ello.

—¡Bah! replicó uno de los gendarmes, mañana se le pondrá una cama; no falta tanto de aquí a mañana.

—Además, la prisionera puede pasar esta noche en nuestra habitación, ¿no es verdad? dijo el conserje a su mujer.

—¿Y nosotros?

—Entretanto hacedme el recibo.

—Corriente.

Tomó la mujer de Richard una vela encendida que había sobre la mesa, y echó a andar.

Siguiola Antonieta sin decir una palabra, pálida y tranquila como siempre, cerrando la marcha dos carceleros. Puso la mujer del conserje sábanas limpias en la cama; situáronse los carceleros en la parte exterior, y se cerró la puerta quedando sola María Antonieta.

Nadie sabe cómo pasó aquella noche, porque no tuvo más testigos que Dios.

Al día siguiente fue conducida a la cámara del consejo, pieza cuadrilátera, cuya entrada daba a un corredor de la conserjería, y que se había cortado en toda su extensión con un biombo que no llegaba al techo.

Una de las dos divisiones estaba destinada para la guardia, y la otra era la habitación de la reina.

Una reja con espesos barrotes de hierro daba luz a aquella parte del edificio. Una mampara que había sustituido a una puerta aislaba a la reina de sus guardias cerrando la abertura de en medio.

El pavimento era de ladrillos, y de la pared pendían unos pedazos de papel flordelisado que las decoró en otro tiempo.

Todo el mueblaje de la habitación real estaba reducido a una cama puesta frente a las ventanas y una silla.

Cuando entró la reina, pidió que la llevasen sus libros y su labor.

En efecto, lleváronle la *Revolución de Inglaterra*, que había empezado a leer en el Temple, los viajes del joven Anacarsis y su bordado.

Los gendarmes se instalaron en la pieza inmediata: la historia ha conservado sus nombres, como sucede siempre con los seres más ínfimos que se asocian a las grandes catástrofes, y que ven reflejar sobre ellos mismos un fragmento de esa luz que despide el rayo al romper, ora los tronos de los reyes, ora a los mismos reyes. Llamábanse Duchesne y Gilberto.

El Común había designado aquellos hombres conocidos como buenos patriotas, para que permanecieran de centinelas de vista hasta que se fallara el proceso de María Antonieta. De este modo se pensaba evitar las irregularidades casi indispensables del servicio, que variaba muchas veces al día, y se imponía a los vigilantes una responsabilidad terrible.

La reina supo desde aquel mismo día, por la conversación que oyó a sus guardianes, la medida que se había adoptado, y sintió pesar y alegría a la vez, porque si por una parte aquellos hombres debían ser muy seguros cuando los había designado el ayuntamiento entre tantos otros, reflexionaba por otro lado que tal vez podrían encontrar sus amigos de este modo más medios de corromper a los vigilantes fijos que a cien desconocidos designados por la suerte, y que no estaban cerca de ella más que un solo día.

Uno de los gendarmes fumó la primera noche antes de acostarse, según acostumbraba, y entrando el humo por las rendijas del biombo, se puso la reina enferma, en términos de sentir grandes náuseas y dolores fuertes de cabeza; pero fiel a su sistema de indomable altivez, no expresó la menor queja.

En tanto que velaba con aquel insomnio penoso que produce el dolor, creyó oír en el silencio de la noche como un gemido que venía de afuera; era un gemido lúgubre y prolongado como el zumbido que produce la tempestad cuando brama en los corredores desiertos.

Aplicando más el oído, conoció que aquel grito que tanto le había asustado era el aullido de un perro, y al momento se acordó de su pobre Black, en quien no había pensado desde que la sacaron del Temple, y a quien creyó conocer por el ladrido. Efectivamente, el pobre animal; que por demasiada vigilancia había perdido a su ama, la había seguido sin que nadie le viese hasta las rejas de la Conserjería, y si allí se había separado de ella, fue porque estuvo a punto de ser despedazado al cerrarse la pesada reja de hierro.

Pero no tardó en volver el pobre animal, y comprendiendo que su ama estaba encerrada en aquel gran sepulcro de piedra, la llamaba aullando y esperaba a diez pasos del centinela la caricia de una respuesta.

La reina contestó con un suspiro, que llamó la atención de sus carceleros; pero como no siguió a este suspiro ningún ruido en la habitación de María Antonieta, tranquilizáronse los gendarmes y volvieron a quedarse dormidos.

Al día siguiente al amanecer estaba ya la reina levantada y vestida.

Sentada cerca de la ventana por donde penetraba la luz y descendía azulada hasta sus descarnadas manos, leía en la apariencia, pero su pensamiento estaba muy distante del libro.

Abrió el gendarme Gilberto el biombo para verla; pero la reina permaneció impasible a pesar de haber oído el ruido.

Gilberto hizo señas a su camarada de que se aproximase a verla por la abertura, y le dijo, después de haber estado ambos mirando largo rato:

—¡Qué pálida está! Según lo encarnados que tiene los ojos, nadie dirá sino que ha estado llorando.

—Bien sabes, contestó Duchesne, que la viuda Capeto no llora nunca; es demasiado orgullosa para llorar.

—Pues entonces está enferma, dijo Gilberto.

Alzando después la voz, prosiguió diciendo:

—¿Estás mala, ciudadana Capeto?

Alzó la reina lentamente los ojos, y fijándolos en su interlocutor, respondió con voz llena de dulzura porque había creído notar cierto interés en el tono con que se le dirigía la pregunta.

—¿Es a mí a quien habláis, señores?

—Sí, ciudadana, a ti, contestó Gilberto, te preguntamos si estás enferma.

—¿Por qué decís eso?

—Porque tenéis los ojos muy encarnados.

—Y además, añadió Duchesne, porque estáis muy pálida.

—Gracias, señores, no estoy enferma; pero he sufrido mucho esta noche.

—Sí, tus pesares…

—No, señores; como mis pesares son siempre los mismos y la religión me ha enseñado a deponerlos al pie de la cruz, no me hacen sufrir más un día que otro; estoy enferma porque no he dormido esta noche.

—Sin duda extrañáis la habitación y la cama, dijo Duchesne.

—Verdad es que este alojamiento no es muy bueno, prosiguió Gilberto.

—Nada de eso, contestó la reina; me es indiferente que mi habitación sea esta u otra.

—¿Pues entonces, qué es?

—Sí, ¿qué es?

—Perdonad si soy bastante franca; lo que me ha incomodado ha sido ese olor de tabaco que el señor exhala todavía en este momento.

En efecto, Gilberto fumaba, lo cual era por otra parte su ocupación más habitual.

—¿Por qué no me lo has dicho, ciudadana? dijo este conmovido por la dulzura con que le hablaba la reina.

—Porque no me creía autorizada a molestaros en vuestras costumbres.

—Pues por mi parte te aseguro que no te volveré a incomodar por esta causa, porque no fumaré más; y tiró la pipa.

Marchose cerrando el biombo, y llevándose detrás a su compañero le dijo:

—Tal vez pierda la vida, si así lo decreta la Convención; pero nosotros que somos soldados y no verdugos como Simon, no debemos hacerla sufrir.

—Compañero, repuso Duchesne, es un poco aristocrático lo que haces.

—Vamos, ¿qué llamas tú aristocrático?

—Toma, yo llamo aristocrático todo lo que veja a la nación y complace a sus enemigos.

—Es decir, que según tú, soy aristócrata y vejo a la nación porque no sigo ahumando a la viuda Capeto. Mira, lo que yo he prometido es observar mi consigna, que es: «No dejar escapar a la prisionera, no permitir que nadie entre donde esté,

impedir toda correspondencia, y morir en mi puesto.» Esto es lo que he ofrecido, y lo cumpliré. ¡Viva la nación!

—Lo que yo digo no es para que te incomodes; únicamente sentiría que te comprometieses.

—Calla que llega gente.

La reina no había perdido una palabra de aquella conversación, aunque había pasado en voz baja, porque el cautiverio aguza los sentidos.

El ruido que había atraído la atención de los gendarmes eran los pasos de muchas personas que se aproximaban a la puerta.

Abriose esta, y entraron el conserje, dos municipales, y algunos carceleros.

—¿Y la prisionera? preguntaron.

—En su habitación, respondieron los gendarmes.

—¿Cómo está alojada?

—Miradlo.

Y llamó en el biombo.

—¿Qué queréis? preguntó la reina.

—Es la visita del Común, ciudadana Capeto.

—Este hombre es bueno, dijo para sí María Antonieta, y si mis amigos quieren…

—Está bien, está bien, dijeron los municipales separando a Gilberto y entrando en la habitación de la reina; no hay necesidad de tantas ceremonias.

La reina no levantó la cabeza, y por su impasibilidad se hubiera podido creer que no había visto ni oído nada de lo que acababa de pasar, y que creía hallarse todavía sola.

Los delegados del Común examinaron todos los rincones de la habitación, escudriñaron las paredes, la cama, las barras de

la ventana que daba al patio de las mujeres, y después de encargar la mayor vigilancia a los gendarmes, salieron sin haber dirigido la palabra a María Antonieta, y sin apercibirse esta al parecer de su presencia.

XXXV. La sala de los Pasos-Perdidos

Al terminar el día en que hemos visto a los municipales visitar con tanta prolijidad la prisión de la reina, se paseaba por la gran sala, llamada filosóficamente de los Pasos-Perdidos un hombre vestido con una carmañola gris, cuya cabeza poblada de cabellos negros, tan espesos y tan fuertes como la crin de un caballo, cubría una de esas gorras de piel que distinguían entonces entre el pueblo a los patriotas exaltados. Paseábase, como hemos dicho, aquel hombre con cierto aire de solemnidad, mirando con la mayor atención a todos los curiosos que de ordinario llenaban aquella sala en una época en que nadie litiga más que para disputar su cabeza a los verdugos y a su proveedor infatigable, el ciudadano Fouquier-Tinville.

Imponente por demás era la actitud que había tomado el hombre cuyo retrato acabamos de bosquejar. Recuerde el lector que en aquella época estaba dividida la sociedad en dos clases: en lobos y en corderos: los unos debían naturalmente infundir miedo a los otros, puesto que la mitad de la sociedad devoraba a la otra mitad.

Nuestro feroz paseante era de baja estatura, y blandía con una mano sucia y negra uno de esos garrotes llamados *constituciones*: verdad es que la mano que manejaba aquella arma terrible hubiera parecido muy pequeña a cualquiera que se hubiese entretenido en hacer respecto de aquel extraño personaje el papel de inquisidor, que él se había abrogado res-

pecto de los demás, pero nadie se hubiera atrevido a fiscalizar a hombre de aspecto tan terrible.

En efecto, el hombre de garrote principiaba a excitar cierta grave inquietud en algunos grupos de memorialistas que disertaban sobre la cosa pública, que iba de mal en peor, o de mejor en mejor, según se examinara la cuestión bajo el punto de vista conservador o revolucionario, aquellas buenas gentes examinaban a hurtadillas su larga barba negra, sus ojos verdosos sepultados entre cejas ásperas y pobladas como brochas, y se estremecían cada vez más que el formidable patriota se aproximaba a ellos en su paseo, que abarcaba la sala de los Pasos-Perdidos en toda su longitud.

Procedía principalmente este terror de que siempre que se habían atrevido a acercarse a él, y aun a admirarle con demasiada atención, había hecho resonar sobre las baldosas su arma pesada, arrancando a las piedras sobre que caía un ruido a veces sordo y hueco y otras sonoro y vibrante. Empero no eran solamente los curiales de que hemos hablado, y que se designaban generalmente con el nombre de ratones del palacio, los que experimentaban aquella terrible impresión, sino también los diferentes individuos que entraban en la sala de los Pasos-Perdidos por su ancha puerta o por alguno de sus estrechos boquetes, y que pasaban con precipitación al ver al hombre del garrote, el cual continuaba su paseo de uno a otro extremo de la sala, hallando a cada instante un pretexto para hacer resonar su bastón en el suelo.

Si los curiales hubiesen tenido menos miedo y los paseantes hubieran fijado la atención, habrían observado sin duda que nuestro patriota, caprichoso como todas las naturalezas excéntricas o extremadas, daba la preferencia a ciertas y determinadas baldosas, tales como las a poca distancia de la pared de la derecha, y casi en medio de la sala, que situadas producían los sonidos más puros y vibrantes.

Por último, terminó por concentrar toda su furia solo sobre algunas losas, principalmente del centro. Hasta se olvidó de sí

mismo un momento y de su aire feroz como para medir con la vista una distancia; pero al momento volvió a su primer estado.

Casi al mismo tiempo, otro patriota (en aquella época cada uno llevaba la opinión escrita en la frente, o por mejor decir en el vestido), casi al mismo tiempo, decimos, entraba otro patriota por la puerta de la galería, y sin participar del terror que inspiraba el primero, se puso también a pasear, con un paso casi igual al suyo, de suerte que se encontraron los dos a la mitad de la sala.

El recién llegado llevaba puesta como el otro una gorra de piel, una carmañola gris, tenía las manos sucias y un bastón; llevaba además un sable, en lo que aventajaba a su compañero. Pero lo que le hacía más terrible era cierto aire falso, odioso y grosero.

A la primera vuelta se contentaron los dos patriotas con cambiar una mirada que hizo palidecer ligeramente al primero, notándose en el movimiento involuntario de sus labios que aquella palidez era ocasionada, no por un sentimiento de miedo, sino de disgusto.

Sin embargo, a la segunda vuelta como si el primer patriota hubiese hecho un violento esfuerzo sobre sí mismo, asomó a sus labios cierta sonrisa, e inclinó su paso a la izquierda con el objeto evidente de detener a su compañero en el suyo.

Casi al llegar al centro se encontraron.

—¡Pardiez! dijo el primer patriota; es el ciudadano Simon.

—¡El mismo! ¿pero qué quieres al ciudadano Simon? Y ante todas cosas ¿quién eres tú?

—¡Hazte el desconocido!

—No te conozco por la sencilla razón de que no te he visto nunca.

—Pues qué ¿no conoces al que tuvo el honor de llevar la cabeza de la Lamballe?

—¿Fuiste tú? dijo Simon estremeciéndose al oír el tono de furor con que fueron pronunciadas aquellas palabras.

—¡Toma! ¿qué tiene eso de extraño? Siento mucho que conozcas tan poco a tus amigos.

—Lo que hiciste está muy bien hecho, dijo Simon; pero no te conocía.

—Quiere decir que es mejor guardar al niño Capeto, pues de ese modo está uno más en evidencia, y por eso te conozco y te estimo.

—Gracias…

—No hay de qué… Parece que has venido aquí a pasearte.

—¿Con qué has venido a dar un paseo?

—Sí, espero a cierta persona, ¿y tú?

—Yo también.

—¿Cómo te llamas? Porque quiero hablar de ti en el club.

—Me llamo Teodoro.

—¿Qué más?

—Nada más; ¿no te basta el nombre?

—Sí por cierto. ¿Y a quién esperas, ciudadano Teodoro?

—A un amigo para hacerle una denuncia.

—¿De qué género?

—De una camada de aristócratas.

—¿Cómo se llaman?

—No puedo decirlo más que a mi amigo.

—Mira, aquí llega un ciudadano, que lo es mío, que es demasiado práctico en la materia, y podrá servirte a las mil maravillas en tu asunto.

—¡Fouquier-Tinville! exclamó el primer patriota.

—El mismo. Buenos días, ciudadano Fouquier.

Fouquier-Tinville, pálido e impasible, acababa de llegar a la sala con el registro en la mano y los papeles debajo el brazo.

—Buenos días, Simon; ¿qué hay de nuevo?

—Muchas cosas. En primer lugar una denuncia del ciudadano Teodoro que llevó la cabeza de la Lamballe. Te lo presento.

Fouquier fijó su escrutadora y penetrante mirada en el patriota a quien turbó un momento aquel examen, a pesar de la serenidad de su carácter.

—¡Teodoro! dijo ¿quién es Teodoro?

—Yo, dijo el hombre de la carmañola.

—¿Y eres tú quien llevaste la cabeza de la Lamballe? dijo el acusador con una expresión muy pronunciada de duda.

—Yo, calle de San Antonio.

—Conozco a uno que se vanagloria de ello, contestó Fouquier.

—Y yo conozco diez; pero todos ellos te pedirán algo y yo no te pido nada, espero que me des la preferencia.

Esta ocurrencia hizo reír a Simon y desarrugó el ceño de Fouquier.

—Tienes razón y si no lo has hecho, eres muy capaz de hacerlo. Déjanos, ciudadano, porque Simon tiene algo que decirme.

Teodoro se separó un poco incomodado de la franqueza del acusador público.

—No le despidas así, dijo Simon, porque tiene que hacer una denuncia.

—¡Hola, una denuncia! dijo Fouquier con aire distraído.

—Sí, una camada de aristócratas, añadió Simon.

—Me alegro; vamos ¿de quién se trata?

—¿De quién? del ciudadano Casa-Roja y de algunos amigos;

Fouquier dio un salto hacia atrás, y Simon levantó los brazos al cielo.

—¿De veras? exclamaron.

—De veras. ¿Queréis cogerlos?

—Ahora mismo; ¿dónde están?

—Acabo de encontrar a Casa-Roja en la calle de la Grande-Truanderie.

—Te engañas, replicó Fouquier; no está en París.

—Cuando te digo que le he visto…

—Imposible: andan persiguiéndole más de cien hombres, y no es creíble que se presente en las calles.

—Pues es él, el mismo, respondió el patriota, un hombre alto, moreno, robusto y tan barbudo como un oso.

—Otra necedad, dijo Fouquier con aire desdeñoso: Casa-Roja es pequeño, delgado, y no tiene pelo de barba.

El patriota dejó caer sus brazos con aire abatido.

—No importa, un buen deseo vale tanto como una buena acción. Veamos, Simon, concluye, porque me esperan en la escribanía, y ha llegado la hora de las carretas.

—No hay nada nuevo, el niño sigue bien.

El patriota volvió la espalda, como aparentando que no quería ser indiscreto; pero en realidad para escuchar sin inspirar sospechas.

—Me marcho, dijo, puesto que os incomodo.

—Adiós, dijo Simon.

—Buenos días, añadió Fouquier.

—Di a tu amigo, prosiguió Simon, que te has engañado.

—Pues le voy a esperar.

Y separándose un poco Teodoro, se apoyó en su garrote.

—¿Con que el niño sigue bien? dijo Fouquier, ¿pero y la parte moral?

—Hago de él lo que quiero.

—¿Y habla?

—Cuando se me antoja.

—¿Creo que ya podría ser testigo en el proceso de Antonieta?

—No solo lo creo, sino que estoy seguro de ello.

Teodoro se apoyó en el pilar con los ojos fijos en la puerta; pero aquella mirada era vaga, y sus orejas salían fuera del gorro, como si no quisiese perder una palabra de la conversación.

—Reflexiónalo bien, dijo Fouquier, no vayas hacer que la Convención dé un paso en vago: ¿estás seguro de que hablará Capeto?

—Dirá todo lo que yo quiera que diga.

—¿Le has dicho lo que le íbamos a preguntar?

—Sí por cierto.

—Pues importa mucho, ciudadano Simon, que cumplas lo que prometes. La declaración del hijo será mortal para su madre.

—Ya contaba yo con eso.

—No se habrá visto cosa parecida desde las confidencias que tenía Nerón con Narciso, murmuró Fouquier con voz sombría; reflexiónalo bien, Simon.

—No parece sino que me tomas por un bruto, pues me repites siempre la misma cosa. Escucha esta comparación: ¿se pone flexible un cuero cuando se mete en el agua?

—No sé, replicó Fouquier.

—Pues yo sé que se pone flexible. Ahora bien; el niño Capeto es tan suave y tan flexible en mis manos, como el cuero más blando. Para eso me valgo de cierto método que no me ha salido mal hasta ahora.

—¿Y es esto todo lo que queríais decirme?

—Todo. ¡Ah! se me olvidaba; tengo que hacer una denuncia.

—¡Siempre lo mismo! ¿Quieres hacerme trabajar hasta matarme?

—Es preciso servir a la patria.

Simon presentó un papel tan negro como uno de los cueros de que acababa de hablar: tomole Fouquier, y después de haberle leído, dijo:

—¿Otra vez el ciudadano Lorin? Es preciso que aborrezcas mucho a ese hombre.

—No; es que le encuentro siempre en hostilidad abierta con la ley. Nada menos que anoche ha dicho a una mujer que estaba asomada a una ventana: «adiós señora.» También espero darte mañana algunas noticias sobre otro sospechoso, sobre aquel Mauricio Lindey que era municipal en el Temple cuando el clavel encarnado.

—Vamos, acaba, dijo Fouquier sonriendo a Simon; le dio la mano y le volvió la espalda con una precipitación poco favorable para el zapatero.

—¿Por qué diablos quieres que acabe? A otros se les ha guillotinado con menos motivo.

—Ten paciencia; no se puede hacer todo a un tiempo.

Y entró en la portería de la cárcel. Simon buscó con la vista al ciudadano Teodoro para consolarse con él, pero no le encontró en la sala.

No bien salía por la puerta del Oeste, cuando volvió a presentarse Teodoro en la esquina de un cajón de memorialistas acompañado de su dueño.

—¿A qué hora se cierran las puertas? preguntó Teodoro a aquel hombre.

—A las cinco.

—¿Y qué se hace después?

—Nada; la sala queda vacía hasta la mañana siguiente.

—¿No entran rondas ni visitas?

—No, señor; nuestros cajones quedan cerrados con llave.

La palabra, señor, hizo fruncir el ceño a Teodoro, quien miró con desconfianza en torno suyo.

—¿Están ahí la barra y las pistolas?

—Sí, bajo la estera.

—Pues vuélvete a casa. A propósito: enséñame la cámara de este tribunal, cuya ventana no tiene reja y da a un patio cerca de la plaza Delfina.

—A la izquierda, entre los pilares y debajo del farol.

—Bien, vete, y ten los caballos en el sitio designado.

—Buena suerte, señor, contad siempre conmigo.

—Ahora que nadie nos ve es el momento oportuno. Abre tu cajón.

—Ya está; rogaré a Dios por vos.

—No es por mí por quien debes rogar.

Y después de dirigir una mirada elocuente el ciudadano Teodoro, se deslizó con tanta destreza por debajo de la pequeña cornisa del cajón, que desapareció como si hubiese sido la misma sombra del escribiente que cerraba la puerta. Guardose este la llave, tomó los papeles bajo el brazo y salió

del salón con los pocos empleados que salían a las cinco como una retaguardia de abejas rezagadas.

XXXVI. El ciudadano Teodoro

La noche había envuelto con su negro manto la inmensa sala donde con tanta frecuencia resonaban las palabras de los abogados y querellantes. De trecho en trecho, en medio de la oscuridad, una columna blanca, derecha e inmóvil parecía velar en medio de la sala como un fantasma protector de aquel lugar sagrado.

El único ruido que se escuchaba en aquella oscuridad era el que formaban los ratones al roer los papeles encerrados en los cajones de los curiales. Oíase también de vez en cuando el ruido de un coche que penetraba en aquel santuario de Temis, como diría un académico, y vagos chirridos de llaves que parecían salir debajo de tierra: pero todo este rumor era lejano, y nada hace resaltar más el silencio como un ruido distante, del mismo modo que nada hace resaltar más la oscuridad como la aparición de una luz lejana.

De seguro habría sentido un vértigo de terror cualquiera que hubiese osado entrar en aquella hora en la vasta sala del palacio, cuyas paredes exteriores estaban aún teñidas con la sangre de las víctimas de setiembre, por cuyas escaleras habían bajado aquel mismo día veinte y cinco condenados a muerte, y cuyas baldosas estaban solamente separadas por unos cuantos pies de espesor de los calabozos de la Conserjería poblados de esqueletos blancos.

Sin embargo, en medio de aquella noche horrorosa, en medio de aquel silencio casi solemne, se oyó un débil chirrido; abriose la puerta de uno de los cajones de los curiales y salió de él con precaución una sombra más negra que la noche.

Entonces aquel rubio patriota a quien en voz baja llamaban señor y en voz alta Teodoro, tocó ligeramente con el pie las sonoras baldosas. En la mano derecha llevaba una pesada barra de hierro, y con la izquierda sostenía en una cintura una pistola de dos cañones.

—He contado doce baldosas desde el cajón, dijo para sí: este es el fin de la primera. Y mientras así calculaba, sondeaba con la punta del pie la hendidura que generalmente hay entre piedra y piedra, y que el tiempo se encarga de hacer poco a poco más visible y profunda.

—¡Dios mío! prosiguió, ¿habré tomado bien mis medidas? ¿Seré bastante fuerte? ¿Tendrá ella suficiente valor? ¡Oh! sí, conozco su grandeza de alma. ¡Ah! cuando la coja de la mano y la diga: «¡señora, ya estáis en salvo!»

Y se detuvo en su monólogo como abrumado bajo el peso de semejante esperanza.

—¡Oh! replicó, ¡proyecto temerario, insensato! dirán los demás que se contentarán con ir a rondar, vestidos de lacayos, las inmediaciones de la Conserjería; porque no tienen los motivos que yo para arrostrar de frente la empresa; porque no solo quiero salvar a la reina, sino más principalmente a la mujer. Ea, manos a la obra, y recapitulemos. Levantar la losa no supone nada; dejarla abierta, ya es otra cosa: ahí está el peligro, porque puede venir una ronda, y entonces… Pero por aquí no vienen nunca rondas. No hay que sospechar, porque yo no tengo cómplices: además, necesito poco tiempo para llevar a cabo mi operación; en tres minutos estoy bajo su habitación; en otros cinco levanto la piedra que sirve de fogón a su chimenea; ella me oirá trabajar; pero tiene valor y no se asustará, sino que conocerá que se aproxima su libertador. ¡La guardan dos hombres!… Pues bien, no son más que dos hombres; un tiro doble de esta pistola o dos golpes con esta barra… ¡Pobres gentes! Pero otros han muerto menos culpables que ellos. Adelante.

Y el ciudadano Teodoro apoyó resueltamente su barra en la juntura de las dos losas.

En aquel momento brilló una luz, y cierto ruido, repetido por el eco de la bóveda, hizo volver la cabeza al conspirador, que de un solo brinco fue a ocultarse detrás del cajón. Pronto las voces, debilitadas por la distancia y por la emoción que todos los hombres sienten durante la noche en un edificio vasto y solitario, llegaron clara y distintamente a los oídos de Teodoro. Agachose, y por una abertura del cajón vio primeramente a un hombre vestido de militar, cuyo desmesurado sable resonaba en las baldosas, después a un hombre con una regla en la mano y un rollo de papel debajo de su brazo; detrás otro con un vestido tosco y una gorra de piel, y por último, otro con zuecos y carmañola.

Abriose la reja de los Merceros y entraron los cuatro hombres.

—¡Una ronda! murmuró Teodoro; bendito sea Dios, porque diez minutos después estaba perdido.

En seguida trató de reconocer a las personas que habían entrado, y efectivamente conoció a tres. El que iba a la cabeza era Santerre, el del gorro de piel el conserje Richard, y el de la carmañola probablemente un carcelero; pero no pudo conocer al que llevaba la regla y los papeles, ni menos darse cuenta de lo que pudieran venir a hacer todos estos hombres a la sala de los Pasos-Perdidos.

El ciudadano Teodoro se apoyó en una rodilla, teniendo en una mano la pistola montada, y arreglándose con la otra sus cabellos, que con el movimiento precipitado que acababa de hacer se le habían desordenado.

Hasta entonces habían guardado silencio los cuatro visitadores nocturnos: pero al llegar a diez pasos del cajón habló Santerre, y su voz llegó distintamente al ciudadano Teodoro.

—Vamos, dijo, ya estamos en la sala de los Pasos-Perdidos. Ahora eres tú quien debes guiarnos, ciudadano arquitecto, y

cuidado con que tu revelación sea una mentira, porque la revolución ha sabido hacer justicia hasta ahora como se merecen a todas esas paparruchas, y nosotros no creemos más en los subterráneos que en los duendes.

—¿Qué dices a esto, ciudadano Richard? añadió Santerre dirigiéndose al del gorro de pieles.

—Yo no he dicho que no haya subterráneo en la Conserjería; lo que he dicho es que no tengo noticia de él, ni el ciudadano Graco, que es carcelero hace diez años, y que por consiguiente conoce tan bien la Conserjería como su bolsillo; pero ya que está aquí el ciudadano Giraud, que es arquitecto de la ciudad, él dará mejor razón que nosotros, puesto que este es su oficio.

Teodoro se estremeció al oír tales palabras.

—Felizmente, dijo para sí, es grande la sala, y han de tardar en registrarla lo menos dos días.

Pero el arquitecto abrió el rollo de papeles que tenía debajo del brazo, pusose de rodillas, calose los anteojos, y a la trémula luz de la linterna que llevaba Graco se puso a examinar el plano que llevaba trazado.

—Mucho me temo, dijo Santerre, que haya soñado el ciudadano Giraud.

—Ahora lo verás, ciudadano general; presta atención.

—Ya la prestamos.

—Bien, respondió el arquitecto.

Calculando después añadió:

—Doce y cuatro son diez y seis, y ocho veinte y cuatro, que divididos por seis dan cuatro: ahora me resta una mitad… esto es: he encontrado el lugar en que está el subterráneo, y si me equivoco en un pie, os autorizo para que me llaméis ignorante y todo lo que queráis.

El arquitecto pronunció estas palabras con tal seguridad, que heló de temor al ciudadano Teodoro.

Santerre miraba el plano con una especie de respeto y admiración que hacía honor a su ignorancia.

—Atiende bien a lo que voy a decirte, y mira, le dijo el arquitecto.

—¿Dónde? preguntó Santerre.

—En este plano. Escucha: a trece pies de la pared hay una losa movible que he marcado con la letra A ¿La ves?

—Sí, ¡veo una A! ¿Crees tú que no sé leer?

—Bajo esta losa hay una escalera, continuó el arquitecto: ¿la ves marcada con la letra B?

—Sí veo la B; pero no la escalera.

Y el general se echó a reír.

—Una vez levantada la losa, y estando en el último escalón, contad cincuenta pasos de a tres pies, y os hallaréis debajo de la alcaidía, que es donde desemboca el subterráneo, pasando por debajo del calabozo de la reina.

—De la viuda Capeto querrás decir, replicó Santerre frunciendo el ceño.

—Sí, de la viuda Capeto.

—Es que habías dicho de la reina.

—Es una costumbre antigua.

—¿Y dices que se encontrará debajo de la alcaidía? preguntó Richard.

—No solo te digo que está debajo, sino hasta el lugar a que corresponde: es debajo de la chimenea.

—Tiene razón, dijo Graco, siempre que he dejado caer en aquel sitio algún leño ha sonado a hueco la piedra.

—Pues si encontramos lo que dices, no podré menos de confesar que la geometría es una cosa excelente.

—Pues ya puedes ir confesándolo, porque te voy a llevar al sitio señalado con la letra A.

El ciudadano Teodoro apretaba los puños de rabia al oír aquellas palabras.

—Cuando lo vea lo creeré, dijo Santerre; yo soy como Santo Tomás.

—¡Hola! has dicho Santo Tomás.

—Sí, por hábito, como tú has dicho reina; pero no se me acusará de conspirar en favor de Santo Tomás.

—Ni a mí en favor de la reina.

El arquitecto cogió su regla, y después de haber medido las losas desde la pared, se paró en una dando en ella una patada.

Cabalmente era la misma losa que había golpeado el ciudadano Teodoro en sus ademanes de cólera.

—Aquí es, ciudadano, dijo el arquitecto.

—¿Lo crees así, ciudadano Giraud?

—Estoy seguro, y vuestro informe, unido a mi relación, probará a la Convención que no me engañaba. Sí, ciudadano general, continuó el arquitecto con énfasis; esta losa es la boca de un subterráneo que, pasando por debajo del calabozo de la viuda Capeto, desemboca en la alcaidía. Levantemos la losa, bajad conmigo al subterráneo, y os probaré que dos hombres y hasta uno solo, podría robar la presa esta noche sin que nadie se apercibiera de ello.

Un murmullo de terror y admiración, arrancado por las palabras del arquitecto, recorrió todo el grupo y vino a morir en el oído de Teodoro, que parecía convertido en una estatua.

—Este es el peligro que corríamos, prosiguió Giraud. Pues bien, ahora con una reja que ponga en el conducto del subterráneo que lo corte por su mitad antes de llegar al calabozo de la viuda Capeto, habré salvado la patria.

—Ciudadano Giraud, dijo Santerre, has tenido una idea sublime.

—Confúndate el infierno, dijo para sí el patriota con un furor concentrado y rechinando los dientes.

—Ahora levanta la losa, dijo Giraud a Graco, quien, además de su linterna, llevaba una barra de hierro.

Pusose a la obra el ciudadano Graco, y en un momento levantó la losa.

Entonces apareció un oscuro subterráneo con una escalera que se perdía en sus profundidades, saliendo de él una bocanada de aire húmedo y espeso como un vapor.

—¡Otra tentativa abortada! murmuró el ciudadano Teodoro. ¡El cielo no quiere permitir que se escape! ¡No parece sino que es esta una causa maldita!

XXXVII. El ciudadano Graco

Los tres hombres permanecieron un momento inmóviles a la boca del subterráneo, al que asomó el carcelero su linterna, pero sin alumbrar sus profundidades.

El arquitecto, triunfante, dominaba a sus tres compañeros desde toda la altura de su ingenio.

—¿Qué decís ahora? dijo después de un momento.

—Que es incontestable, que hay un subterráneo, contestó Santerre; falta ahora saber adonde conduce.

—Sí, repitió Richard, esto es lo que falta saber.

—Pues bien, baja tú, ciudadano Richard y desengáñate por ti mismo de si digo la verdad.

—Mejor que entrar, vamos a hacer otra cosa.

—Volvámonos a la Conserjería, allí levantarás la estufa, y veremos qué hay.

—Vamos allá, dijo Santerre.

—¡Cuidado! dijo el arquitecto: la losa queda levantada, y cualquiera que la viese podría concebir la idea de…

—¿Quién diablos quieres que venga aquí a esta hora? dijo Santerre.

—Además, esta sala está desierta, y bastará dejar a Graco de guardia. Quédate aquí, Graco, que ya vendremos a reunirnos contigo por la otra parte del subterráneo, dijo Richard.

—Corriente, dijo Graco.

—¿Estás armado? le preguntó Santerre.

—Tengo mi sable y esta barra.

—Perfectamente, haz un buen guardián, que dentro de diez minutos estamos aquí contigo.

Y después de haber cerrado la reja se fueron por la galería de los Merceros a buscar la entrada particular de la Conserjería.

El carcelero los había visto alejarse y los había escuchado todo el tiempo que pudo: luego que desaparecieron, puso su linterna en el suelo, sentose con las piernas colgando dentro del subterráneo, y se puso a reflexionar.

En medio de su meditación sintió una mano de plomo en su hombro.

Volvió la cabeza, y al ver una figura desconocida, quiso gritar; pero en el instante mismo sintió la boca de una pistola en su frente.

Anudósele la voz en la garganta, cayeron inertes sus brazos, y sus ojos tomaron una expresión suplicante.

—Silencio, dijo el recién llegado, o eres muerto.

—¿Qué queréis? señor, balbuceó el carcelero.

También había en el año 93 momentos en que no se tutea-ba, y en que se olvidaba la palabra ciudadano.

—Quiero, respondió Teodoro, que me dejéis entrar.

—¿Para qué?

—¿Qué te importa?

El carcelero miró con el más profundo asombro a su interlo-cutor: sin embargo, este creyó notar un fondo de inteligencia en aquella mirada, y bajó su arma.

—¿Rehusarás hacer tu fortuna?

—No lo sé, porque nadie me ha hecho proposiciones sobre el particular.

—Pues bien, yo seré el primero.

—¿Vos me ofrecéis hacer mi fortuna?

—Sí.

—¿Qué entendéis vos por una fortuna?

—Cincuenta mil libras de oro, por ejemplo: hoy que anda tan escaso el dinero, 50,000 libras valen un millón. Ahora bien: yo te ofrezco las 50,000 libras.

—¿Por entrar?

—Sí, pero con la condición de que has de venir conmigo y ayudarme en lo que yo quiero hacer.

—Pero ¿qué queréis hacer, cuando dentro de cinco minutos estará el subterráneo lleno de soldados que indudablemente os arrestarán?

El ciudadano Teodoro conoció todo el peso de aquellas palabras:

—¿Puedes tú impedir que bajen esos soldados?

—Me es imposible. No se me ocurre ningún medio, contestó el carcelero haciendo esfuerzos inauditos por hallar ese medio que debía valerle cincuenta mil libras.

—¿Y mañana podremos bajar? preguntó el ciudadano Teodoro.

—Sí; pero de aquí a mañana se va a poner una reja fuerte y sólida en este subterráneo que hará imposible su entrada.

—Entonces es preciso hallar otro arbitrio, dijo el ciudadano Teodoro.

—Sí, sí, dijo el carcelero, es preciso buscar otro medio; es preciso que pensemos en ello.

Como se ve por la manera colectiva de que se valía el ciudadano Graco para expresarse, se conocía que había ya alianza entre él y el ciudadano Teodoro.

—Veamos. ¿Qué haces tú en la Conserjería?

—Soy carcelero.

—Es decir…

—Que abro y cierro las puertas.

—¿Duermes allí?

—Sí, señor.

—¿Y comes?

—No siempre. Tengo mis horas de recreo.

—¿Y qué haces entonces?

—Toma, las aprovecho para ir a hacer la corte a la tabernera del Pozo de Noé, que me ha ofrecido casarse conmigo cuando tenga 1200 francos.

—¿Dónde está esa taberna?

—Cerca de la calle de Vieille-Draperie.

—Muy bien.

—Silencio, ¿No oís?

—Sí, se oyen voces y pasos.

—Ya veis que no tendríamos tiempo.

La palabra «nos» era concluyente.

—Eres un buen muchacho, y te creo predestinado.

—¿A qué?

—A ser rico.

—Dios os oiga.

—¿Crees todavía en Dios?

—Hay ocasiones en que es preciso creer en él, tales como hoy.

—¿Y desde hoy?

—Desde hoy creeré siempre en él.

—Pues bien cree, le dijo el ciudadano Teodoro poniéndole en la mano diez luises.

—Diablo, dijo mirando el oro a la luz de la linterna, pues esto es más serio de lo que parece.

—No puede ser más que lo que es.

—¿Qué debo hacer?

—Ve mañana a la consabida taberna, y allí te diré lo que has de hacer. ¿Cómo te llamas?

—Graco.

—Pues bien, ciudadano Graco, es preciso que te eche de la Conserjería de aquí a mañana el conserje Richard.

—¡Echarme!… ¿y mi plaza?

—¿Pues qué, seguirás siendo carcelero con cincuenta mil francos en tu bolsillo?

—No; pero siendo carcelero y pobre estoy seguro de no ser guillotinado.

—¿Seguro?

—Poco menos: al paso que siendo rico y libre…

—Oculta tu dinero, y en vez de hacer el amor a la tabernera, hazlo a una calcetera.

—Está convenido.

—Mañana en la taberna.

—¿A qué hora?

—A las seis de la tarde.

—Volad, que están aquí ya los otros…

—Hasta mañana, repitió Teodoro huyendo tan a tiempo, que ya se aproximaba el ruido de los pasos y las voces, y se veía brillar en el subterráneo oscuro la luz de las antorchas que se aproximaban.

Entró Teodoro por la puerta que le había indicado el escribiente, se dirigió a la ventana designada, la abrió y saltó a la calle; pero antes de dejar la sala de los Pasos-Perdidos pudo oír todavía al ciudadano Graco preguntar a Richard y a este contestarle.

—El ciudadano arquitecto tenía mucha razón; el subterráneo pasa por debajo de la habitación de la viuda Capeto, lo cual no deja de ser peligroso.

—Ya lo creo, dijo Graco muy persuadido de que decía una gran verdad.

Santerre apareció en el boquete de la escalera.

—¿Y tus operarios, ciudadano arquitecto? preguntó a Giraud.

—Antes de amanecer estarán aquí, y acto continuo se pondrá la reja, respondió una voz que parecía salir de las profundidades de la tierra.

—¡Y habré salvado la patria! dijo Santerre en tono entre burlón y serio.

—Acaso digas más verdad de lo que presumes, ciudadano general, respondió Graco en voz baja.

XXXVIII. El niño real

Entretanto había principiado a instruirse el proceso de la reina, como ha podido verse en el capítulo anterior, dejándose ya traslucir que el odio popular, por tanto tiempo implacable, se hartaría con el sacrificio de aquella ilustre cabeza.

No faltaban medios para derribar aquella cabeza; y sin embargo, Fouquier-Tinville había resuelto no desperdiciar los nuevos medios de acusación que Simon había ofrecido prestarle.

Al día siguiente al en que Simon y él se habían encontrado en la sala de los Pasos-Perdidos, un ruido de armas hizo estremecer de nuevo a los prisioneros que continuaban en el Temple.

Estos prisioneros eran Mme. Isabel, Mme. Real y el niño, que habiéndose llamado majestad en la cuna, no era entonces más que Luis Capeto.

El general Santerre, con su plumero tricolor, su pesado caballo y su desmesurado sable, entró seguido de muchos guardias nacionales en el torreón donde el augusto niño se consumía.

Al lado del general iba un escribano de mala facha con un tintero y un legajo de papeles y esgrimiendo una larga pluma: seguíale el acusador público, aquel hombre seco y amarillo que ya conocemos y volveremos a encontrar más adelante, cuya sangrienta mirada hacía temblar al mismo Santerre, guarnecido como estaba de su arnés de guerra.

Detrás iban algunos guardias nacionales y un subteniente.

Simon, con su gorro de piel de oso en una mano, el tirapié en otra, y sonriéndose con aire maligno, subió el primero para enseñar el camino a la comisión.

De este modo llegaron a una pieza negra, espaciosa y sin muebles, en el fondo de la cual estaba el pobre niño sentado en su lecho en el estado de la más completa inmovilidad.

Cuando le vimos huyendo de la brutal cólera de Simon, todavía existía en él una especie de vitalidad que se sublevaba contra los indignos tratamientos del zapatero del Temple: entonces huía, gritaba y oraba; prueba incontestable de que tenía miedo, de que sufría y esperaba.

En el día habían desaparecido el miedo y la esperanza: sin duda existía aún el sufrimiento; pero si existía, el niño mártir lo ocultaba en lo más profundo de su corazón, y lo ocultaba bajo las apariencias de la más completa insensibilidad.

Cuando los comisionados se dirigieron a él ni aun siquiera levantó la cabeza.

Ellos por su parte tomaron sillas y se colocaron donde pudieron; el acusador público a la cabecera del lecho, Simon a los pies y el escribano cerca de la ventana: los guardias nacionales y el subteniente estaban un poco retirados.

Los asistentes que miraban al prisionero con algún interés o con curiosidad, no pudieron menos de observar la palidez del niño, su gordura, que no era más que hinchazón y el encogimiento de rodillas, cuyas articulaciones empezaban a hincharse.

—Este niño está muy malo, dijo el subteniente con una seguridad que hizo volver la cabeza a Fouquier, ya dispuesto a interrogar.

Levantó Luis los ojos, y buscando en la penumbra al que había pronunciado aquellas palabras, reconoció al mismo joven que había impedido a Simon que le castigara en el patio del Temple.

—¡Hola, eres tú, ciudadano Lorin! dijo Simon llamando de aquel modo la atención de Fouquier sobre el amigo de Mauricio.

—El mismo, ciudadano Simon, respondió Lorin con calma imperturbable.

Pero como Lorin, aunque siempre dispuesto a hacer frente al peligro, no era hombre que le buscaba inútilmente, se aprovechó de aquella circunstancia para saludar a Fouquier, quien le devolvió el saludo con la mayor política.

—Según tu opinión, dijo entonces el acusador, parece que el niño está enfermo: ¿eres médico?

—He seguido la carrera de medicina, aunque no soy doctor.

—Y bien ¿qué encuentras en él?

—¿Cómo síntomas de enfermedad?

—Sí.

—Le encuentro las mejillas y los ojos hinchados, las manos pálidas y flacas, las rodillas entumecidas, y si le tomase el pulso, estoy seguro de encontrar un movimiento de ochenta y cinco a noventa pulsaciones por minuto.

El niño se mostró insensible al oír la enumeración de sus padecimientos.

—¿Y a qué puede atribuir la ciencia el estado del prisionero? preguntó el acusador público.

Lorin se rascó la punta de la nariz; y dijo para sí:

Filis quiere hacerme hablar
Pero yo no tengo ganas.

Después prosiguió en alta voz:

—Yo no conozco el régimen que se ha seguido con el niño Capeto, sin embargo…

Simon estaba muy atento, y esperaba ver de un momento a otro a su enemigo comprometido.

—Creo que no hace el suficiente ejercicio, prosiguió Lorin.

—Ya lo creo, dijo Simon, como que el tunantuelo no quiere andar.

El niño pareció insensible al apóstrofe del zapatero.

Levantose Fouquier, se acercó a Lorin y le habló quedo.

Nadie oyó las palabras del acusador público; pero era evidente que eran de suma importancia, porque Lorin contestó:

—¿Crees tú esto, ciudadano? Es demasiado grave para una madre.

—Ahora vamos a saberlo, contestó Fouquier. Simon dice que se lo ha oído a él mismo, y aun se ha comprometido a obligarle a que lo confiese.

—Sería la cosa más repugnante del mundo, dijo Lorin; pero al fin, es posible; porque la austriaca no está exenta de pecado, y con razón o sin ella, que en esto no me mezclo… se la ha representado como una Mesalina: pero confieso que me parece muy violento querer representarla como una Agripina.

—Esto es lo que ha referido Simon, dijo Fouquier impasible.

—No dudo que Simon lo haya dicho, porque hay hombres a quienes no espanta ninguna clase de acusación, aun la más imposible… ¿Pero no encuentras, prosiguió Lorin mirando fijamente a Fouquier, tú, que eres un hombre inteligente y probo, que pedir tales pormenores a un niño sobre lo que las leyes más naturales y más sagradas de la naturaleza mandan

respetar, es casi insultar a la humanidad entera en la persona de este niño?

Sin hacer ningún movimiento el acusador, sacó una nota de su bolsillo y se la enseñó a Lorin, diciendo:

—La Convención me manda informar, lo demás no me importa.

—Tienes razón, y si ese niño confesase…

Y el joven meneó la cabeza en señal de disgusto.

—Además, prosiguió Fouquier, no procedemos por la sola denuncia de Simon; la acusación es pública; mira.

Y Fouquier sacó otro papel de su bolsillo.

Era un número del periódico titulado el Padre Duchesne que como se sabe, era redactado por Hebert.

La acusación, en efecto, estaba formulada en debida forma.

—Está escrito e impreso, dijo Lorin; pero no importa: hasta que no oiga yo salir esta acusación de la boca del niño, es decir, libre y voluntariamente y sin amenazas, hasta entonces…

—¿Qué?

—Que no lo creeré a pesar de Hebert y Simon.

Simon acechaba el resultado de esta conversación; el miserable ignoraba el poder que ejerce sobre el hombre inteligente la mirada que distingue en la multitud; esta mirada o es un atractivo de simpatía o una expresión de odio sutil. Unas veces es un poder que rechaza, otras una fuerza que atrae, que hace derivar el pensamiento y la persona misma del hombre hasta ese otro hombre de fuerza igual o de fuerza superior que reconoce en la multitud; pero Fouquier había sentido el peso de la mirada de Lorin, y quería ser comprendido por este observador.

—El interrogatorio va a principiar, dijo el acusador público: escribano, toma la pluma.

Acababa este de extender los preliminares de una sumaria, y esperaba, como Simon, como Santerre, en fin, como todos, que terminase el coloquio de Fouquier y Lorin.

Solo el niño parecía completamente extraño a la escena de que era principal actor, y había vuelto a tomar aquella mirada atónita que había iluminado por un momento el rayo de una suprema inteligencia.

—Silencio, dijo Santerre; el ciudadano Fouquier va a interrogar al niño.

—Capeto, dijo el acusador, ¿sabes tú dónde está tu madre?

El niño Luis pasó desde una palidez mortal a un encarnado febril; pero no respondió.

—¿Me has oído, Capeto? replicó el acusador.

El mismo silencio.

—¡Oh! bien lo oye, dijo Simon; pero le sucede lo que a los monos, que no quieren responder de miedo de que los tomen por hombres y los hagan trabajar.

—Responde, Capeto, dijo Santerre; es la comisión de la Convención la que te interroga, y debes obedecer las leyes.

El niño palideció, pero no respondió.

Simon hizo un gesto de rabia: el furor es una embriaguez en las naturalezas brutales y estúpidas, acompañada de los repugnantes síntomas de la embriaguez del vino.

—¿Quieres responder, lobezno? dijo mostrándole el puño.

—Silencio, Simon, tú no tienes la palabra, le dijo Fouquier, escapándosele esta frase que había aprendido en el tribunal revolucionario.

—¿Lo oyes, Simon? dijo Lorin, tú no tienes la palabra; ya es esta la segunda vez que te sucede esto delante de mí: la primera fue cuando acusabas a la hija de Tison, a la que hiciste el favor de que la cortaran la cabeza.

Simon guardó silencio.

—¿Te quería mucho tu madre? preguntó Fouquier.

El mismo silencio.

—Dicen que no, continuó el acusador.

Pasó entonces por los labios del niño una sonrisa fugaz, pero melancólica.

—Cuando os digo que él me ha dicho que le amaba mucho, dijo Simon.

—Pero ¿qué será, dijo Lorin irónicamente, que este niño, tan atrevido contigo, se calla cuando está delante de gente?

—¡Si estuviéramos solos! dijo Simon.

—Si estuvieseis solos entonces sería otra cosa; pero desgraciadamente no lo estáis. ¡Oh! si estuvieseis solos, ¡cómo maltratarías al pobre niño! ¿No es verdad, buen Simon, excelente patriota? Pero no estás solo, y no te atreves a ser infame delante de nosotros, hombres honrados, que sabemos que los antiguos, cuyo modelo queremos seguir, respetaban todo lo que era débil; no te atreves porque no estás solo, y no eres nada valiente cuando tienes delante de ti niños de cinco pies y seis pulgadas.

—¡Ah! murmuró Simon rechinando los dientes.

—Capeto, replicó Fouquier, ¿has hecho alguna revelación a Simon?

La mirada del niño tomó una expresión de ironía imposible de describir.

—¿Acerca de tu madre? continuó el acusador público.

—Responde sí o no, exclamó Santerre.

—Responde que sí, aulló Simon levantando su tirapié sobre el niño.

Estremeciose este; pero no hizo ningún movimiento para evitar el golpe. Al ver esto Lorin no pudo contenerse, y antes

que Simon bajase el brazo le detuvo con mano vigorosa.

—¿Quieres dejarme, bribón? exclamó Simon encendido de rabia.

—Vamos, no es malo que una madre ame a su hijo, prosiguió Fouquier. Vaya, Capeto, dinos de qué modo te amaba: esto tal vez la sea útil.

El joven prisionero se estremeció a la idea de que podría ser útil a su madre, y respondió:

—Me amaba como una madre ama a sus hijos, porque ni las madres tienen dos modos de amarlos, ni estos pueden amar más que de un modo a sus madres.

—Y yo sostengo, viborilla, que me has dicho que tu madre…

—Lo habrás soñado, Simon, dijo tranquilamente Lorin; se conoce que tienes pesadillas muy frecuentes.

—¡Lorin! ¡Lorin! dijo Simon.

—¿Qué quieres con Lorin? A Lorin no se le zurra; él es quien lo hace cuando las personas con quienes trata son pícaras; tampoco tienes medio para denunciarle, porque lo que he hecho deteniendo tu brazo ha sido delante del general Santerre y del ciudadano Fouquier, quienes lo aprueban; y ya ves que no son moderados. Amigo, no hay medio de hacerme guillotinar como a la hija de Tison: conozco que es un poco fastidioso para ti, y que será capaz de desesperarte; pero ¡cómo ha de ser, pobre Simon!

—Ya veremos después, dijo el zapatero con su acento de hiena.

—Sí, querido amigo; pero espero con la ayuda del Ser Supremo… ¡Ah! ¡ah! ¿Tú esperabas que dijese con la ayuda de Dios? Pues no, espero con la ayuda del Ser Supremo y de mi sable sacarte las tripas antes. Entre tanto quítate de en medio, que no me dejas ver nada.

—¡Vergante!…

—Silencio, que me impides oír, dijo Lorin, dirigiendo a Simon una mirada aterradora.

Simon apretaba los puños de rabia.

—Ya que ha principiado a hablar, dijo Santerre, seguirá sin duda; continúa, ciudadano Fouquier.

—¿Quieres responder ahora? preguntó este al niño.

Este permaneció callando.

—Ya lo ves, ciudadano, ya lo ves, dijo Simon.

—Es extraña la obstinación de este niño, dijo Santerre turbado a pesar suyo por aquella firmeza verdaderamente regia.

—Está mal aconsejado, dijo Lorin.

—¿Por quién? preguntó Santerre.

—Toma, por su patrón.

—¡Conque me acusas! ¡conque me denuncias! exclamó Simon; ¡ah! es singular.

—Veamos si adelantamos algo por la dulzura, dijo Fouquier: y volviéndose entonces hacia el niño, que parecía completamente insensible, añadió:

—Vamos, vamos, niño, responded a la comisión nacional; no agravéis vuestra situación negándoos a dar noticias que pueden ser útiles; habéis hablado al ciudadano Simon de las caricias que os hacía vuestra madre, de la manera con que os hacía estas caricias y de su modo de amaros.

Luis dirigió a la asamblea una mirada desdeñosa, y la fijó en Simon, pero sin contestar.

—¿Estáis descontento? preguntó el acusador; ¿tenéis mal alojamiento? ¿coméis mal o os tratan mal? ¿queréis más libertad, otra comida, otra prisión y otro carcelero? ¿queréis un caballo para pasearos? ¿queréis que os traigan otros niños de vuestra edad, para jugar con ellos?

Luis volvió al profundo silencio que solo había roto para defender a su madre.

La comisión permaneció llena de asombro al ver tanta firmeza y tanto talento increíbles en un niño.

—¡Qué raza la de estos reyes! dijo Santerre en voz baja: son como los tigres, malos desde pequeños.

—¿Cómo redactaremos el proceso? preguntó el escribano turbado.

—Encargándoselo a Simon, dijo Lorin: estoy seguro que lo hará a las mil maravillas.

Simon enseñó el puño a su implacable enemigo; pero este se echó a reír.

—No te reirás así el día que te lleven a la guillotina, dijo Simon ebrio de furor.

—No sé si te precederé o te seguiré a la guillotina, dijo Lorin; pero lo que sé es que se reirán mucho de ti el día que te toque tu turno. ¡Dioses! no te asustes, no digo Dios sino Dioses, en plural: ¡Dioses, y qué feo y qué repugnante estarás aquel día!

Y se ocultó detrás de la comisión prorrumpiendo en una ruidosa carcajada.

No teniendo que hacer ya nada la comisión se retiró; y el niño una vez libre de sus interrogadores, se puso a tararear un aire melancólico, que era la canción favorita de su padre.

XXXIX. El ramo de violetas

La paz, como era de prever, no podía habitar largo tiempo en aquella morada tan feliz donde vivían Mauricio y Genoveva.

En las tempestades que desencadenan el viento y el rayo, se agita el nido de los pájaros con el mismo árbol que lo abriga.

Genoveva pasó de un terror a otro, pues si no temía ya por Casa-Roja temblaba por Mauricio.

Conocía bastante a su marido para saber que desde el momento en que había desaparecido se había puesto en salvo; segura de su salvación, tembló por sí misma.

No se atrevía a confiar sus penas al hombre menos tímido de aquella época, en que nadie tenía miedo; pero se manifestaban bien a las claras en sus ojos, encarnados de llorar, y en sus cárdenos labios.

Un día entró Mauricio quedo en la habitación de Genoveva, sin que esta, sumergida en una profunda meditación, le sintiese; parose en el dintel de la puerta, y vio a la joven sentada, inmóvil, con los ojos fijos, los brazos lánguidos y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Mirola un instante con profunda tristeza, porque al momento comprendió todo lo que pasaba en el corazón de la joven como si hubiera leído hasta su último pensamiento.

Adelantose un paso hacia ella y la dijo:

—Genoveva, vos no amáis la Francia. Huis hasta de respirar su aire, y si os asomáis a la ventana es con visible repugnancia.

—Puesto que habéis adivinado mi pensamiento, os lo confieso, detesto este país.

—Sin embargo, es muy hermoso: aquí la vida tiene en el día cuanto puede apetecer: las tribunas, los clubs, las conspiraciones absorben una gran parte de ella y la dan nuevo encanto, porque entonces se conoce lo que es el hogar doméstico; porque volvemos a nuestra casa después de tantas faenas, ansiosos de descansar un rato en el seno de la familia. Además, amamos con tanto más ardor, cuanto creemos no poder amar al día siguiente por haber dejado de existir.

Genoveva meneó la cabeza y dijo con amargura:

—Este es un país muy ingrato.

—¿Por qué?

—¿Por qué?… ¿no sois vos casi sospechoso ahora, después de haber trabajado tanto por la libertad?

—Pero vos, querida Genoveva, dijo Mauricio con dulzura, vos, enemiga jurada de esta libertad, vos que tanto habéis hecho contra ella, dormís tranquila e inviolable en la casa del republicano: ya veis que en esto hay una compensación.

—Sí, dijo Genoveva; pero esto no durará mucho tiempo, porque lo que es injusto no puede durar.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Quiero decir, que yo, una aristócrata, yo, que sueño con la derrota de vuestro partido y con la ruina de vuestras ideas, yo, que conspiro hasta en vuestra casa porque vuelva el antiguo régimen, yo, que si fuese reconocida, sería causa de que fueseis condenado a la muerte y a la vergüenza, a lo menos según vuestra opinión, yo, Mauricio, no permaneceré aquí como el mal genio de la casa; no quiero arrastraros al cadalso.

—¿Y a dónde iréis, Genoveva?

—¿A dónde iré? Un día que salgáis iré a denunciarme sin decir de dónde voy.

—¡Oh! exclamó Mauricio sumamente afectado, esa es una ingratitud.

—No, respondió la joven echando sus brazos al cuello de Mauricio; no, amigo mío, es amor, y amor sincero, os lo juro. Yo no he querido que muriese mi hermano como un rebelde, ni quiero que mi amante muera como un traidor.

—¿Y serías capaz de hacer eso, Genoveva? exclamó Mauricio.

—Tan cierto como que Dios está en el cielo. Además, tengo remordimientos… e inclinó su cabeza como abrumada por ellos. Bien comprendéis lo que digo, y sobre todo lo que padezco, Mauricio, continuó Genoveva, porque también sentís remordimientos. Ya sabéis que he faltado por vos a los más sagrados deberes.

—Basta, basta, dijo Mauricio. Yo os mostraré, Genoveva, que no hay sacrificio que iguale a mi amor. Odiáis la Francia; pues bien, saldremos de ella.

—¿No me engañáis? exclamó la joven juntando las manos y mirando a su amante con cierta expresión de entusiasmo.

—¿Cuándo os he engañado? preguntó Mauricio; ¿fue el día en que me deshonré por adquiriros?

Genoveva acercó sus labios a los de Mauricio, y permaneció largo rato abrazada a su cuello.

—Tienes razón, yo soy quien me engañaba… Lo que experimento no es ya remordimiento; acaso sea una degradación de mi alma; pero tú a lo menos la comprenderás; te amo demasiado para experimentar otro sentimiento que el miedo de perderte. Vámonos muy lejos, amigo mío; vamos a donde nadie pueda alcanzarnos.

—¡Oh! gracias, dijo Mauricio transportado de alegría.

—Pero ¿cómo huir? exclamó Genoveva estremeciéndose con aquel terrible pensamiento. No es tan fácil en el día escapar del puñal de los asesinos del 2 de setiembre o del hacha de los verdugos del 21 de enero.

—Genoveva, respondió Mauricio, Dios nos protege. Hoy encuentro la recompensa de una buena acción que quise hacer con motivo del 2 de setiembre. Deseaba salvar a un pobre sacerdote que había estudiado conmigo, fui a buscar a Danton, le pedí un pasaporte para él y para su hermana, y no tardó en enviármele firmado por la misma junta de salvación pública; pero el desgraciado sacerdote, en lugar de venir por él a mi

casa, según habíamos convenido, fue a encerrarse en el convento de Carmelitas, donde murió.

—¿Y ese pasaporte? preguntó Genoveva.

—Le conservo; ese pasaporte no tiene precio, porque representa la vida y la felicidad.

—¡Bendito seáis, Dios mío! exclamó la joven.

—Mi fortuna consiste en una porción de tierras que administra un antiguo criado de mi familia, en quien podemos tener entera confianza, y que me enviará las rentas a donde quiera. Cuando lleguemos a Boloña le veremos.

—¿Dónde vive?

—Cerca de Abbeville.

—¿Cuándo partiremos, Mauricio?

—Dentro de una hora.

—Es preciso que nadie sepa nuestra marcha.

—Nadie lo sabrá. Voy a casa de Lorin, que tiene un cabriolé sin caballo; yo tengo un caballo sin carruaje; por consiguiente todo está arreglado. En cuanto vuelva nos pondremos en camino. Entretanto, quédate aquí, Genoveva, y prepara todo lo necesario para el viaje. Conviene que no llevemos mucho equipaje. En Inglaterra compraremos lo que nos haga falta. Voy a hacer un encargo a Escévola para alejarlo de aquí. Lorin le explicará esta noche nuestra partida; pero esta noche ya estaremos muy lejos de aquí.

—¿Y si nos cogen en el camino?

—¿No llevamos nuestro pasaporte? Además, vamos a casa de Hubert, mi mayordomo, individuo de la municipalidad de Abbeville, quien nos acompañará hasta Boloña; allí compraremos o fletaremos un barco. Por otra parte, pienso pedir al comité una comisión cualquiera para Abbeville y me la dará al momento; pero dejémonos de supercherías; busquemos nuestra felicidad arriesgando nuestras vidas.

—Sí, sí, amigo mío, y lo conseguiremos. ¡Pero qué perfumado estás esta mañana! dijo la joven ocultando su rostro en el pecho de Mauricio.

—Es verdad, al pasar por delante del palacio Igualdad, he comprado un ramo de violetas para ti; pero cuando entré y te vi tan triste, no pensé más que en preguntarte la causa de tu tristeza.

—Dámele, y luego te le devolveré.

Genoveva respiró el olor del ramo con aquel fanatismo que casi todas las organizaciones nerviosas tienen por los perfumes.

De repente se humedecieron de lágrimas sus ojos.

—¿Qué tienes? la preguntó Mauricio.

—¡Pobre Sofía! murmuró Genoveva.

—¡Ah! sí, contestó Mauricio exhalando un suspiro. Pero pensemos en nosotros y dejemos a los muertos dormir en sus sepulcros. Adiós, me marcho.

—No tardes.

—En menos de media hora estoy aquí.

—¿Pero y si Lorin no está en su casa?

—No importa, su criado me conoce, y yo puedo tomar en su casa lo que quiera en su ausencia, como él puede hacerlo en la mía.

—¡Bien, bien!

—Entretanto, Genoveva, ocúpate en hacer los preparativos limitándote, como te tengo dicho, a lo más preciso. Ya te digo, antes de media hora estoy de vuelta.

Marchó Mauricio, y Genoveva quedó sola encargada de los preparativos de la marcha, preparativos que hacía con una agitación febril. En tanto que permaneciese en París se creía doblemente culpable; pero una vez fuera de Francia, una vez

en el extranjero, sería menos pesado su crimen, crimen más bien de la fatalidad que suyo. Hasta llegó a imaginarse que en la soledad y en el aislamiento podría olvidar que existían otros hombres más que Mauricio.

Estaba convenido que marcharían a Inglaterra, y Genoveva se hacía mil ilusiones pensando en que comprarían una casita aislada, que mudarían sus nombres y tomarían dos criados que ignorasen completamente su vida pasada. La casualidad hacía que ambos supiesen hablar el inglés.

Ninguno de los dos dejaba en Francia nada que pudiera echar de menos, como no fuese aquella madre común que, aunque se porte como madrastra, todos miran con interés: la patria.

Genoveva empezó a disponer todos los objetos que creía indispensables para su marcha, o mejor dicho, para su fuga, y de entre ellos elegía con indecible placer los que merecían la predilección especial de Mauricio; el uniforme que mejor sentaba a su talle, la corbata que más cuadraba a su tez y los libros que había hojeado con más frecuencia.

Ya tenía dispuesto su ajuar de marcha cuando oyó abrir la puerta.

—Bueno, dijo para sí, es Escévola que vuelve: tal vez no le habrá encontrado Mauricio.

Y continuó su tarea.

Las puertas del salón estaban abiertas, y pudo oír los pasos del oficioso en la antesala. Justamente necesitaba una cinta para atar unos papeles de música que tenía en la mano, y llamó a Escévola.

Pero viendo que no iba, volvió a llamarle segunda vez.

—Aquí estoy, dijo una voz.

Al acento de aquella voz conocida, volviose Genoveva bruscamente y lanzó un grito terrible.

—¡Mi marido!

—El mismo, dijo Dixmer con calma.

Genoveva que estaba subida en una silla para buscar en el armario una cinta, sintió que la faltaban las fuerzas, extendió los brazos y se dejó caer de espaldas, deseando hallar debajo de ella un abismo para precipitarse en él; pero Dixmer la recibió en sus brazos y la llevó al canapé donde la sentó.

—¿Qué tenéis, querida mía, le preguntó Dixmer, qué sucede? ¿acaso ha sido mi presencia la que os ha producido tan desagradable efecto?

—Yo me muero, dijo con voz apagada Genoveva, echándose hacia atrás y cubriéndose el rostro con las manos para no ver la terrible aparición.

—No parece sino que ya me creíais enterrado, querida mía, cuando os parezco fantasma.

La pobre Genoveva comprendía bien todas las amenazas que Dixmer ocultaba bajo aquella aparente tranquilidad.

—Sí, hija de mi alma, continuó el maestro curtidor, soy yo mismo: tal vez me creíais lejos de París; pero no, he preferido quedarme. Volví a casa el día siguiente de haberla abandonado, y hallé en su lugar un montón de cenizas. Pregunté por vos, pero nadie os había visto. Me dediqué entonces a buscaros, y no me ha costado poco trabajo dar con vos. Confieso que no creía encontraros aquí, pero lo sospechaba, y prueba de ello es que he venido a buscaros. Pero lo principal es que ya estamos reunidos: ¿cómo está mi querido Mauricio? Estoy seguro de que vos, una realista tan pura y tan decidida, habréis sufrido mucho viéndoos obligada a vivir bajo el mismo techo que un republicano tan fanático.

—¡Dios mío! murmuró Genoveva, ¡compadeceos de mí!

—Lo que me consuela después de todo, continuó Dixmer, mirando a su alrededor, es que debéis haber estado bien alojada, y que no habréis sufrido mucho en la proscripción. Yo

desde el incendio de nuestra casa y la ruina de nuestra fortuna, he andado errante a la ventura, viviendo unas veces en cuevas, otras en la cala de los barcos, y no pocas en las cloacas que desaguan en el Sena.

—¡Por piedad! dijo Genoveva.

—Vos tenéis aquí hermosas frutas; yo me he pasado casi siempre sin postres, y aun muchas veces no he comido.

Genoveva se ocultó el rostro con las manos.

—No porque me faltase dinero, continuó Dixmer: tuve la precaución de llevarme unos 30,000 francos en oro, que en el día valen 500,000; pero considerad la imposibilidad que había de que un carbonero, un pescador o un trapero, sacase un luis de un bolsillo para comprar un pedazo de queso o de salchichón… Sí, señora, he adoptado sucesivamente estos tres trajes. Hoy para disfrazarme mejor, soy patriota exagerado, marsellés: no pronuncio la r, y blasfemo que es un gusto. ¿Qué había de hacer? Un proscripto no anda por las calles de París con tanta libertad como una mujer joven y linda, y yo no tenía la felicidad de conocer a ninguna republicana que me ocultase a la vista de todos.

—Compadeceos de mí: ¡yo me muero!… dijo Genoveva torciendo los brazos.

—Ya lo comprendo, será por el cuidado en que os tenía mi ausencia; pero consolaos, porque ya estoy aquí para nunca separarnos.

—Venís a matarme, exclamó Genoveva.

Mirola Dixmer con una sonrisa espantosa.

—¡Matar a una mujer inocente!… ¿qué es lo que decís, señora? Es preciso que el pesar que os ha producido mi ausencia os haya trastornado el juicio.

—Señor, os pido que me matéis mejor que atormentarme así con tan crueles burlas. ¡No soy inocente, soy criminal! si merezco la muerte, ¡matadme!…

—¿Conque confesáis que merecéis la muerte?

—Sí, sí.

—¿Y que para expiar no sé qué crimen de que os acusáis sufriríais esa muerte sin quejaros?

—Herid, no exhalaré un solo grito, y en vez de maldecirla, bendeciré la mano que me hiera.

—No, señora, yo no quiero heriros, y sin embargo, es muy posible que muráis: solo que vuestra muerte será de las más gloriosas en vez de ser ignominiosa como podéis temer. Dadme las gracias, señora, porque os castigaré inmortalizándoos.

—¿Pero qué queréis hacer?

—Proseguiréis la tarea que desgraciadamente hemos interrumpido. Para vos y para mí moriréis culpable, para los demás moriréis mártir.

—¡Dios mío! me volvéis loca hablando así: ¿dónde me arrastráis?

—Probablemente a la muerte.

—Pues entonces dejadme hacer oración.

—Haced lo que gustéis, dijo Dixmer retirándose a otra habitación; aquí os espero.

Hizo Genoveva su oración, y dirigiéndose después al retrato de Mauricio, dijo en voz baja:

—Mauricio, perdóname. No esperaba yo ser feliz, pero a lo menos creía que tú podrías serlo. Te robo una felicidad que era tu vida; perdóname tu muerte, mi bien amado.

Y cortando un rizo de sus cabellos, le ató alrededor del ramo de violetas, y lo depositó debajo del retrato, que aun insensible en aquel lienzo, pareció tomar una expresión dolorosa al verla partir.

—¿Estás ya dispuesta? la preguntó Dixmer.

—¡Tan pronto! murmuró Genoveva.

—Tomaos todo el tiempo que queráis, señora: yo no tengo prisa ninguna. Además, probablemente no tardará en volver Mauricio, y me alegraría mucho de poder darle gracias por la hospitalidad que os ha dado.

Genoveva se estremeció de horror a la idea de que su marido y su amante podrían encontrarse, y levantándose como movida por un resorte, le dijo:

—Ya estoy dispuesta, señor, haced lo que gustéis.

Dixmer pasó el primero; siguiole temblando Genoveva, y así montaron en un carruaje que les esperaba a la puerta y partió al galope.

XL. La taberna del Pozo de Noé

El hombre vestido con una carmañola, que hemos visto pasearse en la sala de los Pasos-Perdidos, y a quien hemos oído hablar, durante la expedición del arquitecto Giraud, del general Santerre y de Richard, con el carcelero que estaba de guardia en la puerta del subterráneo, aquel patriota furioso con su gorra de oso y sus espesos bigotes, que había dicho a Simon ser el que había llevado la cabeza de la princesa de Lamballe, se hallaba a las siete de la tarde del día siguiente a aquella noche tan variada en emociones, en la taberna del Pozo de Noé, situada, como hemos dicho, en la esquina de la calle de la Vieille-Draperie.

Hallábase en una sala negra y ahumada por el tabaco y las luces devorando un plato de pescado. La sala donde cenaba estaba casi desierta: dos o tres parroquianos de la casa habían quedado solamente para gozar del privilegio que les daba su visita cotidiana al establecimiento. La mayor parte de las mesas estaban vacías; pero es menester decir, en honor de la ta-

berna del Pozo de Noé, que los manteles llenos de manchas moradas revelaban la asistencia de un número bastante considerable de convidados ahítos y satisfechos.

Los tres últimos convidados desaparecieron sucesivamente, y a las ocho menos cuarto se halló solo el patriota. Entonces apartó con cierta repugnancia aristocrática el plato grosero que un momento antes parecía formar todas sus delicias, y sacó de su bolsillo una tablilla de chocolate, que comió lentamente y con una expresión muy distinta de la que le hemos visto dar a su fisonomía.

De vez en cuando, rumiando su chocolate y su pan negro, dirigía hacia la puerta vidriera, cerrada con una cortina de cuadros blancos y encarnados, miradas llenas de una ansiedad impaciente: algunas veces aplicaba el oído e interrumpía su frugal comida con una distracción que daba mucho en qué pensar a la dueña de la casa sentada al mostrador, bastante cerca de la puerta donde el patriota fijaba sus ojos, para que ella pudiera sin demasiada vanidad creerse el objeto de sus preocupaciones.

En fin, la campanilla de la puerta de entrada resonó de cierta manera que hizo temblar a nuestro hombre; volvió a arrimarse el plato de pescado, sin que la tabernera notase que echaba la mitad a un perro que le miraba famélicamente y la otra mitad a un gato que no se descuidaba en dar al perro sendos arañazos.

Abriose a su vez la puerta de cortina encarnada y blanca, y entró un hombre vestido poco más o menos como el patriota, a excepción de la gorra de piel que había reemplazado con el gorro colorado. Un enorme manojo de llaves pendían de la cintura de este hombre, de la que caía también un ancho sable de infantería con vaina de cobre.

—¡Mi cena! ¡mi vino! gritó este hombre al entrar en la sala sin tocar su gorro colorado y contentándose con hacer a la tabernera un movimiento de cabeza: en seguida, lanzando un

suspiro como de cansancio, fue a instalarse en la mesa inmediata a la en que cenaba nuestro patriota.

La tabernera, para dar una muestra de deferencia al recién llegado, se levantó y fue a disponer ella misma los objetos pedidos.

Los dos hombres estaban vueltos de espaldas, el uno mirando a la calle y el otro al centro de la habitación, y hasta que la tabernera no se marchó no se dirigieron ni una sola palabra; pero cuando aquella cerró la puerta y el hombre de gorra de piel vio por el espejo situado enfrente que la sala estaba enteramente desierta, dijo a su compañero sin volverse:

—Buenas noches.

—Buenas noches, contestó el recién venido.

—¿Qué hay? preguntó el patriota con la misma indiferencia afectada.

—Todo está ya concluido.

—¿Cómo que está concluido?

—Según habíamos convenido, he tenido mis contestaciones con el tío Richard sobre el servicio. He prestado la debilidad de mi oído, mis desmayos y me he puesto malo en la alcaldía.

—Muy bien; ¿y después?

—Después el tío Richard llamó a su mujer, y esta me frotó las sienes con vinagre y volví en mí.

—¿Y después?

—Después, como habíamos convenido, dije que era la falta de aire la que me producía aquellos desmayos, puesto que siendo yo sanguíneo, me mataba el servicio de la Conserjería, donde en este momento se encuentran 400 presos.

—¿Y qué te dijeron?

—La mujer de Richard me compadeció.

—¿Y Richard?

—Me plantó en la calle.

—Pero no basta que te haya plantado en la calle.

—Esperad: entonces su mujer, que es una bendita, le dijo que no tenía corazón, puesto que yo era padre de familia.

—¿Y qué respondió?

—Que tenía razón, pero que la primera condición inherente al oficio de carcelero, era permanecer siempre en la cárcel; que la república no gastaba chanzas, y cortaba el cuello a los que se desmayaban en el ejercicio de sus funciones.

—¡Diablo! exclamó el patriota.

—Y no decía mal el tío Richard. Desde que está la austriaca en la Conserjería se ha redoblado extraordinariamente la vigilancia.

—Concluye, dijo el patriota sin volverse.

—En fin, señor, me puse a llorar y a decir que me sentía muy malo; pedí que me llevasen a la enfermería, asegurando que se morirían de hambre mis hijos si me suprimían la paga.

—¿Y qué dijo el tío Richard?

—Me dijo que cuando era uno carcelero no debía tener hijos.

—Pero supongo que tienes en tu favor a la mujer de Richard.

—Felizmente. Tuvo otra escena con su marido echándole en cara su mal corazón, tanto que concluyó por decirme: «pues bien, ciudadano Graco, entiéndete con alguno de tus amigos, que te dará alguna cosa a cuenta de tu sueldo; preséntamelo como sustituto, y te ofrezco hacer que le admitan.» Pues bien, tío Richard, le respondí, voy a buscarle.

—¿Y le has encontrado?

En aquel momento entró la dueña de la taberna llevando al ciudadano Graco su cena y el vino que había pedido; pero no

acomodaba mucho a Graco ni a su compañero tener testigos de vista, porque aun no habían concluido de hablar; por lo cual dijo el carcelero:

—Ciudadana, he recibido una gratificación del tío Richard que me da ánimos para añadir a mi pitanza unas chuletas de cerdo con pepinillos y una botella de Borgoña: envía a tu criada a traer el lomo de casa del tocinero, y ve a buscar la botella a la cueva.

La huéspeda dio al punto sus órdenes. La criada salió por la puerta de la calle y ella por la puerta de la cueva.

—Bien, dijo el patriota, eres un muchacho inteligente.

—Tan inteligente, que no se me oculta que jugamos nuestras cabezas.

—No te inquietes por la mía.

—Confieso que no es la vuestra la que me causa más inquietud.

—¿Es la tuya?

—Por supuesto.

—Pero, ¿y si yo la estimo en doble de lo que vale?

—Vale mucho el pescuezo.

—Pero no el tuyo.

—¿Cómo que no el mío?

—A lo menos en este momento.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que tu cuello no vale ni un óbolo, en atención a que si fuese yo un agente de la junta de salvación pública, serías guillotinado mañana.

El carcelero se volvió con un movimiento tan brusco, que le ladró el perro. Estaba pálido como la muerte.

—No te asustes por eso, —le dijo el patriota: acaba tranquilamente tu cena, porque yo no soy agente provocador. Hazme entrar en la Conserjería, instálame en tu puesto, dame las llaves, y mañana te pondré en la mano 50.000 libras de oro.

—¿Hablas de veras?

—Tienes una famosa fianza: mi cabeza.

El carcelero meditó algunos segundos.

—Vamos, dijo el patriota, viéndote en el espejo, vamos, no formes malos juicios. Si me denuncias no te dará la república ni un sueldo, porque has faltado a tu deber; si me sirves, como habrás faltado a él, y es injusto mandar trabajar de balde, te daré las 50.000 libras.

—Bien sé, dijo el carcelero, que será ventajoso lo que me ofrecéis; pero temo las consecuencias…

—¿Qué consecuencias tienes que temer? ¿Que te denuncie yo?

—Sin duda.

—A la mañana siguiente al día en que yo me instale, darás una vuelta por la Conserjería y te contaré 25 cartuchos de a 2000 francos cada uno que te meterás tranquilamente en los bolsillos. Con el dinero te daré un pasaporte para salir de Francia: partes al momento; y si no eres rico en cualquiera parte adonde vayas, serás al menos independiente.

—Convenido, suceda lo que quiera. Yo soy un pobre diablo que no me mezclo en la política; la Francia ha pasado perfectamente sin mí y así seguirá en adelante; si hacéis una mala acción, tanto peor para vos.

—En todo caso no pienso obrar peor que se obra en este momento.

—Me permitiréis que no juzgue la política de la Convención nacional.

—Haz lo que quieras. ¿Cuándo me presentas al tío Richard?

—Esta tarde si queréis.

—Sí por cierto; esta misma tarde. ¿Quién voy a ser?

—Mi primo Mardoche.

—¡Mardoche! Me gusta el nombre. ¿Qué oficio?

—Tratante en pieles.

—De ese oficio a curtidor hay poca distancia.

—¡Pues qué, sois curtidor?

—Podría serlo.

—Es verdad.

—¿Y a qué hora es la presentación?

—Dentro de media hora si queréis.

—Entonces a las nueve.

—¿Cuándo tendré yo el dinero?

—Mañana.

—Según eso sois enormemente rico.

—Estoy bien acomodado.

—¿Seréis tal vez un ex-noble?

—¿Qué te importa?

—¡Tener dinero y darle por correr los riesgos de ser guilloti-nado! ¡Vamos, es preciso que los ex-nobles sean bastante bestias!

—¡Qué quieres! Los descamisados tienen tanto talento que no han dejado nada a los otros.

—Silencio, aquí está mi vino.

—Hasta esta noche, frente a la Conserjería.

—Convenido.

El patriota pagó su gasto y salió.

Oyósele gritar desde la puerta.

—Vamos, ciudadana, a ver si traes las costillas y los pepinillos: mi primo Graco se muere de hambre.

—¡Qué bueno es este Mardoche! dijo el carcelero saboreando el vino de Borgoña que acababa de escanciarle la tabernera, y mirándole tiernamente.

XLI. El escribano del ministerio de la Guerra

El patriota había salido, pero no se había alejado. Al través de los vidrios ahumados acechaba al carcelero para ver si entraba en comunicación con alguno de esos agentes de la policía republicana, una de las mejores que jamás han existido, porque la mitad de la sociedad espiaba a la otra, menos para la mayor gloria del gobierno que para la mayor seguridad de sus cabezas.

Pero nada sucedió de lo que el patriota temía: a las nueve menos algunos minutos saludó el carcelero a la tabernera, y salió después de haberla hecho un cariño.

Juntósele el patriota en el muelle de la Conserjería, y así juntos entraron en la cárcel.

Desde aquella misma noche quedó concluido el convenio, aceptando el tío Richard al carcelero Mardoche en reemplazo del ciudadano Graco.

Dos horas antes de que se arreglase tan importante asunto, pasaba una escena en otra parte de la prisión, que aunque sin interés aparente, tenía una gran importancia para los principales personajes de esta historia.

Cansado el escribano de la Conserjería, iba a doblar los registros y a salir, cuando se presentó delante de su mesa un

hombre acompañado del ciudadano Richard.

—Ciudadano escribano, le dijo este, aquí está tu compañero del ministerio de la Guerra, que viene de parte del ciudadano ministro para sacar algunos registros militares.

—Amigo, llegas un poco tarde; porque, como suele decirse, estaba arreglando la maleta.

—Perdona, compañero, dijo el recién llegado, pero tenemos tanto que hacer, que únicamente podemos aprovechar para nuestras correrías momentos perdidos; es decir, aquellos en los que los demás comen o duermen.

—Si es así, haz lo que venías a hacer; pero concluye pronto, porque es la hora de cenar y tengo hambre. Supongo que tendrás las credenciales.

—Aquí están, dijo el escribano del ministerio de la Guerra enseñándole una cartera que su compañero examinó escrupulosamente.

—Todo está en regla, dijo la mujer de Richard, mi marido lo ha examinado al entrar.

—No importa, no importa, dijo el escribano continuando su examen.

El escribano de la Guerra esperó con paciencia, como hombre habituado a aquellas formalidades.

—Todo está en regla, y puedes principiar cuando gustes: ¿tienes que sacar muchos registros?

—Ciento poco más o menos.

—Entonces tienes para muchos días.

—Lo que haré será venir a establecerme aquí, si me lo permites.

—¿Cómo es eso? preguntó el escribano de la Conserjería.

—Ya te lo explicaré llevándote a cenar conmigo esta noche; ¿pues no me has dicho que tienes hambre?

—Y no me desdigo de ello.

—Verás a mi mujer, que es una excelente cocinera, y luego seremos amigos.

—Mucho me interesan tus ofrecimientos, querido cofrade: sin embargo…

—Acepta sin cumplimientos: tendremos unas ostras que compraré en la plaza de Chatelet y un pollo en la pastelería, y dos o tres platitos que arreglará mi mujer.

—Vamos, me seduces, dijo el escribano de la Conserjería, pasmado de que tales ofertas le hiciese un escribano pagado por el tribunal revolucionario, y cuyo sueldo apenas llegaba a diez libras en asignados, que en realidad equivalían a dos francos.

—¿Con que aceptas?

—Sí.

—Pues entonces mañana trabajaremos. ¿Vamos, vienes?

—Sí, al instante; pero déjame prevenir a los gendarmes que guarden a la austriaca.

—¿Por qué?

—Porque voy a salir y no queda nadie en la Conserjería. Les diré que tengan por sospechosos todos los ruidos que oigan.

—¡Muy bien! ¡Excelente precaución a fe mía!

—¿Con que lo comprendes?

—Por supuesto.

Efectivamente, el escribano de la Conserjería llamó al postigo por el que sacó la cabeza un gendarme diciendo:

—¿Quién es?

—Yo, el escribano, que voy a salir, y os lo prevengo para los efectos correspondientes. Buenas noches, ciudadano Gilberto.

—Buenas noches, ciudadano escribano.

Y volvió a cerrar el postigo.

El escribano de la Guerra había examinado toda aquella escena con la mayor atención, y una rápida mirada bastó para asegurarle de que la reina no tenía más que dos guardas.

Cuando los dos escribanos salían de la Conserjería entraban dos hombres, que eran el ciudadano Graco y su primo Mardoche.

El primo Mardoche y el escribano de la Guerra se encasquetaron, cuando se vieron, el uno el gorro de pieles y el otro su ancho sombrero.

—¿Quiénes son esos hombres? preguntó el escribano de la Guerra.

—No conozco más que a uno que es el ciudadano Graco.

—¡Hola! replicó el otro, ¿con que los carceleros salen de la Conserjería?

—Tienen un día libre.

Sin más investigación llegaron los dos amigos al puente del Change, y en la esquina de la plaza de Chatelet, compró el escribano de la Guerra las ostras prometidas, según su programa, y después continuaron caminando por el muelle de Greve.

La casa del escribano de la Guerra era muy sencilla. El ciudadano Durand habitaba tres piececitas en la plaza de Greve, en una casa sin portero. Cada inquilino tenía una llave de la puerta de la calle, y si alguno se olvidaba de sacarla, daba dos o tres aldabonazos, según el piso que habitaba, y entonces otro de los inquilinos, a quien le tocaba por turno, bajaba a abrir la puerta al reconocer la señal. El ciudadano Durand tenía su llave en el bolsillo, y no tuvo necesidad de llamar. Subieron, en fin, al segundo piso, y sacando el ciudadano Durand otra llave, abrió y entraron en la habitación.

El escribano de la Conserjería opinó que la mujer de su compañero el de la Guerra, era encantadora, dando nuevo realce a su hermosura, cierto tinte de tristeza que se notaba

en su fisonomía. Conviene no perder de vista, que la tristeza es uno de los medios de seducción de las mujeres bonitas: la tristeza enamora a todos los hombres sin excepción, inclusos los escribanos; porque dígase lo que quiera, los escribanos son hombres, y no hay ningún corazón tan empedernido que no desee consolar a una mujer afligida y cambiar las rosas blancas por otras de un color más risueño, como decía el ciudadano Dorat.

Los dos escribanos cenaron con gran apetito: solo Mme. Durand no cenó nada.

Entretanto, cruzábanse las preguntas de una y otra parte.

El escribano de la Guerra preguntaba a su compañero, con una curiosidad notable en aquel tiempo de dramas cotidianos, cuáles eran las costumbres de la Conserjería los días de juicio y los medios de vigilancia.

Encantado el escribano, interrogado de que se prestase tanta atención a su relato, respondió con complacencia, y manifestó cuáles eran las costumbres de los carceleros, las de Fouquier-Tinville y las del ciudadano Sanson, el principal actor de aquella tragedia que se representaba todos los días en la plaza de la Revolución.

Dirigiéndose después a su compañero, le pidió noticias de su ministerio.

—Yo, respondió Durand, sé mucho menos que tú, porque soy un personaje de mucha menos importancia, pues que solo soy auxiliar del escribano propietario: pues me sucede lo que siempre ha sucedido desde que el mundo es mundo; los trabajos son para los pequeños y el provecho es para los grandes. Antes se trocarán el cielo y la tierra, que las costumbres de la curia.

—Pues bien, yo te ayudaré, dijo el escribano civil encantado del buen vino de su huésped, y más todavía de los hermosos ojos de su mujer.

—Gracias, respondió Durand: todo lo que cambia los hábitos y las localidades es una distracción para un pobre empleado, y así quisiera que durase mucho tiempo mi trabajo en la Conserjería, con tal de que pudiese llevar por las noches a mi mujer, que se fastidiará aquí sola.

—No veo en ello ningún inconveniente, dijo el escribano de la Conserjería, prendado de la amable distracción que le prometía su colega.

—Ella me dictará los registros, continuó el ciudadano Durand; y alguna que otra vez si no os parece mala la cena de esta noche, la repetiremos.

—Sí; pero no muy a menudo, dijo con fatuidad el escribano civil, porque te confieso que tendría que sentir si volviese más tarde de lo regular a cierta casita de la calle de Petit-Muse.

—Todo se arreglará divinamente, ¿no es verdad, querida amiga?

Mme. Durand, muy pálida y muy triste siempre, fijó sus ojos en su marido, y dijo:

—Como gustes.

Dieron las once, y siendo hora de retirarse, se levantó el escribano, y se despidió de sus huéspedes manifestándoles el placer que había tenido en conocer tan buenos amigos y en cenar en su compañía.

El ciudadano Durand acompañó a su convidado hasta la puerta, y entrando otra vez en su habitación, dijo a su mujer:

—Vamos, Genoveva, acuéstale.

Levantose la joven, y sin responder, tomó una luz y pasó a la habitación de la derecha.

Durand, o mejor dicho Dixmer, la miró salir, permaneció un momento pensativo, con la frente sombría y después entró en su alcoba que estaba en el lado opuesto.

XLII. Los dos billetes

Desde entonces fue el escribano de la Guerra a trabajar al bufete de su compañero el de la Conserjería. Mme. Durand dictaba, y su marido copiaba con una aplicación infatigable los registros de la cárcel.

Ordinariamente se quedaban solos los dos esposos después de una hora de conversación, o mejor dicho, de contemplación, porque el escribano de la cárcel gustaba mucho de contemplar a su colega, es decir, a su mujer. Entonces el empleado de Fouquier-Tinville daba la vuelta a la calle de Petit-Muse, murmurando:

—¡Cáspita! ¡y qué linda es esa Mme. Durand! ¿pero qué diablo tendrá para estar tan triste?

Después se retiraba Durand, no sin haber avisado antes a los gendarmes y cerrado cuidadosamente los libros.

Cuatro días transcurrieron de esta suerte, y Durand examinaba todo sin aparentar que lo hacía.

Había observado que todas las noches a las nueve ponían a la puerta, Richard o su mujer, un cesto lleno de provisiones.

En el momento en que el escribano decía al gendarme «me marcho, ciudadano,» salían o Gilberto o Dufresne, tomaban la cesta y la introducían en el cuarto de María Antonieta.

Durante tres noches consecutivas en que Durand había permanecido más tarde que de costumbre en su puesto, también había permanecido la cesta en el suyo, porque el gendarme no recogía las provisiones sino al abrir la puerta al escribano.

Un cuarto de hora después de haber introducido la cesta llena, volvió a sacar uno de los dos gendarmes vacía la del día anterior, y la depositaba en el sitio que antes había ocupado.

La noche del cuarto día, esto es, a principios de octubre, después de la sesión habitual, y cuando se había retirado el escribano civil, soltó Dixmer la pluma, y parándose a escuchar con tanta atención como si de ella dependiese su vida, se levantó de repente, y corriendo de puntillas a la puerta del rastrillo, levantó la servilleta que cubría la cesta y metió en el pan destinado a la prisionera un estuche pequeño de plata.

Después pálido y temblando como sucede siempre aun a las personas de organización más fuerte cuando ejecutan un acto arriesgado, preparado con mucha anticipación y esperado con impaciencia, volvió a su sitio apoyando una mano en su frente y otra en el corazón.

Genoveva le miraba obrar, pero sin dirigirle la palabra. Por lo común no hablaba nunca como no se la preguntase.

Sin embargo, aquella vez rompió el silencio.

—¿Y es para esta noche? preguntó.

—No; para mañana, respondió Dixmer.

Y levantándose después de haber mirado de nuevo, y cerrado los registros, llegose al rastrillo y llamó.

—¿Quién es? preguntó Gilberto.

—Soy yo que me marcho.

—Bien, dijo el gendarme desde el fondo de su celda. Buenas noches.

—Buenas noches, ciudadano Gilberto.

Al oír Dixmer el ruido de los cerrojos, salió conociendo que el gendarme iba a abrir la puerta.

En el callejón que conducía desde la habitación del tío Richard al patio, tropezó con un carcelero que llevaba en la mano un enorme manojo de llaves.

Por primera vez tuvo miedo Dixmer, porque era probable que aquel hombre iba a interpelarle, a conocerle tal vez.

Tapose la cara con su sombrero, y Genoveva la suya lo mejor que pudo; pero no sucedió nada de lo que temía, porque el carcelero dijo solamente:

—Perdona, ciudadano.

Dixmer se estremeció al oír aquella voz, que le pareció demasiado dulce y política para ser la de un carcelero; pero este, sin duda, llevaba prisa, y metiéndose por el corredor adelante, abrió la puerta del tío Richard y desapareció.

Dixmer continuó su camino, llevándose a Genoveva.

—Es extraño, dijo cuando hubo salido, y refrescó el aire su abrasada frente.

—Sí, muy extraño, murmuró Genoveva.

Si hubiera sido en tiempo de su intimidad, se hubieran comunicado los dos esposos la causa de su extrañeza; pero Dixmer encerró sus pensamientos en su alma, combatiéndolos como una alucinación, al paso que Genoveva se contentó al volver el ángulo del puente del *Change* con dirigir una mirada al sombrío palacio donde cierta cosa parecida a la sombra de un amigo perdido, acababa de despertar en ella tantos recuerdos dulces y amargos a la vez.

Entre tanto había salido el gendarme Gilberto y se había apoderado del cesto de provisiones destinado a la reina, y el cual contenía frutas, un pollo asado, una botella de vino blanco, otra de agua y medio pan de dos libras.

Levantó Gilberto la servilleta y reconoció la disposición ordinaria de los objetos colocados en el cesto por la ciudadana Richard.

—Bueno, dijo a su compañero que desde que no fumaba pasaba el tiempo leyendo todas las coplas que podía proporcionarse; esto es más de lo que ella ha de comer; y sin embargo, puede asegurarse que no han sido necesarios para su cena tantos cocineros como tenía en Versalles, cuando fuimos a buscarla para llevarla a las Tullerías.

—¡Oh! sí, respondió filosóficamente Dufresne; ahora tiene por jefe de cocina al pastelero de esta calle.

—Debe parecerla duro este sacrificio.

—Para lo que come…

Gilberto se encogió de hombros como si quisiese decir:

—Tienes razón.

Abriendo después la mampara, dijo en voz alta:

—Ciudadana, aquí está la cena.

El buen hombre no quiso decir *tu cena*, para no tutear a la reina, ni *vuestra cena*, para no ser tachado de aristócrata.

—Gracias, respondió la reina, no tengo ganas de comer.

—¡Qué diablo! ciudadana, replicó Gilberto con una emoción que no pudo dominar, no es cosa de decir todos los días: *no tengo gana*: es preciso animarse y comer.

—¿Para qué? dijo la reina; pero tan quedo que Dufresne no lo oyó; pero no sucedió lo mismo con Gilberto.

—Aunque no fuese más que por complacerme, exclamó este dominado por el enternecimiento que le causaba aquella larga y santa resignación.

La reina se sonrió tristemente y dijo:

—Pues entonces tomaré un poco de pan solo por complaceros.

Y levantando la cubierta de la cesta tomó el pan, mirándola en tanto Gilberto con los ojos llenos de lágrimas.

María Antonieta partió el pan en efecto; pero apenas imprimió en él sus dedos, cuando sintió el frío contacto de la plata, conociendo por consiguiente que aquel pan encerraba alguna cosa extraordinaria.

Hizo entonces un movimiento a su pesar, pero mirando al mismo tiempo maquinalmente hacia el rastrillo, dio un grito al

ver a Gilberto.

—Perdonad que os haya asustado, ciudadana.

Aquella vez no pudo menos de decir «vos», a riesgo de sufrir sus consecuencias si fuese oído.

—No tal, dijo la reina; solo que…

Y se detuvo no sabiendo qué excusa dar.

Pero el gendarme se había ya retirado, diciendo:

—Bueno, bueno, cenad tranquilamente. Verdad es que repugna a un hombre ver a una pobre mujer vivir de este modo sin comer nada; luego que hayáis cenado, haced lo posible por dormir; pero sin llorar. A fe de Gilberto que quisiera mejor veros enfadada de día que oíros suspirar de noche.

La reina permaneció un momento pensativa; escuchando, más que las palabras, el ruido de los pasos que cada vez se oía más lejano.

Cuando estuvo segura de que nadie la observaba, sacó el estuche del pan.

El estuche contenía un billete. Desdoblole, y leyó lo siguiente:

«Señora, estad preparada para mañana a la misma hora en que hoy recibiréis este billete, porque en esa hora será introducida una mujer en el calabozo de V. M. Esta mujer tomará vuestros vestidos y os dará los suyos: después saldréis de la Conserjería del brazo de uno de vuestros más leales servidores…

No os inquiete el ruido que oigáis en la primera pieza, ni hagáis caso de gritos ni gemidos; no os ocupéis de otra cosa que de poneros pronto la ropa de la mujer que va a ocupar el puesto de V. M.

—¡Todavía un sacrificio! murmuró la reina; gracias, Dios mío, ya veo que no soy, como se creía, el objeto de la execración de todos.

Volvió a leer el billete, y fijó entonces su atención en el segundo párrafo.

«No hagáis caso de gritos ni gemidos», murmuró, ¡oh! esto quiere decir que van a matar a mis dos vigilantes, ¡infelices! después de haberse mostrado tan compasivos conmigo ¡oh! ¡jamás! ¡jamás!

Desgarró entonces la parte de billete que no estaba escrito, y como no tenía ni lápiz ni pluma para contestar al amigo desconocido que se ocupaba de ella, tomó el alfiler de su pañuelo, y picó en el papel las letras que componían las palabras siguientes:

No puedo, ni debo aceptar el sacrificio de la vida de nadie en cambio de la mía.—M. A.

Volvió a meter el estuche en el pan y lo dejó para cuando fuesen a recogerlo.

Aún tenía la reina el pedazo de pan en la mano, cuando al dar las diez oyó en uno de los vidrios de su ventana que daba al patio llamado de las mujeres, un ruido estridente parecido al que produciría un diamante cortando el cristal.

A este ruido siguió un ligero choque en el vidrio, choque repetido muchas veces, que cubría con intención la tos de un hombre.

Después apareció en un ángulo de la vidriera, un rollito de papel, que se deslizó lentamente hasta el suelo.

Después oyó la reina el ruido de un manojo de llaves y pasos que se alejaban.

Miró Antonieta el billete, temiendo que alguno de sus guardas se presentase; pero cuando los oyó hablar en voz baja como siempre lo hacían por una especie de convenio tácito para no importunar a la prisionera, se levantó silenciosamente y fue a recoger el papel.

Deslizose entonces de él, como de una vaina, un objeto delgado y duro, que cayendo al suelo resonó metálicamente.

Era una lima sumamente fina, un juguete más bien que una herramienta, uno de aquellos recortes de acero, con los cuales una mano, por más débil y torpe que sea, puede cortar en un cuarto de hora el hierro de la más gruesa barra.

«Señora, decía el papel, mañana a las nueve y media vendrá un hombre a hablar por la ventana del patio de las mujeres, con los gendarmes que os guardan. En este tiempo cortará V. M. la tercera barra de su ventana, cortando de izquierda a derecha al sesgo, y en un cuarto de hora podrá estar libre V. M.

«Os da este aviso uno de vuestros más leales súbditos que ha consagrado su vida al servicio de V. M. y será feliz en sacrificarosla.»

—¡Oh! murmuró la reina, ¿será un lazo que me tienden? Pero no, me parece que conozco esta letra; es la misma que veía en el Temple; es la del caballero de Casa-Roja.

Y cayó de rodillas, para recurrir a la oración, dulce bálsamo y refugio de los encarcelados.

XLIII. Los preparativos de Dixmer

Por fin llegó el día siguiente, preparado por una noche de insomnio terrible, y aun puede decirse sin exageración, de color de sangre.

Cada día, en efecto, en aquella época y en aquel año, el más hermoso sol tenía sus manchas lívidas.

La reina durmió apenas y en un sueño intranquilo, pues no bien cerró los ojos cuando le pareció ver correr la sangre y oír gritos terribles, quedándose al fin dormida con la lima en la mano.

Dedicó parte del día a la oración, exceso de devoción que no llamó la atención de sus guardas, porque estaban acostumbrados a verla rezar con mucha frecuencia.

De vez en cuando sacaba de su seno la prisionera la lima que le había enviado uno de sus salvadores, y comparaba la debilidad del instrumento con la fuerza de las barras.

Felizmente no estaban metidas aquellas en la pared más que por la parte de abajo; la parte superior estaba encajada en un barrote transversal; de suerte que cortada la parte inferior, no había más que tirar de la barra y era de esperar que cediera fácilmente.

Pero no eran las dificultades físicas lo que detenía a la reina, pues conocía la posibilidad de la empresa; pero al pensar en sus consecuencias, oscurecíanse sus ojos con un velo sangriento, considerando que para que sus amigos pudieran penetrar en su cuarto, tendrían que matar a los dos hombres que la guardaban, y ella no quería su muerte a ningún precio, porque aquellos dos hombres eran los únicos que le habían manifestado alguna compasión en su larga y penosa cautividad.

Por otra parte, detrás de aquellas barras que se le rogaba limase, detrás de aquellos dos hombres que debían sucumbir si impedían a sus salvadores llegar hasta ella, estaba la vida, la libertad y tal vez la venganza, tres cosas tan dulces, principalmente para una mujer, que pedía a Dios le perdonase el desearlas tan ardientemente.

Creyó por lo demás observar que sus guardas no abrigaban la menor sospecha ni tenían la menor idea del lazo en que trataban de hacer caer a su prisionera, suponiendo que la conjuración fuese un lazo que se le tendía. Aquellos hombres sencillos se habrían delatado a los ojos tan perspicaces como lo eran los de una mujer habituada a adivinar el mal a fuerza de sufrirlo.

Renunciaba, pues, la reina casi enteramente a aquella parte de sus ideas, que la hacían examinar la doble proposición que le habían hecho como un lazo; pero a medida que la abandonaba la vergüenza de caer en ese lazo, la asaltaba el temor de ver correr la sangre de aquellos dos hombres por su culpa.

—¡Extraño destino y sublime espectáculo! decía para sí; ¡dos conspiraciones para salvar a una pobre reina, o más bien, a una pobre mujer prisionera que nada ha hecho para seducir o animar a los conspiradores, y ambas van a estallar a un tiempo!… ¡Quién sabe si las dos no son más que una sola! ¡Tal vez sea una doble mina que vaya a desembocar a un mismo punto! Si quisiera sería libre… pero sacrificar a una pobre mujer en mi lugar… y morir además dos hombres para que esta mujer llegue hasta mí. ¡Ni Dios ni la posteridad me lo perdonarían! ¡Imposible! ¡imposible!

Pero entonces pasaban por su imaginación aquellas grandes ideas de lealtad de los vasallos para con sus señores, y aquellas antiguas tradiciones del derecho de vida y muerte que sobre ellos tenían.

—Ana de Austria hubiera aceptado, decía para sí; Ana de Austria hubiera colocado sobre todas las consideraciones el gran principio de la salvación de las personas reales. Ana de Austria era de la misma sangre que yo y se hallaba en idéntica posición. ¿Pero no acarreará mi muerte la de ese pobre niño, que para mis escasos amigos es aún el rey de Francia? Y cuando muera mi hijo como murió mi esposo, ¿no me mirarán con lástima sus dos sombras al ver que por ahorrar unas gotas de sangre vulgar, mancho con la mía los restos del trono de San Luis?

La reina, en fin, vio llegar la noche en medio de aquellas angustias, cada vez mayores, de aquella fiebre de duda, y en el horror de la incertidumbre.

Repetidas veces observó a sus guardas, y jamás los encontró más tranquilos ni más complacientes con ella.

Cuando las tinieblas se esparcieron por el calabozo, cuando se oyó el paso de las rondas, cuando el ruido de las armas y el aullido de los perros resonó en las sombrías bóvedas, cuando, en fin, se presentó la prisión en su horrorosa realidad, levantose María Antonieta asustada, no pudiendo menos de pagar un tributo a la debilidad de mujer.

—Sí, dijo, huiré: cuando oiga hablar limaré la barra y esperaré lo que Dios y mis libertadores quieran hacer de mí. Yo me debo a mis hijos, que no deben morir, y si los asesinan, a lo menos me veré libre, y entonces…

Y no pudo concluir: cerráronse sus ojos y ahogose su voz en la garganta. Espantoso fue el sueño que aquella noche tuvo la desventurada reina, encerrada en un calabozo y guardada con rejas y cerrojos; pero pronto en su sueño vio desaparecer unas y otros, y se halló en medio de un ejército formidable y cruel que todo lo asolaba a sangre y fuego a la voz de su reina, que al fin se vengaba de un pueblo que después de todo no era el suyo.

Entre tanto Gilberto y Dufresne hablaban tranquilamente y preparaban su cena.

En aquel momento entraron Dixmer y Genoveva en la Conserjería, y según costumbre, se instalaron en la alcaidía. Al cabo de una hora, según costumbre también, despachó su tarea el escribano de la Conserjería y los dejó solos.

Luego que Dixmer vio desaparecer a su colega, se abalanzó a la cesta vacía colocada en la puerta en cambio de la que habían llevado aquella tarde. Cogió el pedazo de pan, lo partió y halló el estuche.

Al leer el billete de la reina se puso pálido; pero como le observara Genoveva, le desgarró en mil pedazos y los arrojó en la estufa encendida, diciendo:

—Bien, todo está prevenido.

Volviéndose después hacia Genoveva añadió:

—Venid, señora.

—¿Yo?

—Sí, tengo que hablaros en voz baja.

Genoveva, inmóvil y fría como un mármol, hizo un gesto de resignación y se aproximó.

—Ya llegó la hora, dijo Dixmer, escuchadme.

—Os escucho.

—¿No es cierto que queréis una muerte útil a vuestra causa, una muerte acompañada de las bendiciones de todo un partido y sentida por todo un pueblo, más bien que una muerte ignominiosa y de venganza?

—Sí.

—Yo hubiera podido mataros en el acto cuando os encontré en casa de vuestro amante; pero un hombre que como yo, ha consagrado su vida a una obra honrosa y santa, debe saber sacar partido de sus propias desgracias, consagrándolas a aquella causa, y eso es lo que yo he hecho, o más bien, lo que trato de hacer. Como veis, he renunciado al placer de hacerme justicia, y hasta he perdonado a vuestro amante.

Cierta sonrisa fugitiva, pero terrible, brilló en los labios descoloridos de Genoveva.

—Pero en cuanto a vuestro amante, ya debéis comprender, vos que me conocéis, que espero mejor ocasión.

—Señor, dijo Genoveva, estoy dispuesta: ¿a qué viene ahora ese preámbulo?

—¿Estáis dispuesta?

—Sí.

Miró Dixmer a Genoveva, y no pudo menos de estremecerse a su pesar porque estaba sublime en aquel momento: una aureola la iluminaba: la más brillante de todas, la que procede del amor.

—Continúo, replicó Dixmer. He prevenido a la reina: está esperando; pero según toda probabilidad, hará algunas objeciones, y corre de vuestra cuenta persuadirla.

—Bien, dadme vuestras órdenes y las ejecutaré.

—Ahora mismo, continuó Dixmer, voy a llamar a la puerta; abrirá Gilberto y con este puñal (Dixmer se desabrochó la levita y dejó ver un puñal de dos filos) con este puñal le mataré.

Genoveva se estremeció a pesar suyo; pero Dixmer la hizo una seña con la mano para que le prestara atención.

—En el momento en que le hiera, añadió, entraréis en la segunda habitación en que está la reina… Ya sabéis que no tiene más puerta que una mampara, y en tanto que mato al otro soldado, cambiaréis vuestros vestidos con los de S. M. Entonces cogeré del brazo a la reina, y pasaré con ella la alcaidía.

—Muy bien, dijo fríamente Genoveva.

—¿Comprendéis mi objeto? Todas las noches se os ve aquí con este traje, así que llevándole S. M. y cubriéndose bien, podrá pasar sin cuidado alguno.

—Lo haré como decís.

—Ahora me resta perdonaros y daros gracias, añadió Dixmer.

Genoveva contestó:

—Lo que yo he hecho no necesita ni de vuestro perdón ni de que me deis gracias por ello: lo que hago o más bien, lo que voy a hacer, borraría un crimen, y no he cometido más que una debilidad; recordad vuestra conducta, señor, y veréis que habéis sido vos quien me ha obligado a cometerla; de suerte que sois el instigador, el juez y el verdugo. Yo soy quien debo perdonaros mi muerte y os la perdono. A mí, pues, me toca daros gracias por quitarme la vida, que me sería insoportable separada del hombre a quien únicamente amo, sobre todo desde el momento en que habéis roto con vuestra feroz venganza todos los lazos que a él me unían.

Dixmer se hundió las uñas en el pecho; quiso contestar, pero le faltó la voz y después de haber dado algunos pasos por la alcaidía, exclamó:

—No; se pasaría la hora y es preciso obrar. Vamos, Genoveva, ¿estáis dispuesta?

—Ya os lo he dicho, señor, respondió Genoveva con la calma de los mártires: estoy esperando.

Dixmer reunió todos sus papeles, fue a ver si las puertas estaban bien cerradas, y quiso reiterar a su mujer sus instrucciones.

—Es inútil, señor, le contestó esta: sé muy bien lo que debo hacer.

Entonces Dixmer la tendió la mano, como si en tan supremo momento debiese desaparecer toda recriminación ante la grandeza de la situación y la sublimidad del sacrificio.

—Poneos cerca de mí, señora, dijo Dixmer, y pasad en el momento que hiera a Gilberto.

—Estoy dispuesta.

Entonces Dixmer apretó en su mano derecha su puñal, y con la izquierda llamó a la puerta.

XLIV. Los preparativos del caballero de Casa-Roja

En tanto que pasaba en la alcaidía la escena que acabamos de describir, se hacían otros preparativos en el lado opuesto, es decir, en el patio de las mujeres.

Un hombre se presentó de repente como una estatua de piedra que se hubiese desprendido de la pared. Acompañábanle dos perros, y cantando en voz baja, *ça ira*, canción muy

en boga entonces, fue a llamar a la habitación de la reina, sacudiendo un manojo de llaves que llevaba en la mano.

Estremeciose esta al principio; pero conociendo que aquella no podía ser otra cosa más que una señal, abrió suavemente la ventana, y se puso a trabajar con una mano más hábil de lo que hubiera podido creerse, porque más de una vez había manejado instrumentos como aquel, en que fundaba su salvación, en el taller de cerrajería donde su real esposo solía pasar entretenido algunos ratos.

En el momento en que el hombre del manojo de llaves, oyó abrir la ventana de la reina, fue a llamar a la de la habitación de los gendarmes.

—¡Hola! dijo Gilberto mirando por detrás de las vidrieras, ¿es el ciudadano Mardoche?

—El mismo, respondió el carcelero: parece que se hace bien la guardia.

—Como siempre, ciudadano llavero. También parece que tú no te descuidas.

—Amigo, ahora se necesita más vigilancia que nunca.

—¡Bah! dijo Dufresne que se había aproximado.

—No lo tomes a chanza.

—¿Pues qué hay?

—Abrid la ventana y os lo contaré todo.

—Abre, dijo Dufresne.

Abrió Gilberto y dio la mano al carcelero, quien se había hecho amigo de los gendarmes.

—¿Pues qué hay, ciudadano Mardoche? repitió Gilberto.

—Que ha sido un poco acalorada la sesión de la Convención. ¿No habéis leído?

—No. ¿Qué ha ocurrido?

—En primer lugar, que el ciudadano Hébert ha descubierto una cosa.

—¿Cuál?

—Que los conspiradores que se creían muertos están vivos, y muy vivos.

—¡Ah! sí, dijo Gilberto; Delessart y Thierry: y he oído hablar de esto; pero los muy tunantes están en Inglaterra.

—¿Y el caballero de Casa-Roja? dijo el llavero alzando la voz de modo que lo oyese la reina.

—¿Está en Inglaterra también?

—No tal, sino en Francia, respondió Mardoche sosteniendo la voz en el mismo diapasón.

—¿Ha vuelto?

—¡Si no ha salido de este país!

—¡Vaya un hombre tenaz! dijo Dufresne.

—¿Pero no se trata de prenderle?

—Sí por cierto; pero según trazas, no es cosa muy fácil.

En aquel momento rechinaba con tanta fuerza la lima de la reina, que temiendo el carcelero que la oyesen, a pesar de los esfuerzos que hacía para cubrir su ruido, pisó en una pata a uno de sus dos perros que dio un aullido lastimero.

—¡Pobre animal! dijo Gilberto.

—No es nada. ¿Quieres callarte, pícaro Girondino?

—¿Se llama Girondino tu perro?

—Sí, se me ha ocurrido ponerle este nombre.

—Con que decías… prosiguió Dufresne, el cual prestaba a las noticias tanto interés como los mismos presos.

—¡Ah, es verdad! decía que el ciudadano Hébert ha hecho la moción de trasladar a la Austriaca al Temple.

—¿Por qué?

—¡Toma! porque dicen que no la han sacado del Temple, sino para sustraerla a la inmediata inspección del ayuntamiento de París.

—Y a las tentativas de ese condenado Casa-Roja, dijo Gilberto, porque yo creo en la existencia del subterráneo.

—Eso es lo que le ha respondido el ciudadano Saintex; pero Hébert ha dicho que no existen los peligros desde el momento en que se previenen, y que se podía guardar a María Antonieta en el Temple con la mitad de las precauciones que aquí se necesitan; porque al fin el Temple es un edificio más fuerte que la Conserjería.

—A fe mía, dijo Gilberto, me alegraría de que la llevasen al Temple.

—Ya entiendo; no te gusta guardarla.

—Y además me entristece.

Casa-Roja tosió fuertemente, porque a proporción que se internaba la lima en el hierro sonaba con más fuerza.

—¿Y qué se ha decidido? preguntó Dufresne.

—Que permanecería aquí, pero que se presentaría su proceso inmediatamente.

—¡Pobre mujer! dijo Gilberto.

Dufresne, cuyo oído parecía más fino que el de su colega o que prestaba menos atención a las palabras de Mardoche, se bajó para escuchar hacia el lado izquierdo.

El llavero vio el movimiento.

—De suerte que, como conocerás, amigo Dufresne, dijo vivamente, van a ser las tentativas de los conspiradores tanto más desesperadas, cuanto menos tiempo les quede para ejecutarlas. Se van a doblar las guardias de los presos, y esto os importa mucho, ciudadanos gendarmes, porque se trata nada

menos que de una irrupción a mano armada en la Conserjería: los conspiradores están dispuestos a matar a todo el que les impida llegar hasta la reina, digo, la viuda Capeto.

—¡Bah! ¿cómo habían de entrar los conspiradores?

—Disfrazados de patriotas: fingirán una como la del 2 de setiembre, y una vez abiertas las puertas, buenas noches.

Hubo un instante de silencio, ocasionado por el estupor de los gendarmes, oyendo el carcelero con una mezcla de miedo y de alegría rechinar la lima en el hierro.

En aquel momento dieron las nueve.

Al mismo tiempo llamaron a la puerta de la alcaidía; pero ninguno de los gendarmes lo oyó:

—Pues bien, nosotros velaremos, dijo Gilberto.

—Y si es preciso moriremos en nuestro puesto como verdaderos republicanos.

—No debe tardar en acabar, dijo para sí el llavero enjugando el sudor que corría por su frente.

—Supongo que tú también velarás, dijo Gilberto, porque si sucediese una cosa como esta, no creas que te perdonarían.

—Ya lo creo, y por eso paso todo el tiempo rondando. Al fin, vosotros podéis dormir cada tercera noche.

En aquel momento volvieron a llamar a la puerta de la alcaidía, Mardoche se estremeció, porque cualquier acontecimiento, por pequeño que fuera, podía impedirle llevar a cabo su proyecto.

—¿Qué es eso? preguntó como a pesar suyo.

—Nada, respondió Gilberto, es el escribano del ministerio de la Guerra que me avisa que se marcha.

—¡Ah! muy bien, dijo el llavero.

Pero el escribano se obstinaba en llamar.

—¡Bien, bien! gritó Gilberto sin moverse de la ventana: ¡buenas noches!

—Me parece que te habla, dijo Dufresne volviéndose hacia la puerta. Respóndele.

Oyose entonces la voz del escribano que decía:

—Ciudadano gendarme, quisiera hablar contigo un momento.

El ciudadano carcelero creyó reconocer aquella voz, aunque algo desfigurada por la emoción.

—¿Qué quieres, ciudadano Durand? dijo Gilberto.

—Hablar contigo una palabra.

—Pues bien, mañana hablaremos.

—No: es preciso que sea esta noche.

—Esta voz es la de Dixmer, dijo para sí el carcelero.

—Vaya, dijo Gilberto, puesto que se obstina voy a salir.

Y se dirigió a la puerta.

Aprovechándose el llavero de aquella feliz circunstancia, corrió a la ventana de la reina.

—¿Está concluido? la dijo.

—Ya llevo más de la mitad, respondió la reina.

—Daos prisa por Dios.

—¿Pero a dónde diablos te has ido, ciudadano Mardoche, dijo Dufresne.

—Estoy aquí, respondió este asomándose a la ventana de la primera habitación.

En el momento mismo resonó en la prisión un grito terrible, después una imprecación, y últimamente se oyó el ruido de un sable al sacarle de su vaina de metal.

—¡Tunante! ¡bribón! exclamó Gilberto.

Y se oyó en el corredor como una encarnizada lucha.

Abriose al mismo tiempo la puerta, y el carcelero vio dos sombras luchando, y una mujer que, abriéndose paso por entre los combatientes, y rechazando a Dufresne, se abalanzó hacia la habitación de la reina.

Sin cuidarse Dufresne de aquella mujer, corrió al socorro de su compañero.

El carcelero se puso de un brinco en la otra ventana, y vio a la mujer arrodillada a los pies de la reina rogándole que cambiase con ella sus vestidos.

Al verla el carcelero dio un agudo grito. Cogió la barra e hizo violentos esfuerzos para romperla; pero la hendidura hecha por la lima era demasiado pequeña, y no pudo conseguirlo.

Entre tanto había conseguido Dixmer rechazar a Gilberto hasta la prisión, adonde iba a entrar con él; pero saliole al encuentro Dufresne y le contuvo sin poder cerrar la puerta, porque Dixmer había metido el brazo conservando siempre el puñal que, despuntado por la chapa de cobre del cinturón, se había deslizado a lo largo del pecho del gendarme, desgarrándole el uniforme y arañándole un poco la carne.

Los dos gendarmes reunieron todas sus fuerzas llamando en su ayuda.

Conociendo Dixmer que se le iba a romper el brazo, apoyó el hombro contra la puerta, dio una violenta sacudida, y consiguió retirar su brazo ya estropeado.

Cerrose entonces la puerta, echó Dixmer los cerrojos, y Gilberto dio una vuelta a la llave.

Oyose entonces un paso rápido en el corredor: miráronse los dos gendarmes, sin saber lo que les pasaba, y oyeron el ruido que hacía el falso carcelero queriendo romper la barra.

Precipitose Gilberto en la prisión de la reina, y encontró a Genoveva a sus pies.

Dufresne cogió su carabina, corrió a la ventana y vio un hombre agarrado a los hierros haciendo esfuerzos inauditos como para arrancar la reja.

Apuntole a boca de jarro, y cuando el joven vio cerca de sí el cañón de la carabina, dijo:

—¡Mátame sí, mátame!

Y en su sublime desesperación mostró su pecho para desafiar la bala.

—Caballero, exclamó María Antonieta, vivid, yo os los ruego.

Al oír Casa-Roja la voz de la reina, cayó de rodilla. Hizo entonces fuego Dufresne; pero aquel movimiento le salvó la vida, pasando la bala por encima de su cabeza.

Genoveva creyó muerto a su amigo y cayó en el suelo sin conocimiento.

Cuando se disipó el humo, no había nadie en el patio de las mujeres.

Diez minutos después treinta soldados con dos comisarios registraban hasta los más inaccesibles rincones de la Conserjería; pero no se encontró a nadie.

El escribano había pasado tranquilo y risueño por delante del sillón del tío Richard.

El carcelero había salido gritando, ¡al arma! ¡al arma! Quiso el centinela impedirle el paso poniéndole la bayoneta al pecho; pero saltáronle al cuello los dos perros que el falso carcelero llevaba consigo, y tuvo tiempo para escapar: de modo que solo se encontró a Genoveva en el calabozo de la reina, y al punto fue reducida a prisión.

XLV. Las investigaciones

No podemos dejar por más tiempo en el olvido uno de los más principales personajes de esta historia, el que ha sufrido más en los acontecimientos acumulados en el capítulo anterior, y cuyos sufrimientos merecen excitar las simpatías de nuestros lectores.

Hacía un hermoso día, y los vecinos de la calle de la Moneda estaban a las puertas de sus casas hablando tan alegremente como si nada sucediera, como si no oscureciese la atmósfera de París una nube de sangre, cuando llegó Mauricio con el cabriolé que había ofrecido llevar.

Dejole al cuidado de un muchacho, y entró en su casa con el corazón lleno de alegría.

El amor es un sentimiento vivificador: sabe animar los corazones muertos a toda sensación, puebla los desiertos, presenta a los ojos la sombra del objeto amado, hace que la voz que canta en el alma del amante le muestre la creación toda entera alumbrada por el día luminoso de la esperanza y la felicidad: como al mismo tiempo que es un sentimiento expansivo, es también un sentimiento egoísta, ciega al que ama para todo lo que no es el objeto amado.

Mauricio no vio aquellas mujeres ni oyó sus comentarios; no veía más que a Genoveva haciendo los preparativos de un viaje que iba al fin a darles una felicidad duradera; no oía más que a Genoveva cantando distraídamente su canción habitual, y esta canción zumbaba tan graciosamente en su oído, que hubiera jurado oír las diferentes modulaciones de su voz mezcladas con el ruido que hace una llave al cerrarse una puerta.

Al llegar Mauricio a la meseta de la escalera se quedó parado viendo entornada la puerta, cosa que no pudo menos de llamar la atención, porque la costumbre era que estuviese

constantemente cerrada. Dirigió la vista en torno suyo por si Genoveva estaba en el corredor, y como no la viese, entró en su cuarto, atravesó la antesala, el comedor, el salón y la alcoba; todas estas piezas estaban solitarias. Llamó, pero nadie contestó.

Como recordará el lector, el oficioso había salido; Mauricio pensó que tal vez en su ausencia habría necesitado Genoveva alguna cuerda para atar los líos o alguna provisión de viaje, y que habría bajado para comprar estos objetos. Grande le pareció la imprudencia, y aunque comenzaba a inquietarse, todavía no sospechó nada de lo que era en realidad. Esperó paseándose de arriba a abajo y asomándose de vez en cuando a la ventana por donde entraban bocanadas de aire cargadas de lluvia.

No tardó en oír pasos en la escalera; fijó la atención, pero al momento conoció que no era Genoveva: era el oficioso, que subía con la pereza con que acostumbran a hacerlo las personas de su clase.

—¡Escévola! exclamó.

—¡Hola! ¿eres tú, ciudadano? dijo el oficioso levantando la cabeza.

—Sí yo soy; ¿pero dónde está la ciudadana?

—¿La ciudadana? repitió Escévola asombrado.

—Sí: ¿está abajo?

—No la he visto.

—Pues entonces baja, pregunta al portero, e infórmate de los vecinos.

—Voy al momento.

Y Escévola volvió a bajar al mismo paso con que había subido.

—¡Más de prisa! exclamó Mauricio; ¿no ves que estoy en ascuas?

Cinco o seis minutos estuvo esperando Mauricio en la escalera; pero no viendo llegar a Escévola, volvió a entrar en su cuarto y se asomó a la ventana.

Entonces le vio entrar y salir en tres o cuatro tiendas, y lo llamó lleno de impaciencia.

El oficioso levantó la cabeza y vio a su amo asomado a la ventana y haciéndole seña para que subiese.

—Es imposible que haya salido, dijo para sí Mauricio, y volvió a llamar a Genoveva; pero todo estaba en el mayor silencio, y aun la alcoba solitaria parecía no tener ya eco.

En aquel momento se presentó Escévola.

—¿Qué hay? le preguntó Mauricio.

—¿Qué hay? solo el portero la ha visto.

—¿La ha visto el portero?

—Sí, pero los vecinos no han oído hablar de ella.

—¿Dices que la ha visto el portero? ¿Cómo ha sido eso?

—La ha visto salir.

—¿Conque ha salido?

—Así parece.

—¿Sola? Es imposible que haya salido sola.

—No iba sola, ciudadano, iba con un hombre.

—¿Con un hombre?

—Así lo dice a lo menos el ciudadano portero.

—Ve a buscarle; necesito saber quién es ese hombre.

Escévola dio dos pasos hacia la puerta; pero volviéndose de repente dijo con aire pensativo:

—Aguardad.

—¿Qué? ¿Qué quieres? Habla, me consumes.

—Tal vez sea el hombre que corrió detrás de mí.

—¿Ha corrido tras de ti un hombre?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para pedirme la llave de vuestra parte.

—¿Qué llave, desventurado? Habla, habla.

—La llave de casa.

—¿Con que has dado la llave de casa a un extraño? exclamó Mauricio agarrando del cuello a su oficioso.

—No se la he dado a un extraño, señor, sino a un amigo vuestro.

—¡Ah! sí, a un amigo mío, bueno; sería Lorin, eso es, habrá salido con Lorin.

Y sonriéndose se pasó Mauricio el pañuelo por la frente bañada en sudor.

—No, no, señor, no es él, dijo Escévola; conozco muy bien a Lorin.

—¿Pues entonces, quién era?

—Aquel ciudadano que vino un día…

—¿Qué día?

—Aquel día en que estabais tan triste y que después os pusisteis tan contento…

Escévola había observado todas estas cosas.

Mauricio le miró con asombro: un frío mortal se apoderó de todo su cuerpo, y exclamó después de un largo rato de silencio:

—¿Era Dixmer?

—Creo que sí, ciudadano, contestó el oficioso.

Mauricio se dejó caer en un sillón, anubláronse sus ojos: y cuando los volvió a abrir, los fijó en el ramo de violetas que había dejado Genoveva, y se abalanzó a él exclamando:

—No hay duda, estas violetas son su último adiós.

Entonces observó el joven que la maleta estaba medio vacía y la ropa tirada por el suelo; entonces comprendió la verdad en su horrible desnudez, y fuera de sí cerró la ventana que había quedado entreabierta, tomó dos pistolas cargadas, que tenía dispuestas para su viaje, y las guardó en sus bolsillos.

Cogió en seguida dos cartuchos de luises que, a pesar de su patriotismo, había creído conveniente guardar en una gaveta, y ciñéndose el sable llamó a su oficioso.

—Escévola, le dijo, creo que me eres leal; has servido a mi padre y a mí desde hace quince años.

—Sí ciudadano, contestó el oficioso sobrecogido de espanto al ver aquella palidez de mármol y aquel temblor nervioso que jamás había observado en su amo, el cual pasaba con razón por el más intrépido de los hombres, sí, ¿qué tenéis que mandarme?

—Escucha: si la ciudadana que vivía aquí vuelve, recíbela: cuando haya entrado, cierra la puerta, toma esa carabina, ponte en la escalera, y que no entre nadie en casa: si quieren forzar la puerta, defiéndete, hiere, mata, no tengas cuidado: yo acepto la responsabilidad de todo.

El acento del joven y su vehemente confianza electrizaron a Escévola.

—No solo mataré, dijo, sino que me dejaré matar, si es necesario, por defender a la ciudadana Genoveva.

—Gracias. Ahora escucha. Esta casa me es odiosa, y no quiero volver a ella hasta que la haya encontrado. Si vuelve, coloca, si es de día, en la ventana ese hermoso jarro del Japón con las margaritas que tanto quería. De noche pon un farol: de este modo podré informarme al pasar por la esquina, y

hasta que no vea una u otra cosa continuaré en mis investigaciones.

—Por Dios, sed prudente, ciudadano, exclamó Escévola.

Sin cuidarse de responder, Mauricio bajó la escalera como si hubiese tenido alas y corrió a casa de Lorin.

Imposible sería explicar el asombro, la cólera y la indignación del digno poeta cuando supo aquella noticia; solo podrán nuestros lectores tener una idea de ello recordando las tiernas elegías que inspiró Orestes a Pílades.

—¿Es decir, que ignoras dónde está? decía repetidamente Lorin.

—¡Perdida! ¡perdida! decía Mauricio con doloroso acento: sin duda el bárbaro la ha asesinado.

—No lo creas, querido Mauricio, no se mata a una mujer como Genoveva después de tantos días de reflexión: además, si el ánimo de su marido hubiera sido matarla, lo hubiera hecho en el acto, dejando el cadáver en tu casa como señal de su venganza. Lo más seguro es que se habrá escapado muy satisfecho de haber hallado su tesoro.

—Tú no le conoces, Lorin, decía Mauricio: ese hombre tiene un no sé qué de funesto en su rostro.

—Creo que te engañas: a lo menos a mí siempre me ha parecido un pobre hombre. Tal vez si la quiere sacrificar se haga prender con ella, y en esto en mi concepto está el verdadero peligro.

Estas palabras redoblaban el delirio de Mauricio.

—¡Yo la encontraré, exclamaba, o moriré!

—Por supuesto que la encontraremos, pero entre tanto cálmate. Todas las medidas tomadas sin reflexionar, salen mal, y no se reflexiona bien cuando no está la cabeza serena.

—Adiós, Lorin, adiós.

—¿Qué haces?

—Me marcho.

—¿Pero a dónde? ¿qué quieres hacer?

—Nada: esto es cosa que me interesa a mí solo, y yo solo debo arriesgar mi vida.

—¿Con que quieres morir?

—Estoy resuelto a hacer frente a todo: quiero ir a buscar al presidente de la junta de vigilancia: quiero hablar a Hébert, a Danton y a Robespierre, y se lo confesaré todo con tal de que me la devuelvan.

—Corriente, dijo Lorin.

Y sin hablar más palabras se ciñó el sable, púsose su sombrero de uniforme, y como había hecho Mauricio, tomó dos pistolas y las guardó en sus bolsillos.

—Cuando quieras, dijo.

—¿Pero no ves que te comprometes? exclamó Mauricio.

—¿Y qué importa eso?

—¿Y a dónde vamos primero? dijo Mauricio.

—Al cuartel consabido, calle de San Jacobo; después acecharemos a Casa-Roja; donde él esté, estará Dixmer, y por último, registraremos las casas de la calle de la Cordería. Ya sabes que se habla de trasladar a Antonieta al Temple, y hombres tan comprometidos como ellos no abandonan su empresa hasta que pierdan toda esperanza.

—Sí, repitió Mauricio, en efecto, tienes razón… ¿Crees tú que Casa-Roja esté en París?

—A lo menos Dixmer está.

—¡Vamos! ¡es verdad! dijo Mauricio; se habrán reunido. Vamos.

Desde aquel momento se pusieron los dos amigos a buscar por todas partes; pero todo fue en vano. París es grande y su sombra muy espesa. Jamás sima alguna ha sabido ocultar mejor el secreto que el crimen o la desgracia le confía.

Cien veces pasaron Lorin y Mauricio por la plaza de Greve; cien veces llegaron a la casita en que vivía Genoveva vigilada sin cesar por Dixmer como los sacerdotes antiguos vigilaban la víctima destinada al sacrificio.

Genoveva por su parte, viéndose destinada a perecer, aceptó como todas las almas generosas el sacrificio, y quiso morir sin ruido; además, ella temía menos por la causa de Dixmer que por la de su reina la publicidad que no hubiera dejado de dar Mauricio a su venganza.

Guardó, pues, un silencio tan profundo como si la muerte hubiera sellado sus labios.

Mauricio entre tanto, sin decir nada a Lorin, había ido a hablar a los individuos de la terrible junta de salvación pública, y Lorin, por su parte, sin decir nada a Mauricio, hacía las mismas diligencias.

Así es que en el mismo día trazó Fouquier-Tinville una cruz roja al lado de sus nombres, marcados ya con la terrible palabra de sospechosos.

XLVI. El juicio

El día 23 del primer mes del año segundo de la república, una e indivisible, correspondiente al 14 de octubre de 1793, según el cómputo antiguo, se veían ocupadas desde muy temprano por una multitud de curiosos las tribunas del salón en que se celebraban las sesiones revolucionarias.

Los corredores del palacio y las avenidas de la Conserjería estaban llenas de espectadores curiosos e impacientes que se trasmitían unos a otros los rumores y las pasiones que les agitaban, como las olas se trasmiten su bramido y su espuma.

A pesar de la curiosidad que aguijaba a todos los espectadores, y tal vez a causa de esta misma curiosidad, cada ola de aquel mar agitado, oprimido entre dos barreras, la exterior que la impelía, y la interior que la rechazaba, guardaba una misma e invariable posición en aquel continuo flujo y reflujo. Verdad es que los mejor colocados tenían la consideración de referir lo que veían o escuchaban a los que estaban detrás, y estos transmitían a los demás las palabras primitivas.

Cerca de la puerta del tribunal se disputaba un grupo de hombres amontonados diez líneas de terreno, porque con aquellas diez líneas podrían ver a los jueces y a los acusados.

Desgraciadamente ocupaba aquel recinto un hombre que con sus anchas espaldas y a codazos rechazaba las embestidas de los curiosos.

Aquel hombre inmóvil en el dintel de la puerta era joven y hermoso, y a cada ataque de la multitud sacudía a manera de crin su espesa cabellera, bajo la cual brillaba una mirada sombría y resuelta, y luego que con la mirada y el movimiento rechazaba los obstinados ataques de la multitud, volvía a caer en su atenta inmovilidad.

Cien veces había intentado derribarle aquella masa compacta, porque su elevada estatura impedía ver nada por detrás de él; pero fue inútil toda tentativa; una roca no hubiera sido más firme que él.

Sin embargo, al extremo opuesto de este mar humano, en medio de la agrupada multitud, otro hombre había logrado abrirse paso con una perseverancia que rayaba en ferocidad; nada le había detenido en su infatigable progresión: ni los golpes de los que dejaba atrás, ni las imprecaciones de los

que ahogaba al pasar, ni los chillidos de las mujeres, que no escaseaban por cierto en aquella concurrencia.

A los golpes respondía con golpes, a las imprecaciones con una mirada que intimidaba a los más valientes, y a los gritos con una impasibilidad que se asemejaba mucho al desprecio.

Por fin pudo llegar detrás del vigoroso joven, que, por decirlo así, cerraba la entrada de la sala, y en medio de la atención general, porque todos querían ver la escena que pasaba entre aquellos dos rudos antagonistas, y en medio, decimos de la atención general, ensayó su método, que consistía en introducir entre dos espectadores sus codos como cuñas y en separar con su cuerpo los cuerpos más íntimamente adheridos. Este hombre, sin embargo, era de baja estatura, y su rostro pálido y sus delgados miembros anunciaban una constitución tan raquítica, como energía revelaban sus hermosos ojos. Pero apenas tocó su codo al joven colocado delante de él, cuando admirado este de la agresión se volvió vivamente levantando su puño para castigar al temerario.

Los dos antagonistas se encontraron entonces frente a frente, y al mismo tiempo lanzaron un grito, pues acababan de reconocerse.

—¡Ah! ciudadano Mauricio, dijo el delicado joven con un acento de inexplicable dolor: dejadme pasar, dejadme ver, yo os lo suplico, y matadme después si queréis.

Mauricio, pues efectivamente era él, se sintió penetrado de enternecimiento y admiración al ver aquella abnegación eterna, aquella voluntad indestructible.

—¡Vos aquí, dijo en voz baja, vos aquí, imprudente!

—Sí, yo aquí, pero no puedo más… ¡Dios mío! ¡está hablando! ¡dejadme verla y oírla!

Apartose Mauricio y pasó el joven, quien desde aquel momento no tuvo ya delante a nadie que le impidiese ver lo que con tanta ansia deseaba.

Aquella escena y los murmullos que ocasionó excitaron la curiosidad de los jueces.

También la acusada dirigió la vista hacia aquella parte, y no pudo menos de estremecerse al reconocer al caballero.

El interrogatorio, dirigido por el presidente Harmand, interpretado por Fouquier-Tinville y discutido por Chauveau-Lagarde, defensor de la reina, duró todo el tiempo que lo permitieron las fuerzas de los jueces y de la acusada.

En todo este tiempo permaneció Mauricio inmóvil en su sitio, al paso que se habían ya renovado los espectadores muchas veces en la sala y en las galerías.

El caballero había encontrado un apoyo contra una columna, y allí permanecía más pálido que el estuco en que se apoyaba.

Entre tanto había llegado la noche, y algunas velas, puestas en las mesas de los jueces y en candeleros clavados en las paredes, iluminaron con una luz siniestra y rojiza el noble rostro de aquella mujer que tan hermosa se había presentado en las espléndidas fiestas de Versalles.

A las preguntas del presidente solo respondía la acusada con algunas palabras breves y desdeñosas, inclinándose de vez en cuando al oído de su defensor para hablarle en voz baja.

Su frente blanca y tersa no había perdido nada de su altivez ordinaria. Llevaba el vestido de rayas negras que no había dejado desde la muerte de su esposo.

Los jueces salieron de la sala para ir a votar, y concluyose la sesión.

—¿Me he mostrado demasiado desdeñosa? preguntó a Chauveau-Lagarde.

—¡Ah! señora, respondió este, vos estaréis siempre bien cuando seáis vos misma.

—¡Qué orgullosa es! exclamó una mujer del auditorio como si una voz del pueblo respondiera a la pregunta que la desgraciada reina acababa de hacer a su abogado.

La reina volvió la cabeza hacia aquella mujer, la cual repitió al ver el ademán de la reina:

—Sí, sí, digo que eres orgullosa, Antonieta, y que tu orgullo es el que te ha perdido.

La reina se ruborizó, y volviéndose el caballero hacia la mujer que había pronunciado aquellas palabras, le reconvino dulcemente diciendo:

—Era la reina.

Mauricio le cogió del brazo y le dijo:

—¡Ea! tened ánimo para no perderos.

—¡Oh! Mauricio, replicó el caballero, sois hombre y sabéis que habláis a otro hombre; decidme, decidme por Dios, ¿creéis que se atreven a condenarla?

—Estoy seguro de ello, dijo Mauricio.

—¡A una mujer! exclamó Casa-Roja lanzando un suspiro.

—No, sino a una reina, replicó Mauricio, según vos mismo acabáis de decir.

Cogió entonces el caballero a Mauricio del brazo con una fuerza de que se le hubiera creído incapaz, y le dijo al oído:

—¿Pero qué habéis venido a hacer aquí, vos, que no tenéis corazón de tigre?

—¡Ah! respondió Mauricio: he venido a averiguar el paradero de una desgraciada mujer.

—Sí, sí, dijo Casa-Roja, a la que su marido arrojó dentro del calabozo de la reina, y que fue sorprendida a mi vista.

—¿Genoveva?

—Sí, Genoveva.

—¡Con que Genoveva está presa y sacrificada por su marido! ¡asesinada por Dixmer! ¡Oh! ¡ahora lo comprendo todo! Caballero, contadme lo que ha pasado, decidme dónde la encontraré, porque esa mujer es mi vida. ¿lo entendéis?

—Ya os he dicho que la vi arrestar. También yo quería librar a la reina; pero no habiéndonos puesto antes de concierto, la perjudicaron nuestros proyectos en vez de salvarla.

—¿Y ni siquiera pudisteis libertar a vuestra hermana Genoveva?

—¿Podía hacerlo acaso, separándome de ella una reja de hierro? ¡Ah! si hubieseis estado allí, habríais reunido vuestras fuerzas a las mías, hubiera cedido la maldita barra y habríamos salvado a una y otra.

—¿Y qué se ha hecho de Dixmer? preguntó a Casa-Roja con furor mal reprimido.

—No lo sé; cada uno de nosotros se puso en salvo como pudo.

—¡Ah! dijo Mauricio apretando los dientes: si llego a encontrarle…

—Comprendo. Aún no podéis desesperar de la salvación de Genoveva, al paso que la reina… Mauricio, vos sois un hombre de honor, tenéis amigos, y podéis mucho… Ayudadme a salvar a la reina.

—¿Y os atrevéis a pensar semejante cosa?

—Genoveva os lo ruega por mi voz.

—¡Oh! no pronunciéis ese nombre. ¡Quién sabe, si como Dixmer, habréis sacrificado a esa pobre mujer!

—Cuando yo me adhiero a una causa, dijo el caballero con orgullo, me sacrifico solo sin comprometer a nadie.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala de las deliberaciones.

—Silencio, aquí están los jueces que vuelven, dijo Mauricio sintiendo temblar la mano que Casa-Roja, pálido y vacilante, acababa de apoyar en su brazo.

—Me falta el valor, dijo el caballero.

—Tened ánimo o estáis perdido, le contestó Mauricio.

Volviose a llenar de gente el tribunal en cuanto entraron los jueces, y compareció de nuevo la reina, siempre noble, inmóvil y activa. Sin palidecer y con la mayor sangre fría, escuchó la sentencia de muerte.

Volviose después hacia donde estaba el caballero, y con una expresiva mirada le dio gracias por su lealtad y su heroísmo: apoyose después en el brazo del oficial de los gendarmes que mandaba la fuerza armada, y salió del tribunal con dignidad.

Mauricio lanzó un suspiro y dijo para sí:

—A Dios gracias, no ha comprometido a Genoveva en su declaración. Todavía hay esperanzas.

—Gracias a Dios, dijo el caballero, que todo se ha concluido, porque ya me faltaban las fuerzas para resistir más.

—¡Valor! dijo Mauricio en voz baja.

—Sí, le tendré, respondió el caballero.

Y después de haberse estrechado ambos la mano se separaron tomando cada uno diferente camino.

Volvieron a llevar a la reina a la Conserjería, y cuando entraba en ella dieron las cuatro.

Al llegar Mauricio al puente Nuevo, le detuvo Lorin por el brazo.

—Alto ahí, le dijo no pases adelante.

—¿Por qué?

—Dime primero a dónde vas.

—A su casa, porque ya sé dónde está Genoveva.

—Me alegro, pero no entrarás en tu casa.

—¿Por qué razón?

—Porque han ido dos gendarmes a prenderte.

—Pues por lo mismo quiero ir allá.

—¿Estás loco? ¿Y Genoveva?

—Es verdad. ¿Y dónde vamos?

—¿A dónde hemos de ir? a mi casa.

—¿Y si te pierdo?

—Tanto mejor, contestó Lorin llevándoselo consigo.

XLVII. El sacerdote y el verdugo

Apenas entró la reina en su habitación cuando volvió del tribunal, tomó unas tijeras, cortose sus largos y hermosos cabellos, los guardó en un papel y escribió encima: «Para que se los repartan entre sí mi hijo y mi hija.»

Sentose entonces, o mejor dicho, se dejó caer en un sillón, y abrumada de cansancio, pues el interrogatorio había durado 18 horas, se quedó dormida.

A las siete la despertó el ruido que hacía el biombo al abrirse, volvió la cabeza y vio un hombre desconocido.

—¿Qué hay? le preguntó.

Aproximose a ella el desconocido, y saludándola como a una mujer cualquiera, la respondió:

—Yo me llamo Sanson.

La reina se estremeció y se levantó de su asiento. Aquel nombre solo decía más que un largo discurso.

—Venís muy temprano, le dijo la reina; ¿no podríais esperar un momento?

—No, respondió Sanson; me han mandado que venga ahora mismo.

Al pronunciar estas palabras dio un paso hacia la reina.

Todo en aquel hombre y en aquel momento era expresivo y terrible.

—¡Ah! ya comprendo, dijo la prisionera, ¿venís a cortarme los cabellos?

—Es necesario, respondió el verdugo.

—Ya lo sabía, dijo la reina, y he querido ahorraros esa molestia… Mis cabellos están en aquella mesa, y quisiera que fueran entregados a mis hijos esta tarde.

—Eso no es cuidado mío, replicó Sanson.

—Sin embargo, yo había creído…

—Yo no tengo más gajes que los despojos de… las personas… sus vestidos y sus joyas, y esto cuando me las dan voluntariamente; porque si no, pertenecen a los pobres de los hospitales, según decreto de la junta de salvación pública.

—¿Pero puedo esperar que serán entregados mis cabellos a mis hijos?

Sanson no respondió nada.

—Yo haré lo posible para que se cumplan vuestros deseos, dijo Gilberto.

La prisionera dirigió al gendarme una mirada de inexplicable reconocimiento.

—Únicamente venía a cortaros los cabellos, dijo Sanson; pero ya que os habéis anticipado, os dejaré, si queréis, un momento sola.

—Os lo suplico, respondió la reina, porque necesito orar.

Sanson hizo saludo con la cabeza, y se retiró.

En tanto que la reina se arrodillaba en una silla más baja que las otras, y que le servía de reclinatorio, pasaba una escena de otro género, aunque no menos terrible, en el presbiterio de la iglesia de San Landry, en la Cité.

Acababa de levantarse el cura de la parroquia, y su criada le preparaba el desayuno, cuando de repente llamaron con violencia a la puerta del presbiterio.

Una visita imprevista en casa de un sacerdote, anuncia aun en nuestros días un importante acontecimiento; por lo regular se trata de un bautismo, de un casamiento *in extremis*, o de una confesión por peligro de muerte; pero en aquella época podía anunciar una cosa más grave, pues en efecto no se consideraba al sacerdote como el delegado de Dios, sino que tenía obligación de dar cuenta de sus acciones a los hombres.

Sin embargo, el abate Girard era de los que menos podían temer, porque había prestado juramento a la constitución, pudiendo en él más la conciencia y la probidad que el amor propio y el espíritu religioso. Sin duda admitía la posibilidad de un progreso en el gobierno, y deploraba tantos abusos cometidos en nombre del poder divino: así es que, guardando fidelidad a su Dios, había aceptado la fraternidad del régimen republicano.

—Id a ver, señora Jacinta, dijo, quién llama tan temprano, y si por casualidad vienen a buscarme para algún servicio perentorio, decidles que tengo orden de marchar al momento a la Conserjería.

La señora Jacinta se llamaba en otro tiempo Magdalena; pero había aceptado un nombre de flor en cambio del suyo, así como el abate Girard había aceptado el título de ciudadano en vez del de cura.

Abrió la señora Jacinta la puerta y entró un joven muy pálido, muy agitado, pero de una fisonomía dulce y expresiva:

—¿Está el señor abate Girard? preguntó.

Jacinta examinó los vestidos desordenados del joven y el temblor nervioso de sus manos, y concibiendo alguna desconfianza, contestó con sequedad:

—Aquí no vive ningún señor ni ningún abate.

—Perdonad, señora, replicó el joven: quería decir el cura de la iglesia de San Ladry.

La palabra «señora», que en aquella época no se hubiera dado a una emperatriz, chocó vivamente al ama del cura; sin embargo respondió:

—No se le puede ver, ciudadano; está rezando el breviario.

—En ese caso esperaré, contestó el joven.

—Pues esperaréis inútilmente, replicó la señora Jacinta, a quien aquella obstinación confirmaba en el mal juicio que había formado desde un principio: digo que esperaréis inútilmente porque le han llamado a la Conserjería y va a salir al momento.

—¡Con que era verdad! dijo a media voz el joven poniéndose pálido.

Después prosiguió en voz alta:

—Pues justamente ese es el motivo que me trae a casa del ciudadano Girard.

Y a pesar de la vieja y de sus amenazas, echó los cerrojos a la puerta y se entró hasta la habitación del abate. Cuando éste le vio lanzó una exclamación de sorpresa.

—Perdonad, señor cura, dijo inmediatamente el joven; tengo que hablaros de un asunto interesante; haced que quedemos solos.

El anciano sacerdote conocía por experiencia los signos exteriores de las grandes pasiones, y leyó sus estragos en la lívida frente del joven.

—Dejadnos, Jacinta, dijo al ama.

El joven siguió con la vista y lleno de impaciencia al ama del cura, que acostumbrada a participar de todos sus secretos, vacilaba en retirarse: al fin cerró la puerta y dijo el desconocido:

—Señor cura, sin duda vais a preguntarme quién soy, y voy a deciroslo: soy un hombre proscripto, soy un hombre condenado a muerte, que no vivo más que a fuerza de audacia; soy el caballero de Casa-Roja.

Asustado el abate dio un salto en su sillón.

—No temáis nada, continuó el caballero, nadie me ha visto entrar aquí, y los que me hayan visto no me reconocerán, porque he cambiado mucho en dos meses.

—Pero en fin ¿qué queréis, ciudadano? preguntó el cura.

—¿Es verdad que vais ahora mismo a la Conserjería?

—Sí, me ha enviado a llamar el conserje.

—¿Sabéis para qué?

—Para algún enfermo, para algún moribundo o para algún sentenciado.

—Vos lo habéis dicho, sí: una persona sentenciada os espera.

El anciano sacerdote miró al caballero con asombro.

—Pero ¿sabéis quién es esa persona? replicó Casa-Roja.

—No… no sé.

—Pues bien, esa persona es la reina.

El abate lanzó un grito de dolor.

—¡La reina, Dios mío!

—Sí señor, la reina. Me he informado quién era el sacerdote que debería asistirla, y en cuanto he sabido que erais vos, he venido a vuestra casa.

—¿Qué queréis de mí? dijo el sacerdote asustado del acento febril del caballero.

—Quiero… No quiero nada, señor: vengo a imploraros, a rogaros, a suplicaros…

—¿Qué?

—Que me introduzcáis con vos en el cuarto de S. M.

—¡Estáis loco! ¿No conocéis que os perdéis y me perdéis al mismo tiempo?

—Nada temáis.

—La pobre mujer está sentenciada, y no hay remedio para ella.

—Lo sé: no es para salvarla para lo que quiero verla; es… Pero escuchadme, padre mío. ¡Vos no me escucháis!

—No os escucho porque me pedís una cosa imposible; no os escucho porque estáis loco, y porque me asustáis.

—Tranquilizaos, padre mío, dijo el joven haciendo por calmarse, no estoy loco. Bien sé que la reina está perdida; pero haced que me postre a sus plantas aunque no sea más que un minuto, y esto me salvará la vida; si no la veo estoy decidido a quitármela, y vos habréis dado muerte a mi cuerpo y a mi alma.

—Hijo mío, replicó el sacerdote, me pedís el sacrificio de mi vida, y aunque soy viejo, todavía es necesaria mi existencia a muchos desgraciados: ¿no veis que a pesar de mis años, si yo fuese a buscar la muerte cometería un suicidio?

—No os neguéis, padre mío; necesitaréis un acólito, pues bien yo lo seré: llevadme con vos.

El cura hizo un esfuerzo para recobrar la firmeza que ya empezaba a vacilar.

—No, respondió, esto sería faltar a mis deberes; he jurado la constitución, y la he jurado con mi alma y con mi concien-

cia. La pobre mujer condenada es una reina culpable; daría mi vida si pudiese ser útil a mi prójimo; pero no quiero faltar a mi deber.

—¡Pero cuando os digo, exclamó el caballero, cuando os afirmo y os juro que no quiero salvar a la reina! mirad, sobre el Evangelio, sobre este crucifijo os juro que no voy a la Conserjería para impedir su muerte.

—Pues entonces ¿qué queréis? preguntó el anciano conmovido por aquel acento de honda desesperación.

—Escuchadme, dijo el caballero: la reina fue mi bienhechora; y sería un consuelo para ella verme en su hora postrera.

—¿Y es esto todo lo que queréis?

—Todo.

—¿No tramáis alguna conjuración para tratar de salvar a la condenada?

—Ninguna: soy cristiano, padre mío, y si hay en mi corazón una sombra de mentira, si espero que viva, si trabajo para ello de cualquier modo que sea, que Dios me castigue con su eterna maldición.

—No, no, yo no puedo prometer nada; dijo el cura pensando en los muchos y grandes peligros de tamaña imprudencia.

—Escuchad, padre mío, dijo el caballero con el acento del más profundo dolor: os he hablado como un hijo sumiso: no os he manifestado más que sentimientos cristianos y de caridad: ni una palabra amarga ni una amenaza ha salido de mi boca, y sin embargo, mi sangre hierve, la desesperación me destroza el alma y estoy armado de un puñal. ¡Miradlo!

Y el joven sacó de su pecho una hoja brillante y fina que despidió un reflejo lívido en su mano trémula.

El cura retrocedió rápidamente lleno de espanto.

—No temáis nada, le dijo el caballero con una triste sonrisa: cualquiera otro en mi lugar hubiera exigido de vuestro miedo

un juramento, sabiendo lo fiel observador que sois de vuestra palabra. Pero yo no quiero valerme de tales medios; os lo suplico solo encarecidamente; haced que la vea, aunque sea solo un instante y tomad en garantía.

Y sacó de su bolsillo un billete que presentó a Girard.

Este lo abrió y leyó las siguientes palabras:

«Yo Renato, caballero de Casa-Roja, declaro en nombre de Dios y de mi honor, que he obligado al digno cura de San Landry con amenazas de muerte a llevarme a la Conserjería a pesar de su repulsa y de su viva repugnancia. En fe de lo cual firmo.—El caballero de Casa-Roja.»

—Está bien, dijo el sacerdote: pero juradme que no cometeréis ninguna imprudencia: no basta que se salve mi vida; soy responsable también de la vuestra.

—No pensemos en eso, dijo el caballero: ¿consentís?

—Será preciso, puesto que os obstináis en ello. Me esperaréis en la portería, y la veréis cuando pase a la alcaidía.

El caballero cogió la mano del anciano y la besó con tanto respeto y fervor como había besado antes el crucifijo.

—¡Oh! murmuró: al menos morirá como una reina, y no la tocará la mano del verdugo.

XLVIII. La carreta

Apenas logró Casa-Roja arrancar al cura de San Landry su permiso para acompañarle a la Conserjería en calidad de acólito, entró en un gabinete entreabierto, que era la pieza de vestir del abate, y viendo sobre una mesa dos navajas de afeitar, cogió una, y en un momento se echó abajo la barba y los

bigotes, pudiendo ver entonces toda la horrible palidez de su rostro.

En seguida volvió a la sala donde estaba el cura, tranquilo en la apariencia, como si olvidase que podrían conocerle en la Conserjería, a pesar de la desaparición de su barba y bigotes.

Siguió, pues, con la mayor serenidad al abate, a quien habían ido a buscar dos soldados, y con esa audacia que aleja toda sospecha, entró por la reja que daba comunicación en aquella época al patio del palacio de Justicia. Por supuesto iba vestido de negro, aunque de seglar, como el abate, porque los hábitos sacerdotales estaban abolidos.

En la alcaidía encontraron más de cincuenta personas entre empleados de la cárcel, comisarios y diputados, esperando ver pasar a la reina.

Latió su corazón con tanta violencia cuando estuvo frente al postigo, que ni siquiera oyó lo que habló el abate Girard con los gendarmes y el conserje.

Un hombre que tenía en la mano unas tijeras y una melena de pelo recién cortada, chocó con Casa-Roja al entrar. Volviose este rápidamente y reconoció al verdugo.

—¿Qué quieres, ciudadano? le preguntó Sanson.

El caballero trató de reprimir la turbación que le causaba a pesar suyo aquel encuentro y contestó:

—¡Yo! ya lo ves, ciudadano Sanson, vengo acompañando al cura de San Landry.

—Bien, replicó el ejecutor.

Y se separó para dar sus órdenes a su criado.

Casa-Roja atravesó sin detenerse la Conserjería, y llegó hasta la habitación en que estaban los gendarmes.

Aquellos buenos hombres estaban consternados; pues así como la reina había sido digna y orgullosa con los demás, ha-

bíase mostrado bondadosa con los dos gendarmes, que parecían más bien criados suyos que guardias.

Desde allí no podía ver el caballero a la reina porque el biombo, que se había abierto para que entrase el abate se había cerrado en seguida. Sin embargo, pudo oír la conversación ya empezada.

—Señor, decía la reina con voz altiva, puesto que habéis prestado juramento a la república, en cuyo nombre se me condena a muerte, me será imposible tener confianza en vos. Nosotros no adoramos al mismo Dios.

—Señora, respondió Girard muy conmovido con aquella desdeñosa profesión de fe, una cristiana que va a morir debe olvidar en ese supremo momento todo motivo de odio y rencor, y solo debe pensar en Dios, cualquiera que sea la forma bajo que se le presente.

Casa-Roja lanzó un suspiro y trató de abrir el biombo esperando que cuando le viese la reina y supiera la causa que allí le llevaba, mudaría de modo de pensar respecto al abate; pero le detuvieron los dos gendarmes.

—Soy el acólito del cura, les dijo al verse detenido en su marcha.

—Puesto que rechaza al cura, dijo Dufresne, para nada necesita a su acólito.

—Entrando yo, tal vez le acepte, dijo el caballero alzando la voz.

Pero María Antonieta estaba muy preocupada para oír y reconocer la voz del caballero.

—Marchaos, señor, continuó aquella dirigiéndose a Girard: puesto que ahora vivimos en Francia bajo el régimen de la libertad, dejadme morir a mi gusto.

Quiso Girard dirigirla una palabra; pero le contestó con un ademán propio de María Teresa.

—Dejadme: yo lo quiero.

Salió Girard, y el caballero por más que hizo, no pudo ver a la reina, que estaba vuelta de espaldas.

Al salir el cura entraba el ayudante del verdugo con los cordeles en la mano. Los dos gendarmes rechazaron hacia la puerta al caballero antes que hubiese podido dar un grito o hacer un movimiento para realizar su designio. Encontrose, pues, con Girard en el corredor de la portería. Desde aquí fueron rechazados hacia la alcaidía, donde ya se había esparcido la noticia de la negativa de la reina, y donde el orgullo austriaco de María Antonieta era para algunos el texto de groseras invectivas y para otros asunto de secreta admiración.

—Volveos a vuestra casa, dijo Richard al abate, puesto que os rechaza, y dejadla que muera como quiera.

—Toma, dijo la mujer de Richard, tiene razón, yo haría lo que ella.

—Y haríais mal, ciudadana, dijo el abate.

—Cállate, mujer, dijo el conserje en voz baja: ¿qué te importa a ti eso? Hasta más ver, señor abate.

—No, repitió Girard, no; la acompañaré aun cuando no quiera; si me oyera una sola palabra bastaría para recordarla sus deberes; además, el ayuntamiento me ha dado esta comisión y debo obedecerle.

—Sea así, dijo brutalmente el comandante de la fuerza armada; pero despacha a tu sacristán.

Era aquel un médico llamado Grammont.

Los ojos del caballero brillaron con un fuego súbito y siniestro, y metió la mano en su pecho.

Girard sabía que llevaba un puñal, y le detuvo con una mirada suplicante.

—Por Dios, mirad lo que hacéis, le dijo al oído, mirad que todos nos comprometemos; os juro que la hablaré de vos en

el camino, y la diré cuanto habéis arriesgado para verla por última vez.

Estas palabras calmaron la efervescencia del joven: además, principiaba a sentir aquella reacción que se verifica en todas las naturalezas violentas. Aquel hombre de una voluntad heroica, de un poder maravilloso, sentía ya agotadas sus fuerzas: irresoluto, vencido y fatigado, luchaba con una especie de soñolencia que hubiera podido tomarse como la precursora de la muerte.

—Es verdad, dijo para sí, no puede ser de otro modo; la cruz para Jesús, y el cadalso para ella: Dios y los reyes beben hasta las heces del cáliz que les presentan los hombres.

El resultado de aquel pensamiento de resignación e inercia fue que el joven se dejó rechazar sin más defensa que una especie de gemido involuntario hasta la puerta de la calle, sin oponer más resistencia que Ofelia cuando destinada a la muerte se veía arrebatada por las olas.

Al pie de las rejas y de las puertas de la Conserjería se apiñaba una de esas muchedumbres que espantan, y que nadie puede imaginarse sin haberlas visto una vez por lo menos.

La impaciencia dominaba a todas las pasiones, y todas las pasiones hablaban en su lenguaje, que confundiéndose producía un rumor inmenso y prolongado, como si todo el ruido y toda la población de París se hubiesen reconcentrado en el barrio del palacio de Justicia.

Delante de aquella multitud estaba acampado un ejército entero con sus cañones destinados a proteger la fiesta y dar seguridad a los que habían ido a gozar de ella.

Imposible era atravesar aquella espesa fila que se engrosaba por momentos a medida que llegaba la noticia de la sentencia a los oídos de los patriotas de los arrabales de París.

Rechazado Casa-Roja de la Conserjería, se encontró naturalmente en la primer fila de soldados, que le preguntaron quién era. Habiéndoles respondido que era el teniente del

cura Girard que, como juramentado, había sido rechazado por la reina del mismo modo que el cura, le empujaron los soldados a su vez hasta la primera línea de espectadores.

Obligado a responder allí lo mismo que había dicho a los soldados, se levantó por todas partes un grito universal.

—Este la ha visto… ¿Qué dice?… ¿Qué hace?… ¿Está siempre orgullosa?… ¿Está abatida?… ¿Llora?…

El caballero respondió a todas aquellas preguntas con una voz a la vez dulce y triste, como si aquella voz fuese la última manifestación de su vida.

Su respuesta era la verdad pura y sencilla: pero aquella verdad era un elogio de la firmeza de Antonieta, y lo que él decía con la sencillez y fe de un evangelista, causó la turbación y el remordimiento más de un corazón.

Cuando habló del joven Delfín y de Mme. Real, de aquella reina sin trono, de aquella esposa sin esposo, de aquella madre sin hijos, de aquella mujer, en fin, sola y abandonada, sin un amigo, en medio de los verdugos, más de una frente se cubrió de tristeza y más de una lágrima furtiva y abrasadora apareció en los ojos animados poco antes por el odio.

Dieron las once en el reloj de palacio y en aquel momento cesó todo rumor. Cien mil personas contaban la hora, y a cada campanada respondía un latido de su corazón.

Luego que se perdió en el espacio la vibración de la última campanada, oyose un grande estruendo, al mismo tiempo que se vio por entre la multitud una carreta que venía del lado del muelle de las Flores, acompañada de un piquete de soldados.

No tardó en aparecer la reina en el atrio de la Conserjería, fijándose en ella todas las miradas. Sus cabellos, cortados, se habían blanqueado durante su cautiverio, y este matiz argentado hacía más delicada la palidez anacarada que en aquel momento supremo realzaba y hacía casi celestial la hermosura de la hija de los Césares. Hallábase vestida de blanco, y traía las manos atadas a la espalda.

Cuando se mostró así a los ojos de los espectadores, trayendo a su derecha al cura Girard, que la acompañaba a pesar suyo, y a su izquierda al verdugo, ambos vestidos de negro, salió de la apiñada muchedumbre un murmullo que Dios solo, que lee en el fondo de los corazones, pudo comprender y reasumir en una verdad.

Pasó entonces un hombre entre el ejecutor y María Antonieta. Era Grammont que iba a mostrar a esta la innoble carreta. A pesar de su habitual serenidad no pudo menos la reina de retroceder espantada.

—Subid, dijo Grammont.

Todo el mundo oyó esta terrible palabra, porque la emoción tenía entonces suspendido todo murmullo en los labios de los espectadores.

Encendiéronse de un vivo carmín las mejillas de la reina; pero casi al mismo tiempo recobró su rostro su palidez mortal. Entreabriéronse sus marchitos labios y dijo:

—¿Por qué me dan a mí una carreta cuando el rey fue al cadalso en su coche?

Entonces el abate Girard le dijo al oído algunas palabras con objeto sin duda de combatir en la sentenciada aquel último grito del orgullo real.

La reina guardó silencio y estuvo a punto de caer desfallecida. Sanson alargó sus dos brazos para sostenerla, pero María Antonieta logró enderezarse y recobrar su aliento antes que el verdugo la hubiese tocado.

Bajó, pues, con paso seguro la escalera, mientras que el ayudante del verdugo afirmaba un banquillo detrás de la carreta. La reina subió a ella y el abate lo verificó en seguida.

Cuando la carreta principió a moverse, se notó gran movimiento en el pueblo; pero como al mismo tiempo ignorasen los soldados con qué intención se verificaba el movimiento, reunieron todos sus esfuerzos para rechazar a la multitud,

quedando por consiguiente un grande espacio vacío entre la carreta y las primeras filas.

En este tiempo resonó un aullido lúgubre.

La reina se estremeció, y poniéndose en pie miró en torno suyo.

Entonces vio a su perro, que hacía dos meses se le había perdido; a su querido perro, que no había podido penetrar con ella en la Conserjería, y que en aquel momento, a pesar de los puntapiés y los golpes que le daban, quería lanzarse a la carreta; pero muy en breve, el pobre Black, extenuado de fatiga, desapareció bajo los pies de los caballos.

La reina le siguió con la vista sin poder llamarle porque el ruido cubría su voz, y sin poder señalarle con el dedo, porque tenía las manos atadas; además, inútil hubiera sido pedirle, porque no se le hubieran dado.

Después de haberle perdido un momento de vista, volvió a verle por fin.

Pero entonces estaba en los brazos de un joven pálido que dominaba la multitud, subido encima de un cañón, y que con una exaltación indecible la saludaba mostrándola el cielo.

María Antonieta miró también el cielo y se sonrió dulcemente.

El caballero de Casa-Roja exhaló un gemido como si aquella sonrisa le hubiese desgarrado el corazón, y viendo que la carreta daba la vuelta al puente del *Change*, desapareció entre la multitud.

XLIX. El cadalso

En la plaza de la Revolución esperaban dos hombres al pie de un farol. Lo que esperaban con la multitud, parte de la cual se había dirigido a la plaza del palacio de Justicia y parte a la de la Revolución, repartiéndose el resto tumultuosamente por todo el camino que ambas plazas separaba, era que llegase la reina hasta el instrumento del suplicio, que gastado por la lluvia y el sol, por la mano del verdugo, y ¡cosa horrible! por el contacto de las víctimas, dominaba con orgullo siniestro a todas aquellas cabezas como una reina domina a su pueblo.

Aquellos dos hombres que, agarrados del brazo, con los labios lívidos y el ceño fruncido, hablaban quedo y por intervalos: eran Lorin y Mauricio.

Perdidos entre los espectadores, y situados, sin embargo, en muy buena posición, continuaban en voz baja una conversación que no era la menos interesante de todas aquellas conversaciones que serpenteaban en los grupos, que, parecidos a una cadena eléctrica, se agitaban desde el puente del Change hasta el de la Revolución.

La idea que hemos expresado a propósito del cadalso dominando todas las cabezas era la que en aquel momento embargaba toda su atención.

—¿Ves, decía Mauricio, cómo ese monstruo repugnante levanta sus brazos encarnados? No parece sino que nos llama, y que su sangrienta abertura le sirve de boca para reírse de nosotros.

—Pues yo, amigo mío, no soy partidario de esa escuela de poesía que lo ve todo de color de sangre. Yo lo veo de color de rosa, y al pie de esa máquina cantaré y esperaré: *Dum spiro, spero*.

—¡Esperas cuando se mata a las mujeres!

—Mauricio, hijo de la revolución, no reniegues de tu madre. Sé un patriota bueno y leal. Mauricio, la que va a morir no es una mujer, o a lo menos no es una mujer como las demás mujeres; la que va a morir es el mal genio de la Francia.

—No es a ella a quien yo siento, no es a ella a quien yo lloro, exclamó Mauricio.

—Ya comprendo, es a Genoveva.

—Mira, me vuelve loco el pensar si la pobre Genoveva estará en poder de esos proveedores de la guillotina que se llaman Hébert y Fouquier-Tinville, de esos hombres que enviaron al cadalso a la pobre Sofía, y que ahora envían a la orgullosa María Antonieta.

—Pues eso es justamente lo que me hace esperar que luego que la cólera del pueblo satisfaga la voracidad de esos dos tiranos, se aplacará al menos por algún tiempo, como el boa, que tarda tres meses en digerir lo que devora. Entonces ya no se tragará a nadie, y, como dicen los profetas de los arrabales, tendrá miedo hasta de sus sombras.

—Lorin, Lorin, dijo Mauricio, yo soy más positivo que tú y no tengo inconveniente en decirte, y lo diría a voces si fuese necesario: odio a la nueva reina, que me parece destinada a suceder a la Austriaca, a quien va a destruir. ¡Oh! es una reina terrible la que tiene por púrpura la sangre que diariamente se derrama y a Sanson por primer ministro.

—¡Bah! pero podemos librarnos de ella.

—No lo creo, dijo Mauricio meneando la cabeza; bien sabes que no tenemos otro recurso que vivir en la calle para que no nos arresten en nuestra casa.

—Pues con todo eso podemos dejar a París, puesto que nadie nos lo impide. No nos quejemos; mi tío nos espera en Saint-Omer, y dinero y pasaporte no nos faltará. Si permanecemos aquí es porque queremos.

—Lo que tú dices no es exacto, querido amigo, quien permanece aquí porque quiere eres tú, y te quedas solo porque yo me quedo.

—Y tú quieres quedarte por ver otra vez a Genoveva. Pues bien, tienes razón; es la cosa más natural del mundo. Piensas que está presa, cosa muy probable, y quieres estar a la mira para velar sobre ella, y para eso es preciso no salir de París.

—¿Te acuerdas de la muerte de Luis XVI? le dijo Mauricio. Yo era entonces uno de los jefes de aquella multitud en cuyos pliegues me escondo en el día. Más grande era yo al pie de aquel cadalso que jamás había sido el rey que subía a él. ¡Qué cambio, Lorin, y más cuando se piensa que solo nueve meses han bastado para producir esta terrible reacción.

—¡Nueve meses de amor, Mauricio!… ¡Amor, tú perdiste a Troya!

Mauricio suspiró, y su pensamiento tomó otro giro, como si viese otro horizonte.

—¡Pobre Casa-Roja! murmuró; he aquí un día bien triste para él.

—¿Quieres que te diga lo que veo más triste en las revoluciones?

—Sí.

—Que muchas veces son tenidos por amigos algunos a quienes se querría tener por enemigos, y viceversa.

—Una cosa es lo que yo no podré creer.

—¿Cuál?

—Que no invente algún proyecto, por más insensato que sea, para libertar a la reina.

—¿Cómo quieres que un hombre sea más fuerte que cien mil?

—Ya te he dicho que el proyecto sería insensato: lo que sí aseguro es que yo, por salvar a Genoveva…

Lorin frunció el ceño y añadió:

—Vuelvo a decírtelo: tú te extravías. Pero chito, que hay una porción de gentes escuchándonos: allí tienes al criado de Sanson; ya llega la Austriaca.

Efectivamente, un estremecimiento prolongado y creciente, como una de aquellas ráfagas de viento que principian por silbar y concluyen por mugir, circuló por aquella ondulosa multitud.

Empinándose entonces Mauricio con el auxilio de la columna que sostenía el farol, miró hacia la calle de Saint-Honoré.

—Es verdad, dijo estremeciéndose.

Efectivamente, principiaba a aparecer otra máquina casi tan repugnante como la guillotina: la carreta.

A derecha e izquierda brillaban las armas de la escolta, y delante iba Grammont contestando a sablazos a los gritos de algunos fanáticos; pero a medida que se aproximaba la carreta se iban extinguiendo estos gritos ante la mirada fría y serena de la sentenciada.

Jamás fisonomía alguna impuso más enérgicamente el respeto; jamás María Antonieta había sido más grande y más reina, llevando el orgullo de su valor hasta el punto de infundir en los espectadores ideas de terror.

Indiferente a las exhortaciones del abate Girard, que contra su voluntad la había acompañado, su frente no oscilaba ni a derecha ni a izquierda; solo el movimiento de la carreta, causado por la desigualdad del piso, la sacaba de su inmovilidad. Cualquiera hubiera podido equivocarla con una estatua de mármol conducida en una carreta a no ser por el brillo que animaba sus ojos.

Un silencio sepulcral reinó entre los trescientos mil espectadores de aquella escena que el cielo veía por primera vez a la

luz del sol.

Entretanto llegó la carreta al pie del cadalso. Al verle la reina, paseó su altiva mirada por la multitud, y el mismo joven pálido que antes había visto subido en un cañón se le presentó de pie en un guardacantón.

Desde allí la dirigió el mismo respetuoso saludo que antes la había dirigido al salir de la Conserjería, y en seguida se bajó del puesto adonde se había encaramado.

Muchas personas le vieron; y como estaba vestido de negro, se esparció el rumor de que un sacerdote había esperado a María Antonieta para absolverla en el momento de subir al cadalso.

Por lo demás, nadie inquietó al caballero. En los momentos supremos hay un respeto supremo para ciertas cosas.

La reina bajó con precaución las tres gradas de la banqueta, siempre sostenida por Sanson, quien hasta el último momento guardó a la sentenciada los mayores miramientos.

En tanto que la reina marchaba al suplicio, se encabritaron algunos caballos, oscilaron algunos soldados de a pie y perdieron al parecer el equilibrio; después se vio deslizar una sombra por debajo del cadalso; pero casi en el acto se restableció la calma; nadie quiso abandonar su puesto en aquel momento solemne, nadie quiso perder la menor circunstancia del drama que iba a representarse, y todas las miradas se fijaron en la sentenciada.

Ya estaba la reina en la plataforma del cadalso: el sacerdote continuaba dirigiéndole algunas palabras de consuelo: un ayudante la impelía suavemente hacia atrás, y otro desataba la pañotela que cubría sus hombros.

Al sentir María Antonieta aquella mano infame en su cuello, hizo un movimiento brusco y pisó a Sanson, que, sin que ella lo viese, estaba ocupado en atarle a la plancha fatal.

—Perdonadme, le dijo la reina: no lo he hecho de intento…

Estas fueron las últimas palabras que pronunció la hija de los Césares, la reina de Francia, la viuda de Luis XVI.

Las doce y cuarto dieron en el reloj de las Tullerías en el momento en que María Antonieta entraba por las puertas de la eternidad.

Un grito terrible, un grito que reasumía todas las pasiones: alegría, espanto, desolación, esperanza, triunfo y expiación, cubrió como un huracán otro grito débil, lamentable, que en el mismo momento resonaba debajo del cadalso.

Sin embargo, le oyeron los gendarmes, y se adelantaron a ver lo que era; entonces la multitud, como un torrente que rompe el dique que le contenía, atropelló los guardias, vino como una marea a chocar contra los pies del cadalso que se conmovió con aquel embate.

Todos deseaban ver con ansia los restos de la dignidad real que para siempre se creía destruida en Francia.

Pero los gendarmes buscaban otra cosa; aquella sombra que había traspasado su línea y deslizádose por debajo del cadalso.

Dos de ellos volvieron trayendo asido del cuello a un joven que estrechaba contra su corazón un pañuelo teñido en sangre.

Seguíale un perrito fino de lanas aullando tristemente.

—¡Muera el aristócrata! ¡Muera el noble! gritaron algunos hombres del pueblo señalando al joven: ¡muera, que ha mojado su pañuelo en la sangre de la austriaca!

—¡Gran Dios! dijo Mauricio a Lorin, ¿le conoces?

—¡Muera el realista! gritaron las mujeres: quitadle, arrancadle ese pañuelo, que sin duda piensa guardar como en reliquia.

Una orgullosa sonrisa asomó por un momento a los labios del joven, rasgó su camisa, descubrió su pecho y dejó caer el

pañuelo.

—Señores, dijo, esta sangre no es de la reina, sino mía, dejadme morir tranquilo.

Y enseñó una profunda herida debajo de la tetilla izquierda.

La multitud lanzó un grito y retrocedió aterrada.

Entonces, debilitándose el joven, cayó de rodillas mirando el cadalso como un mártir mira el altar.

—¡Casa-Roja! dijo Lorin al oído de Mauricio.

—Adiós, murmuró el joven bajando la cabeza con una sonrisa divina, adiós, pronto nos veremos.

Y expiró en medio de los guardias estupefactos.

—Eso es lo que se debe hacer, Lorin, dijo Mauricio, antes que ser mal ciudadano.

El pobre perro entretanto no cesaba de dar vueltas al rededor del cadáver, olfateando y aullando lastimeramente.

—¡Calla! es Black, dijo un hombre que tenía un tremendo garrote en la mano; ven aquí, viejecito mío.

Corrió el perro hacia el que le llamaba; pero apenas estuvo cerca de él, levantó su bastón y le aplastó la cabeza, soltando una gran carcajada.

—¡Miserable! exclamó Mauricio.

—Silencio, murmuró Lorin deteniéndole, silencio, o estamos perdidos, porque es Simon.

L. La visita domiciliaria

Lorin y Mauricio habían vuelto a casa del primero. Para no comprometer Mauricio a su amigo, había adoptado la costumbre de salir por la mañana y no volver hasta la noche.

No habiendo podido averiguar en qué casa estaba encerrada Genoveva, salía todos los días a ver la traslación de los presos a la Conserjería, por si la casualidad se la presentaba al paso; porque desde su visita a Fouquier-Tinville le había hecho comprender Lorin que la primera gestión ostensible que hiciera le perdería miserablemente y sería sacrificado sin haber podido socorrer a Genoveva, y Mauricio, que se habría dejado encarcelar en el acto por la esperanza de reunirse a su querida, se hizo prudente por el temor de verse separado para siempre de ella.

Todas las mañanas iba desde los Carmelitas a Puerto-Libre, desde las Madelonnettes a San Lázaro, de la Fuerza a Luxemburgo, y se estacionaba delante de las cárceles para ver salir las carretas que llevaban los acusados al tribunal revolucionario. Después de haber pasado revista a las víctimas, marchaba a otra cárcel.

Pero pronto conoció que la actividad de diez hombres no bastaría a vigilar las treinta y tres prisiones que París tenía en aquella época, y se decidió a ir al tribunal, esperando ver llegar a él a Genoveva, lo cual no dejaba de ser un principio de desesperación, porque en efecto, ¿qué recursos quedaban a un reo después de la sentencia? Algunas veces el tribunal que comenzaba las sesiones a las diez había condenado a veinte o treinta personas en cuatro horas; el primer condenado gozaba de seis horas de vida, pero el último sentenciado a las cuatro menos cuarto, daba su cabeza al hacha del verdugo a las cuatro y media. Por tanto, resignarse a sufrir semejante suerte para Genoveva era, o confesarse vencido, o cansarse de pelear con el destino.

¡Oh! si hubieran participado a tiempo a Mauricio la prisión de Genoveva… ¡cómo se habría burlado de esa justicia humana tan ciega en aquella época! ¡Con qué prontitud y facilidad habría roto las cadenas de su amada! Jamás fueron más fáciles las evasiones; pero tampoco fueron más raras, porque toda aquella nobleza, una vez constituida en prisión, allí se instalaba, como en un castillo y se disponía a morir. Huir era sustraerse a las consecuencias del duelo: las mismas mujeres se avergonzaban de una libertad adquirida a este precio.

Pero Mauricio no se hubiera mostrado tan escrupuloso. ¿Qué cosa más sencilla que matar perros y sobornar a un carcelero? Por otra parte, Genoveva no era un personaje tan ilustre que llamara la atención… No se deshonraría huyendo, y además… aun cuando se deshonrara…

¡Oh! ¡cómo se representaba en su imaginación con amargura aquellos jardines de Puerto-Libre, tan fáciles de escalar, esos aposentos de las Madelonnettes tan cómodas de horadar para salir a la calle, y las paredes tan bajas del Luxemburgo, y los corredores sombríos de los Carmelitas, en los que un hombre resuelto podía penetrar tan fácilmente saltando una ventana!

¿Pero estaba Genoveva en alguna de estas prisiones?

Devorado entonces Mauricio por la duda y atormentado por la ansiedad, colmaba a Dixmer de maldiciones, le amenazaba y paladeaba el odio que tenía a aquel hombre, cuya cobarde venganza se ocultaba bajo la máscara hipócrita de su adhesión a la causa realista.

—Yo le encontraré también, decía Mauricio, porque si quiere salvar a su mujer se presentará, y si quiere perderla la insultará. Yo le encontraré, y desgraciado de él.

La mañana siguiente al día en que pasaban los hechos que acabamos de contar, había salido Mauricio para ir a instalarse en el tribunal revolucionario a tiempo que Lorin estaba durmiendo.

A poco tiempo fue este despertado por un gran ruido que sonaba a la puerta, de voces de mujeres y culatazos de fusiles.

Al tiempo de levantarse entraron en su habitación cuatro seccionistas, dos gendarmes y un comisario.

Tan significativa era aquella visita, que Lorin se apresuró a vestirse.

—¡Qué! ¿Venís a arrestarme? les preguntó.

—Sí, ciudadano Lorin.

—¿Por qué?

—Por sospechoso.

—Eso es; tienes razón.

El comisario escribió algunas palabras al pie del auto de prisión.

—¿Dónde está tu amigo? preguntó en seguida.

—¿Qué amigo?

—El ciudadano Mauricio Lindey.

—Probablemente en su casa, contestó Lorin.

—No tal, vive aquí.

—Os engañáis; buscadle, y si le encontráis…

—Aquí tienes la denuncia, dijo el comisario; no puede ser más explícita.

Y presentó a Lorin un papel escrito con una letra malísima y una ortografía enigmática. En aquella denuncia se decía que se veía salir todas las mañanas de casa de Lorin a Mauricio, sospechoso, contra el que había auto de prisión.

La denuncia estaba firmada por Simon.

—Pero este diablo de zapatero, dijo Lorin, va a perder todos sus parroquianos si se empeña en seguir estas dos profesio-

nes a un tiempo. ¡El diablo del remendón! Este Simon es un César…

Y concluyó con una estrepitosa carcajada.

—¿Dónde está el ciudadano Mauricio? dijo el comisario. En nombre de la ley te intimo que me le entregues.

—¡Cuando os digo que no está aquí!

El comisario registró la habitación sin ver huella alguna del fugitivo; pero encontró una carta recientemente escrita que estaba sobre la mesa del comedor. Cabalmente era de Mauricio, quien la había escrito antes de salir sin despertar a su amigo, a pesar de que dormían en una misma alcoba.

«Voy al tribunal, decía Mauricio; almuerza solo, porque no volveré hasta la noche.»

—Ciudadanos, dijo Lorin, por más prisa que tenga de obedeceros, ya conocéis que no puedo seguiros en camisa. Permitidme que me vista mi oficioso.

—¡Aristócrata! dijo una voz, necesita que le ayuden a ponerse los calzones.

—¿Por qué no? dijo Lorin. Yo soy como el ciudadano Dagoberto. Notad que no he dicho rey.

—Vamos, haz lo que quieras, dijo el comisario; pero despacha pronto.

El oficioso bajó de su caramanchón y ayudó a su amo a vestirse.

El objeto de Lorin no era tener un ayuda de cámara: sino solamente que no se escapase al oficioso nada de lo que pasara, a fin de que pudiera decírselo a Mauricio.

—Ahora, señores… digo, ciudadanos, estoy dispuesto a seguiros. Pero dejadme llevar el último tomo de las *Cartas a Emilia*, de Mr. Demoustier, que acaba de publicarse y que aun no he leído. Su lectura aliviará el tedio de mi cautiverio.

—¡Tu cautiverio! dijo Simon entrando de repente transformado en municipal y seguido de cuatro seccionistas; tu cautiverio no será muy largo, porque figuras en el proceso de la mujer que quiso facilitar la evasión a la Austriaca. Hoy se la juzga, y mañana te se juzgará a ti… después que hayas declarado.

—Zapatero, dijo Lorin con frialdad, mira que coses tus suelas muy de prisa.

—Sí; ¡pero qué buen tranchetazo voy a dar! contestó Simon con una repugnante sonrisa: ya lo verás, hermoso granadero.

Lorin se encogió de hombros.

—Cuando queráis, dijo, podemos marchar.

Y volviéndose todos para bajar la escalera, sacudió Lorin tan furibundo puntapié al municipal Simon, que le hizo rodar toda la escalera.

Los seccionistas no pudieron contener la risa, y Lorin se metió con mucha gravedad las manos en los bolsillos.

—¡Y te has atrevido… en el ejercicio de mis funciones! dijo Simon lívido de cólera.

—Pardiez, respondió Lorin, todos estamos ahora en el ejercicio de nuestras funciones.

En seguida le hicieron subir a un fiacre, y el comisario lo condujo al palacio de Justicia.

LI. Lorin

Si quiere seguirnos el lector por segunda vez al tribunal revolucionario, volveremos a encontrar a Mauricio en el mismo si-

tio en que antes le habíamos visto, sin más diferencia que ahora estaba más pálido y agitado.

En el momento en que volvemos a abrir la escena de aquel lúgubre teatro, adonde más que nuestro gusto, nos arrastran los sucesos, están los jueces deliberando: dos acusados, vestidos con el traje del cadalso, hablan con sus defensores, cuyas vagas palabras se parecen a las de un médico que desespera de su enfermo.

El pueblo de las tribunas estaba aquel día de mal humor, de ese humor que excita la severidad de los jueces: colocados bajo la inmediata vigilancia de la gente de los arrabales, hacían lo mismo que el actor que redobla su energía ante un público mal dispuesto.

Así pues, desde las diez de la mañana habían sido condenados cinco infelices por esos mismos jueces tan intratables.

Los dos que se encontraban entonces en el banco de los acusados esperaban en aquel momento el *sí* o el *no* que debía volverles la vida o lanzarles a la eternidad.

Los asistentes, habituados a aquella diaria tragedia, que era su espectáculo favorito, los preparaban con feroces interjecciones para aquel terrible momento.

—Mira, mira al hombre alto, decía una mujer, que a falta de gorro adornaba sus greñas con una cucarda tricolor tan ancha como la mano; mira que pálido está no parece sino que está ya muerto.

El reo miró a la mujer que le apostrofaba con una sonrisa de desprecio.

—¿No ves cómo se ríe? dijo otro.

—Sí, de dientes a fuera.

—¿Qué hora es? preguntó un habitante de los arrabales a un compañero.

—La una menos diez minutos: ya hace tres cuartos de hora que dura esto.

—¡Y el chiquito! mírale; qué feo estará cuando lo guillotinen.

—¡Bah! eso se hace demasiado pronto para que puedas verlo.

—¡Toma! se pedirá su cabeza a Sanson: todo el mundo tiene derecho a verla.

—Mira qué bonito vestido azul tiene: al menos se alegrarán los pobres cuando vean que llega la vez a un hombre bien vestido.

Efectivamente, tal y como había dicho el ejecutor a la reina, los pobres heredaban todos los despojos de las víctimas que eran llevadas a la Salitrería para repartirlos entre los indigentes. Cuando guillotinaron a la reina enviaron allá sus vestidos.

Mauricio escuchaba estas palabras sin cuidarse de ellas; cada uno se hallaba en aquel momento preocupado de algún poderoso pensamiento que le aislaba. Hacía algunos días que su corazón no latía sino en ciertos momentos y de una manera violenta; de vez en cuando parecía que el temor o la esperanza suspendían la marcha de su vida, y estas oscilaciones perpetuas habían en cierto modo agotado la sensibilidad en su corazón, sustituyéndola la atonía.

Volvieron los jurados a la sesión, y como se había creído, pronunció el presidente la sentencia condenatoria de los acusados.

La voz del ugier resonó entonces, como siempre, lúgubre y siniestra:

—El ciudadano acusador público contra la ciudadana Genoveva Dixmer.

Mauricio se estremeció, y un sudor frío bañó todo su cuerpo…

Abriose la puerta por donde entraban los acusados, y se presentó Genoveva.

Iba vestida de blanco, y en vez de cortarse los cabellos, como otras mujeres lo hacían, iba peinada con una elegante coquetería.

Mauricio vio a Genoveva, y sintió que le faltaban todas las fuerzas que había reunido para aquel momento solemne. Mucho tiempo hacía que aquel golpe, para el que se había preparado, principalmente después de haber oído al acusador público tres o cuatro veces el nombre de Genoveva; pero hay ciertas desesperaciones tan profundas que es imposible sondear su abismo.

Todos los que vieron presentarse aquella joven tan hermosa y tan pálida, exhalaron un grito, los unos de furor, porque había en aquella época personas que odiaban todo género de superioridad, fuese de belleza, de fortuna, de ingenio o de nacimiento, otros de admiración, y algunos de lástima.

Sin duda conoció Genoveva una voz entre todas aquellas voces, un grito entre todos aquellos gritos, porque se volvió hacia el lado en que estaba Mauricio, en tanto que el presidente hojeaba el proceso de la causada mirándola de vez en cuando y como al descuido.

A la primera ojeada vio a Mauricio, a pesar de que procuraba ocultar su rostro con las anchas alas de su sombrero; volviose entonces con una dulce sonrisa, y con un ademán más dulce todavía, apoyó sus dos manos sonrosadas y trémulas sobre sus labios, y depositando en ellas toda su alma con su aliento, dio alas a aquel beso perdido, que uno solo de entre aquella multitud tenía derecho a tomar para sí.

Un murmullo de interés recorrió toda la sala. Interpelada Genoveva, se volvió hacia sus jueces; pero parose de repente fijando sus miradas con una indecible expresión de terror en un punto de la sala.

En vano se empinó Mauricio para ver lo que era, porque no pudo ver nada, o mejor dicho, le llamaba más la atención el tribunal.

Fouquier-Tinville había empezado a leer el acta de acusación.

Según aquella acta, Genoveva Dixmer era la mujer de un encarnizado conspirador, de quien se sospechaba que hubiese ayudado al excaballero de la Casa-Roja en sus diferentes tentativas para salvar a la reina.

Además, había sido sorprendida a los pies de la reina suplicándola que cambiase los vestidos con ella y ofreciéndose a morir en su lugar. Este fanatismo estúpido, decía el acta de la acusación, merecerá sin duda los elogios de los contrarrevolucionarios; pero en el día todo ciudadano francés solo debe su vida a la nación, y es venderla doblemente sacrificarla a los enemigos de la patria.

Preguntada Genoveva si era cierto que, según el testimonio de los gendarmes Gilberto y Dufresne, hubiese sido sorprendida a los pies de la reina rogándola que cambiase con ella sus vestidos, respondió sencillamente:

—Sí.

—Entonces, dijo el presidente, decláranos tu plan y tus esperanzas.

—Una mujer puede concebir esperanzas, dijo Genoveva sonriéndose; pero no puede ejecutar un plan como el de que soy víctima.

—¿Entonces cómo estabas allí?

—Porque se me obligaba a ello.

—¿Quién te obligaba? preguntó el acusador público.

—Personas que me habían amenazado de muerte si no obedecía.

Y la mirada irritada de la joven fue a fijarse en el punto de la sala invisible para Mauricio.

—¿Es decir, que para librarte de la muerte con que te amenazaban, no vacilaste en cometer una acción que podría acarrearte lo mismo que tratabas de evitar?

—Cuando cedí tenía un puñal al pecho, al paso que aún estaba muy distante de mi cabeza el hierro de la guillotina, y por tanto hube de ceder a la violencia del momento.

—¿Por qué no llamaste en tu auxilio? Todo buen ciudadano te hubiera socorrido.

—¡Ah! respondió Genoveva con un acento triste y tierno a la vez: estaba sola.

El enternecimiento sucedía al interés, como el interés había sucedido a la curiosidad. Muchas cabezas se bajaron, unas para ocultar sus lágrimas, y otras para dejarlas correr libremente.

Mauricio vio entonces hacia su izquierda una cabeza inmóvil e impasible.

Era Dixmer de pie, implacable, sombrío, y que no perdía de vista a Genoveva ni al tribunal.

Al verle Mauricio le dirigió una mirada llena de un odio tan eléctrico, tan poderoso, que atraído por aquel fluido abrasador, volvió la cabeza hacia su enemigo.

Cruzáronse las dos miradas como dos llamas.

—Decidnos los nombres de vuestros instigadores, preguntó el presidente.

—Solo hay uno.

—¿Quién es?

—Mi marido.

—¿Sabéis dónde está?

—Sí.

—Indicadnos el lugar donde se halla.

—Acaso está en Francia; pero no cometeré una infamia; a vosotros toca descubrir su paradero, porque yo no le denunciaré jamás.

Mauricio miró a Dixmer.

Dixmer no hizo el menor movimiento.

Mauricio estuvo tentado a denunciarle denunciándose a sí mismo; pero se contuvo.

—No, dijo para sí, no debe morir de ese modo.

—¿Con que rehusáis dirigir nuestras investigaciones? dijo el presidente a la acusada.

—Creo que no puedo hacerlo, respondió Genoveva, sin hacerme tan despreciable a los ojos de los demás como él lo es a los míos.

—¿Hay testigos? preguntó el presidente.

—Hay uno, respondió el ugier.

—Llamadme.

—Jacinto Juan Lorin, dijo el ugier.

—¡Lorin! exclamó Mauricio. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

Pasaba esta escena el mismo día del arresto de Lorin, y Mauricio ignoraba aquel acontecimiento.

—¡Lorin! dijo Genoveva mirando a su alrededor con dolorosa inquietud.

—¿Por qué no viene el testigo? preguntó el presidente.

—Porque ha sido arrestado en su domicilio por una reciente denuncia, dijo Fouquier-Tinville: van a traerle al instante.

Mauricio se estremeció.

—Había otro testigo más importante, continuó Fouquier, pero no han podido dar con él hasta ahora.

Dixmer se volvió sonriendo hacia Mauricio: tal vez ocurría al marido la misma idea que había ocurrido al amante.

Genoveva se puso pálida e inclinó la cabeza lanzando un gemido.

En aquel momento entró Lorin seguido de dos gendarmes.

Detrás entró Simon, que fue a sentarse en el pretorio, como abonado a aquella localidad.

—¿Cuál es tu nombre y apellido? preguntó el presidente.

—Jacinto Juan Lorin.

—¿Y tu estado?

—Hombre libre.

—No lo serás mucho tiempo, dijo Simon enseñándole el puño.

—¿Eres pariente de la acusada?

—No; pero tengo el honor de ser uno de sus amigos.

—¿Sabes que conspiraba para libertar a la reina?

—¿Cómo queréis que lo supiese?

—Podía habértelo confiado.

—¡A mí, miembro de la sección de las Termópilas!

—Sin embargo, te han visto algunas veces con ella.

—No solo algunas veces, sino muchas.

—¿Y sabías que era una aristócrata?

—Únicamente la conocía como mujer de un maestro curtidor.

—Pero su marido no ejercía en realidad este oficio.

—Lo ignoro; su marido no es amigo mío.

—Háblanos de su marido.

—Con mucho gusto. Es un hombre infame…

—Señor Lorin, dijo Genoveva, por piedad…

Lorin continuó impasible.

—Que ha sacrificado a la pobre mujer que tenéis a la vista para satisfacer, no sus opiniones políticas, sino sus odios personales: le aborrece tanto como a Simon.

Dixmer se puso lívido, Simon quiso hablar; pero un ademán del presidente le impuso silencio.

—Ya que tan enterado estás en esta historia, cuéntanos todo lo que sepas acerca de ella, dijo Fouquier.

—Perdonad, ciudadano Fouquier, contestó Lorin levantándose, he dicho todo lo que sabía.

Y volvió a sentarse.

—Ciudadano Lorin, continuó el acusador, estás obligado a manifestar al tribunal todo lo que sepas.

—Pues no puedo decir más. Por lo que hace a esta pobre mujer, repito que está inocente, y que se ha visto obligada a obedecer a la fuerza. Miradla; ¿tiene trazas de conspiradora? Os repito que se ha visto obligada a hacer lo que ha hecho.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro de ello.

—En nombre de la ley, dijo Fouquier, requiero que el testigo Lorin sea llamado al tribunal como acusado de complicidad con esta mujer.

Mauricio exhaló un gemido y Genoveva ocultó su rostro entre las manos.

Simon exclamó en un trasporte de alegría:

—Ciudadano acusador, acabas de salvar la patria.

En cuanto a Lorin, sin responder una palabra, saltó la balaustrada para ir a sentarse junto a Genoveva, la cogió la mano y se la besó respetuosamente.

—Buenos días, ciudadana, la dijo con una serenidad que electrizó a la asamblea. ¿Cómo estáis?

Y sin esperar respuesta, se sentó en el banco de los acusados.

Toda aquella escena había pasado como una visión fantasmagórica ante los ojos de Mauricio, apoyado sobre el puño de su sable que no abandonaba jamás: veía caer a uno de sus amigos en la sima que no devuelve sus víctimas: y tal era la impresión que le causaba esta imagen de muerte, que se preguntaba a sí mismo, por qué siendo él compañero de aquellos desgraciados, se sostenía aún al borde del precipicio sin dejarse llevar por el vértigo que le arrastraba con ellos.

Al saltar Lorin la balaustrada vio la figura sombría y burlona de Dixmer.

Cuando se sentó al lado de Genoveva, como hemos dicho, se inclinó esta a su oído y le dijo:

—¿Sabéis que está allí Mauricio?

—¿Dónde?

—No miréis en seguida porque pudierais perderle.

—Tranquilizaos.

—Está detrás de nosotros, cerca de la puerta. ¡Qué sentimiento va a tener si somos condenados!

Lorin miró a la joven con tierna compasión.

—No dudéis que lo seremos. Sería muy cruel el desengaño si tuvieseis la imprudencia de esperar.

—¡Pobre amigo! ¡va a quedar solo en el mundo!

Lorin no pudo contenerse más y miró a Mauricio.

También Genoveva le dirigió una furtiva mirada.

Mauricio tenía clavada en ellos la vista y apoyaba una mano sobre su corazón.

—Hay un medio de salvaros, la dijo Lorin.

—¿Seguro? preguntó Genoveva, cuyos ojos brillaron de alegría.

—Tanto que respondo de él.

—¡Cómo os bendeciría si me salvaseis!…

—Pero ese medio… replicó el joven.

Al ver Genoveva la duda retratada en el rostro y en los ademanes del joven, le dijo:

—¿Habéis visto también a mi marido?

—Sí, le he visto. ¿Queréis salvaros? el medio es muy sencillo; que se siente él también sobre el banco de hierro y os salvaréis.

Sin duda adivinó Dixmer por la presión de la mirada de Lorin cuáles eran las palabras que pronunciaba, porque se puso pálido; pero no tardó en recobrar su calma sombría y su infernal sonrisa.

—¡Es imposible! dijo Genoveva; no puedo odiarle.

—¡Ah! decid más bien que conoce vuestra generosidad y por eso os provoca.

—Es verdad; está seguro de sí mismo, de mí y de nosotros todos.

—Genoveva, yo soy menos perfecto que vos; dejadme a mí arrastrarle a donde muera, y acabemos de una vez.

—No, Lorin, os suplico que no hagáis eso; nada debo tener de común con ese hombre: ni aun la muerte; me consideraría a mí misma infiel a Mauricio si muriese como Dixmer.

—¡Ah! exclamó Lorin, tiene sobrada razón Mauricio para amaros tanto, sois un ángel y la patria de los ángeles es el cielo. ¡Pobre Mauricio!

Simon entre tanto no pudiendo oír lo que decían los acusados los devoraba con la vista. Por fin no pudo contenerse y exclamó:

—Ciudadano gendarme, impide a los conspiradores que vengan a maquinar también contra la república hasta en el seno del tribunal revolucionario.

—Ya sabes que aquí no se conspira, o que si se conspira es por poco tiempo, dijo el gendarme. No hacen más que hablar los ciudadanos; y puesto que la ley no les prohíbe que hablen en la carreta, no encuentro motivo para que se les prohíba hablar en el tribunal.

Era aquel gendarme Gilberto, quien habiendo reconocido la prisionera cogida por él en el calabozo de la reina, manifestaba con su acostumbrada probidad el interés que le inspiraban tanta lealtad y tanta abnegación.

Habiendo consultado el presidente con sus asesores a invitación de Fouquier, volvió a empezar el interrogatorio.

—Acusado Lorin, preguntó, ¿de qué género son las relaciones que tienes con la ciudadana Dixmer?

—¿De qué género?

—Sí.

—Escucha:

La amistad pura y sincera
Nos une en vínculo estrecho.
Ella me ama como hermano,
Y yo como a hermana la quiero.

—Ciudadano Lorin, dijo Fouquier, tu copla es perversa.

—¿Por qué?

—Porque el último verso es largo, le sobra el *yo*, que es un ripio.

—Ciudadano acusador, si te parece largo, corta por donde quieras, puesto que ese es tu oficio.

Al oír Fouquier tan amarga chanza palideció.

—¿Y qué aspecto ponía el ciudadano Dixmer, preguntó el presidente, al ver las relaciones de uno que se dice republicano con su mujer?

—No puedo responderos a eso, porque no he tratado nunca al ciudadano Dixmer con tanta intimidad.

—¿Pero no dices, replicó Fouquier Tinville, que tu amigo el ciudadano Mauricio, era entre ti y la acusada el nudo de esa amistad pura y sincera?

—Si no lo digo, respondió Lorin, es porque creo que no debo decirlo, y aun me parece que hubierais debido tomar ejemplo de mí.

—Pues entonces los ciudadanos jurados apreciarán esta singular alianza entre dos republicanos con un aristócrata y en el momento mismo en que está convencida de la más negra intriga que se ha tramado jamás contra la república.

—¿Pero de qué inferís que debía yo tener conocimiento de la intriga, ciudadano acusador? preguntó Lorin más indignado que asustado por tan brutal argumento.

—¿No conocías a esta mujer, no eras su amigo, no os habíais llamado hermanos, y por consiguiente no debes estar enterado de todo lo que la concierne? ¿Es posible, como has dicho muy bien, que haya perpetrado sola el delito de que se la acusa?

—No la ha perpetrado sola, replicó Lorin sirviéndose de las palabras técnicas empleadas por el presidente, puesto que ella os ha dicho, puesto que yo os he dicho y os repito que su marido la impelía a perpetrarlo.

—¿Entonces, cómo no conocías al marido, dijo Fouquier Tinville, estando, como estaba, unido con su mujer?

No tenía que hacer Lorin para disculparse más que contar la primera desaparición de Dixmer, los amores de Mauricio y Genoveva, y el modo con que su marido se la había llevado de casa de Mauricio, ocultándola en un retiro impenetrable; pero para esto era preciso descubrir el secreto de sus dos amigos y hacer ruborizarse a Genoveva delante de quinientas personas, y Lorin meneó la cabeza como para decirse no a sí mismo.

—Y bien, ¿qué respondes al ciudadano acusador? preguntó el presidente.

—Que su lógica es contundente, dijo Lorin, y que me ha convencido de una cosa de que no sospechaba.

—¿De cuál?

—De que soy, a lo que parece, uno de los más terribles conspiradores que se han visto desde que existe el mundo.

Esta declaración excitó la risa de todos los concurrentes. Los mismos jueces depusieron su severidad, y hasta Fouquier Tinville, acostumbrado a conocer todos los secretos de los acusados, tan bien como los mismos acusados, no pudo menos de experimentar cierta admiración compasiva hacia Lorin, y le dijo:

—Vamos, ciudadano Lorin, habla, defiéndete. El tribunal te escuchará, porque conoce todos tus antecedentes, que son los de un honrado republicano.

Quiso hablar Simon, pero el presidente le impuso silencio.

—Habla, ciudadano Lorin, dijo, te escuchamos.

Lorin meneó otra vez la cabeza.

—Quien calla otorga, replicó el presidente.

—Quien calla no dice nada, contestó Lorin.

—Por última vez te pregunto, ¿quieres hablar? dijo Fouquier Tinville.

Lorin se volvió hacia el auditorio para interrogar con la vista a Mauricio sobre lo que debía hacer, pero como este no le hiciera seña alguna para que hablase, permaneció callado, a pesar de que sabía que este silencio le condenaba.

Entonces Fouquier reasumió su acusación, el presidente hizo lo mismo con los debates y después de haberse retirado los jurados a votar, volvieron con un veredicto de culpabilidad contra Lorin y Genoveva, y el presidente condenó a ambos a la pena capital.

Las dos daba entonces el gran reloj del palacio de Justicia.

El presidente empleó tanto tiempo en pronunciar la sentencia como el reloj en dar la hora.

Mauricio escuchó estos dos ruidos que se confundían mutuamente, y cuando se extinguió la doble vibración de la voz y de la campana, sus fuerzas estaban agotadas.

Los gendarmes se llevaron en seguida a Genoveva y a Lorin, dándole este el brazo. Ambos saludaron a Mauricio, aunque de una manera muy diferente; Lorin sonriéndose, y Genoveva, pálida y desfallecida, enviándole el último beso en sus dedos mojados en lágrimas. Hasta el último momento había conservado la esperanza de vivir, y lloraba no por su vida, sino por su amor que iba a extinguirse con su vida.

Levantose Mauricio loco de desesperación, y al dirigir una mirada frenética a todo lo que le rodeaba, vio a Dixmer que se retiraba con los espectadores y que ya bajaba la cabeza para pasar por debajo de la puerta cimbrada del corredor. Saltando entonces con la rapidez del gamo de banco en banco, se precipitó detrás de Dixmer y cuando este pisaba ya las baldosas del salón, le tocó en el hombro con la mano.

LII. El duelo

En aquella época era siempre una cosa grave sentirse un hombre tocado en el hombro de aquella manera.

Volviose Dixmer y reconoció a Mauricio.

—Buenos días, ciudadano republicano, exclamó Dixmer sin revelar otra emoción que un temblor imperceptible que supo reprimir al punto.

—Buenos días, ciudadano cobarde, respondió Mauricio, ¿no es verdad que me esperabais?

—Es decir, ya no os esperaba, respondió Dixmer.

—¿Por qué?

—Porque esperaba veros antes.

—Demasiado pronto llego para ti, asesino, añadió Mauricio con una voz o más bien con un murmullo espantoso, porque era el rugido de la tempestad reconcentrada en su corazón, como su mirada era el relámpago.

—Me miráis con ojos de fuego, ciudadano, replicó Dixmer, van a conocernos y a seguirnos.

—Sí; ¿y temes ser arrestado, no es verdad? ¿Temes ir al cadalso a donde envías a otros? Que nos prendan, tanto mejor, pues me parece que hoy falta un culpable a la justicia nacional.

—Como falta un hombre en la lista de los hombres honrados ¿no es verdad? desde que ha desaparecido de ella el vuestro.

—Está bien, ya hablaremos de eso; pero entre tanto os habéis vengado miserablemente de una mujer. ¿Por qué, ya que me esperabais, no me esperasteis en mi casa el día en que me robasteis a Genoveva?

—Yo creía que el verdadero ladrón erais vos.

—Pocas chanzas: os conozco demasiado bien y me atengo solo a los hechos. El día en que quisisteis asesinarme, aquel día representabais vuestro papel natural.

—Y más de una vez me ha pesado no haberle llevado a efecto.

—Pues bien, dijo Mauricio tocando la empuñadura de su sable, aquí me tienes.

—Mañana: hoy no puedo.

—¿Por qué mañana?

—O esta noche.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque tengo que hacer hasta las cinco.

—Algún proyecto traidor, algún lazo…

—No tal, y extraño mucho que digáis eso de mí. Durante seis meses os he dejado cortejar a mi mujer; durante seis meses he respetado vuestras citas, y me he hecho el desentendido al ver vuestras sonrisas. Convenid en que no hay un hombre más sufrido que yo.

—¿Es decir que hacíais la vista gorda porque creíais que podría seros útil?

—Por supuesto, replicó Dixmer con calma. En tanto que vos vendíais vuestra república, y que la vendíais por una mirada de mi mujer, en tanto que ambos os deshonrabais, vos por vuestra traición y ella por su amor adúltero, yo era el prudente y el héroe. Yo esperaba y triunfaba.

—¡Qué infamia! dijo Mauricio.

—Me alegro que conozcáis vuestra conducta, que ha sido infame y horrorosa.

—Os engañáis: la conducta horrible es la del hombre que, en vez de proteger el honor de la mujer que se le había con-

fiado y conservarle puro e intacto, ha hecho de él un vil tráfico. Sí; en vez de proteger a la débil mujer que no tenía más apoyo que vos, la habéis vendido de una manera infame.

—Voy a deciros lo que he hecho, respondió Dixmer: debía salvar a mi amigo, que sostenía conmigo una causa sagrada, a la que sacrifiqué mis bienes y mi honor, y lo he hecho, sin que yo haya figurado para nada en ello, porque siempre me he puesto al último para todo. Ahora ya no existe mi amigo, que se ha suicidado; tampoco existe la reina, que ha muerto en el cadalso, y ahora pienso en mi venganza.

—Decid más bien en vuestro asesinato.

—No se asesina a una adúltera cuando se la mata, se la castiga.

—Pero vos sois quien la ha arrastrado al adulterio, y vos mismo le habéis hecho legítimo.

—¿Lo creéis así? Pues preguntad a sus remordimientos si cree haber obrado legítimamente.

—El que castiga lo hace públicamente; tú no castigas, puesto que huyes al herir, y al arrojar su cabeza a la guillotina te escondes como un miserable.

—¡Que huyo y me escondo dices!... ¿Es huir y ocultarse asistir a su juicio y a su condenación? ¿Es ocultarse ir hasta la sala de los muertos para tener el gusto de verla en su última hora?

—¿Con que aun quieres verla? exclamó Mauricio.

—Vamos, ya veo, dijo Dixmer encogiéndose de hombros, que entiendes poco de venganzas. ¿Es decir que en mi puesto te contentarías con dejar correr los acontecimientos, dando por bastante castigada a la mujer adúltera con ver que va a morir? No, ciudadano Mauricio; yo he encontrado un medio de devolver a esta mujer todo el mal que me ha hecho. Te ama, y va a morir lejos de ti; me detesta, y va a verme otra vez. Mira, añadió sacando de su bolsillo una cartera, aquí tengo una papeleta firmada por el escribano del palacio de Justicia. Con ella

puedo penetrar hasta donde están los condenados; llegaré hasta el lado de Genoveva, y la llamaré adúltera; veré caer sus cabellos bajo la mano del verdugo, y cuando caigan oirá mi voz que la repetirá sin cesar, ¡adúltera! Yo la acompañaré hasta la carreta; y cuando ponga el pie en el cadalso, la última palabra que oirá será ¡adúltera!

—Mira no sea que, cansada de tanta vileza, te denuncie.

—No; si hubiera querido, lo hubiera hecho cuando tu amigo se lo aconsejaba en voz baja, y ya que no me ha denunciado por salvar la vida, no lo hará para morir conmigo; porque sabe que iría con ella a la prisión, que la acompañaría en la carreta, que subiría con ella al cadalso, que hasta el último momento oiría la terrible palabra de adúltera, y que cuando su alma pasara a la eternidad, la acompañaría también esta acusación terrible.

Dixmer estaba espantoso de cólera y de odio; había cogido la mano de Mauricio, y la estrechaba con una fuerza sobrenatural. A medida que Dixmer se exaltaba, se calmaba Mauricio.

—Escucha, le dijo el joven, falta una cosa a esta venganza.

—¿Cuál?

—Podríais decirla al salir del tribunal: «He encontrado a tu amante y le he asesinado.»

—Al contrario, quiero decirla que vives, y que por todo el resto de tu vida sufrirás el recuerdo de su muerte.

—Sin embargo, me matarás, dijo Mauricio, o por mejor decir, añadió mirando en torno suyo y viéndose casi dueño de la posición, yo soy quien le matará.

Y pálido de emoción, exaltado por la cólera, sintiendo redobladas sus fuerzas con la violencia que se había hecho para oír a Dixmer desenvolver hasta el fin su terrible proyecto, le asió del cuello y lo llevó a empellones hasta una escalera que conducía a la orilla del río.

Al sentir Dixmer aquella mano montó en cólera y dijo:

—No necesitas llevarme a la fuerza, yo iré.

—Pues ven; estás armado.

—Te sigo.

—No, anda delante, pero te prevengo que a la menor señal, al menor movimiento que hagas, te abro la cabeza de un sablazo.

—¡Oh! bien sabes que no tengo miedo, dijo Dixmer con esa sonrisa que la palidez de sus labios hacía tan espantosa.

—Miedo a mi sable, no, dijo Mauricio, pero sí miedo a malograr tu venganza. Y sin embargo, añadió, ahora que nos vemos cara a cara puedes realizar tu proyecto…

En efecto, habían llegado a la orilla del agua, y si la mirada podía aún seguirlos a donde estaban, nadie podía llegar oportunamente para impedir el duelo.

Por otra parte, igual cólera devoraba a los dos hombres. Hablando así, habían bajado por la escalera que da a la plaza del Palacio, y habían llegado hasta el muelle, casi desierto, porque como continuaban los juicios, en atención a que apenas eran las dos, la multitud llenaba todavía el pretorio, los corredores y los patios, y Dixmer parecía tener tanta sed de la sangre de Mauricio como este de la de Dixmer.

Penetraron, pues, por una de esas bóvedas que conducían desde los calabozos de la Conserjería al río y Mauricio se colocó entre el agua y Dixmer.

—Creo decididamente, Mauricio, dijo Dixmer que voy a matarte, porque tiemblas demasiado.

—Y yo, Dixmer, dijo Mauricio echando mano al sable y cortándole con cuidado toda retirada, creo por el contrario que yo seré quien te mate, y que después de haberte matado, cogeré de tu cartera el salvoconducto del palacio de Justicia. ¡Bah! nada adelantas con abotonarte la levita, pues mi sable la abrirá, aunque sea de acero como las corazas antiguas.

—¿Con que quieres quitarme este papel? dijo Dixmer.

—Sí, contestó Mauricio, y me serviré de él para entrar hasta donde está Genoveva; me sentaré a su lado en la carreta, y mientras viva la diré al oído: Yo te amo, y cuando caiga su cabeza, yo te amaba.

Dixmer hizo un movimiento con la mano izquierda para ir a coger el papel con la derecha y arrojarlo con la cartera al río; pero rápido como el rayo y cortante como una hacha, cayó el sable de Mauricio sobre aquella mano y la separó casi enteramente de la muñeca.

El herido lanzó un grito, sacudiendo su mano mutilada y se puso en guardia.

Entonces principió un combate horrible: encerrados aquellos hombres en un espacio tan limitado, no inutilizaban ninguno de sus golpes, multiplicándose los ataques en razón de la impaciencia de los combatientes.

Conociendo Dixmer que se agotarían sus fuerzas a medida que fuese perdiendo sangre, cargó con tanta violencia sobre Mauricio, que este se vio obligado a retroceder un paso. Pero como el terreno estaba tan húmedo, tuvo la desgracia de que se le escurriese un pie, en cuya posición le hirió Dixmer en el pecho. Pero por un movimiento rápido como el pensamiento, arrodillado como estaba, presentó la punta del sable a Dixmer, quien arrebatado por la cólera, se lanzó sobre Mauricio, pasándose él mismo con el sable de su enemigo.

Oyose entonces una imprecación terrible, y después los dos cuerpos rodaron hasta fuera de la bóveda.

Uno solo se levantó, y este fue Mauricio, todo cubierto de sangre, pero de sangre de su enemigo.

Trató entonces de sacar su sable del cuerpo de Dixmer, y a medida que lo sacaba parecía aspirar con la hoja el resto de la vida que agitaba todavía con temblor nervioso los miembros de su contrario.

Cuando se aseguró que Dixmer estaba efectivamente muerto, se inclinó sobre el cadáver, desabrochó su levita, cogió la cartera y se alejó rápidamente.

Al dirigir la vista sobre sí mismo, conoció que no daría cuatro pasos por la calle sin ser arrestado, pues estaba cubierto de sangre. Aproximose al río, y en él se lavó las manos y el vestido. En seguida subió rápidamente la escalera dirigiendo su última mirada hacia la bóveda, de donde salía un hilo rojo y humeante y se deslizaba hasta el río.

Cuando llegó a la Conserjería abrió la cartera y halló en ella el salvoconducto firmado por el escribano del palacio de Justicia.

—¡Gracias, justo Dios! exclamó.

Y subió precipitadamente las gradas que conducían a la sala de los muertos. En aquel momento dieron las tres en el reloj de la torre.

LIII. La sala de los muertos

Ya se acordarán nuestros lectores de que el escribano del palacio de Justicia había abierto sus registros a Dixmer y entablado con él relaciones que la belleza de su mujer hacía agradables.

Como es de suponer, aquel buen hombre quedó helado de terror cuando oyó la revelación de la horrible trama de Dixmer; porque según las trazas, era creíble que le acusasen como cómplice del atentado, y que fuese condenado a muerte con Genoveva.

Efectivamente, le había llamado Fouquier Tinville, y gracias a la confesión de Genoveva declarándole libre de toda culpa,

gracias a la fuga de Dixmer, y sobre todo al interés de Fouquier, que quería conservar su administración limpia de toda mancha, consiguió que declarasen su inocencia.

—Ciudadano, dijo echándose a los pies de Fouquier, perdóname, me han engañado.

—Ciudadano, respondió el acusador, un empleado de la nación que se deja engañar en este tiempo merece la guillotina.

—Pero puede uno ser un bestia, replicó el escribano, quien de buena gana hubiera dicho a Fouquier monseñor.

—Bestia o no, replicó el rígido acusador, ninguno debe dormirse pensando que le basta ser amante de la república. También los gansos del Capitolio eran unos animales y despertaron para salvar a Roma.

El escribano no tenía que responder a semejante argumento: así que exhaló un gemido y esperó resignado su suerte.

—Te perdono, dijo Fouquier, y hasta te defendería si llegara el caso, porque no quiero que se sospeche de ninguno de mis empleados; pero ten presente que a la menor palabra que oiga sobre este asunto lo pasarás muy mal.

No hay necesidad de exagerar el celo con que desde entonces cogía todos los días los periódicos, siempre dispuestos a publicar lo que saben y aun lo que no saben, cualesquiera que sean sus consecuencias, y aunque sus revelaciones hicieran rodar las cabezas de diez hombres.

Buscó por todas partes a Dixmer para recomendarle el silencio; pero había mudado de domicilio y no pudo encontrarle.

Genoveva fue conducida al banquillo de los acusados, pero declaró en la instrucción que ni ella ni su marido tenían ningún cómplice. Así pues, se apresuró a darle las gracias con una expresiva mirada cuando pasó por delante de él al salir del tribunal.

Pero habiendo entrado un momento en la escribanía para buscar un legajo de papeles que había pedido Fouquier, vio de repente aparecer a Dixmer, quien se dirigió a él con paso tranquilo y reposado.

Aquella visión le petrificó y lanzó una exclamación como si hubiera visto un espectro.

—¿Me conoces? le preguntó el recién llegado.

—Sí por cierto, eres el ciudadano Durand, o mejor dicho, el ciudadano Dixmer.

—En efecto.

—¿Pero no has muerto?

—Como ves, todavía no.

—Quiero decir que van a prenderte.

—¿Quién quieres tú que me prenda cuando nadie me conoce?

—Pero yo te conozco, y no tengo más que decir una palabra para que te lleven a la guillotina.

—Y yo no tengo más que decir dos para que te guillotinen conmigo.

—Eso es abominable.

—No tal, es lógico.

—¿Pero qué quieres? despáchate, porque cuanto menos tiempo hablemos juntos, tanto menos peligro corremos.

—Mi mujer va a ser condenada ¿no es verdad?

—Mucho lo temo; ¡pobre mujer!

—Pues bien, deseo verla para despedirme de ella.

—¿Dónde?

—En la sala de los muertos.

—¿Y te atreverás a entrar allí?

—¿Por qué no?

Al oírlo el escribano se le erizaron los cabellos.

—Debe haber un medio para esto, ¿no es verdad? continuó Dixmer.

—¿Para entrar en la sala de los muertos? ¿Quién lo duda?

—¿Cuál?

—Procurarse un pase.

—¿Quién los da?

—¿Preguntas que quién da los pases? dijo el escribano más pálido que la cera.

—Sí, creo que hablo claro.

—Se dan aquí.

—¿De veras? ¿y quién los firma?

—El escribano.

—¿Tú?

—Sí.

—¡Toma! dijo Dixmer sentándose, pues entonces vas a darme uno.

—Pero eso es pedir mi cabeza, ciudadano.

—No tal, no te pido más que un pase.

—Voy a hacer que te prendan, dijo el escribano queriendo desplegar toda su energía.

—Hazlo; pero entonces te denuncio como mi cómplice, y en vez de ir yo solo a la famosa sala iremos los dos.

—¡Ah! ¡malvado! dijo el escribano.

—En esto no hay maldad ninguna. Necesito hablar a mi mujer, y te pido un pase para llegar hasta ella: nada más natural.

—¿Pero es tan necesario que la hables?

—Ya puedes suponerlo, cuando para ello arriesgo mi cabeza.

La razón pareció plausible al escribano, y viéndole Dixmer indeciso y propenso a ceder, continuó:

—Vamos, tranquilízate, que nadie sabrá nada. ¡Qué diablo! algunas veces se presentarán casos semejantes al en que yo me encuentro.

—No sucede con mucha frecuencia, pero en fin, arreglaremos esto de otro modo.

—Si es posible, no deseo otra cosa.

—¿Qué si es posible? no puede serlo más. Entra por la puerta de los condenados, para la que no se necesita pase, y luego que hayas hablado a tu mujer me llamarás y te haré salir.

—No es mala idea, pero desgraciadamente me acuerdo de una historia que circula por la ciudad.

—¿Cuál?

—La de un pobre jorobado que equivocó la puerta, y creyendo entrar en los archivos, entró en la sala consabida. Pero como entró por la puerta de los condenados en vez de entrar por la puerta principal, y como no tenía pase para probar la identidad, no quisieron dejarle salir. En vano trató de probar su equivocación: había entrado por la puerta de los condenados y esto bastaba para que por tal se le tuviese, sin que sus súplicas y sus protestas pudiesen estorbar que el verdugo le cortara primero los cabellos y después la cabeza. ¿Es cierta la anécdota, ciudadano escribano? tú debes saberla mejor que nadie.

—¡Ay! sí, desgraciadamente es cierta, dijo el escribano temblando como un azogado.

—Pues ya ves que con tales precedentes sería yo un loco en entrar sin pase en sitio tan peligroso.

—¿Pero no te digo que estaré yo allí?

—¿Y si te llaman, o estás ocupado o te olvidas de mí?

Y Dixmer se apoyó con intención en la última frase.

—¿Pero no te ofrezco…?

—No, esto sería comprometerte, porque te verían hablar conmigo y… En fin, no me acomoda la proposición. Quiero mejor un pase.

—Es imposible.

—Entonces, querido amigo, hablaré e iremos a dar un paseo juntos a la plaza de la Revolución.

El escribano, aturdido, medio muerto, firmó un pase para *un ciudadano*.

Dixmer salió precipitadamente para tomar en el pretorio el puesto donde le hemos visto.

Sabido es lo demás.

En aquel momento el escribano, para evitar toda acusación de connivencia, fue a sentarse al lado de Fouquier, dejando la dirección de la escribanía al oficial mayor.

A las tres y diez minutos atravesó Mauricio, provisto ya de la carta, una fila de calaboceros y gendarmes, y llegó sin obstáculo a la puerta fatal.

Cuando decimos fatal, exageramos, pues había dos puertas; la principal, por donde entraban y salían los que llevaban un salvoconducto, y la puerta de los condenados, por la que entraban los que no debían salir sino para marchar al cadalso.

La pieza en que acababa de penetrar Mauricio estaba dividida en dos departamentos. En uno de ellos estaban los empleados encargados de tomar los nombres a los que llegaban, y en el otro, amueblado solamente con algunos bancos de pino, esperaban los que acababan de ser presos y los que acababan de ser sentenciados, lo cual era poco más o menos la misma cosa.

La sala estaba sombría, pues solamente recibía la luz por una ventanilla abierta en un tabique de la escribanía.

Una mujer vestida de blanco y medio desmayada yacía en un rincón apoyada contra la pared, y delante de ella se veía un hombre de pie con los brazos cruzados, meneando de vez en cuando la cabeza y vacilando en hablarle, temeroso de restituirla el sentimiento que parecía haber perdido.

Alrededor de estos dos personajes se veía moverse confusamente a los condenados que sollozaban o cantaban himnos patrióticos.

Otros se paseaban de arriba a abajo, como para ahuyentar el pensamiento que los devoraba.

Esta pieza era la antesala de la muerte, y el mueblaje la hacía digna de este nombre, pues veíanse cajas llenas de paja y medio abiertas como para llamar a los vivos: estos eran los lechos de reposo y tumbas provisionales.

Enfrente de la ventana se elevaba un gran armario. Un prisionero lo abrió por curiosidad y retrocedió horrorizado. Aquel armario encerraba los vestidos sangrientos de los ajusticiados en el día anterior, y aquí y allí pendían largas trenzas de cabellos: todo esto eran gajes del verdugo que los vendía a los parientes cuando la autoridad no le mandaba quemar aquellas queridas reliquias.

Apenas abrió la puerta Mauricio, palpitante y fuera de sí, cuando de una rápida ojeada vio todo el cuadro. Dio tres pasos por la sala y vino a caer a los pies de Genoveva.

La pobre mujer lanzó un grito que Mauricio sofocó con sus labios.

Lorin estrechó llorando a su amigo en sus brazos: aquellas eran las primeras lágrimas que derramaba.

¡Cosa extraña! todos aquellos desgraciados reunidos que debían morir juntos, apenas miraban el interesante cuadro que presentaban a su vista aquellos desgraciados, sus seme-

jantes, y la razón era porque cada uno experimentaba demasiadas emociones propias para tomar una parte, por pequeña que fuera, en las emociones ajenas.

Por un momento permanecieron los tres amigos unidos en aquel abrazo estrecho, mudo, pero apasionado y casi alegre.

Lorin fue el primero que se desprendió del grupo doloroso y dijo a Mauricio:

—¿Conque también estás condenado?

—Sí, respondió este.

—¡Oh felicidad! murmuró Genoveva, sin reflexionar que la alegría de las gentes que no tienen más que una hora de vida no puede durar tanto como su vida.

Después de haber contemplado Mauricio a Genoveva con ese amor ardiente y profundo que tenía en el corazón, después de haberle dado gracias por esa palabra a la vez tan egoísta y tan tierna que acababa de pronunciar involuntariamente, se volvió hacia Lorin, y le dijo estrechando en su mano las dos de Genoveva:

—Ahora hablemos.

—¡Ah! sí, hablemos, respondió Lorin; puesto que nos queda tiempo, debemos aprovecharlo. Sepamos: ¿qué tienes que decirme?

—Tú has sido arrestado por culpa mía y condenado a causa de ella, a pesar de no haber hecho nada contra las leyes; como Genoveva y yo pagamos nuestra deuda, no es justo que te hagan pagar al mismo tiempo que nosotros.

—No comprendo.

—Lorin, estás libre.

—¡Libre yo! ¿Has perdido el juicio? dijo Lorin.

—No, no he perdido el juicio, y te repito que estás libre, y si no mira este pase. Te preguntarán quién eres, y contestarás

que estás empleado en la escribanía de los Carmelitas, que has venido a hablar al ciudadano escribano del palacio de Justicia, y que por curiosidad le has pedido un pase para ver a los sentenciados, que como los has visto te retiras, y asunto concluido.

—Te chanceas, ¿no es verdad?

—No por cierto, toma este pase y aprovéchate de la ocasión. Tú no estás enamorado, no necesitas morir para pasar algunos minutos más con la amada de tu corazón y no perder ni un minuto de su eternidad.

—Pues bien, si como dices, es fácil salir de aquí, Mauricio, lo cual jamás hubiera creído, porque ante todas cosas, ¿no procuras salvar a esta infeliz señora? En cuanto a ti, ya discurriremos el medio.

—Es imposible, exclamó Mauricio tristemente, lee el pase y verás que dice «un ciudadano» y no una ciudadana; por otra parte, Genoveva no querría salir dejándome aquí, ni vivir sabiendo que yo iba a morir.

—¿Y si ella no quiere, por qué he de querer yo? ¿Crees que tengo menos valor que una mujer?

—No, amigo mío, todo lo contrario, sé que eres el más valiente de los hombres; pero nada podrá excusar tu obstinación en semejante caso. Vamos, Lorin, aprovéchate del momento y danos la alegría de saber que estás libre y feliz.

—¡Feliz! exclamó Lorin, tú te chanceas. ¡Feliz yo sin vosotros! ¿Qué diablos quieres que haga en este mundo sin vosotros, en París, fuera de mis costumbres? ¡No veros ya, no enfadaros con mis versos! ¡Oh! no a fe mía, no.

—¡Lorin, amigo mío!…

—Precisamente porque soy tu amigo insisto tanto. Si estuviese prisionero, como lo estoy, con la perspectiva de volver a veros a los dos, derribaría las paredes; pero salvarme de aquí solo, para ir por esas calles, encorvada la frente bajo el peso

de un remordimiento que gritará incesantemente a mi oído: «¡Mauricio! ¡Genoveva!» para pasar por ciertos barrios y ciertas casas donde he visto vuestras personas y donde no veré más que vuestras sombras; para llegar, en fin, a maldecir a este París que tanto me gusta, ¡ah! ¡pardiez! no, y creo que ha habido razón en proscribir a los reyes, aunque no fuese más que por causa del rey Dagoberto.

—¿Y qué relación tiene el rey Dagoberto con lo que pasa entre nosotros?

—¿Qué relación? no decía ese gran tirano al gran Eloy: «¿no hay compañía por buena que sea que no debamos abandonar?» Pues bien, yo soy un republicano y digo: nada debe hacernos abandonar la buena compañía, ni aun la guillotina; me hallo bien aquí y me quedo.

—¡Pobre amigo! ¡pobre amigo! dijo Mauricio.

Nada decía Genoveva, pero le miraba con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Echas de menos la vida? dijo Lorin.

—Sí, por ella.

—Pues yo no la echo de menos por nada, ni aun por la diosa Razón, la cual me ha hecho algunos desaguisados, y en verdad que me había olvidado de comunicarte esta circunstancia. Creo, pues, que no le costará gran trabajo consolarse como la otra Artemisa, la antigua, y así marcharé tranquilo; divertiré a todos esos pillos que corren detrás de la carreta; recitaré una linda cuarteta a Sanson, y a Dios compañía… es decir… pero aguarda.

Lorin se interrumpió.

—¡Ah! sí tal, dijo, sí tal, quiero salir; bien sabía yo que no amaba a nadie; pero me olvidaba de que aborrecía a una persona; tu reloj, Mauricio, enséñame tu reloj.

—Las tres y media.

—Tengo tiempo, sí, tengo tiempo.

—Ciertamente, exclamó Mauricio; quedan hoy nueve acusados y el juicio no puede concluir antes de las cinco; tenemos, pues, cerca de dos horas a nuestra disposición.

—Esto es todo lo que necesito; dame tu pase y préstame veinte sueldos.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué vais a hacer? exclamó Genoveva.

Mauricio le apretó la mano, porque lo que más le importaba era que saliese Lorin.

—Tengo mi plan, dijo este.

Mauricio sacó un bolsillo de dinero y lo puso en la mano de su amigo.

—Ahora dame el pase por el amor de Dios, quiero decir, por el amor del Ser Eterno.

Mauricio le entregó el pase, y besando Lorin la mano a Genoveva y aprovechando el momento en que traían a la Conserjería a unos cuantos sentenciados, saltó por encima de los bancos y se presentó en la puerta principal.

—¡Eh! gritó un gendarme, ¿a dónde vas? No se puede salir.

—Toma, dijo Lorin, ciudadano gendarme, y aprende a conocer mejor a las gentes.

El gendarme reconoció la firma del escribano, pero pertenecía a esa categoría de funcionarios naturalmente desconfiados, y como precisamente en aquel momento bajaba del tribunal el escribano, acometido de un terror que no le había abandonado desde que cometió la imprudencia de dar su firma, exclamó:

—Ciudadano escribano, aquí hay un papel con cuyo auxilio quiere salir un particular de la sala de los muertos; ¿es bueno este papel?

El escribano se estremeció de miedo, y convencido de que si miraba iba a ver la terrible figura de Dixmer, se apresuró a contestar apoderándose del pase:

—Sí, sí, esta es mi firma.

—Entonces, dijo Lorin, si esta es tu firma, devuélvemela.

—No por cierto, dijo el escribano rasgando el papel en mil pedazos, no por cierto, estos pases no pueden servir más que una vez.

Lorin permaneció por un momento indeciso.

—¡Ah! tanto peor, dijo, pero ante todo es necesario que le mate.

Y se lanzó fuera de la escribanía.

Mauricio había seguido a Lorin con una emoción fácil de comprender, y luego que le perdió de vista exclamó con una exaltación que revelaba alegría.

—Ya se salvó, Genoveva, ya se salvó; han roto el pase que llevaba, y no podrá volver a entrar, y aun cuando pudiera, la sesión del tribunal va a concluir, y cuando vuelva a las cinco ya habremos expirado.

Genoveva lanzó un suspiro y se estremeció.

—¡Oh! estréchame en tus brazos, dijo, y no nos separemos ya. ¿Por qué no es posible que un mismo golpe nos hiera para que exhalemos juntos nuestro último suspiro?

Retiraronse entonces a lo más profundo de la sala oscura: Genoveva se sentó al lado de Mauricio y le echó ambos brazos al cuello; así enlazados, respirando el mismo aliento y extinguiendo de antemano en sí mismos el ruido y el pensamiento, se adormecían, a fuerza de amor, en el letargo de la muerte.

De esta suerte pasaron cerca de media hora, hasta que un gran ruido los sacó de su enajenamiento viendo entrar a los gendarmes y detrás de ellos a Sanson y a sus ayudantes, que traían un lío de cuerdas.

—¡Oh amigo mío! ¡amigo mío! exclamó Genoveva, este es el momento fatal, me siento desfallecida.

—Y hacéis mal, dijo la voz vibrante de Lorin.

Muy mal hacéis en verdad
porque morir no es morir,
es lograr la libertad.

—¡Lorin! exclamó Mauricio desesperado.

—¿No son buenos, no es verdad? soy de tu mismo modo de pensar, desde ayer los hago detestables…

—¿Se trata acaso de eso? ¿has vuelto, desgraciado, has vuelto?…

—Creo que esto era lo que habíamos convenido. Escucha, porque lo que tengo que decirte te interesa mucho, así como a esta señora.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Déjame hablar, porque si no no tendré tiempo para contártelo. Quería salir para comprar un cuchillo en la calle de la Barillerie.

—¿Y qué querías hacer con ese cuchillo?

—Quería matar con él a Dixmer.

Genoveva tembló.

—¡Ah! exclamó Mauricio, comprendo.

—Le he comprado. Oye lo que me decía a mí mismo, y comprenderás hasta dónde llega la fuerza de mi lógica. Comienzo a creer que debía haberme dedicado a las matemáticas en vez de hacerme poeta, pero desgraciadamente ya es demasiado tarde para esto. Oye, pues, lo que me decía, y sigue mi raciocinio: Mr. Dixmer ha comprometido a su mujer; Mr. Dixmer ha venido a presenciar su juicio; Mr. Dixmer, no se privará del placer de verla pasar en la carreta, sobre todo acompañándola nosotros. Voy, pues, a buscarle en la primera fila de especta-

dores, me deslizaré hasta donde se halle, le diré: «buenos días Mr. Dixmer» y le meteré mi cuchillo en los hijares.

—¡Lorin! exclamó Genoveva.

—Tranquilizaos, querida amiga: la providencia lo ha dispuesto de otro modo. Imaginaos que los espectadores, en vez de situarse enfrente del palacio, según costumbre, habían dado una media vuelta a la derecha y ocupaban el muelle. ¡Calla! me dije, sin duda están viendo algún perro que se ahoga, ¿por qué Dixmer no estará allí? un perro que se ahoga hace siempre pasar el tiempo… me aproximo al parapeto, y veo a lo largo de la orilla del río un pelotón de gente que levantaba los brazos al aire y que se bajaba para mirar alguna cosa que estaba en el suelo lanzando ayes capaces de hacer desbordar al Sena. Me aproximo… esa cosa… adivina quién era…

—¿Era Dixmer? dijo Mauricio.

—Sí. ¿Cómo puedes adivinar eso? Sí, Dixmer, querido amigo, Dixmer, que se había abierto el vientre; el desgraciado se ha suicidado, sin duda en expiación de sus culpas.

—¡Ah! dijo Mauricio con sombría sonrisa, ¿es eso lo que has pensado?

Genoveva dejó caer su cabeza entre sus manos, pues estaba demasiado débil para soportar tantas emociones sucesivas.

—Sí, he pensado eso, porque he visto a su lado su sable ensangrentado, a no ser… que haya encontrado alguno…

Mauricio, sin decir una palabra, y aprovechando el momento en que Genoveva, abrumada del dolor, no podía verle, se desabotonó la levita y enseñó su camisa y su chaleco ensangrentados.

—¡Ah! eso es otra cosa, dijo Lorin alargando la mano a Mauricio, e inclinándose a su oído le dijo:

—Como no me han registrado al entrar porque dije que era criado de Sanson, he podido conservar el cuchillo, y si la gui-

llotina te repugna…

Mauricio se apoderó del arma con un movimiento de alegría; pero casi al mismo tiempo se lo devolvió a Lorin diciendo:

—No, Genoveva sufriría demasiado.

—Tienes razón, dijo Lorin, ¡viva la máquina de Mr. Guillotin! ¿Qué es la máquina de Mr. Guillotin? Un papirotazo en el cuello, como dijo Danton. ¿Y qué es un papirotazo?

Y arrojó el cuchillo en medio del grupo de los sentenciados. Uno de ellos lo cogió, se lo hundió en el pecho y cayó muerto en el acto.

Al mismo tiempo hizo Genoveva un movimiento y lanzó un grito.

Sanson acababa de ponerle la mano sobre el hombro.

LIV. ¡Viva Simon!

Al grito lanzado por Genoveva comprendió Mauricio que iba a comenzar la lucha.

El amor puede exaltar el alma hasta el heroísmo, el amor puede contra el instinto natural impeler a una criatura humana a desear la muerte: pero no extingue en ella el miedo al dolor. Era evidente que Genoveva aceptaba con más paciencia y generosidad la muerte al saber que Mauricio iba a morir con ella: pero la resignación no excluye el sufrimiento: y salir de este mundo es no solo caer en ese abismo que se llama lo desconocido, sino sufrir cayendo.

Mauricio abarcó con una mirada toda la escena presente, y con un pensamiento todo lo que iba a seguirle.

En medio de la sala yacía un cadáver sobre el cual, precipitándose un gendarme, le había sacado del pecho un cuchillo temiendo que pudiera servir a otros.

A su alrededor veía a muchos hombres mudos de desesperación y que apenas fijaban la atención en él, escribiendo con lápiz en una cartera palabras incoherentes, o estrechándose la mano unos a otros; estos repitiendo incesantemente y como hacen los locos un nombre querido, o humedeciendo con sus lágrimas un retrato, una sortija o una trenza de cabellos; aquellos vomitando furiosas imprecaciones contra la tiranía, palabra que maldice siempre todo el mundo, y aun algunas veces hasta los mismos tiranos. Y en medio de todos estos desgraciados descollaba Sanson, menos pesado por sus 54 años que por la gravedad de su lúgubre oficio. Sanson, tan dulce y consolador como su terrible misión le permitía serlo, aconsejando a unos y animando a otros, y contestando siempre con palabras cristianas a los arranques de desesperación y a los insultos que le dirigían.

—Ciudadana, dijo Genoveva, ya es hora de que os quitéis el pañuelo y de levantaros el cabello.

Genoveva se puso trémula.

—¡Vamos, amiga mía, dijo dulcemente Lorin, ánimo!

—¿Puedo yo hacer esa operación? preguntó Mauricio.

—¡Ah! sí, exclamó Genoveva, permitídselo, Mr. Sanson.

—No me opongo, dijo el viejo volviendo la cabeza. Mauricio desató su corbata, caliente con el calor de su cuello, Genoveva la besó, e hincándose de rodillas delante del joven, le presentó aquella cabeza encantadora, más bella en su dolor que lo había estado jamás en su alegría.

Cuando Mauricio acabó la fúnebre tarea, sus manos estaban trémulas y había tanto dolor en la expresión de su rostro, que exclamó Genoveva:

—¡Oh! yo tengo valor, Mauricio.

Y volviéndose a Sanson, añadió:

—¿No es verdad, señor que tengo valor?…

—Ciertamente, ciudadana, respondió el ejecutor con voz conmovida, y verdadero valor.

Durante este tiempo el primer ayudante había recorrido la factura enviada por Fouquier Tinville.

—Catorce, dijo.

Sanson contó los sentenciados.

—Quince, comprendiendo el muerto, dijo: ¿cómo es esto?

Lorin y Genoveva contaron después de él movidos por el mismo pensamiento.

—¿Decís que no hay más que catorce condenados y que somos quince? preguntó Genoveva.

—Sí, preciso es que se haya equivocado el ciudadano Fouquier Tinville.

—¡Oh! me has engañado, dijo Genoveva a Mauricio; tú no estabas condenado.

—¿Por qué esperar a mañana, cuando hoy mueres? respondió Mauricio.

—Amigo, dijo ella sonriendo, tú me tranquilizas: ahora veo cuán fácil es morir.

—Lorin, dijo Mauricio, Lorin, por última vez te suplico que puesto que nadie puede conocerte a ti, digas que has venido a despedirte de mí… di que te han encerrado por equivocación… llama al gendarme que te ha visto salir… yo seré el verdadero sentenciado, yo que debo morir; pero tú, amigo mío, debes vivir para conservar nuestra memoria; todavía es tiempo, Lorin, decídete.

Genoveva juntó sus dos manos en señal de súplica.

Lorin cogió las dos manos de la joven y las besó.

—He dicho que no, y basta, dijo Lorin con voz firme. No me habléis más de esto, o creeré que os incomodo.

—Catorce, repitió Sanson y son quince.

Y alzando la voz añadió:

—¿Hay aquí alguno que reclame? ¿Hay alguno que pueda probar que se encuentra aquí por equivocación?

Acaso se abrieron algunas bocas al oír esta pregunta, pero se cerraron sin hablar una palabra; los que hubieran mentido tenían vergüenza de mentir; el que no hubiera mentido no quería hablar.

Hubo un profundo silencio por espacio de muchos minutos, durante el cual los ayudantes del verdugo continuaron su lúgubre oficio.

—Ciudadanos, despachaos… dijo entonces la voz sorda y solemne del viejo Sanson.

Algunos sollozos y gemidos contestaron a esta voz.

—¡Vamos, dijo Lorin, vamos!

Quien por la patria muere
La suerte más dulce alcanza…

Sí, cuando se muere por la patria; pero principio a creer que no morimos por ella, sino por el placer de los que nos miran morir. Pardiez, Mauricio, soy de tu opinión. Empiezo también a cansarme de la república.

—Llamad a los reos, dijo un comisario en la puerta.

Muchos gendarmes entraron en la sala y cerraron así sus salidas, colocándose entre la vida y los condenados como para impedirles que volviesen a ella.

En seguida empezaron a pasar lista.

Mauricio, que había visto juzgar al condenado que se dio muerte con el cuchillo de Lorin, contestó cuando pronunciaron

su nombre, y entonces se vio que el muerto era el único que había de más entre los sentenciados.

Sacaronle fuera de la sala. Si se hubiera probado su identidad y se hubiese averiguado que era uno de los condenados, a pesar de estar muerto, habría sido guillotinado también con los demás.

Todos estos infelices fueron conducidos hasta la puerta, y a medida que iban saliendo uno tras otros, les ataban las manos por detrás de la espalda. Ni una palabra siquiera se hablaron durante diez minutos aquellos desgraciados. Solo los verdugos hablaban y obraban.

Mauricio, Genoveva y Lorin, que no podían ya tenerse en pie se estrechaban unos contra otros para no separarse. En seguida fueron trasladados los reos de la Conserjería al patio, donde se ofreció un espectáculo horrible. Muchos desfallecieron al ver las carretas, y los carceleros tuvieron que ayudarles a subir.

Por detrás de las puertas, todavía cerradas, se oyeron las voces confusas del pueblo, y en sus rumores se adivinaba que era numeroso.

Genoveva subió a la carreta con bastante valor; además, Mauricio la sostenía con el codo, y subió rápidamente detrás de ella.

Lorin no se apresuró; escogió su puesto y se sentó a la izquierda de Mauricio.

Abrieronse las puertas, y viose a Simon en la primera fila.

Ambos amigos le conocieron, y después de haberlos este visto, se subió encima de un guardacantón, junto al cual debían pasar las tres carretas que conducían a los condenados al suplicio.

—¡Hola! valiente granadero, dijo Simon a Lorin; creo que vas a probar mi tranchete.

—Sí, dijo Lorin, y procuraré no mellarlo demasiado para que cuando te toque la vez pueda cortarte el cuero.

Las otras dos carretas se pusieron en movimiento siguiendo a la primera.

Una horrible tempestad de gritos, de bravos, de gemidos y maldiciones estalló alrededor de los sentenciados.

—¡Ánimo, Genoveva, ánimo! le dijo en voz baja Mauricio.

—¡Oh! respondió la joven, no echo de menos la vida puesto que muero contigo. Siento no tener las manos libres para estrecharte entre mis brazos antes de expirar.

—Lorin, dijo Mauricio, Lorin, mete la mano en el bolsillo de mi chaleco y hallarás un cortaplumas.

—¡Pardiez! dijo Lorin, qué bien me viene ese cortaplumas. Estoy avergonzado ya de ir a la muerte atado como un ternero.

Mauricio se bajó un poco a fin de presentar la altura de su chaleco a las manos de su amigo; Lorin tomó el cortaplumas, y abriéndolo entre los dos le cogió Mauricio entre los dientes y cortó las cuerdas que ataban las manos de Lorin.

Desembarazado Lorin de sus ligaduras hizo el mismo servicio a Mauricio.

—Despáchate, dijo el joven, mira a Genoveva cómo se desmaya.

En efecto, para verificar esta operación había vuelto Mauricio la espalda por un momento a la pobre mujer, y como si esta recibiera de él toda su fuerza, había cerrado los ojos y dejado caer su cabeza sobre su pecho.

—Genoveva, exclamó Mauricio, Genoveva, abre los ojos, amiga mía; no nos quedan ya sino muy pocos minutos para vernos en este mundo.

—Estas cuerdas me lastiman, murmuró la joven.

Mauricio la desató, y entonces abrió los ojos y se levantó presa de una exaltación que la hacía más radiante de hermosura. Rodeando con un brazo el cuello de Mauricio, cogió con la otra mano la de Lorin, y todos tres, de pie sobre la carreta, teniendo a sus pies a otras dos víctimas sepultadas en el estupor de una muerte anticipada, dirigieron al cielo, que les permitía apoyarse libremente unos en otros, una mirada de agradecimiento.

El pueblo, que los insultaba cuando los vio sentados, guardó silencio cuando los vio de pie.

Mauricio y Lorin vieron el cadalso; Genoveva no, porque solo miraba a su amante.

Parose la carreta, y Mauricio dijo a Genoveva con voz conmovida:

—¡Cuánto te amo, amiga mía, cuánto te amo!

—Primero la mujer, primero la mujer, gritaron mil voces.

—Gracias, pueblo, dijo Mauricio: ¿quién ha dicho que eras cruel?

Y cogiendo a Genoveva en sus brazos y sellando sus labios con los de su amada, la depositó en los brazos de Sanson.

—¡Valor, gritó Lorin, valor!

—Lo tengo, respondió Genoveva, lo tengo.

—¡Cuánto te amo, exclamó Mauricio, cuánto te amo, Genoveva mía!

Podía decirse que no eran víctimas destinadas al sacrificio, sino unos amigos que se solazaban con la muerte.

—¡Adiós! gritó Genoveva a Lorin.

—Hasta la vista, respondió este.

Genoveva desapareció bajo la fatal báscula.

—¡Ahora tú! dijo Lorin.

—No, tú, exclamó Mauricio.

—¡Escucha! ella te ama.

En efecto, Genoveva lanzó su último grito diciendo:

—¡Ven!

La multitud prorrumpió en gran vocerío al ver rodar la hermosa y graciosa cabeza de Genoveva.

Mauricio no vaciló y se precipitó sobre el terrible instrumento de muerte.

—Es justo, dijo Lorin, sigamos la lógica, ¿me oyes, Mauricio?

—Sí.

—Ella te amaba y muere primero; tú no estabas sentenciado y mueres el segundo, yo nada he hecho, y como soy el más criminal de los tres, muero el último.

Ved cómo todo se explica
con la ayuda de la lógica.

—Pardiez, ciudadano Sanson, yo te había prometido una cuarteta, pero tendrás que contentarte con un dístico.

—Te amaba, murmuró Mauricio atado ya a la plancha fatal, y dirigiendo una sonrisa a la cabeza de su amiga; yo te am…

El hierro cortó la mitad de la palabra.

—Ahora yo, gritó Lorin saltando sobre el cadalso, pero que sea pronto, pronto, porque se me va la cabeza; ciudadano Sanson, te he suprimido dos versos, pero en cambio te ofrezco un retruécano.

Sanson le ató a su vez.

—Ea, cuando uno muere es moda dar vivas a cualquiera cosa. En otro tiempo se gritaba viva el rey, pero ya no hay reyes; después se gritó viva la libertad, pero ya no hay libertad; pardiez, ¡viva Simon!, que nos reúne a los tres.

Y la cabeza del generoso joven cayó al lado de las de Mauricio y Genoveva.

FIN

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web